





LA DIVINA

EUCARISTIA



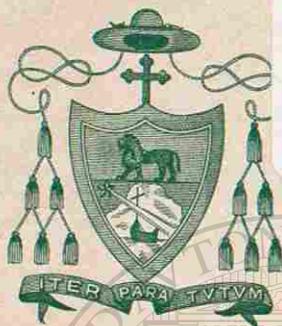
3

BX2215

R6

v. 3

008951

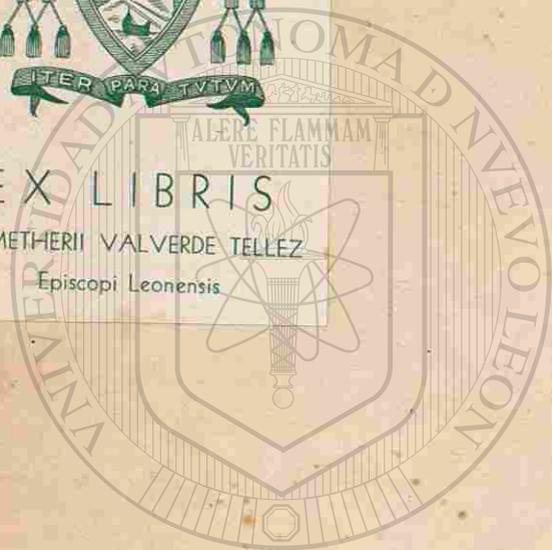


1080016411

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



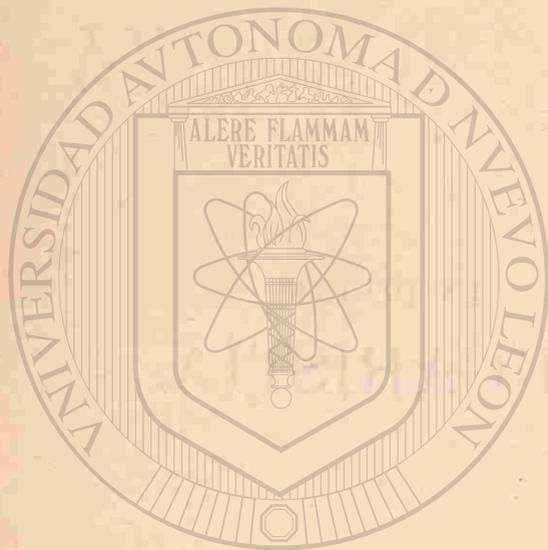
LA DIVINA
EUCARISTIA.

UANE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





AGUSTIN RODRIGUEZ.

LA DIVINA EUCARISTIA

Colección de artículos publicados
en la sección Eucarística del semanario católico
"La Cruz."

(CON CENSURA ECLESIASTICA.)



TOMO III

Capilla Alfonsina

Biblioteca Universitaria MEXICO

TIPOGRAFIA ECONOMICA

CALLE SUR A 5 NÚMERO 30,
ANTES CAZUELA 10.

1900

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

45528

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

BX 2215

R6

V. 3



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

	Páginas.
JESUCRISTO.—Para demostrar la verdad del misterio eucarístico es preciso dejar antes probada la existencia de Dios, como lo hemos hecho en artículos anteriores.....	1
EL PLAN DIVINO.—La creación es la expresión visible del Verbo de Dios.—El plan divino tiene tres fines que se penetran sin confundirse: el hombre, " <i>omnia vestra sunt</i> ;" Cristo, " <i>vos autem Christi</i> ;" la gloria de Dios, " <i>Christus autem Dei</i> ".....	3
PRIMER FIN DE LA CREACIÓN.—La Encarnación del Verbo realiza en el plan divino el primer fin de la creación.....	10
SEGUNDO FIN DE LA CREACIÓN.—Cristo como hombre es el fin que Dios tuvo á la vista al crear todas las cosas, y por él las creó todas. El Mundo, aunque se subleve contra Cristo, es de Cristo " <i>vos autem Christi</i> ".....	17
TERCER FIN DE LA CREACIÓN.—El mundo inferior está hecho para el hombre; el hombre es su último fin: el hombre está hecho para Cristo, Cristo es su fin, pero su fin mediador; Cristo para Dios, es el fin último.....	32

003951

EL PLAN DIVINO DE LA ENCARNACIÓN.—No es la única mira de la Encarnación la redención humana: tiene también por objeto la filiación divina del hombre, la glorificación de todos los seres. Restaura al hombre é instauro á todas las criaturas celestiales y terrestres..... 39

LA ENCARNACIÓN REPARADORA en relación con la caída del hombre..... 41

LA ENCARNACIÓN REPARADORA hizo resplandecer, por medio de la culpa, dos perfecciones divinas: la justicia y la misericordia..... 50

LA ENCARNACIÓN REPARADORA, sometiendo la humanidad de Cristo á todas las humillaciones, hace visible el esplendor inmaculado de su ser divino..... 58

LA ENCARNACIÓN REPARADORA comunica á la misma persona divina con el hombre para llamarlo al bien y apartarlo de las sendas de la culpa..... 62

LA ENCARNACIÓN REPARADORA tiene por fin próximo la redención humana y por fin último la glorificación de la criatura, y por esto la gloria de Dios..... 69

LA HUMANIDAD EN ADÁN.—Para comprender el pecado original, se necesita dejar antes establecido que en Adán estaba contenida toda la humanidad, es decir, probar la unidad de la especie humana ó sea el "monogenismo." Son tres los argumentos de los poligenistas: la diversidad de tipos humanos, la diversidad de lenguas y la dificultad de poblar continentes

inaccesibles. Bajo la diversidad de tipos, la naturaleza humana es en todas partes semejante á sí misma, en su conformación general, en sus aptitudes y en sus tendencias. El fenómeno de la diversa coloración del rostro humano, según las razas, se debe al cuerpo mucoso de Malpigliú, interpuesto entre la dermis y la epidermis. El mismo Darwin, sostiene la procedencia de la humanidad de un mismo tronco genealógico..... 78

EL ARGUMENTO DE LA DIVERSIDAD DE LENGUAS.—La filología demuestra que todas las lenguas deben reputarse como dialectos de un idioma ya perdido. Toda lengua se compone de dos partes, una inmutable, las raíces, y la otra flexible y que cambia, las desinencias. En los dialectos hablados por los diferentes pueblos se encuentran las mismas raíces..... 90

EL ARGUMENTO DE LA IMPOSIBILIDAD DE COMUNICACIÓN ENTRE LOS HEMISFERIOS DE LA TIERRA, SEPARADOS POR INMENSOS MARES, lo destruyen los estudios geográficos y geológicos acerca de la conformación de los continentes. América estuvo unida á Asia por el estrecho de Behering, que originariamente fué un istmo; y se enlazaba al África por los que hoy son archipiélagos de las Antillas y por el Brasil..... 96

PRUEBAS FISIOLÓGICAS DE LA UNIDAD DE LA ESPECIE HUMANA.—Fuerza plástica, que varía á la influencia del medio ambiente y que es la que produce las variedades de razas; fuerza de trans-

misión, que perdura en la especie.....	100
ADAN fué creado en estado de inocencia y de justicia original. En su inteligencia estaba la síntesis de todos los conocimientos humanos.....	109
LA CAIDA.—Adán transgribe una prohibición que Dios le impuso al crearlo, como un límite que debería tener el libre albedrío de que había sido dotado. Algunos comentarios de los impíos acerca del relato bíblico.....	120
LOS ANGELES.—La creencia en los Angeles, como nuncios ó emisarios de la divinidad, espirituales é invisibles, han dominado en todos los tiempos y en todos los pueblos. Su existencia se demuestra por las manifestaciones de su poder. El Antiguo y el Nuevo Testamento, la Iglesia y las tradiciones de los pueblos nos hablan de la intervención de los Angeles en los asuntos de la tierra.....	129
LA EXISTENCIA DEL MUNDO INVISIBLE probada por inducción racional.....	138
EL ALMA HUMANA necesita del organismo para comprender el mundo sensible y visible. Los Angeles son seres que entienden sin necesidad de especie sensible, que viven sin ser formas de la materia.....	144
ATRIBUTOS DE LOS ANGELES.—Están exentos de materia, por sutil y etérea que se conciba; su esencia es simple é incorruptible; no hay en los ángeles ni entendimiento agente ni entendimiento posible, sino que su entendimiento está siempre en acto.....	153

LA PERFECCIÓN DE LA VOLUNTAD ES IGUAL EN LOS ESPÍRITUS ANGÉLICOS, Á LA PERFECCIÓN DE LA INTELIGENCIA.—El entendimiento de los ángeles, siempre en acto bajo cierto respecto, está bajo otro en potencia.....	161
LOS ANGELES TIENEN MEDIOS DE COMUNICACIÓN que les pongan en relación con ellos mismos, con su Creador y con las inteligencias inferiores. Su lenguaje, sus movimientos, su número, sus jerarquías.....	170
LOS ANGELES HAN TENIDO QUE HACER MÉRITOS PARA ALCANZAR LA FELICIDAD SOBRENATURAL, ó sea la contemplación de la esencia divina. La rebelión de Lucifer. Naturaleza de su pecado.....	179
EL PECADO PRIMERO DE LOS ANGELES FUE LA SOBERBIA Y DESPUES LA ENVIDIA.—Efectos del pecado en la naturaleza de los ángeles rebeldes.....	190
LA CAIDA DE ADAN.—Después de la rebelión de Lucifer, los ángeles se dividieron en dos grupos: los ángeles buenos confirmados en la gracia, y los ángeles rebeldes y altivos, que para siempre cayeron de las regiones de la luz en las que debían haber vivido por toda la eternidad. Estos soberbios, y como soberbios envidiosos, no podían tolerar que la naturaleza divina se encarnase en la humana; les repugnaba que al cumplimiento de la profecía el Verbo se hiciera hombre; y por eso se resolvieron á poner tentación al primer hombre para envilecerlo y degradarlo. Dios permite esta tentación. ¿Porqué fué escogida la ser-	

- piente como ministro de la tentación? ¿Porqué Dios permitió la tentación? Insidia de las preguntas dirigidas á Eva por la serpiente..... 197
- EL ARBOL DE LA SALUD Y EL ARBOL DE LA PRUEBA.—Motivos para la prohibición de que se tocara al árbol del Paraíso.—Falaces promesas de Satanás.—Ofrece á nuestros primeros padres la naturaleza divina, y con ello excita su orgullo y su soberbia.—El primer pecado fué la pretensión orgullosa del hombre en ser semejante á Dios en cuanto á la ciencia del bien y del mal.—«Seréis como dioses,» sugestión hecha á la conciencia de nuestros primeros padres, es la causa eficiente de todas las desgracias futuras de la humanidad.—Efectos del primer pecado.—La muerte de Abel da á la primera mujer la noción exacta de lo que es la muerte.... 197
- EL PECADO ORIGINAL.—Estado de la naturaleza humana después de la caída.—Privilegios perdidos.—La decadencia no es personal, sino que se transmite á toda la descendencia humana, al través del tiempo y del espacio.—El dogma del pecado original es la base del plan divino de la redención.—La muerte revela una pena y una pena revela una culpa.—Pecados transmitidos por generación.—El pecado original se ha transmitido por propagación y no por imitación.—Objeciones de la impiedad.—Bayle, Janet y Laurent..... 217
- EL PECADO ORIGINAL NO ES UNA CORRUPCIÓN DE LA SUBSTANCIA DEL ALMA. Tampoco es un acto de

- nuestra voluntad.—Nuestro libre albedrio no está complicado con el de Adán en la generación del pecado original.—Doctrina de la Iglesia en el particular.—Doctrina luterana.—El pecado original es la privación de la gracia primordial acordada á la naturaleza humana en la persona de Adán y el retorno de todo nuestro ser al estado de pura naturaleza..... 224
- Diferencias entre el hombre caído por la culpa y el hombre de la pura naturaleza.—El pecado original privó al hombre del elemento sobrenatural y lo dejó reducido á los elementos naturales.—Comparación entre el hombre *desnudo* y el hombre *desnudado*.—El pecado original es muerte, enfermedad y mancha..... 231
- El pecado original hiere la naturaleza, debilita el libre albedrío y nos hace esclavos del espíritu del mal.—¿Cómo se transmite el pecado original?—Esta transmisión no lastima en nada la justicia, la sabiduría, la bondad y la santidad divinas.—El principio de la solidaridad humana es el derecho civil, el derecho natural y el derecho internacional.—La solidaridad humana á la luz del derecho divino.—La ley de herencia es una ley de armonía.—Es una ley de efusión.—Es ley de alta moralidad..... 240
- Objeciones contra la transmisión por herencia del pecado original.—Los niños que mueren sin bautismo.—¿La privación de la visión divina puede hacerse sentir sin dolor y sin tristeza?—La caída del Edén y la redención del Gólgota

	Páginas,
son los polos en que descansan la historia y los destinos de la humanidad.....	250
El dogma del pecado original es la base de la fe cristiana.—Sentido «activo» y sentido «pasivo» de la palabra.—Privilegios é inmunidades que el hombre perdió en uno y otro sentido.—La prueba de la existencia y propagación del pecado original debe buscarse en la Escritura divina y en la tradición.—El pecado original produjo la abreviación del fin del hombre, que es Dios, y la pérdida de los medios, que es la virtud.....	260
Refutación de la crítica científica.—La serpiente del Paraíso no es un mito como los de la religión griega ó romana.—La serpiente no es más que un reptil en cuyo interior estaba el demonio.....	267
El pecado cometido en el Paraíso no es un episodio personal referente á Adán y á Eva, sino que es de trascendencia universal.....	274
No es doctrina católica asimilar el pecado original á un «virus morbozo».....	275
No es necesario admitir la preexistencia y la transmigration de las almas para aceptar el dogma del pecado original.....	276
El pecado original no está «esencializado» á la naturaleza humana.....	277
El pecado original no supone crueldad ni injusticia sin nombre.....	278
El pecado original nos sometió á los fenómenos patológicos de los órdenes material y moral.....	276

	Páginas,
El pecado original es la privación de la gracia santificante.....	280
LA PLENITUD DE LOS TIEMPOS.—En el plan divino, el pecado original es la preparación de la encarnación reparadora.—¿Por qué tardó tanto la redención?—La plenitud de los tiempos.—Corrupción del paganismo antes de Jesucristo.....	282
La redención estaba anunciada por promesas, prodigios y esperanzas naturales.—Aspiraciones misteriosas de los pueblos paganos.—La voz de sus filósofos y poetas.—La venida del Verbo necesitaba una preparación en armonía con la importancia de la obra que venía á llenar.—El sol de la gracia debía ser precedido de una alba, la era patriarcal; de una aurora, la edad profética.....	290
EL PARAÍSO DE LA ENCARNACIÓN.—Preparación moral de la venida del Rey de Gracia.—Sitio delicioso del Edén.—La morada y el Paraíso de la Encarnación, es María.—La maternidad mística de María.....	301
El Misterio de la Encarnación.—La naturaleza divina y la naturaleza humana se han unido en la sola persona del Hijo de Dios.—Jesucristo distinto é individualmente, es un verdadero hombre y verdadero Dios.—¿Cómo se realizó esta unión?.....	312
Relaciones de la Santísima Virgen con las Tres Personas de la Santísima Trinidad.....	320
María concebida sin mancha.—La Madre de Dios quedó exenta de la mancha del pecado origi-	

nal.—Las figuras del Antiguo Testamento y las profecías anuncian este privilegio á la naturaleza de María.—La razón lo acepta.—Las tradiciones lo comprueban.—Los textos de Santo Tomás acerca de la Inmaculada Concepción.—Declaración de este dogma por S. S. Pío IX....	328
BELLEZA DE MARÍA.—Todas las bellezas de María están en germen, en una primera gracia de inocencia y santidad.....	340
Todo lo que fué perfección apareció en la bienaventurada Madre.—Magnífico retrato que de ella hace San Ambrosio.—La santidad de María es sobrehumana.—La maternidad ha sido honrada con la virginidad de María, y la virginidad con la maternidad.....	349

JESUCRISTO.

Indicamos, en alguno de nuestros precedentes artículos, que no podía llegar á demostrarse la verdad del Misterio Eucarístico, si no quedaba antes plenamente demostrada la existencia de Dios y la divinidad del Verbo hecho carne.

En el año eclesiástico que ha terminado ayer, hemos presentado, con la brevedad que requiere la índole de nuestro semanario, las pruebas, á nuestro juicio, luminosas, de la existencia de un Ser Supremo.

Era preciso hacer esa demostración, no sólo para preparar la prueba de la verdad eucarística, sino porque en los tormentosos días en que vivimos, muchos hombres, á título de sabios, han querido suprimir la primera palabra de nuestro símbolo, que es el símbolo no sólo de la fe cristiana, sino de la fe de la humanidad.

Para responder á las exigencias de esos días, tormentosos para la Religión y para la fe, no nos hemos conformado con probar la existencia de Dios y refutar las observaciones que en contrario amontonan los positivistas de hoy: hemos querido, quizá no lo hayamos alcanzado, presentar á la consideración de nuestros lectores las perfecciones divinas de ese Supremo Ser, ante quien el hombre es como la nada, no sólo en sus pensamientos, sino también en su misma sustancia.

Hemos contemplado la simplicidad perfecta, la plenitud infinita del Ser Supremo, su ser personal y viviente, su unidad y su trinidad admirables.

Le hemos visto contemplándose eternamente, admirándose, amándose, bendiciéndose y no teniendo necesidad más que de sí mismo para ser eternamente feliz.

Le hemos visto, sin embargo, que oprimido por la necesidad de derramar el bien, del que posee la plenitud, y de hacer participantes de su felicidad á otros seres, ha salido de sí mismo, y por una palabra que no pudo resistir la nada, ha sacado de ella el Universo para el bien del hombre y para gloria suya.

Creador del mundo, Dios lo gobierna y lo dirige á un fin.

Pero no es Dios, el Dios creador, quien instituyera la Eucaristía.

Es Dios, hecho hombre, quien ha realizado ese prodigio, que la humana lengua no puede explicar.

Es pues, necesario, que, aunque sea con la imperfección de nuestro labio, bosquejemos á Cristo, al Verbo hecho hombre.

Así es que nuestra tarea, dulce y encantadora, aunque muy superior á nuestras débiles fuerzas, será bosquejar, y con frases torpes, como todas las nuestras, el plan divino de la encarnación, para ver destacarse de su fondo, á esa personalidad divina que se llama Cristo, el dulce Redentor del hombre, el Cristo de corazón humilde y divino, el Cristo tan amante del hombre que espira en una Cruz por redimirlo y salvarlo.

EL PLAN DIVINO.

“Sería temerario, dice Augusto Nicolás, que un navegante abandonase la playa y se lanzara sobre

el movable abismo de los mares, al reconocimiento de un mundo lejano, sin los instrumentos precisos que le dirigieran en su camino.

“Pero con la ayuda de esos instrumentos puede racionalmente intentar la empresa, y el encuentro de los continentes, respondiendo á las indicaciones que aquellos instrumentos le hacen, viene á justificar felizmente su atrevimiento.

“Para emprender el reconocimiento del Plan divino, debemos obrar de igual manera. Debemos tomar el compás de la revelación y la carta de la palabra divina.

“El acuerdo de nuestros descubrimientos, con esos medios celestiales que nos dirijan en tan hermoso camino, será nuestra justificación y nuestra recompensa.”

El Plan divino, como lo indica el autor citado, no es otra cosa que un designio primordial, según el que todas las cosas han sido creadas con la mira de un fin.

Nadie puede negar que tal Plan existe.

La inteligencia suprema no podía apartarse de la invariable regla que norma á cualquiera actividad inteligente.

El entendimiento obra siempre inspirado y

dirigido por un fin, al que encamina su obra. El mundo, como lo hemos dicho en artículos precedentes, ha sido creado para gloria de su artífice.

El poder, la sabiduría y el amor que eternamente viven en el Ser Divino, aparecen en las obras creadas, revelando la grandeza de su autor.

La sabiduría, ó sea el Verbo de Dios, ha sido, digamos así, la obrera de su poder infinito.

Es decir, el mundo no ha surgido solamente con ocasión de la creación.

El mundo estaba en Dios, es decir, estaba en la mente de Dios, en la forma de idea, en la forma de pensamiento.

Así es que, la creación, es la expresión del Verbo.

“Es, dice Augusto Nicolás, como un inmenso fenómeno adaptado á este Verbo del Padre, para expresar por cualidades visibles, las invisibles cualidades de que el Verbo es tipo eterno.”

Tal es la hermosa definición que nos da la fe: “*Por la fe, dice San Pablo, sabemos que el mundo fué hecho por el Verbo de Dios, y que de invisible que era, fué hecho visible.*”

El Verbo, en consecuencia, es el principio, la primera palabra.

El fin del mundo, el propósito con que el Señor lo sacara de los tesoros inagotables de su omnipotencia, nos está revelado también por la palabra inspirada del Apóstol de las naciones.

Esa palabra divina del Apóstol ha iluminado, con su admirable concisión, toda la economía del Plan de la creación: "*Todas las cosas son vuestras*, dice San Pablo, *vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios.*"

Omnia vestra sunt, dice San Pablo, todas las cosas son vuestras.

He aquí el fin próximo de la creación: el hombre.

El es en quien se viene á resumir toda la naturaleza inferior, el es su rey, el soberano á cuyos piés está sumiso el universo, *omnia sub pedibus ejus*.

Vos autem Christi, agrega el grande Apóstol, más vosotros sois de Cristo.

He aquí el segundo fin de la creación: Cristo.

Cristo no es el Verbo en Dios, como era en el principio, antes de la creación; es el Verbo salido de Dios, el Verbo hecho carne, como apareció en medio de los hombres, á la hora señalada en los decretos del Altísimo.

Dios hizo el mundo por el Verbo, su pensamiento sustancial, y quiso que por él mismo volvieran á El.

En la primera operación, al crear los seres, el Verbo por el cual se hacían, era increado; en la segunda operación, al hacer que vuelvan á El por medio del Verbo, el Verbo es encarnado.

Como increado, es principio creador; como encarnado, es Rey y Pontífice: Ministro de la creación, cuando las cosas dejaron la nada á la voz del Omnipotente; Mediador de Religión, cuando ya estaban existiendo y en camino para su fin.

Dios quiso, dice Augusto Nicolás, que la obra glorificase al arquetipo y al obrero.

Y para glorificar al Hijo, reprodujo sus perfecciones en el mundo é hizo de éste como un templo en que fuese adorado, como un reino en que fuese servido, como una heredad consagrada para su gloria.

Christus autem, concluye San Pablo, *Dei*, mas Cristo es de Dios.

He aquí el fin supremo, el fin último de la creación: Dios, su gloria.

Ni podía ser otra: Dios al crear, ha debido arreglarse por lo más perfecto que pudiese concebir,

y, sin duda, fuera de El, no se concibe mayor perfección.

Principio único de su acción, Dios tenía que ser el fin último de su obra.

Dios ha hecho las cosas, dice el Libro de los Proverbios, para sí mismo, *Universa propter semetipsum operatus est Deus.*

Tales son los tres fines que Dios se propuso al crear el mundo.

La economía del plan divino, dice Augusto Nicolás, se desarrolla así como un magnífico sistema de feudalidad divina, en que la soberanía desciende y remonta, se despliega y se resume por la mediación de personas asociadas á su plenitud; en este sistema, Dios, Soberano Señor de todas las cosas, recibe el tributo de adoración de todos los seres por Cristo, á quien ha constituido heredero soberano y de quien todos los seres somos tributarios.

Este plan se subdivide y se realiza á la vez en tres órdenes distintos y unidos: el orden inferior, que tiende al hombre, *omnia vestra sunt*; el orden mediador, que se anuda en Cristo, *vos autem Christi*; el orden final que termina en Dios, *Christus autem Dei.*

El primero, es el orden de la naturaleza; el se-

gundo, el orden de la gracia; el tercero, el orden de la gloria.

Tres órdenes que se han hecho los unos para los otros, que se penetran sin confundirse, y por el encadenamiento de los cuales el último de los seres de la naturaleza participa ó puede participar de la gloria, de la vida, de la felicidad misma de Dios.

Nótase, desde luego, que en este sistema divino, los tres fines que los constituyen, exigen como necesaria condición de su cumplimiento á Cristo.

La gloria de Dios, Cristo la procura.

La gloria de Cristo, procede de su reinado en el mundo.

El destino feliz del hombre, el destino de la creación, deriva de Cristo.

Con razón San Pablo deja caer de sus labios, esta palabra que resume la grandeza de Cristo: "Dios se propuso restaurar en Cristo, cumplidos los tiempos prescritos, todas las cosas de los cielos y de la tierra, reuniéndolas todas por El mismo en un solo cuerpo."

¡Plan admirable, economía sorprendente, obra de la diestra de Dios!

PRIMER FIN DE LA CREACION.

El fin primero de la creación, el designio que Dios tuvo al sacarla de los abismos de la nada, fué, como lo hemos indicado, su propia gloria.

El mundo, en efecto, rinde gloria á Dios, como toda obra la rinde á su artífice.

La excelencia de la obra, su belleza, hacen siempre la complacencia del que la hizo: los que la miran, glorifican, alaban, á quien ha podido concebirla y realizarla.

Al salir del caos, cada una de las obras admirables que embellecen el Universo cantaba la gloria de su Hacedor.

Cada una de ellas llevaba impresa sobre sí la excelencia de su naturaleza, la hermosura de su forma, la bondad de su artífice.

Moisés lo hace notar, al describir las obras de la creación,

Creó Dios la luz y, luego que fué hecha, *vió el Señor, dice Moisés, que era buena.*

Encontraba este mismo carácter en cada una

de las obras que salían de sus manos omnipotentes.

Al terminarse la obra en todos sus detalles, vió el Señor, vuelve á decir Moisés, que todas las cosas que había hecho eran muy buenas, *vidit Deus cuncta quæ fecerat et erant valde bona.*

He aquí una primera gloria que los cielos proclaman, que el firmamento anuncia, que la creación entera ofrece á su artífice.

Hay otra gloria; de la mano de Dios no salieron únicamente creaturas inanimadas y sensibles; brotaron también seres inteligentes, admiradores de esa obra portentosa que se llama Universo.

Aunque el mundo inanimado y sensible pregona la gloria de su Hacedor, su testimonio era como el eco servil de la voz de Dios.

No tenía conciencia de su hermosura, ni del beneficio de su existencia.

Sólo en el hombre podía encontrar el pensamiento que admira y el corazón que agradece.

Y encontró en el hombre ese pensamiento y ese corazón, y desde entonces el Universo fué como un órgano inmenso de notas dulcísimas que acompañaba la voz del Pontífice, único intérprete, in-

teligente y libre, que pudiese dar un sentido de alabanza y adoración á la armonía incomparable del Universo.

Pero esta segunda gloria que el mundo, por medio del hombre, que era su pontífice y su rey, rendía á su Creador omnipotente, no era por cierto, digna ni plena.

El mundo todo, con todas sus bellezas, el hombre, con sus atributos casi divinos, el corazón y la inteligencia, son, según la expresiva frase de Isaías, como una gota del gran vaso de la omnipotencia, de la que pueden salir mundos hasta lo infinito, como un polvo ligero que se adhiere al platillo de una balanza, impotente para hacerla oscilar.

Es decir, entre lo infinito, como es Dios, y lo finito, como será el hombre y el mundo, no hay proporción.

Así es, que las alabanzas y la gloria que se levantan del mundo, aun espiritualizadas por el hombre, no honrarían á Dios en toda su plenitud.

No podía, entonces, alcanzar la creación su primer fin: no podía glorificar *digna y plenamente* á su Hacedor divino.

Necesitaba un medio de retorno, de reascensión,

que le hiciera franquear la infinita distancia que la separaba de su Creador.

¿Cuál podía ser este medio?

Es un principio, que la razón fácilmente percibe, que para que una naturaleza alcance su felicidad y su bien, es necesario que vuelva á la fuente de donde ha salido y que vuelva á esa fuente por la misma vía.

Los seres todos salieron de Dios, por su Verbo: por el Verbo, entonces, tenían que volver á El.

El Verbo de Dios tenía, de consiguiente, que ser el medio para que retornaran á Dios todas las creaturas, las que estaban en pie y las que estaban caídas, las íntegras y las que necesitaban ser reintegradas, las que exigían curación y las que vivían en estado feliz.

Y así se hizo: El Verbo hecho hombre lo anunciaba cuando vino á la tierra. "Yo soy el camino, decía, *nadie vuelve al Padre, sino por mí.*"

La vía única y universal que tienen los seres para volver á Dios, es el Verbo encarnado, Cristo, Pontífice de la creación.

La Encarnación del Verbo, realiza en el plan divino, el primer fin de la creación.

El medio, por el cual salieron los seres á la exis-

tencia, fué el Verbo increado, el Verbo en el seno de Dios.

Para volver á Dios, necesitaban del mismo medio, del mismo Verbo; pero no del Verbo increado, del Verbo en el seno de Dios: se necesitaba que el Verbo saliera, digamos así, de las profundidades luminosas del seno de Dios, que ese verbo se hiciera visible.

Y no podía ser de otra manera.

La creación tenía que rendir un homenaje de honor y de gloria á su Creador.

El honor saca su mérito y su precio, no de aquel á quien se tributa, sino de aquel que lo ofrece y lo rinde.

El honor que un pobre pastorcillo tributara á su rey, sería poca cosa; pero el que un rey tributara al más humilde de sus vasallos, sería considerable.

Cuanto más grande es aquel á quien se honra, más grande debe ser el que honra: para que el honor sea adecuado y digno, es preciso que el que honra sea igual al honrado.

Pero al mismo tiempo, se requiere que el que honra, sea inferior al honrado: el que adora, tiene que ser inferior á la divinidad que recibe las

adoraciones: el Pontífice tiene que asimilarse al pueblo adorador á quien él representa.

El Verbo, en consecuencia, como Dios, podía rendir á Dios un homenaje digno de él; pero tenía que hacerse inferior, en su actitud de mediador.

Necesitaba comunicar el valor de sus adoraciones á las naturalezas creadas.

Debía, pues, tomar una de esas naturalezas.

No podía tomar la del angel, porque, entonces, Dios no sacaría la gloria, digna de él, más que de la naturaleza celeste.

No podía tomar la del alma humana, porque entonces recibirías su gloria, únicamente de la naturaleza espiritual.

Era, pues, inevitable, que tomara la naturaleza humana: de este modo, recibía homenajes dignos de toda la creación.

El hombre tiene en sí, el alma que lo liga con las naturalezas angélicas, y tiene el cuerpo que reúne en sí todos los elementos de la materia.

Es el centro de la creación.

Cristo tenía que hacerse hombre, ó como dice San Juan, con una crudeza de expresión admirable, tenía que hacerse y se hizo *carne*.

Trajo á sí, de esta manera, á toda la creación, tomándola por su fondo, para consagrarla toda y hacerla digna de la gloria de su autor.

Y como el Verbo, igual al Padre, en naturaleza, es realmente distinto en persona, el acto de encarnarse es propio del Hijo é independiente del Padre.

Y todos los actos que como Dios-Hombre tenía que ejecutar, eran de igual modo propios é independientes.

Actos de precio infinito ofrecidos al Padre.

Y como actos divinos é independientes del Padre, no le son debidos al Padre: son voluntarios por parte del Hijo; se ofreció porque quiso, dice San Pablo, *oblatus est quia ipse voluit*.

Rindió de este modo al Creador, una gloria hasta entonces desconocida en el cielo mismo, porque en el cielo había un Dios adorado, espíritu que le adoraban; pero no un Dios que adorara.

La encarnación realizó este prodigio estupendo y el Verbo hecho hombre, comunicando por la gracia su naturaleza divina á aquellos cuya naturaleza creada había tomado, se reproduce en sus discípulos, se multiplica en los cristianos y

hace de ellos otros tantos Cristos, otros tantos dioses, adorando á Dios con una adoración que nace de la suya.

De este modo la creación se levanta: rinde á Dios la gloria que sea digna de El.

Por eso, cuando Cristo nació, los ángeles anunciaron la solución del problema de la creación, diciendo: *Gloria á Dios en los cielos*, la gloria que se había propuesto recoger al crear el mundo; sólo encarnándose Dios, como se encarnó, podía tributarle la creación un homenaje digno de su grandeza.

SEGUNDO FIN DE LA CREACIÓN.

Acabamos de ver que Dios recibe de la creación, por medio de Cristo, un honor infinito.

Cristo es el Pontífice de la creación; unido á la naturaleza humana rinde á su Padre celestial una adoración adecuada á su gloria.

Cristo, hecho hombre, es un Dios que adoraba á su Padre. ®

Es decir, Cristo, hecho hombre, es un Dios adorante.

Trajo á sí, de esta manera, á toda la creación, tomándola por su fondo, para consagrarla toda y hacerla digna de la gloria de su autor.

Y como el Verbo, igual al Padre, en naturaleza, es realmente distinto en persona, el acto de encarnarse es propio del Hijo é independiente del Padre.

Y todos los actos que como Dios-Hombre tenía que ejecutar, eran de igual modo propios é independientes.

Actos de precio infinito ofrecidos al Padre.

Y como actos divinos é independientes del Padre, no le son debidos al Padre: son voluntarios por parte del Hijo; se ofreció porque quiso, dice San Pablo, *oblatus est quia ipse voluit*.

Rindió de este modo al Creador, una gloria hasta entonces desconocida en el cielo mismo, porque en el cielo había un Dios adorado, espíritu que le adoraban; pero no un Dios que adorara.

La encarnación realizó este prodigio estupendo y el Verbo hecho hombre, comunicando por la gracia su naturaleza divina á aquellos cuya naturaleza creada había tomado, se reproduce en sus discípulos, se multiplica en los cristianos y

hace de ellos otros tantos Cristos, otros tantos dioses, adorando á Dios con una adoración que nace de la suya.

De este modo la creación se levanta: rinde á Dios la gloria que sea digna de El.

Por eso, cuando Cristo nació, los ángeles anunciaron la solución del problema de la creación, diciendo: *Gloria á Dios en los cielos*, la gloria que se había propuesto recoger al crear el mundo; sólo encarnándose Dios, como se encarnó, podía tributarle la creación un homenaje digno de su grandeza.

SEGUNDO FIN DE LA CREACIÓN.

Acabamos de ver que Dios recibe de la creación, por medio de Cristo, un honor infinito.

Cristo es el Pontífice de la creación; unido á la naturaleza humana rinde á su Padre celestial una adoración adecuada á su gloria.

Cristo, hecho hombre, es un Dios que adoraba á su Padre. ®

Es decir, Cristo, hecho hombre, es un Dios adorante.

Otro prodigio se realiza en el plan Divino.

Si la encarnación proporciona á Dios, digamos así, un Dios que le adore, presenta al mismo tiempo un hombre adorado.

Dios adorando será lo mismo que este hombre adorado, el mismo Cristo, Dios y Hombre, al mismo tiempo.

Cristo, Pontífice de la creación, para realizar el primer fin de esta, es también el Rey de la creación, para realizar el segundo.

Tal es el plan divino.

En los Libros santos se llama á Cristo, Hijo único de Dios, *Unigenitus* y se le llama también primogénito, *Primogenitus*.

En algunas páginas de aquellos libros se le nombra *engendrado* y en otras *creado*. Sin profundizar en el estudio de estos textos, resulta de ellos y en sentir de los más eminentes Padres de la Iglesia, como lo observa Suárez, *Hanc esse expositionem magnorum patrum*, que como á Dios, se le llama *Hijo Unico, engendrado*, y, como á hombre se le llama *primogénito, creado*.

San Pablo con su palabra siempre correcta y siempre llena de luz, descubre en esta materia la enseñanza católica.

Cristo, según las enseñanzas del Apóstol, que, á no dudarlo, vinieron del Cielo, es el primer nacido *Primogenitus omnis creaturæ*.¹

Es Cristo el ser á quien Dios constituyó heredero del universo *Quem constituit heredem universorum*.²

En los designios de Dios, Cristo dominó todas las cosas y todas las cosas se refieren á él, *Ipse est ante omnia et omnia in ipso constant*.³

Todas las cosas visibles ó invisibles, celestiales ó terrestres, han sido creadas en él y para él *In ipso creata sunt, propter quem omnia*.⁴

San Anselmo, resumiendo estas frases del Apóstol, dice; Cristo como hombre es el fin que Dios tuvo á la vista al crear toda las cosas, y por él las creó todas.

Hemos visto, en otros de los artículos que preceden, que el fin inmediato de la creación es el hombre.

Esto es una verdad; pero la cabeza del hombre es Cristo, así lo enseña San Pablo cuando dice: *Omnis viri caput Christus est*.⁵

1 Ad. Coloss., I-15.

3 Ad. Coloss., I-17.

5 I Ad. Corinth., 11-13.

2 Ad. Heb., I-2

4 Ibid., 16.

San Pablo explica este pensamiento con más claridad todavía.

Cuando Cristo, dice, fué introducido en el mundo, como en su reino, Dios hizo que los ángeles le adoraran, *Cum introduxit primogenitum in orbem terræ, dicit: adorent eum omnes angeli Dei.*

Cristo era, agrega San Pablo, no sólo la cabeza de todo hombre, sino de todo principado, de toda potestad, de toda virtud, de toda dominación, de todo lo que tiene nombre entre los seres, no sólo en el siglo presente,¹ sino también en el futuro.

En una palabra, concluye San Pablo, Cristo tiene el principado sobre todo lo que existe, menos sobre Aquel que ha puesto todas las cosas á su servicio; *in omnibus ipse primatus tenens, præter eum qui subiecit ei omnia.*²

Así es que el reinado de Cristo es tan extenso como lo es su pontificado ó su sacerdocio; todo le adora, como todas las cosas adoran por medio suyo al Dios invisible.

Cristo, de consiguiente, es el rey de la creación.

Y lo es no por accidente ó por consecuencia, sino por un designio primordial y por vía de principio.

¹ Ad. Ephes., I-21.

² Ad. Coloss. I-18.

Dios, al crear al universo, tenía ante los ojos de su inteligencia á Cristo, como fin de la creación.

En el Génesis encontramos esta palabra llena de significación profunda: *hagamos al hombre á nuestra imagen.*

La imagen de Dios es su Verbo, su Hijo Unico.

Claro es, entonces, que al crear al hombre tenía la intención visible de referirlo al Verbo, á su Hijo Unico.

Es decir, al formar á Adán tenía en su pensamiento la idea de formar en él á un Adán futuro, que fuera Dios.

San Pablo lo expresa así: *Adam, qui est forma futuri*¹

Tertuliano, con su frase incisiva, lo explica de este modo: en todos los rasgos que Dios modelaba, al hacer el primer Adán tenía presente en su inteligencia á Cristo que debía ser hombre; *Quod cumque limus exprimebatur, Christus cogitabatur homo futurus.*

El pensamiento, pues, de Dios, al realizar la creación, es Cristo.

Para este príncipe de la creación se necesitaban súbditos y una casa; así lo dice San Pablo: *Chris-*

¹ Ad. Rom; V-14.

*tus vero tamquam filius in domo sua, quae domus sumus nos.*¹

Cristo, en la intención de Dios, fué lo primero; en la realización, fué lo último.

La ejecución sigue el orden inverso de la intención.

Dios, por lo mismo, para llegar á Cristo, comenzó la creación por la tierra, que es la creatura menos noble: siguió por las plantas, los animales y los hombres: así preparó la casa para el Rey de la creación.

Coronó sus obras, por la más noble de todas, produciendo á su Hijo Único en un cuerpo humano.

Le hizo nacer en medio de todos los tiempos, como á un Monarca en medio de todos sus Estados, á fin de que todos los siglos que le precedieron y todos los siglos que le siguieran, se refirieran á él como al centro de todos los seres.

Cristo era el fin de la creación, tenía que ser el coronamiento de esa obra portentosa.

La primera página del Génesis, nos lo revela sin duda.

Dios, cuando iba cerrando sucesivamente ca-
1 Ad. Heb. III-16.

da uno de los órdenes de la creación, expresaba su complacencia con esta palabra de que se vale Moisés: *Y vió que era bueno.*

Una sola creación quedó privada de ese testimonio: la creación del hombre, la creación de la obra más importante que en el orden sensible había salido de las manos de Dios.

Verdad es, que al terminarse todas las obras, las aprobó el Señor, diciendo que eran muy buenas.

Pero independientemente de este testimonio general, en que sin duda está comprendido el hombre, no recibió éste, de los labios del Creador, la especial aprobación que había dado á las diversas creaciones sucesivas.

Esto parece indicar que todas las cosas, con excepción del hombre, habían tocado, en el momento de ser creadas, el límite de su perfección: ninguna de las diversas especies que en ese orden se comprendían, podían nacer, en lo sucesivo, más perfectas que aquellas que salieran inmediatamente de las manos de Dios.

Para el hombre no fué así.

Parece que Dios se reservó un complemento, un coronamiento de esa obra: esa obra no fué se-

llada como las otras: Dios la dejó abierta, como para poner sobre ella la verdadera palabra de su pensamiento.

Y así fué: cuando Cristo tomó la naturaleza humana, cuando se presentó hecho hombre, entonces fué cuando se hizo escuchar la voz de Dios, que decía: "Esté es mi hijo amado, en el que me he complacido."

No podía revelarse, con mayor majestad, con frase más clara, que aquel hombre era un Dios, era el verdadero fin de las obras creadas.

"Todo ha sido hecho, dice San Francisco de Sales, tan profundo teólogo, como admirable santo, para este hombre divino, á quien por esta razón se llama el primogénito de la creación."

San Bernardo ve también, en la encarnación del Verbo, una *mixtura*, como él la llama, que es el término y el coronamiento de la espiral ascendente de la creación.

Dios, en concepto de San Bernardo, toma el polvo de la tierra y le infunde una virtud vital, *vim vitalem* y hace los árboles; no se detiene aquí, infunde al mismo polvo de la tierra una fuerza sensible, *vim sensibilem* y hace á los animales: queriendo honrar más á este polvo de la tierra,

inspira en él una virtud racional, *vim racionalem* y hace á los hombres: aun no se detiene aquí su amor; quiere levantar á excelsa altura la flaqueza humana, y entonces reduce su majestad, *contraxit se majestas*, para que lo que tenía de mejor, El mismo, se uniese á la naturaleza y apareciera un Dios Hombre, Cristo.

Cristo, pues, según la frase de San Pablo, recapitula en sí toda la creación, todas las cosas que existen en el cielo y en la tierra.

De este modo, Cristo, que rendía á Dios el homenaje debido, realizando el primer fin de la creación; hecho Rey de la creación, porque para él estaba hecha, realiza el segundo fin: Cristo es el Rey del Universo; Cristo adoraba á Dios, como Pontífice: Cristo como Rey es adorado por las criaturas todas.

El plan que Dios concibiera para realizar el segundo fin de la creación y que nos han revelado con su palabra divina las Escrituras Santas, se impone á la razón sin esfuerzo alguno.

Si en Cristo no se hubiera unido la naturaleza

humana á la naturaleza divina, la creación no tendría como príncipe á Cristo.

En el hombre, solo, en el Verbo, solo, no puede verse al heredero de todo el universo.

El hombre, solo, es absorbido, digamos así, por la creación.

Sería un heredero que, usando el lenguaje de los juriscultores, no podría sostener tal herencia, cumplir los cargos que le impone, recibir de ella los honores, justificar, en una palabra, que él era el fin de la creación.

“El hombre, solo, dice Augusto Nicolás, no es la razón de la creación.”

Desde luego, no conoce de la creación angélica y de la creación intelectual, ni la naturaleza, ni la extensión, fuera de la que es propia de su especie.

El hombre es inferior á la creación angélica ó extraño á ella.

Con respecto á la creación sensible, tal como aparece á nuestros ojos en el pequeño globo que habitamos, el hombre no es superior á ella: tiene una superioridad de nobleza y de naturaleza, pero no de autoridad y de posesión.

Limitado en su inteligencia, como en su cuer-

po, no puede conocer el principio ni el fin de las cosas.

“Sólo el autor de las maravillas que el mundo encierra, dice Pascal, puede comprenderlas y dominarlas.

El hombre, solo, no podía ser, por demasiado pequeño, el soberano de la creación.

Tampoco podría serlo, por demasiado grande, el Verbo Divino.

La creación entera, se pierde en el abismo de los tesoros de la sabiduría divina, de donde ha salido todo y que nada necesita recibir.

Referir la creación al Verbo, equivale á aumentar el Océano con una gota.

“El Verbo de Dios, agrega Augusto Nicolás, es demasiado grande para ser el heredero de la creación, para ser instituido tal, para ser exaltado sobre todas las criaturas, para recibir como un don, el principado del universo.

Para el Verbo, siendo Dios, sería más bien descender, que subir el asentarse sobre el trono de la creación, que no es, ni puede ser, más que el escabel de sus piés.

Así es, que ni el hombre, ni el Verbo aisladamente, responden al segundo fin de la creación:

el uno, está muy abajo de ella, y el otro, muy por encima.

El Hombre-Dios es quien resuelve el problema.

Siendo Dios y Hombre, al mismo tiempo; ni está por encima del honor de este reinado, siendo hombre, ni está muy abajo de su cargo, siendo Dios.

Cristo, en su Lumanidad, es como está constituido heredero del universo, exaltado sobre el trono de la creación: á sus piés, somete Dios todas las cosas, y por eso, al escuchar su nombre, toda rodilla se dobla, en el cielo, en la tierra, en los abismos.

Si este honor, es inferior á Dios, no lo es al hombre, no lo es al Hombre-Dios.

Honor prodigioso para la humanidad.

El Verbo, unido á ella, eleva nuestra naturaleza sobre los ángeles, los serafines, sobre todos los cielos, y la hace entrar y sentarse eternamente, en las profundidades de la unidad divina.

Los espíritus puros no han podido sostener la prueba á que fueron sometidos: muchos de ellos, juzgando indebida la unión de la divinidad con una naturaleza inferior á ellos, mejor que rendirle

una adoración, rompieron con su eterna felicidad. Los que á esa prueba quedaron fieles, sometiéndose á los decretos divinos, se apresuran á rendirle sus adoraciones, con amor, no solamente en el cielo, sino también en la tierra y alrededor de nuestros altares, en donde nos disputan el lugar para rendir á Cristo sus homenajes y frecuentemente vengar nuestra ingratitud y nuestro abandono.

Esta verdad es casi de sentimiento.

Ella inspiró á una santa mujer estas frases, llenas de deliciosa elocuencia: "Algunas veces, dice, me dirijo á los espíritus bienaventurados que rodean la invencible majestad de mi Dios, oculta bajo los velos del Sacramento, y les digo. No es para vosotros, para quien está aquí; es para mí: dejadme, pues, este lugar que ocupáis cerca de El; ¿por qué me lo quitáis? ¿no os es bastante el cielo en que le contempláis en su gloria? Dejad, os ruego, ese lugar á su amante desterrada, que no pide para consuelo de su destierro, sino hallarse más cerca de su trono de amor."

En otro lugar, deplorando el abandono en que dejamos con frecuencia á Cristo en el Tabernáculo, lanza este grito, que es el de un ángel: "Oh,

mundo perverso, tu estupidez me asombra y me espanta!

“En Cristo, la divinidad habita corporalmente en toda su plenitud.

“En consecuencia, este hombre divino tiene á su disposición el poder de un Dios para ejercer su reinado en la tierra.

“El mismo decía á sus Apóstoles: “Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra.”

Y en otra ocasión solemne, agregaba: “¿Pensáis que no puedo rogar á mi Padre, y El me enviará al punto más de doce legiones de ángeles?”

Y uno de los Evangelistas recuerda, en efecto, que después de la última tentación que Cristo sufriera en el desierto, se aproximaban á El los ángeles y le servían.

El universo todo sentía á la divinidad presente en Cristo.

Un milagro permanente detenía las manifestaciones de las criaturas insensibles ante Cristo, que había venido á sufrir las humillaciones más amargas por salvar al hombre.

Pero en una hora solemne, cuando la muerte de Cristo consumó la expiación universal, estallaron, en testimonio lúgubre de dolor, en tinie-

blas, en movimiento de los peñascos, en disolución de la naturaleza que parecía, en sus convulsiones, hacer escuchar el grito de que hace memoria Plutarco, y que conmovía al paganismo: El gran Pan ha muerto.

Cristo, bajo el velo de la humana naturaleza, es el rey de la creación. Donde más se descubre su soberanía, es en su reino espiritual.

Apenas consuma su sacrificio, prefigurado por cuarenta siglos de sacrificios universales, su humanidad glorificada crea un mundo nuevo, más glorioso para el Verbo Encarnado, que lo fuera la creación sensible para el Verbo oculto en las profundidades de la eternidad.

Al crear al mundo visible, obraba sobre naturalezas inertes y serviles; al crear al mundo espiritual, obraba sobre naturalezas libres y rebeldes; en la primera creación, obraba sobre la nada; en la segunda, sobre el pecado: en la primera, creaba, mandando, en la segunda, creaba obedeciendo.

Del instrumento de su suplicio, hace un trono; de sus heridas, una arma; de sus sufrimientos, un encanto y un atractivo; de su ignominia, una gloria; de su locura una sabiduría; de su anonadamiento, una majestad soberana.

Con esas armas, hace que desaparezca el mundo, idólatra de la fuerza, de la crueldad, de los placeres, del orgullo, de la filosofía, de la gloria de la fortuna.

En lugar de ese mundo, que desapareció con sus corrupciones, establece la adoración de su Cruz, el amor de sus sufrimientos, la ambición de su ignominia, la contemplación de su locura.

Y la Cruz y las ignominias, se hacen la fuerza, la gloria, la vida, la civilización del mundo para siempre.

Ese mundo, aunque siempre se levanta contra Cristo, es de Cristo: *vos autem Christi*.

TERCER FIN DE LA CREACIÓN.

El fin inmediato de la creación, es el hombre.

El hombre, en la esfera de la que es centro, es el jefe, el príncipe de la creación.

En el libro de los salmos, divinamente inspirado, se proclama por David, verdad tan dulce para el hombre.

“Lo has hecho un poco menos que los ángeles,

dice el Profeta Rey, hablando del hombre, lo has coronado de honor y de gloria y lo has constituido sobre todas las obras de tus manos.”

En este universo, que el hombre abraza con su mirada, es el único que piensa, el único que tiene conciencia; conciencia de sí mismo y conciencia del universo.

Resumiendo en su persona todos los reinos de la creación, es independiente de ellos por el don precioso de su libertad, y los sujeta á todos por el poder de su genio.

El hace que todos, sumisos, ofrezcan satisfacción á sus necesidades y aun á sus deseos.

El parece que comunica á las fuezas de la naturaleza, su inteligencia y su voluntad, á proporción que las domina.

Si el imperio que ejerce, encuentra límites, son límites que se retiran, sin cesar, ante él, y que, por lo mismo, no tienen tal carácter.

El hombre es en potencia, que cada día ve convertirse en acto, el heredero de la creación.

La felicidad de las criaturas es sin duda el tercer fin que se propuso el Creador al sacarlas de la nada.

Esta intención del amor de Dios por el hom-

Con esas armas, hace que desaparezca el mundo, idólatra de la fuerza, de la crueldad, de los placeres, del orgullo, de la filosofía, de la gloria de la fortuna.

En lugar de ese mundo, que desapareció con sus corrupciones, establece la adoración de su Cruz, el amor de sus sufrimientos, la ambición de su ignominia, la contemplación de su locura.

Y la Cruz y las ignominias, se hacen la fuerza, la gloria, la vida, la civilización del mundo para siempre.

Ese mundo, aunque siempre se levanta contra Cristo, es de Cristo: *vos autem Christi*.

TERCER FIN DE LA CREACIÓN.

El fin inmediato de la creación, es el hombre.

El hombre, en la esfera de la que es centro, es el jefe, el príncipe de la creación.

En el libro de los salmos, divinamente inspirado, se proclama por David, verdad tan dulce para el hombre.

“Lo has hecho un poco menos que los ángeles,

dice el Profeta Rey, hablando del hombre, lo has coronado de honor y de gloria y lo has constituido sobre todas las obras de tus manos.”

En este universo, que el hombre abraza con su mirada, es el único que piensa, el único que tiene conciencia; conciencia de sí mismo y conciencia del universo.

Resumiendo en su persona todos los reinos de la creación, es independiente de ellos por el don precioso de su libertad, y los sujeta á todos por el poder de su genio.

El hace que todos, sumisos, ofrezcan satisfacción á sus necesidades y aun á sus deseos.

El parece que comunica á las fuezas de la naturaleza, su inteligencia y su voluntad, á proporción que las domina.

Si el imperio que ejerce, encuentra límites, son límites que se retiran, sin cesar, ante él, y que, por lo mismo, no tienen tal carácter.

El hombre es en potencia, que cada día ve convertirse en acto, el heredero de la creación.

La felicidad de las criaturas es sin duda el tercer fin que se propuso el Creador al sacarlas de la nada.

Esta intención del amor de Dios por el hom-

bre y por todas las criaturas inferiores, está escrita profundamente en nuestro corazón, en el instinto de los animales, en la vida de las plantas, en el armonioso movimiento de los cuerpos y en cada anillo, por decirlo así, de esta cadena de atracción y de imán que atrae á todos los seres.

Todo goza ó aspira á gozar; todo respira la felicidad ó su promesa.

Hay una bondad atractiva y expansiva en el fondo de todas las cosas, y esta bondad es como el centro de la creación.

Pero aun para que las criaturas alcancen esa felicidad, que Dios se propuso que alcanzaran al crearlas, entraba en el plan divino la existencia de Cristo.

El hombre no es su propio fin, porque no es su principio.

El hombre viene de Dios y de él depende; pero Dios lo hizo, lo mismo que todas las cosas, por medio de su Verbo.

De manera que el Verbo es el principio activo de todo lo que existe en el orden sensible, del cual es arquetipo; en el orden intelectual, del cual es luz, y en el orden moral, del cual es ley.

Ese Verbo, una vez encarnado, es Cristo y así

lo dijo cuando andaba por el mundo: *yo que os hablo, soy el principio. Principium qui et loquor vobis.*

Pero Cristo no sólo es el principio de los seres, por quien Dios los ha criado: *omnia per ipsum facta sunt* sino que es el fin para quien los ha criado: *propter quem omnia.*

Cristo no es el término final de nuestro destino, es solamente el fin mediador, la cabeza.

Nuestro término final es Dios, para el cual hizo á Cristo y á nosotros para Cristo, al que debemos seguir.

Todas las ventajas naturales de que gozamos, todo el orden de la naturaleza que se resume en nosotros, no pueden servir más que para esta obra de ascensión á Dios, que constituye el orden de la gracia, á fin de tocar nuestro destino en Dios, que constituye el orden de la gloria.

De manera que todas las cosas que el universo nos presenta, no son nuestras por la posesión, sino por el uso y por el fin.

Si seguimos á Cristo, si somos de Cristo, todas las cosas son verdaderamente nuestras.

Omnia vestra sunt, decía San Pablo, *vos autem Christi.* De manera que, podemos decir, que

la tierra se hizo para las plantas, las plantas para los animales, los animales para el hombre, el hombre para Cristo, Cristo para Dios.

El mundo inferior está hecho para el hombre; el hombre es su último fin: el hombre está hecho para Cristo, Cristo es su fin, pero su fin mediador: Cristo, para Dios, es el fin último.

Cuando el hombre se aleja de Cristo, cuando el hombre no posee las cosas, fijando la mirada en Cristo, realmente esas cosas no son suyas, nada tiene.

Hay muchos ricos, muchos poderosos en el mundo: la industria despliega inmensamente sus recursos, para satisfacerlos, para acrecentar su dominación; el hombre no hace más que extender la mano, y, del uno al otro extremo del mundo, los elementos vuelan para ejecutar las órdenes de su pensamiento, los más caprichosos deseos de su corazón.

Pero en este progreso de la dominación del hombre, se nota el progreso de su esclavitud: mientras más posee, más poseído es; cuanto más tiene, es menos amo y señor; sus necesidades se extienden como sus goces, y sus conquistas lo devoran.

La historia da testimonio de esta verdad.

A los grandes del mundo, en todos los países y en todos los climas, los placeres les desencantan; los males les afligen; el fastidio les consume, la muerte les cosecha, y después de haberse atormentado toda su vida con el problema de la felicidad, el *Incognoscible*, como ellos dicen, los absorbe eternamente.

No puede, entonces, el hombre, ser el fin de la creación, el príncipe de ella, sin el socorro de Cristo, y este socorro de Cristo, por medio del cual reina el hombre, es el precio misericordioso de su sumisión á Cristo.

El hombre que, por esta sumisión, recibe de Cristo el auxilio, es dueño del mundo, es el rico por excelencia.

Todas las criaturas sirven á su cuerpo y á su alma que las domina por el desprendimiento; la vida es para él como un campo en que recoge méritos; el mundo es para él como un tránsito á la eterna vida. La prosperidad y las congojas están igualmente bajo su imperio, porque las torna en provecho suyo por el buen uso que de ellas hace; el mal mismo, el infierno, están bajo su dominación, porque los pisa y triunfa de ellos, ®

Esto no es una vana amplificación, dice Augusto Nicolás. Nada hay más real que esta libertad, que esta fuerza, que esta plenitud de vida y de autoridad, siempre renaciente en el alma del verdadero cristiano.

Súbdito de Cristo, ejércese sobre el mundo el poder que Cristo tiene.

Cristo lo ha dicho: "He aquí, decía á sus Apóstoles, que os he dado el poder de marchar sobre las serpientes y sobre los escorpiones y sobre toda virtud del enemigo y nada os dañará."

Así es que, aun en el orden de la naturaleza, Cristo es el medio de que la creación alcanza su fin.

De esta manera el hombre es dueño de los bienes creados, de los bienes sensibles.

Pero no son sólo del hombre los bienes presentes, son también los bienes futuros. *omnia vestra sunt*, decía San Pablo, *sive presentia, sive futura*.

Cristo nos asegura también esos bienes futuros, los bienes de la otra vida.

No tenemos derecho á ellos ni por naturaleza, ni, sobre todo, por la condición de desgracia á que nos redujo la rebelión de nuestro primer padre.

Este bien, perdido en Adán, nos lo reconquista

Cristo. Cristo es, en consecuencia, el medio por el que la creación, en el orden de la naturaleza y en el orden de la gracia, alcanza su fin, que es la gloria de Dios.

EL PLAN DIVINO DE LA ENCARNACIÓN.

Dios ha hecho la creación para El mismo, para Cristo y para los escogidos.

Ya hemos manifestado como, en el plan de la creación, entra Cristo para realizar los tres fines que su autor se propuso al llamarla á la vida.

Así es que, la Encarnación del Verbo tenía que realizarse para que la creación llenara esos tres fines.

Podía, pues, decirse que la razón de la encarnación está en la creación del Mundo, en la creación del Universo.

La Escritura, sin embargo, expresa que la Encarnación no tiene más motivo que salvar al hombre, *Venit filius hominis querere et salvum facere quod perierat*.[®]

O lo que es lo mismo, la Encarnación sólo tuvo

Esto no es una vana amplificación, dice Augusto Nicolás. Nada hay más real que esta libertad, que esta fuerza, que esta plenitud de vida y de autoridad, siempre renaciente en el alma del verdadero cristiano.

Súbdito de Cristo, ejércese sobre el mundo el poder que Cristo tiene.

Cristo lo ha dicho: "He aquí, decía á sus Apóstoles, que os he dado el poder de marchar sobre las serpientes y sobre los escorpiones y sobre toda virtud del enemigo y nada os dañará."

Así es que, aun en el orden de la naturaleza, Cristo es el medio de que la creación alcanza su fin.

De esta manera el hombre es dueño de los bienes creados, de los bienes sensibles.

Pero no son sólo del hombre los bienes presentes, son también los bienes futuros. *omnia vestra sunt*, decía San Pablo, *sive presentia, sive futura*.

Cristo nos asegura también esos bienes futuros, los bienes de la otra vida.

No tenemos derecho á ellos ni por naturaleza, ni, sobre todo, por la condición de desgracia á que nos redujo la rebelión de nuestro primer padre.

Este bien, perdido en Adán, nos lo reconquista

Cristo. Cristo es, en consecuencia, el medio por el que la creación, en el orden de la naturaleza y en el orden de la gracia, alcanza su fin, que es la gloria de Dios.

EL PLAN DIVINO DE LA ENCARNACIÓN.

Dios ha hecho la creación para El mismo, para Cristo y para los escogidos.

Ya hemos manifestado como, en el plan de la creación, entra Cristo para realizar los tres fines que su autor se propuso al llamarla á la vida.

Así es que, la Encarnación del Verbo tenía que realizarse para que la creación llenara esos tres fines.

Podía, pues, decirse que la razón de la encarnación está en la creación del Mundo, en la creación del Universo.

La Escritura, sin embargo, expresa que la Encarnación no tiene más motivo que salvar al hombre, *Venit filius hominis querere et salvum facere quod perierat*.[®]

O lo que es lo mismo, la Encarnación sólo tuvo

por mira levantar á la naturaleza humana caída por el pecado.

No puede ponerse en duda que la caída se relaciona con la Encarnación; pero no sólo con ella.

La frase de San Pablo lo pone de manifiesto con toda evidencia.

Es de fe que la Encarnación restaura al hombre, es decir, lo repara, lo levanta, lo saca del abismo en que lo sumergiera la culpa, en una palabra, lo rescata y lo redime.

Pero también es de fe que la Encarnación instaure al ángel y á todas las criaturas celestiales y terrestres; esta es la palabra de San Pablo: *instaurare omnia in Christo, quæ in cælis et quæ in terra sunt in ipso.*

La sangre que ha corrido sobre el Calvario ha refluído sobre toda la creación, ha pacificado, según la misma palabra de San Pablo, todas las cosas que están en el cielo y en la tierra: *pacificans per sanguinem ejus, sive quæ in cælis sive quæ in terris sunt.*

Esa sangre ha bañado no solamente á este mundo manchado con la culpa, sino á todos los mundos que ruedan en el espacio, al Universo que los contiene á todos como canta la Iglesia: *terra,*

pontus, astra, mundus, hoc lavantur flumine. Claro es, entonces, que la Encarnación no tenía por único objeto redimir á la humanidad.

En el cielo no había naturalezas caídas, y sin embargo, la sangre derramada en la cruz pacificó á los moradores de aquellas regiones siempre llenas de paz.

Tal es la enseñanza de San Pablo: tal es, en consecuencia, la enseñanza divina.

La razón misma persuade de que la Encarnación no tuvo por objeto exclusivo redimir al hombre.

La Encarnación no solamente levanta al hombre, también lo eleva.

Si no hiciera más que levantarlo, más que rescatarse, le dejaría en el mismo estado en que se hallaba antes de su caída.

La Encarnación, sin embargo, no se limita á levantar al que estaba caído: lo eleva más alto del punto en que estaba antes de haber cometido la primera culpa: lo eleva en Jesucristo á la filiación divina.

De manera que la Encarnación, en el hombre culpable, produce dos movimientos distintos: uno que lo levanta de la condenación, otro que lo eleva á la adopción y á la gloria. ®

Como estos dos movimientos son continuos, y se realizan por el mismo acto, suele nuestra inteligencia confundirlos.

Pero en realidad, son perfectamente distintos.

El uno, el que nos levanta, nos es particular á los hombres, que éramos los caídos: el otro, el que nos eleva, nos es común con las otras criaturas, que conservaron su integridad.

Entre ellas y nosotros, estos dos movimientos se distinguen visiblemente: ellas son elevadas sin ser levantadas.

En nosotros se confunden, porque participamos á la vez de su destino, como criaturas, y del nuestro, como pecadores.

Como pecadores, somos rescatados solos; como criaturas, quedamos asociados al fin universal de la creación.

Hay otra razón.

Si la Encarnación no tuviese otro motivo que rescatarnos del pecado original, no tendría otro efecto.

Tiene, sin duda, otro efecto, porque no solo rescata, sino que divinisa al hombre.

O este efecto último, quedaría sin causa, ó es preciso admitir, que si ese efecto produce la En-

carnación, responde á dos motivos ó dos razones: instauro á las criaturas, según la frase de San Pablo, y restaura á los pecadores.

Si la Encarnación ha tenido por objeto primario rescatar al hombre, no se ha detenido en ese objeto: ella nos glorifica, y en esto, su efecto se hace sentir en nosotros y en los ángeles, así como en los escogidos, los cuales en el designio de Dios, tienen necesidad de Cristo, para ser santificados y salvados, como nosotros tenemos necesidad de El para ser redimidos.

Una palabra de San Bernardo sintetiza esta idea: "El mismo Cristo, dice, que ha levantado al hombre caído, ha detenido al ángel para que no caiga; sacando al primero del cautiverio, evita el cautiverio del segundo: al uno lo desata, al otro lo defiende: y de esta manera, para uno y otro es igual la redención."

Si no podemos penetrar el pensamiento divino para investigar cual fué el propósito de Dios, al decretar la Encarnación, podemos conocer lo que Dios quiso por lo que ha hecho, una vez que Dios no hace más que lo que quiere.

El hecho es que Dios ha querido que todo se refiera á Cristo, como fin universal de todos los

seres: ha querido, entonces, que todo fuese creado originariamente, con la mira de ese fin.

El hecho es, que la Encarnación redime y eleva: redime al hombre, levanta á todos los seres.

Es, entonces, evidente que la Encarnación no tiene por única mira, la redención humana: tiene también, por objeto, la filiación divina del hombre, la glorificación de todos los seres, y por esta causa, la gloria Dios.

La Encarnación, como dijimos en el artículo que precede, tiene dos objetos: la redención humana y la glorificación de todos los seres.

Es admirable la economía de Dios, al concebir este plan que así realiza tan grandes maravillas.

Se presenta, sin embargo, una dificultad:

Ese plan, como concebido por Dios, tiene que ser de perfección incomparable.

Sin embargo, está relacionado necesariamente con la culpa.

La sabiduría divina, no tiene las miradas tímidas, inciertas, vagas y confusas, de nuestras inteligencias limitadas.

Conoce, de antemano, todos los pormenores de sus obras.

Suponer que toma en un decreto cualquiera, sus precauciones, contra un acontecimiento que puede venir y sorprender su gobierno, ó bien que ella modifica sus designios para desviar accidentes que sobrevienen, es rebajarla á nuestra talla y prestarle nuestras flaquezas y debilidades.

Así es que, siendo como es, la sabiduría in-creada, todo lo tiene previsto, cuando decide alguna cosa.

Sus planes son, digamos así, de un solo golpe y los instantes de razón, que imaginamos para analizarlos, no son más que ficciones de nuestras débiles inteligencias.

En consecuencia, se comprende bien que previó la caída del hombre, al crear el mundo; ó más bien, no se comprendería que no la hubiese previsto.

¿Pero, puede comprenderse, que al concebir la creación, haya permitido la caída?

¿Puede concebirse, que la haya permitido como ocasión determinante de todo el plan de la creación?

¿Puede concebirse, que el plan general de Dios,

ganase, por explicarnos así, con la caída; es decir, que fuera más perfecto con la caída del hombre que sin ella?

¿Puede concebirse, que la caída, que es un mal, haya podido aprovechar á la perfección del plan de Dios?

He aquí la dificultad.

La grandeza del plan divino, no disminuye por la aparición del mal, cuyo oprobio refluye sobre el Verbo hecho carne.

“Al contrario, dice el P. Monsabré, sin cambiar nada de las sublimes intenciones que hasta aquí hemos podido admirar, el plan divino se ensancha abrazando, por decirlo así, todas las posibilidades: la manifestación de las perfecciones divinas, se hace más gloriosa y más completa, y el Hijo de Dios, hecho hombre, por estar más humillado, es mucho más hermoso”.

La unión del Verbo, con la naturaleza humana, quizá no manifestaba en todo su esplendor, las perfecciones divinas.

Algunas no habían hecho escuchar su voz; guardaban silencio.

En el plan de la Encarnación redentora, es al

contrario: nada calla, todo el ser divino canta á plena voz en el seno de la creación.

Su poder es más maravilloso, su sabiduría más profunda, su amor más magnífico.

Es una maravilla salvar, por la unión hipostática, la distancia que separa lo infinito de lo finito, el creador de la criatura.

Y ¿no es más maravilloso ir á buscar á la criatura, en las fronteras de la nada, en donde se ha sepultado por el pecado?

“No solamente, agrega el P. Monsabré, el abismo franqueado es el más profundo, sino que Dios nos muestra lo que habríamos ignorado en otra situación; á saber cómo es fuerte contra el mortal enemigo de su majestad infinita.”

Para combatirle, destruir su imperio y reparar, sobre un plan más grandioso, las ruinas que ese enemigo de Dios y del hombre, había amontonado, la omnipotencia divina lucha con imposibilidades de las cuales triunfa.

El Eterno nace, el inmutable crece en edad, el impasible sufre, el inmortal muere, la muerte destruye la muerte, la muerte engendra la vida.

“Decidme, se preguntaba San Hilario, si esta acumulación de tantas cosas, contra la naturale-

za y en la misma persona, no nos revela toda la extensión del poder divino.”

Y aquí se ve, cómo la culpa, hasta cierto punto, agranda el plan divino: hace que brille, con un resplandor que en otra situación no pudiéramos contemplar, toda la grandeza del poder de Dios.

La sabiduría de Dios es profunda cuando, sin mezclar la naturaleza creada á la increada, hace la unidad de todas las cosas en una sola subsistencia.

Más profunda es esa sabiduría en la encarnación reparadora: ella tiende á aproximar dos cosas enemigas, y á sacar de las entrañas mismas del mal la salud y la regeneración del mundo.

En el Redentor, que esa encarnación nos proporciona, se reúnen el ofensor y el ofendido.

Es Dios, como el Padre Eterno, de quien viene á apaciguar la cólera, y cordero pronto á la inmolación; carga los pecados del mundo: está de tal manera penetrado de la culpa, que el Apóstol, estupefacto, exclama: *Aquel que no era más que la inocencia, Dios lo ha hecho como un pecado vi-
viente.*

Es, entonces, más asombrosa la sabiduría divina en la encarnación redentora, que lo fuera en

la encarnación, si la culpa no se hubiera cometido.

Es magnífico el amor que impulsa al soberano bien á darse en persona, después de haber inundado al mundo con sus larguezas: pero en Cristo, glorioso y dominador que vemos en los orígenes del mundo, guarda necesariamente, bienes que Cristo redentor sacrifica.

La encarnación, sin la culpa, nos presenta á Cristo encarnado, conservando su gloria y su vida.

La encarnación con la culpa, la encarnación redentora, nos presenta á Cristo sacrificando sus bienes, su gloria y su vida.

Para el Cristo redentor no hay fiestas en la naturaleza, no hay entusiasmo en la humanidad.

La pobreza en la cuna, la persecución y el destierro desde la infancia, la oscuridad y las privaciones, los sudores y las fatigas de la vida obrera, la ingratitude, el desprecio, el odio, la traición de los hombres, todo esto coronado por drama lúgubre y sangriento: la muerte sobre un patíbulo.

Cuando quiere ser magnífico hasta el exceso, el amor no calcula, el amor no razona, el amor zanja las dificultades, el amor pasa hasta sobre lo imposible.

Y este es el amor de Dios en la encarnación reparadora.

“El exceso de su magnificencia, dice el Padre Monsabré, va hasta este punto, hasta dar los bienes de que es tan pródigo, no sólo á sus amigos, lo que sería muy grande, sino aun á sus enemigos, lo que es inmenso: *magnum est magna dare amicis et proximis; nimis inimicis.*”

Ya se ve, entonces, cómo la introducción del Verbo Redentor en el plan de la Encarnación, nos da un acrecentamiento en la manifestación de las perfecciones divinas.

El poder, la sabiduría y el amor, tres de los atributos divinos que Dios se proponía manifestar en la creación del Universo, se manifiestan más grandes, más magníficos y más sublimes en la Encarnación reparadora.

Cristo, encarnado para redimir á la humanidad, hace ver con más claridad el alcance de su poder, lo profundo de su sabiduría y el exceso casi incomprensible de su amor.

He aquí por qué en el plan divino entró la culpa.

Pero hay algo más todavía.

Sin la culpa, y de consiguiente sin la Encarnación reparadora, no habríamos podido contemplar en toda su magnificencia, algunas otras perfecciones divinas.

“Dos perfecciones, dice el P. Monsabré, que apenas nos hubieran sido conocidas en una creación inmaculada, presidida por el Verbo Encarnado, vienen en una creación manchada por la culpa, á unirse al coro del poder, de la sabiduría y del amor: estas son la misericordia y la justicia.”

La misericordia consiste en compartir la miseria ajena, entristecerse de ella y alejarla de quien la sufre.

Dios, en su inalterable naturaleza, no puede entristecerse; lo único que puede hacer es alejar la miseria.

“No compete á Dios, dice Santo Tomás, entristecerse por la miseria de otro; pero sí le compete, y de un modo principal, alejar, repeler, la miseria de aquél que es víctima de ella.”

Y por miseria, como el mismo santo Doctor lo enseña, se entiende cualquier defecto, cualquier sufrimiento, *ut per miseriam, quemcumque defectum intelligamus.*

Y sin embargo, lo más tierno de la misericordia, es sufrir por el que sufre.

“Compartir la miseria, dice el P. Monsabré, apropiarse la miseria, sufrir con el que sufre y lo que sufre, hacer entrar la miseria de los otros en nuestro propio corazón, hacer nuestro corazón miserable, como lo es otro corazón, para mostrarle cuánto se le ama, esta es la misericordia: *miserum cor, miseria cordis, misericordia.*”

Aquíes donde se ve, con toda claridad, cómo la Encarnación redentora hace brillar ese atributo tan dulce.

No pudiendo Dios, tener sufrimientos ni tristeza en su inmutable naturaleza, tomó la nuestra, se hizo semejante, como dice San Pablo, en todas las cosas, con sus hermanos, para hacerse misericordioso: *unde debuit per omnia fratribus similari, ut misericors fieret.*

Y, en efecto, en Cristo Redentor, en su alma y en su carne, resuenan todos nuestros dolores, con tanta fuerza, que llora, gime, sufre más que todos los hombres juntos, y se le puede llamar por esto, el Rey de la misericordia.

“Llora en su cuna, dice el P. Monsabré, llora en sus vigiliass solitarias, llora sobre la tumba de

un amigo, llora sobre la colina desde donde contempla en Jerusalén á la humanidad ingrata, llora en el jardín solitario, en el que nuestras miserias se le presentan, tan á lo vivo, que casi muere: es, verdaderamente, un varón de dolores, *virum dolorum.*”

El Cristo, Redentor, es la misericordia misma.

Pero no sólo se muestra la misericordia; también la justicia habla en el Verbo Redentor, con el mismo tono y sobre el mismo ritmo, que las otras perfecciones, según la hermosísima frase del P. Monsabré.

La justicia resplandecía, sin duda, en las obras de la creación.

La justicia consiste en la distribución correcta y adecuada de los dones que le corresponden á cada naturaleza.

Y el Creador de los mundos los había distribuido con peso y con medida, respondiendo á las exigencias de cada naturaleza creada.

Pero nuestros ojos, débiles y enfermizos, podrían considerar estos dones, no como la obra de la justicia, sino como la obra del amor que da y de la sabiduría que ordena.

Lo que mejor podría hacernos contemplar la

justicia, en toda su terrible grandeza, era el mal, el mal moral.

Propio es también, de la justicia, castigar, y los ojos humanos, mirando el castigo, es como comprenden la justicia.

Dios, por eso, en sus designios, que nadie puede sondear, previó y permitió el pecado.

Una vez cometido, la expiación era necesaria.

Todas las penas de la vida, el trabajo ingrato, las privaciones, las enfermedades, las decepciones, las angustias, los pesares, las torturas del alma y del cuerpo, forman un lúgubre cortejo que rodea, oprime, fatiga y agobia al pecador: esta es su expiación: así le castiga Dios: así hace manifestación de su justicia: pero no basta.

La justicia de Dios es infinita como su ser, y no puede quedar satisfecha, sino cuando el castigo iguale á la ofensa.

Y todos aquellos castigos están muy lejos de nivelarse con la ofensa.

No hay en el Universo una pena que iguale al pecado.

El pecado es de una grandeza inconcebible.

San Bernardo nos da algunas notas que nos hacen comprenderla.

“El pecado, dice este sabio Padre de la Iglesia, y causa horror decirlo, agrega, es que se ensaña contra el mismo autor del mundo.”

“La voluntad humana, en cuanto puede, quiere destruir á Dios.”

“Y quiere destruirlo, porque quiere ó que no venga sus pecados ó que no los conozca: es decir, quiere un Dios ignorante ó impotente.”

“Y quien desea un Dios ignorante ó impotente, desea que perezca su poder, su justicia y su sabiduría.”

“La majestad á quien ultraja el pecado, dice Santo Tomás, le da en cierto modo un carácter infinito, y de consiguiente, ninguna satisfacción finita puede compensar la ofensa.”

“¿Qué bien, en efecto, pregunta el P. Monsabré, podría sacrificar el pecador que fuera posible comparar con el bien infinito que ha despreciado?”

“¿Qué bien podrá sacrificar el pecador que Dios no tenga derecho de quitarle, para castigar su crimen antes que lo haya satisfecho?”

Y aun cuando se encontrara en la humanidad un inocente que quisiese responder por los culpables, ¿qué bien posee, del cual no deba ya el homenaje á su Creador?

Ninguna criatura puede rendir á Dios el honor que el pecado le quita.

“La inmensa hecatombe de la naturaleza entera, dice San Atanasio, no nos dará la medida de las exigencias de la majestad divina.”

Esta situación requería un medio que igualara el castigo con la ofensa.

El equilibrio de estas dos cosas, es el triunfo y la manifestación completa de la justicia.

El Verbo Encarnado da la solución.

El Verbo hecho carne, revestido de los harapos de nuestra naturaleza va á presentarse á su Padre y á ofrecerle bienes que está obligado á aceptar.

Y está obligado á aceptarlos, porque ningún reato pesa sobre ellos y porque el Hombre-Dios los penetra con mérito infinito.

El Verbo Redentor, que es Dios como el Dios ofendido, ofrece la satisfacción. El problema está resuelto: el castigo y la ofensa quedan nivelados.

Era, pues, necesaria la Encarnación reparadora. “Es verdad, agrega el P. Monsabré, que una oración, una palabra, un suspiro, una lágrima, una mirada del Dios hecho hombre, habría bastado en rigor para satisfacer á la divinidad ofendida; pero, con tan pequeñas señales, nuestros limitados

y groseros entendimientos no habrían visto las profundidades infinitas de la justicia.”

Dios multiplica sobre el Verbo hecho hombre los oprobios y los sufrimientos; hace que corra la sangre hasta la muerte, la muerte infame de la cruz, á fin de que, iluminados por esas venganzas y hundidos en piadosa consternación ante el drama del Calvario, confesemos la grandeza del Ser Supremo diciendo, con voz conmovida: cuán grande es esta justicia que ha necesitado una víctima tan noble, tanta vergüenza, tan crueles tormentos.

He aquí un misterio adorable.

Dios que se irrita contra el pecado, es el Dios que tiene compasión del pecador; Dios que se precipita sobre el culpable, es el Dios que toma el lugar del pecador; Dios que hiere, es el Dios que sufre; Dios que castiga, es el Dios que merece y alcanza el perdón.

La justicia y la misericordia, como decía David, se han tendido la mano y se han abrazado en el corazón espirante del Verbo Redentor.

Ya se ve, entonces, como la Encarnación reparadora era necesaria para que resplandecieran en toda su luz dos perfecciones divinas, que sin la

culpa no se hubieran manifestado á nuestros ojos la justicia y la misericordia.

La aparición del mal en el mundo, lejos de amenguar la grandeza de las perfecciones divinas, hace que su manifestación sea más gloriosa y sea más completa.

El poder, la justicia y el amor, resplandecen con intensidad más grande: la misericordia y la justicia, que apenas nos hubieran sido conocidas en una creación inmaculada, se ostentan, la primera en toda su inefable ternura, y la segunda en toda su imponente severidad.

Alguien, sin embargo, pudiera creer que en la Encarnación reparadora, que es un misterio de sufrimientos y humillaciones, las perfecciones divinas, lejos de brillar con espléndida luz, han tenido que oscurecerse en el Hombre Dios, cubiertó de oprobios.

No es así: el sol, aunque tienda su luz sobre pantanos lodosos y corrompidos, ni se anubla ni se mancha; el alma, aunque unida al cuerpo, jamás participa de la naturaleza de este vaso de barro quebradizo que la guarda.

Así es que, unida la divinidad á la carne humana, ni se contamina ni se mancha, ni se anubla ni cambia de ser.

Por otra parte, en todas las humillaciones de la humanidad de Cristo, se hace visible, siempre, el esplendor inmaculado de su ser divino.

Es concebido en la carne, pero lo es por obra y por virtud del Espíritu Santo; nace del seno de una mujer, pero esa mujer es una Virgen sin mancha y queda Virgen después de su alumbramiento; descansa pobre en un pesebre, pero allí recibe la adoración de los Reyes; huye desterrado á Egipto, pero á su presencia caen y enmudecen los ídolos que allí se adoraban; vive en la indigencia, pero hace milagros que asombran al mundo; es aprehendido por los soldados en el Huerto, pero antes, con una sola palabra, los derriba en tierra; es crucificado, pero la tierra se estremece; muere, pero el sol se apaga; es encerrado en una tumba, pero de ella sale por virtud propia, glorioso y radiante.

No, y preciso es repetirlo, las humillaciones de Cristo jamás anublan los esplendores de su ser divino.

En la Encarnación reparadora, no sólo se osten-

tan las perfecciones divinas en su belleza más espléndida, sino que en ella el Verbo aparece más radiante y más hermoso.

“El monarca pacífico cuya majestad soberana, dice el P. Monsabré, hubiera iluminado los orígenes del mundo, si el género humano no hubiera pecado, merece, sin duda, nuestros homenajes y nuestra admiración: sin embargo, por hermoso que nos aparezca en la mística poesía de nuestros ensueños, le falta á su frente una doble corona: la corona del vencedor y la corona del salvador.”

“Es hermoso para un rey, continúa el P. Monsabré, reinar como señor absoluto sobre un pueblo sumiso y que tiene confianza plena en la fuerza, en la sabiduría y en la bondad de aquel que lo gobierna.”

“Es hermoso que ese rey responda á los homenajes de sus súbditos, por la magnificencia de sus beneficios.”

“Pero cuando el enemigo llega y lanza un grito de guerra, cuando sus batallones triunfantes han arrollado ya á las tropas infieles, á las que se había confiado la guarda de las fronteras, cuando asienta su pie insolente sobre el suelo de la patria, como si la hubiese conquistado para siempre, volar

á su encuentro y ponerse heroicamente á la cabeza de la batalla, romper sus legiones, ponerlas en fuga al precio de mil heridas, salvar, en fin, á un pueblo de la muerte y volver á su seno teñido en su propia sangre, coronado con los laureles de la victoria y más dueño que nunca de los corazones, por el prestigio de su valor y por la honra de su nombre, es la más bella gloria que un rey puede ambicionar.”

Dios no quiso privar de esa gloria á su Hijo divino: le reservó para un mundo invadido por el mortal enemigo de su majestad: el pecado.

El Verbo hecho carne, desde el primer instante de su vida pasible y mortal, entra en lucha con el pecado.

Sangriento, martirizado, espira sobre el cadáver del enemigo; pero á poco sale de la tumba y vuelve á los suyos para decirles: “Tened confianza, he venido al mundo, *confidite, ego vici mundum.*”

El Profeta había visto en su triunfo al Redentor de la humanidad.

“¿Quién es éste, esclama, que viene de Edon y de Bosra con sus vestiduras teñidas de sangre? ¿Este tan gallardo en su vestir y en cuyo majestuoso andar se descubre la mucha fortaleza suya?”

"Yo soy, responderá, el que predico la justicia y soy el protector que da la salud á los hombres."

"Pues ¿por qué está rojo tu vestido, y está tu ropa como aquellos que pisan la vendimia en el lagar?"

"El lagar lo he pisado solo sin que nadie de entre las gentes haya estado conmigo. Pisé á los enemigos con mi furor y los hollé con mi ira, y su sangre salpicó mi vestido y manché toda mi ropa."

"Porque he aquí el día fijado en mi corazón para tomar venganza: es llegado ya el tiempo de redimir á los míos."

Y Cristo, cumpliendo el vaticinio ganó solo la difícil y sangrienta victoria: ciñó su frente con la corona del vencedor, con la corona del que salva á su pueblo.

Ya se ve cómo Dios es más grande, cómo el Verbo Encarnado es más bello, en la Encarnación reparadora.

En la Encarnación reparadora se manifiestan con más esplendor las perfecciones divinas, se dejan ver en toda su luz las que apenas conocería-

mos en una creación inmaculada, y se ostenta el Verbo, hecho hombre, lleno de encantos y hermosura.

Pero la manifestación de esas perfecciones no procura la gloria de Dios, sino poniéndose al servicio del hombre.

Cristo, hecho hombre, para redimir á la humanidad pecadora, ha puesto á nuestro servicio, causa asombro el decirlo, su misma persona divina.

Comunicarse al hombre para llamarlo al bien y apartarlo de las sendas de la culpa, he aquí otro de los beneficios de la Encarnación reparadora.

A nuestra inteligencia, hundida en las tinieblas y marchando con paso inseguro hacia la verdad, el Verbo Encarnado le trae una luz desconocida, la luz de los cielos, para alumbrar las sendas, y sondear, sin peligro, los abismos de la verdad.

Cristo habla, y sus palabras hacen que se fije nuestro entendimiento en su autoridad divina, y ésta constituye la base inquebrantable de nuestra fe.

"Para que el hombre, dice San Agustín, anduviera con más confianza por las sendas del mun-

do y llegara sin perderse, á la verdad, la misma verdad, el Hijo de Dios, hecho hombre, constituye y funda la fe.

Habíamos perdido de vista la eterna felicidad que nos fuera prometida en la cuna del mundo, nuestros deseos languidecían, las cosas sensibles tenían cautiva nuestra alma.

La humanidad del Salvador nos acerca el soberano bien, y Dios, haciéndose ver, nos devuelve el gusto de las cosas invisibles.

Como Cristo funda nuestra fe, levanta nuestra esperanza.

“Nada fué tan necesario para levantar nuestra esperanza, dice San Agustín, como el que se nos hiciera patente el amor que Dios nos tiene. ¿Qué demostración más palpitante del amor divino, que el que el Hijo de Dios se uniese á nuestra naturaleza?”

Nuestros corazones tímidos y perezosos, apenas osaban pasar de la adoración temblorosa, al amor de la divinidad; el Verbo inmolado viene á encender en nosotros el fuego sagrado del amor, en toda su grandeza.

¿Quién, mirando su amor, dice San Bernardo, no le amaría? ¿Quién, recibiendo de él tantos bie-

nes, podría rehusarle el homenaje de tierno y piadoso reconocimiento?

“¿Cuál es el motivo, pregunta San Agustín, más poderoso de la venida de Cristo, sino el manifestar el amor que Dios nos tiene?”

“Si el corazón era tardo para amarle, agrega el santo Doctor, no lo sería para pagar el amor que nos manifiesta.”

Los sacrificios que impone la virtud espantan nuestra debilidad, el dolor abate nuestra firmeza, la muerte consterna á nuestra naturaleza en la que anida un fermento de inmortalidad, y el espectáculo de las debilidades y deficiencias de que diariamente somos testigos, acaba la obra de nuestro penoso desaliento.

Cristo se encarna y padece.

Es el primero en los caminos del deber y del sufrimiento; nos arrastra con su ejemplo sobre sus huellas ensangrentadas; su corazón abierto nos ofrece, en nuestros males, un refugio lleno de paz y de dulzura; su muerte, coronada de gloria, nos invita al desprecio de los vanos terrores que nos agitan en el dintel de la tumba; á su presencia y con su ejemplo, todo bien es posible, toda pena se olvida, toda vida se prepara con gozo al sacrificio.

Así es como Cristo Redentor nos enseña á obrar bien.

“Antes, dice San Agustín, veíamos al hombre, á quien no debíamos seguir, y no veíamos á Dios, á quien debíamos seguir siempre. Era, pues, preciso que Dios se mostrara al hombre, para que fuese visto por el hombre y para que el hombre lo siguiese: por eso Dios se hizo hombre.”

La felicidad verdadera del hombre, el fin de la vida humana, consiste en la plena participación de la divinidad.

Habíamos perdido hasta el recuerdo de ese fin precioso, la memoria de nuestra propia dignidad: deshonrábamos nuestra naturaleza por toda clase de crímenes.

La unión del Verbo y de la naturaleza humana, los implacables azotes de la justicia divina sobre la carne sagrada del Salvador, nos recuerdan á cada instante lo que somos, nos traen á la memoria la grandeza de nuestros inmortales destinos.

“Dios se hizo hombre, dice San Agustín, para que el hombre se hiciera Dios.”

“Reconoce, ¡oh hombre! tu dignidad, dice San León, y hecho participante de la naturaleza divi-

na, no degeneres, volviendo á la vileza de tu antigua vida.”

He aquí cómo la Encarnación reparadora pone al Verbo Divino á nuestro servicio, para nuestro bien.

La fe que se apoya en su palabra, que asombrada escuchó la multitud que le seguía, agranda los horizontes de nuestra inteligencia, ilumina los caminos de la verdad: al contemplar la belleza del Verbo hecho Hombre, se alienta nuestra languideciente esperanza: al ver á Cristo dar la vida por nuestro amor, nuestro amor se enciende y nuestra caridad se inflama: al mirar á Cristo en los caminos del deber y del sufrimiento, nuestra vida se apresta con gozo á los sacrificios y á los dolores: al sentir como caen sobre su cuerpo inmaculado los azotes de la justicia divina, recordamos nuestra grandeza y nos preparamos con valor á despreciar las cosas perecederas y á suspirar sólo por las celestes.

La Encarnación reparadora, que tantos bienes nos ofrece y nos otorga, nos da también elementos preciosos para alejarnos de las sendas del mal.

Unido Dios á la naturaleza humana, es decir, formándose una sola persona de Dios, del alma y

de la carne, el demonio no puede ya sorprendernos: no puede presentarse á nuestros ojos como Dios, alegando que es un espíritu y no carne, porque la Encarnación nos muestra que Dios se hizo carne.

Tampoco puede alegar, para engañarnos, que él es Dios, porque es inmortal, una vez que la Encarnación nos muestra que el Hijo de Dios se dignó morir hecho hombre.

Tal es el pensamiento de San Agustín.

La Encarnación reparadora patentiza, por otra parte, la grandeza de la dignidad humana.

“Nos demostró Dios, dice San Agustín, el lugar excelso que la naturaleza humana ocupa en la creación, al haber aparecido entre los hombres como hombre verdadero.”

La soberbia humana, que es el más poderoso impedimento para unirnos á Dios, puede sanarse por la humildad del Salvador.

Ella, en fin, liberta al hombre de la esclavitud del pecado.

Cristo satisfizo por nosotros: el hombre solo no podía satisfacer por todo el linaje humano: Dios no debía satisfacer: convenía, pues, que lo hiciera un Dios-hombre.

¡Cuántos misterios, cuántos beneficios, encierra la Encarnación reparadora!

Los principios que hemos venido consignando en los precedentes artículos, nos dejan ver, en toda su magnificencia, las incomparables grandezas del plan de la Encarnación.

Dios, impulsado por la tendencia que tiende á comunicarse, quiso llevarla hasta su último extremo; quiso manifestar, en el exterior, sus perfecciones infinitas, en toda su espléndida luz; quiso, en fin, dar á su obra el alto grado de belleza y de gloria que fuese capaz de recibir.

Comunica á nuestra alma, la luz de la inteligencia; entra más profunda é íntimamente en nosotros, por la gracia; quiere darse él mismo en la gloria del cielo, pero no puede ser más que el objeto inteligible de nuestra eterna contemplación.

Esto no basta á su amor: le queda un último don que hacer, el don de sí mismo, según su ser propio, natural y personal, de modo que se pueda decir: un hombre es Dios, un Dios es hombre.

He aquí la primera grandeza que realiza la Encarnación.

Hay otra: las perfecciones eternas se muestran en todo su infinito esplendor.

Por excelente que sea en su esencia, sublime en su acción, radiante en sus manifestaciones, la creación queda á una distancia infinita del ser increado.

“No hay número, dice el P. Monsabré, que pueda medir ese abismo, no hay fórmula que pueda expresar su profundidad insondable.”

La Encarnación se realiza, y entonces el abismo se colma y los números quedan vencidos.

Brilla en esta obra el poder supremo del Omnipotente, que une la naturaleza divina y la naturaleza humana, sin que se confundan, en una sola persona.

Resplandece en la obra divina de la Encarnación, la belleza de la sabiduría eterna: no se une el Verbo, ni á la materia ni á las sustancias puramente espirituales; se une al hombre, que por su alma toca á las esferas celestes y por su cuerpo á la creación sensible; de este modo, en el cielo y sobre la tierra, las cosas visibles y las cosas invisibles, los principados y las potestades, quedan

establecidas sobre él: todo es creado para él, y todo se apoya en él, todo se sostiene en él, porque plugo á Dios, según la frase de San Pablo, darle toda la plenitud: *Quia in ipso complacuit omnem plenitudinem inhabitare.*

De la diversidad de seres que existen en la creación, formó el Verbo la unidad.

Esta es la tendencia de la sabiduría: unir lo que está separado: este es el fruto de su acción: hacer de todas las cosas una sola cosa: *qui fecit utraque unum.*

Esta es la segunda grandeza que realiza la Encarnación.

Queda todavía otra: unido el Verbo á la naturaleza humana, la tierra, como dice el P. Monsabré, queda honrada con la penetración real y sustancial del infinito, absorbe en cierto modo la inmensidad, el hombre absorbe á la tierra, y la humanidad, toda entera, es absorbida por la naturaleza que el Verbo Encarnado asocia á su Divinidad.

El mundo queda así divinizado, en su fondo, y lo debe quedar, necesariamente, en su acción.

“La operación sigue al ser, ha dicho Santo Tomas, *operare sequitur esse.*”

Encarnado el Verbo, en la naturaleza humana, las obras de este Hombre-Dios son obras infinitas.

Todos los actos que el Verbo Encarnado ejecuta, los ejecuta como representante de la humanidad, como jefe de ella, y desde entonces, desde la tierra, se entona un cántico infinito con las mismas notas y con el mismo ritmo que el que se canta en las profundidades del Ser Eterno.

He aquí la tercera grandeza que realiza la Encarnación: Dios da á su obra el más alto grado de belleza y de gloria que puede recibir: el universo todo queda divinizado por la unión del Verbo con la naturaleza humana, que es el compendio de la creación entera.

Pero no está aquí todo el plan divino: le falta una circunstancia que decide todo: el pecado.

La Encarnación tiene que ser reparadora. Dios, al concebir desde la eternidad, la creación, prevee y permite el pecado.

Esta circunstancia, que no es un acontecimiento que sobreviene impensadamente, sino que viene prevista y ordenada por la sabiduría divina, le da á la Encarnación mayor realce.

Brillan con más esplendor las perfecciones di-

vinas, resplandecen las que en una creación inmaculada acaso no serían conocidas, el Verbo ciñe la corona del vencedor y derrama, sobre la humanidad, beneficios que el hombre no puede medir.

Este es, en toda su amplitud, el plan real y actual de la Encarnación.

La Encarnación, por lo mismo, ha tenido como objeto la redención, que es su fin próximo, y por eso ha revestido una forma expiatoria y dolorosa.

Se ha referido también á la creación, como su fin último, y ha tenido por objeto la gloria de Dios, la de Jesucristo y la de todos aquellos que ha escogido para su gloria.

Por eso la Encarnación, en su forma expiatoria ha sido pasajera: en su forma gloriosa, es permanente.

San Pablo ha dicho: "era necesario que Cristo sufriera, para que *asi* entrase á su gloria."

Y David lo había profetizado cuando, dijo: "ha bebido, *al pasar*, del agua del torrente, pero *después* ha levantado la cabeza: *De torrente in via bibet, propterea exaltavit caput.*"

Así es, que la Encarnación no encuentra su fin

absoluto, sino su paso, en la redención, y su fin absoluto está más allá, en la gloria de Cristo.

La Encarnación tiene, pues, un doble fin, el de rescatarnos del pecado original, que es su fin próximo, que es el que nos afecta inmediatamente, porque él no mira más que á la familia humana, y el fin universal, el que se refiere á la creación toda entera, dándole un valor infinito ante Dios y elevándola en Jesucristo á un destino de gloria, cuyo designio la ha precedido y determinado.

La escuela de Escoto, sostiene que en virtud del plan actual y del decreto presente, el Verbo se hubiera encarnado aunque Adán hubiera perseverado en la justicia y la hubiera trasmitido á sus descendientes.

Los Tomistas no niegan la posibilidad de la Encarnación fuera del pecado; pero sostienen que en el plan real y actual de este misterio y en virtud del decreto presente, el Verbo no se habría encarnado si el hombre no hubiese pecado.

La redención del género humano es, según ellos, el único motivo próximo de la unión del Verbo divino con nuestra naturaleza, que la ha tomado pasible y mortal para cumplir su obra.

Esto es lo que nosotros hemos defendido: el fin próximo de la Encarnación es la redención humana: su fin último es la glorificación de las creaturas y por esto la gloria de Dios.

Santo Tomás, al sostener su tesis, la funda en razones, como son siempre las suyas, clarísimas y concluyentes.

Lo que depende de la voluntad de Dios, dice, no puede sernos comunicado más que por la Escritura Santa.

Y en la Escritura Santa se da como razón ó motivo de la Encarnación del Verbo, el pecado del hombre.

“Vino el Hijo del Hombre, dice San Lucas, á buscar y á salvar lo que se había perdido.”

“No necesitan de médico, dice en otro lugar, los que están sanos, sino los que están enfermos.”

“Cristo, agrega San Pablo, vino á este mundo para salvar á los pecadores.”

No sólo la Escritura, los Padres de la Iglesia se expresan á este respecto en términos precisos.

“Si el hombre no hubiera pecado, dice San Agustín, el Hijo del Hombre no hubiera venido.”

En otra parte se expresa así: “No tuvo otra

causa la venida de Cristo, sino la de salvar á los pecadores. Quita las enfermedades, quita las heridas, y ya no se necesita la medicina."

San Juan Crisóstomo habla con la misma precisión: "Dios se ha hecho carne, dice, para ejercer su misericordia con nosotros. Esta es la única razón de este gran misterio, no hay otras."

La Iglesia, en sus oficios, enlaza constantemente el Misterio de la Encarnación con la caída del hombre.

El magnífico prólogo de la Bula en que se proclamó el dogma de la Inmaculada Concepción de María, expresa esta idea, que es enteramente conforme á la tesis de Santo Tomás.

En fin, los Tomistas dicen: *Es contrario á la perfecta sabiduría que precede á los decretos divinos y á la perfecta simplicidad de estos decretos dividirlos ó multiplicarlos en una misma obra, y suponer que Dios modifica, por algún accidente ó motivo que se presenta, un plan determinado, como enseñan los Escotistas.*

Dios no ha tenido más que un plan real en el que todo accidente y toda circunstancia han sido ordenadas y previstas. No ha habido de su parte más que un decreto eficaz: el que nos ha dado

al Verbo Redentor. El resto es pura hipótesis. El decreto eficaz de Dios se refiere, á un mismo tiempo á su gloria y á la restauración de la humanidad caída; pero este último motivo puede ser llamado el motivo primario y eminente

Para dar más claridad á estos principios, los Tomistas distinguen en el decreto divino, lo que ellos llaman instantes de razón.

Según ellos, en el primer instante, considerando Dios por su ciencia infinita todas las cosas posibles, quiere la efusión de su poder y de su bondad, y la manifestación de sus atributos. En el segundo instante, escoge, entre las cosas posibles, el mundo actual destinado á procurar su gloria. En el tercer instante, decide elevar á la creatura racional al orden sobrenatural y adornarla con los dones de su gracia. En el cuarto instante, quiere, por un insondable designio, permitir el pecado. En el quinto instante, decreta la reparación del pecado. En el sexto, designa á su Hijo único como reparador de la culpa por su encarnación en una naturaleza pasible y mortal. En el séptimo, refiere á Cristo Redentor todas sus intenciones relativamente á la efusión de su bondad, á la manifestación de sus perfecciones, á la

glorificación del mundo y á la felicidad de los escogidos.

Admirable misterio: entraña dificultades graves, abismos profundos.

Pero esto no es motivo para desconocerlo y rechazarlo.

"Donde Dios obra, el imposible cesa," ha dicho un gran pensador.

Un piadoso teólogo se expresa así: "Los que rechazan la Encarnación, son, á mi juicio, más bien ingratos que incrédulos: el peso del beneficio los aterra, más que la grandeza de la obra."

Dios, no hay que dudarlo, se ha hecho hombre.

LA HUMANIDAD EN ADÁN.

Dios, al concebir el plan de su obra previó, sin duda, como lo hemos indicado antes, la invasión del pecado.

Debido á esta previsión, decretó que su Hijo tomara carne pasible y mortal, y ordenó este misterio para redimir al mundo.

"La sangre de Cristo, dice San Pablo, nos liberta de todo pecado."

"El Salvador, dice en otra parte, será ofrecido en expiación por nuestras culpas, y no sólo por las nuestras, sino también por las del mundo todo."

Sin embargo, aunque la encarnación tenía por objeto esta redención universal de todos los pecados, es decir, la purificación de todas las culpas, su eficacia se dirige más directa é inmediatamente, en los designios de Dios, á un solo pecado.

No porque ese pecado sea más grave de los que voluntariamente se cometen, sino porque á nadie exceptúa; ataca, por decirlo así, la naturaleza y es la raíz de todas las iniquidades.

Ese pecado se llama pecado original.

Preciso es conocerle, antes de penetrar en las profundidades de la Encarnación del Verbo divino.

La herejía ha alterado su noción y ha exagerado los males que ocasiona.

El racionalismo, al oírlo nombrar, se sonríe, y desdeñosamente lo relega al rango de pueriles fábulas, que la superstición inventa para engañar á la ignorancia y tenerla bajo el yugo de un terror vano.

glorificación del mundo y á la felicidad de los escogidos.

Admirable misterio: entraña dificultades graves, abismos profundos.

Pero esto no es motivo para desconocerlo y rechazarlo.

"Donde Dios obra, el imposible cesa," ha dicho un gran pensador.

Un piadoso teólogo se expresa así: "Los que rechazan la Encarnación, son, á mi juicio, más bien ingratos que incrédulos: el peso del beneficio los aterra, más que la grandeza de la obra."

Dios, no hay que dudarlo, se ha hecho hombre.

LA HUMANIDAD EN ADÁN.

Dios, al concebir el plan de su obra previó, sin duda, como lo hemos indicado antes, la invasión del pecado.

Debido á esta previsión, decretó que su Hijo tomara carne pasible y mortal, y ordenó este misterio para redimir al mundo.

"La sangre de Cristo, dice San Pablo, nos liberta de todo pecado."

"El Salvador, dice en otra parte, será ofrecido en expiación por nuestras culpas, y no sólo por las nuestras, sino también por las del mundo todo."

Sin embargo, aunque la encarnación tenía por objeto esta redención universal de todos los pecados, es decir, la purificación de todas las culpas, su eficacia se dirige más directa é inmediatamente, en los designios de Dios, á un solo pecado.

No porque ese pecado sea más grave de los que voluntariamente se cometen, sino porque á nadie exceptúa; ataca, por decirlo así, la naturaleza y es la raíz de todas las iniquidades.

Ese pecado se llama pecado original.

Preciso es conocerle, antes de penetrar en las profundidades de la Encarnación del Verbo divino.

La herejía ha alterado su noción y ha exagerado los males que ocasiona.

El racionalismo, al oírlo nombrar, se sonríe, y desdeñosamente lo relega al rango de pueriles fábulas, que la superstición inventa para engañar á la ignorancia y tenerla bajo el yugo de un terror vano.

Hay, pues, que estudiar el pecado original.

Pero, antes de hacerlo, es preciso investigar si la humanidad no es más que una sola familia, y cuál era, en su fuente primitiva, el estado de esa familia.

El pecado original sólo se concibe si toda la humanidad estaba contenida en Adán, su primero y único tronco, y si este padre de tan numerosa descendencia poseía antes de su caída una perfección de la que no queda más que un recuerdo.

La humanidad no tiene sino una sola cuna, es una, por la naturaleza y por la sangre.

Las primeras páginas de la Escritura Santa nos descubren y nos demuestran esa verdad tan consoladora y tan augusta.

“Hagamos al hombre; dijo Dios, á nuestra semejanza y á nuestra imagen.”

Y, formado de tierra y animado por un espíritu de vida, el hombre aparece, aparece solo, dominando el universo todo por el pensamiento.

Pero Adán, que había sido hecho á imagen de Dios, debía ser fecundo, como lo era el Dios que le formara con sus manos.

Dios le mira, y, al mirarlo solo, dice: “No es

bueno que el hombre esté así; hagámosle una ayuda semejante á él.”

Y el nuevo ser que, según la palabra divina, debería aparecer al lado de Adán, ¿en qué podría servirle á éste de ayuda?

La vasta inteligencia de Adán era suficiente para la tarea que Dios le había impuesto de gobernar y someter á toda criatura.

Pero, semejante á Dios, debía existir en el primer hombre la irresistible tendencia á comunicarse: es propio de todo bien ser irresistiblemente difusivo.

Como las altas funciones de la inteligencia del primer hombre no podían ser sacrificadas á las funciones inferiores, de donde nace la vida del cuerpo, fué necesario hacerle á Adán una ayuda, en la que residiera la fuerza pasiva de la generación, dejando en él, como en soberano dispensador, la fuerza activa de esa función prodigiosa.

Pudo el Señor hacer, de la misma materia de que se había servido para el cuerpo de Adán, el cuerpo de la ayuda que había decretado otorgarle, y renovar, ante los ojos admirados del rey del mundo, el acto omnipotente por medio del cual

había inspirado sobre el lodo inerte el espíritu de vida.

No fué así: del mismo cuerpo del hombre tomó el Creador una parte, y de ella hizo el cuerpo maravilloso de la mujer, con menos majestad, pero con más gracia; con menos fuerza, pero con más delicadeza; con menos arrogancia, pero con más encantos.

Al verla Adán, entreabre sus labios para cantar este epitafio que se ha de convertir en la ley fundamental de la familia: "He aquí el hueso de mis huesos y la carne de mi carne; por esto abandonará el hombre á su padre y á su madre, y se unirá á su esposa y serán dos en una sola carne."

A este canto responde Dios con un precepto que hará brotar á la humanidad de sus fuentes: "Creced y multiplicaos."

Tal es la enseñanza cristiana, tal es la enseñanza verdadera, tal es la enseñanza que tiene profundas raíces en el corazón de la humanidad, y que, aunque desfigurada, se descubre en las viejas tradiciones de todos los pueblos.

De Adán se formó el cuerpo de Eva, y de Adán y de Eva, única pareja primitiva, ha descendido toda la familia humana.

Las generaciones se venían sucediendo y llenando la tierra, hasta que una catástrofe, que la humanidad nunca olvida, puso de nuevo á la cabeza del género humano á un solo hombre, y después de él, á las tres familias de Noé, que extienden por todas partes sus ramas, que Moisés, hasta con sus nombres propios, liga con el tronco primitivo.

No hay principio del cristianismo que la impiedad no ataque.

Los espíritus soberbios y superficiales niegan la unidad del género humano: el monogenismo es para ellos un principio que la razón jamás puede aceptar.

No sólo para un cristiano, para un hombre dotado de recto juicio, la unidad de la especie humana en Adán es una verdad incontrovertible.

Los libros de Moisés se imponen al entendimiento, no sólo porque ellos guardan, en sus inimitables páginas, la palabra de Dios, sino porque la historia puramente humana, los descubrimientos de la ciencia, han venido y vienen, cada día, á confirmar su relato. ®

Es preciso, sin embargo, estudiar, aunque en

brevísima frase, las razones que se invocan para combatir la unidad de la especie humana.

A tres pueden reducirse estos grandes argumentos: la diversidad de tipos humanos, la diversidad de lenguas, y la dificultad de poblar continentes inaccesibles, al menos en las primeras edades.

La profunda diversidad de los tipos, la diferencia radical de los idiomas, la imposibilidad de poblar la América y la Oceanía en las épocas en que debieron poblarse, todo protesta, dicen los poligenistas, contra la unidad de la especie humana.

“La diversidad de los tipos, dice el P. Monsabré, es un hecho que nadie puede negar; pero, bajo la diversidad de tipos, la naturaleza humana queda semejante á sí misma, en su conformación general, en sus aptitudes y en sus tendencias.”

“Por todas partes, continúa el sabio dominico, el hombre es el regio animal que se tiene en pie, mientras que los otros se arrastran; por todas partes ejerce sobre los reinos inferiores de la creación el mismo dominio.”

“Por todas partes su cabeza arrogante mira al cielo, por todas partes sus piés huellan la tierra, por todas partes sus manos industriosas se presentan á obras admirables que modifica según sus

necesidades ó según sus caprichos, por todas partes su cerebro es el asiento de una inteligencia en que brilla la luz, por todas partes expresa por un lenguaje articulado no sólo instintos y pasiones, como el bruto, sino también ideas.”

“Por todas partes reconoce como regla de su vida los mismos grandes principios de la moral, por todas partes adora á un Ser Supremo, por todas partes es perfectible, por todas partes está sujeto á las mismas enfermedades manifestadas por los mismos síntomas, y por todas partes, condenado á muerte, siente y aspira á la inmortalidad.”

“¿Esas semejanzas fundamentales, pregunta el P. Monsabré, que indican tan claramente una sola y misma naturaleza en la humanidad, son tan poca cosa que se puedan posponer á diferencias superficiales infinitamente más numerosas y más vigorosamente acusadas en otras especies de animales?”

El color que parece á primera vista el signo más característico de la raza, está muy lejos de tener la importancia que generalmente se le atribuye. Bajo una piel negra hay tipos que no desdenaría un artista, y bajo la piel blanca, tipos

deformes á los que no falta sino el color para ser negros perfectos.

La coloración, por otra parte, es un fenómeno local, es un puro accidente, y casi insignificante, para determinar la especie.

La piel considerada en su conjunto, está compuesta esencialmente de tres capas: el dermis, el epidermis y el cuerpo mucoso de Malpighi.

Todos los anatomistas admiten la existencia de estas tres capas; pero varían en la apreciación de las relaciones que las unen, y cada uno de ellos las subdivide después en un cierto número de capas secundarias.

Es inútil entrar en detalles.

El dermis forma el cuero ó la piel propiamente dicha, y está situado más profundamente y abrevado de sangre por una multitud de vasos ramificados hasta el infinito; á ellos debe el tinte rojo que presenta el ojo desnudo cuando se le pone al descubierto; pero si se le examina con una lente se perciben, entre las mallas de las redes vasculares, los tejidos propios que la componen, y estos tejidos son tan blancos en el negro de Guinea, como en el blanco de Europa.

En el exterior se encuentra el epidermis, capa

de apariencia dura, compuesta de láminas traslucidas más ó menos íntimamente adherentes entre sí y cuya semitransparencia permite ver el tinte general de los tejidos puestos debajo. Esta capa es enteramente semejante en todas las razas.

Entre el dermis y el epidermis se encuentra el cuerpo mucoso, que es el asiento de la coloración.

Este se compone de celdillas unidas unas con otras y superpuestas de manera que forman un cierto número de estratificaciones.

Hasta aquí todo es semejante, en el negro y en el blanco; pero en este último el contenido de las celdillas, aun las más profundamente situadas, es en la mayor parte de las regiones del cuerpo casi incoloro y no presenta más que un ligero tinte amarilloso; este color se sube en las razas amarillas y aun en las blancas, cuando tienen el tinte moreno; en el negro se hace de un negro más ó menos pronunciado.

Ya se ve, por esa sencilla exposición que hace Quatrefages, á lo que se reduce el fenómeno de la coloración diversa de las razas humanas. De la una á la otra no hay aparición de órganos ó de elementos orgánicos nuevos: no hay más que un

color que, á partir de un término medio, sube ó se debilita.

Sin embargo, continúa el sabio á quien acabamos de citar, este hecho podría considerarse como de un valor real, si fuese constante, es decir, si cada tinte especial concordase siempre con otros caracteres más importantes propios de ciertos grupos humanos.

Pero no es así, y á propósito del tinte, sobre todo en el hombre, puede decirse lo que de las flores: *Nimum ne crede colori.*

No todos los hombres negros, son negros: hay entre ellos algunos que por una liga incontestable y muy próxima están unidos á las poblaciones más blancas.

Pero no sólo las analogías proclaman la unidad de la especie humana y echan por tierra la contraria tesis que los poligenistas pretenden sacar de la variedad de tipos.

El Lapon y el Húngaro son tipos perfectamente distintos, y sin embargo, su idioma atestigua que tuvieron un origen común.

Los Tártaros y los Turcos se distinguen de los Mongoles, y sin embargo, tienen lenguas de la misma familia.

Los naturalistas, dice Darwing, que admiten el principio de la evolución reconocen sin vacilar que todas las razas humanas descienden de un tronco primitivo único y no se limita á esta simple afirmación el jefe de la escuela transformista, sino que aduce razones y pruebas que son tanto más decisivas cuanto que proceden del campo enemigo.

Las razas humanas actuales, agrega Darwing, presentan en muchos conceptos numerosas diferencias; por ejemplo, el color de los cabellos, la forma del cráneo, las proporciones del cuerpo: sin embargo, si se les considera por el lado del conjunto de organización se encuentran muy parecidas en muchos puntos. Y son tan insignificantes estos puntos y de tan singular naturaleza, que es difícil suponer que hayan sido adquiridos independientemente por especies ó razas primitivamente distintas.

Con mayor motivo se ha de aplicar esta observación á los puntos de semejanza mental que existen en las más distintas razas humanas. Los indígenas americanos, los negros y los Europeos tienen cualidades intelectuales tan diferentes como cualesquiera otras razas; sin embargo, cuando

yo vivía con los indígenas de tierra de fuego á bordo del "Beagle" observé en ellos numerosos rasgos de carácter que probaban cuán semejante es su espíritu al nuestro é hice la misma observación en un negro puro á quien traté íntimamente.

Tomemos, dice Quatrefages, una de esas agrupaciones de individuos más ó menos semejantes, pero capaces de contener entre sí uniones fecundas, y siguiendo á Chevreul remontémonos hasta su origen. Las veremos descomponerse en familias, cada una de las cuales procede mediata ó inmediatamente de un padre ó de una madre; en cada generación disminuye el número de estas familias; y si continuamos remontándonos llegaremos á encontrar el término final, *un par primitivo único*.

No es sólo la variedad de los tipos, es también la variedad de las lenguas la que se invoca por los poligenistas para combatir la unidad de la especie humana.

No cabe ponerlo en duda: los descubrimientos de los últimos siglos, nos han revelado tantos idiomas diversos, que su multiplicidad ha podido preocupar, de pronto, á los que defienden la unidad de la raza de Adán.

Los estudios que se han hecho, sobre la diversidad de los idiomas, han venido á demostrar, sin embargo, que todos ellos derivan de una sola lengua.

El argumento, en consecuencia, lejos de combatir la tesis cristiana, la pone en toda su luz, la hace que aparezca más cierta y más clara.

"Toda lengua se compone de dos partes, dice el P. Monsabré, la una inmutable y la otra flexible y que cambia."

"Esta última, sucesivamente transformada por el trabajo del hombre, puede hacerse, al cabo de ocho ó diez siglos, una lengua enteramente desconocida."

"Nadie habla hoy el francés de Carlos el Calvo: sólo los eruditos lo entienden."

"Las raíces, al contrario, resisten á todas las manipulaciones que sufren las desinencias y quedan en el fondo de todo idioma como el signo revelador de su procedencia."

"El estudio de este signo, ha permitido á la ciencia dividir la lengua humana, en tres grupos primitivos."

"Aquel en que dominan las lenguas sin gramática, que se asemejan á los gritos de un niño,

enérgicos, pero sin liga: aquel que está compuesto de las lenguas semíticas, llenas de vitalidad y de calor, ropaje natural de esta brillante poesía aunque las impresiones y las pasiones se suceden con rapidez: el que se compone, en fin, de los idiomas indo-europeos, ricos, regulares, tan flexibles como fecundos, igualmente propios para la poesía, para la exposición de los hechos, y para la precisión científica.

La ciencia ha llevado más adelante sus investigaciones.

Después de haber reducido el número de idiomas independientes, ha examinado con cuidado sus afinidades en los elementos comunes que pertenecen á su esencia, y habiendo encontrado estos elementos, ha concluido que estos idiomas han estado originariamente reunidos en uno solo, que no es una separación gradual ni un desenvolvimiento individual los que han creado entre ellos las diferencias, sino una fuerza activa, violenta, extraordinaria, suficiente para explicar á un mismo tiempo las semejanzas y las diferencias.

Alejandro de Humboldt, á quien debemos tan preciosas noticias sobre las lenguas y monumentos de América, se expresaba así: "Aunque cier-

tas lenguas puedan á primera vista parecer aisladas, por más singulares que sean sus caprichos y sus idiotismos, todas tienen analogía entre sí. Los muchos lazos que las unen serán tanto más manifiestos, cuanto más se perfeccionen la historia de las naciones y el estudio de las lenguas."

Y así ha sucedido: á medida que esos estudios se han perfeccionado, se ha ido llegando á demostrar la unidad del lenguaje.

La Academia de Petersburgo, llevada probablemente en estos estudios de la lengua, por la grande autoridad del Conde de Goulianoff, mantenedor ardentísimo de la unidad de los idiomas, llegó á esta conclusión: Todas las lenguas deben reputarse como dialectos de un idioma ya perdido.

El consejero de Estado, Merian, dice: "Los que duden de la unidad del idioma después de haber leído á Whiter, pueden leer á Goulianoff!"

"Con mayor satisfacción, dice César Cantú, recuerdo las ideas de Federico Schlegel, el hombre á quien nuestro siglo debe más de lo que podrían pagar nuestros nietos en algunas generaciones."

"En la obra que por primera vez hizo que la Europa volviese los ojos á estos graves objetos,

establece claramente su opinión respecto de la unidad original de todas las lenguas.”

“Rechaza con indignación el pensamiento de que el habla, fuese invención del hombre en un estado salvaje é indisciplinado, traída gradualmente á su perfección por la industria y la experiencia de las generaciones sucesivas; y por el contrario la considera como un todo con sus raíces y estructura, con su pronunciación y el carácter escrito, el cual no era geroglífico, sino que estaba compuesto de signos que expresaban exactamente los sonidos de aquella lengua primitiva.”

Pero aun suponiendo que los idiomas primitivos no tuviesen algún elemento común, que fuesen perfectamente independientes é irreducibles por completo, esto nunca probaría la multiplicidad de especies en la humanidad.

Lo más que podría deducirse de aquí, para establecer esa tesis, sería una conjetura que podría quedar destruida por otra.

Aunque los idiomas fuesen diferentes, hay otros elementos que proclaman la unidad del género humano.

“Los idiomas difieren; pero la unidad de las ideas primordiales, la comunidad de las tradicio-

nes fundamentales, la posibilidad de traducir una por otra las lenguas humanas, la facultad que todo hombre posee de asimilarse todos los idiomas, nos autorizan á creer, dice el P. Monsabré, que la multiplicidad de las lenguas no es un hecho original, sino un accidente en la unidad de la especie humana.”

Y esta conjetura se convierte en certidumbre cuando encontramos en las primeras páginas del Génesis estas preciosas palabras: La tierra era de un solo labio: *erat autem labii unius et sermonum eorumdem.*

Es decir, no había al principio más que un solo idioma en toda la tierra, y los hombres hablaban del mismo modo.

Al ver Dios su orgullo, continúa el texto bíblico, dijo: “Vengamos, descendamos y confundamos su lengua. Y la lengua de toda la tierra se hizo confusa y los hombres no se entendieron ya, y Dios los dispersó sobre el haz del mundo.”

“La autoridad de esas líneas, concluye el P. Monsabré, escritas en la época en que la humanidad, más cercana á sus orígenes y llena aún del recuerdo de los hechos que habían decidido su dispersión, no tenía interés alguno en inventarlos,

no puede ser destruida por una simple conjetura científica.”

Si la filología pudiese invocar en su favor el testimonio de otras ciencias, el relato de la Biblia acaso no fuera concluyente. Pero la observación filosófica, la topografía del globo, el estudio de los monumentos, las tradiciones y la fisiología misma, estando de acuerdo con la palabra de Moisés respecto al origen de la especie humana, nos impulsan á creer como enteramente cierta la afirmación de la Escritura Santa, cuando asegura que las lenguas quedaron confundidas y el humano linaje disperso por toda la tierra.

La tercera observación que aducen los poligenistas para combatir la unidad de la especie humana, es la imposibilidad en que se encontraban los pueblos antiguos de pasar de un hemisferio á otro en frágiles ó pesadas embarcaciones, lanzadas al acaso á través de las olas, en las que la calma no es menos peligrosa que la tormenta.

La Europa, la Asia y la Africa, están unidas.

La América sola, es la que parece formar un mundo aparte, y sin embargo, es punto resuelto por la geografía, que de la Asia ha podido pasarse á la América, con toda seguridad.

“Parece fuera de duda, dice uno de nuestros historiadores,¹ que el estrecho de Behring fué el punto del globo por donde pasaron las tribus de la Asia á la América, siendo lo más probable que el actual estrecho descubierto y pasado por vez primera en 1728 por Behring y Tchirokov, formara en aquellos remotos siglos, inmediatos al diluvio, un istmo, el que más tarde, después que se hubo verificado el tránsito, á consecuencia de algún cataclismo, haya quedado como hoy se le conoce.”

“Unidas de tal suerte la Asia y la América, continúa el autor citado, ese tránsito no presenta dificultad alguna; pero suponen otros escritores, tomando las cosas tales como hoy existen, que como ese estrecho sólo mide catorce leguas, y la mayor parte del año están congeladas las aguas del Océano, fué muy posible y fácil que el paso se hubiera verificado por los hielos, ni más ni menos que como frecuentemente lo atraviesan las tribus hiperbóreas en la actualidad. Otros creen que los primeros pobladores han atravesado en canoas aquel estrecho, aprovechándose de las diferentes islas en aquél diseminadas.”

¹ Pérez Verdia.—Compendio de la Historia de México.

“Sea la que fuere, concluye el autor citado, está explicado el tránsito del hombre del antiguo al nuevo mundo, porque es cosmopolita y puede, en consecuencia, soportar todos los climas del globo; pero la presencia, en América, de animales de la zona tórrida, como el caimán y otros muchos, exige un nuevo punto de pasaje, pues éstos no pudieron haber venido por los glaciales climas de Behring. Además, es un hecho reconocido, que las ruinas del Palenque pertenecen á otras tribus muy diferentes de las que venidas del Norte, edificaron Casas Grandes y Chicomostoc; de suerte que es preciso admitir, que la América estuvo unida con el Africa, por las Antillas y por el Brasil, como parecen indicarlo los numerosos archipiélagos y la sonda que, revelando poca profundidad del mar, puede significar que hubo un hundimiento debido á un cataclismo.”

“Una carta general del globo, dice el P. Monsabré, si está bien hecha, en algunos minutos fija vuestra opinión.”

“La América, continúa, proyecta hacia la Islandia, isla extrema del norte de Europa, la vasta tierra de Groenlandia, y no está separada del norte de Asia, sino por el estrecho de Behring.”

“El archipiélago de las Aleusianas, de Kamtchatká á la isla de Aliaska, ofrece á los navegantes novicios una serie de etapas marítimas.”

“El archipiélago de las Kuriles une el Kamtchatká al Japón, el Japón es vecino de la China.”

“He aquí ya tres caminos para pasar del antiguo al nuevo mundo.”

Y lo que la geografía decide, la historia acredita que se ha realizado.

Desde el siglo IX una Bula del Papa Gregorio IV hace mención de las misiones de Islandia y de Groenlandia, y hacia el fin del siglo XIII, los hermanos predicadores fundan en este último país uno de sus conventos.

En una de sus expediciones, los españoles apercibieron cerca de la costa de California las proas doradas y las vergas plateadas de las barcas mercantes de la China y el Japón.

Vasco Núñez, atravesando el istmo de Panamá, encuentra cerca del cabo Darien, negros africanos.

D. Hernando Cortés, recibiendo las confidencias del infortunado Moctezuma, recoge de los labios de éste, que sus antepasados habían venido de países muy lejanos, de aquellos países donde se levanta el sol.

En fin, las tradiciones, las cosmogonías, los edificios religiosos, los palacios, los geroglíficos, las instituciones de los pueblos de América en la época de la conquista española, ofrecen tales semejanzas con los de la Asia, que es imposible negar su liga ó su parentesco.

Ya se ve como ni la variedad de tipos, ni la diversidad de lenguas, ni la dificultad de poblar el mundo, ministran argumentos sólidos para combatir la unidad de la especie humana.

Ni la variedad de tipos humanos, ni la diversidad de los idiomas, ni la imposibilidad de poblar en las primeras edades la América y la Oceanía, constituyen como se ha visto, fundamentos sólidos para establecer sobre ellos la pluralidad de especies de la raza humana.

La unidad del género humano puede sólidamente establecerse en un solo argumento que es enteramente decisivo: lo ministra la ciencia fisiológica.

El hombre, por su cuerpo está inevitablemente sujeto á las leyes que gobiernan y dirigen el reino animal.

Todo animal está dotado de dos fuerzas: una plástica, en virtud de la cual, como dice el P. Monsabré, puede, bajo la influencia de los medios en que se halla, modificar accidentalmente su naturaleza, y otra de trasmisión, en virtud de la cual comunica su naturaleza con las modificaciones que ha experimentado.

De las dos fuerzas combinadas nacen la especie y la raza.

Cuanto es flexible la fuerza plástica en sus efectos, tanto es inmutable la fuerza de trasmisión.

Esta debe perdurar en la especie, para que la especie se perpetúe.

Si se ensaya esta fuerza de trasmisión de un género á otro género, bien pronto queda castigada, por la violencia que hace á la naturaleza, con una pena terrible, que es la esterilidad.

El *creced y multiplicaos* que se pronunció en la aurora de los tiempos sobre toda vida, jamás salva los linderos de la especie; de manera que el signo verdaderamente característico de la especie no debe buscarse en otra parte, más que en la fecundidad continua.

Y así lo ha mostrado la observación.

Mientras que la selección aplicada á individuos

escogidos en géneros que se tocan, no engendra más que productos híbridos, cuya fuerza de trasmisión es nula ó limitada á unas cuantas generaciones, la unión del hombre y de la mujer, cualquiera que sea la diferencia de tipos, recibe de la bendición divina una virtud que atraviesa indefinidamente las familias.

“La sangre del negro y del blanco, dice el P. Monsabré, no son licores extraños que rehusan fundirse para impregnar el ser que ellos producen al calor comunicativo de la vida: como dos ríos amigos, mezclan sus ondas fértiles cuyos orígenes se reconocen en un tinte mixto, que va modificándose de alianzas en alianzas hasta que logra triunfar la sangre más pura.”

“En una palabra, dice el P. Monsabré, apoyado en las enseñanzas de Quatrefages, entre todas las parejas de la humanidad la fecundidad es continua, luego la humanidad es una sola especie, á menos que las leyes que rigen el organismo humano no estén en contradicción, sobre los puntos importantes y verdaderamente característicos, con las leyes á que obedecen todos los otros organismos vivientes.”

Por eso el célebre naturalista, á quien acabamos

de referirnos, fundado en ese principio y en las observaciones que lo comprueban, ha dicho que la especie es el conjunto de individuos más ó menos semejantes entre sí, y que han descendido ó que puede considerarse que descienden de una pareja primitiva única, por una sucesión no interrumpida de familias.

Así es que donde hay fecundidad continua hay especie; la fuerza de trasmisión prueba la identidad de la especie y la conserva.

La fuerza plástica es la que establece las diferencias en los individuos sin mudar la especie; introduce modificaciones en la especie sin cambiar su esencia.

El medio en que se desarrollan los seres hace que esa fuerza se flexione y produzca las modificaciones que se afirman, que crecen y se multiplican á cada paso.

La herencia y el medio engendran esas flexiones de la fuerza plástica.

A la herencia debemos muchos bienes y también muchos males: nadie puede negar su virtud misteriosa.

No es menos perceptible la acción compleja del medio en que se vive.

“Si los seres insensibles, dice el P. Monsabré, sufren la influencia del medio en que se hallan, si el mármol, por ejemplo, no tiene bajo la luz sombría de nuestros climas los tonos resplandecientes que reviste bajo los hermosos cielos de Grecia y de Italia, cuánto más no la sentirán los seres vivientes en los que la inercia queda reemplazada por la fuerza de asimilación.”

“Tal flor palidece y se agosta bajo nuestro mudable cielo, continúa diciendo el P. Monsabré, que ante el ardiente sol de los trópicos extiende su ancha corola, y sus colores vivos; tal árbol que languidece, plantado en un suelo árido y sin jugo, saca de un suelo húmedo tronco y ramas gigantescos.”

Más que los vegetales, el animal se transforma bajo la influencia del medio, porque su vida más perfecta colabora más activamente con las causas anteriores.

El hombre es el más perfecto de los vivientes; no podremos, entonces, encontrar uniforme su tipo, cuando en su organismo más delicado, más impresionable, más flexible, la fuerza plástica presta á las fuerzas exteriores un concurso más enérgico.

Así es que la influencia del medio, tiene que hacerse sentir sobre el hombre con más energías, con más viveza, si cabe la palabra.

El hombre es un animal racional, y el alma es la forma del cuerpo.

Sus hábitos y sus pasiones, tienen su reflejo en la fisonomía.

En consecuencia, y esto la observación lo muestra cada día, las tradiciones piadosamente conservadas, una inteligencia cultivada, el amor de lo bello y de lo grande, los nobles esfuerzos de la libertad contra los apetitos de la materia, las costumbres suaves, las sabias instituciones, no pueden dar á un pueblo la misma fisonomía que la existencia sumida en el grosero olvido de las nociones fundamentales de la humanidad, la aplicación exclusiva á los ejercicios del cuerpo, la indiferencia estúpida, la satisfacción constante de los apetitos materiales, las costumbres disolutas, una opresión bárbara ó una independencia salvaje.

Esos diferentes elementos del medio en que se vive, tienen que engendrar, y engendran necesariamente, profunda y radical diferencia en la fisonomía de los pueblos sometidos á esos elementos.

No carecen de influencia también las cualidades de la atmósfera, la luz, el calor, la electricidad, la alimentación; estas causas físicas trabajan al organismo por la parte de afuera, mientras el alma lo trabaja por la parte de adentro.

Y esto tenía más importancia, se hacía sentir más su influencia en la época en que la especie humana se dividió en grupos fundamentales.

La acción del medio, la influencia del clima, era, en aquel entonces, muy superior á lo que es hoy.

“Las grandes variedades de la especie humana no son, dice Linceo, obra reciente de las causas naturales, á cuya influencia está sometido el hombre.”

“Cuando la especie humana se dividió en grupos fundamentales, cuando las razas diferentes comenzaron á existir, la acción del clima era muy superior á lo que es hoy.”

“Esas razas se produjeron en una época muy cercana á la última catástrofe que trastornó la superficie del globo.”

“Todos los elementos, cuya reunión compone lo que llamamos *la influencia del clima*, presentaban, dice el último autor citado, en esos tiem-

pos de agitación y de desorden, una potencia muy superior á la que ellas pueden manifestar hoy: la calma de un gran número de siglos ha embotado las fuerzas de la naturaleza y ha encadenado la acción de un gran número de sustancias por su mezcla y sus combinaciones.”

“En la época cercana á la destrucción de la superficie del globo, cuando las leyes conservadoras estaban en suspenso, por decirlo así, cuando cada cosa estaba, en cierto modo, fuera de su lugar, los extremos estaban muy alejados los unos de los otros, los contrastes eran más palpitantes, los cambios más rápidos.”

“Esta sucesión rápida de causas contrarias, ó al menos muy diferentes, es la que siempre ha hecho experimentar á los seres organizados los efectos más notables, las modificaciones más profundas, las alteraciones más durables.”

“El clima, pues, concluye el autor á quien nos venimos refiriendo, es el que ha podido producir, en aquellos tiempos, las razas de la especie humana.”

Y si estas variaciones se perpetúan, si estas variedades están, por decirlo así, como enraizadas, es debido, sin duda, á la obstinación de cier-

tas familias de no abandonar los medios en que viven, en la tendencia irremediable de muchas, á no salir de su sangre.

Por eso, si la especie es el conjunto de individuos más ó menos semejantes, pero que todos descienden, por una sucesión no interrumpida, de una sola pareja primitiva, la raza tiene que ser el conjunto de individuos semejantes, pertenecientes á una misma especie, que han recibido y transmiten, por vía de generación, los caracteres de una variedad primitiva.

Ya se ve como la fuerza de transmisión prueba y conserva la especie, y como la fuerza plástica prueba y conserva las razas.

La variedad de éstas, en modo alguno, destruye la unidad de la especie.

Alguien pudiera decir, que no repugna á la omnipotencia divina, haber creado en diversos lugares muchas parejas de la misma especie.

Nadie se atreverá á negar la posibilidad; pero de que así se haya realizado, es imposible producir prueba alguna.

“Tal afirmación tiene que ceder el paso, dice el P. Monsabré, á esa historia venerada durante más de cuarenta siglos por millones de hombres, con-

firmada por las tradiciones, por las ciencias naturales, por el estudio de las lenguas, por la geografía, y yo agrego, por el simple buen sentido.”

La especie humana es una sola; todos somos hermanos de una misma familia; la humanidad toda entera estaba en Adán.

De este gran principio depende el dogma de la Encarnación reparadora.

La humanidad, como se ha demostrado con la brevedad que reclama la índole de nuestra publicación, no ha tenido más que un solo origen; ha venido exclusivamente de Adán.

Del cuerpo de este primer hombre, se formó el de la mujer, y de esta única pareja, proviene la descendencia humana.

Pero ¿en qué estado se hallaba la humanidad de Adán?

El primer hombre, al salir de las manos de Dios, estaba dotado de la inocencia, de la justicia original y de la santidad.

“Este estado de inocencia y de justicia original supone, dice el P. Monsabré, con la integridad de la naturaleza un bien sobrenatural, un

destino enteramente gratuito y trascendente de la naturaleza á la visión intuitiva, á la posesión inmediata de Dios, y como medio de llegar á este fin, supone también una penetración íntima de la vida divina, que transforma al hombre y hace de él un hijo de Dios, adornado con los dones del Espíritu Santo, y de hábitos infusos que sus fuerzas nativas no pueden producir, capaz, por lo mismo, de ejecutar bajo la acción sobrenatural de la gracia, actos eminentes que le dan derecho á la herencia celeste."

En este estado feliz, fué creado el primer hombre, el único padre, la única fuente, de la raza humana.

Para los creyentes, esto es una verdad indiscutible.

"*Dios hizo al hombre recto,*" dice el libro del Eclesiástico, y por recto, en las frases de la Escritura, se significa el *justo*.

Por eso, en el libro del Cantar de los Cantares, se dice: "*los rectos te amarán:*" y en David, hallamos entre otras, estas dos frases: "*Dios salva á los rectos de corazón: alegrense los justos en el Señor, á los rectos conviene la alabanza.*"

Basta la palabra de Dios, para los que en ella

creen y de ella viven; basta esa voz, que es siempre divina, para que el principio enunciado tenga ante sus ojos los caracteres de una verdad indiscutible.

Los hombres más sabios del mundo, los padres de la Iglesia, han profesado, apoyándose en aquella palabra, la misma verdad consoladora.

"Hemos sido *creados*, por Dios, *buenos y rectos*, decía San Jerónimo, y si nos inclinamos á las cosas malas, es por vicio propio."

"En la ofensa de Adán, decía San Hilario, perdimos la generosidad de la *primera y feliz creación.*"

"Dios no quiso, decía San Agustín, que Adán quedara *sin gracia*, la cual dejó á su arbitrio."

"Fué *creado en la justificación*, dice en otro lugar, *conditum in salute.*"

"Dios *crió* al hombre, enseña San Juan Damasceno, *inocente, recto, probo*, adornado de todo género de virtudes, lo hizo otro ángel, lo hizo espíritu y carne, adorador mixto en estas dos sustancias, y lo hizo adorador, en espíritu, por la gracia."

Esta ha sido la enseñanza divina que ha ido atravesando las corrientes de la vida.

La Iglesia católica, divinamente inspirada, ha promulgado esta ley: "si alguno no confiesa, dijo el Concilio de Trento, que el primer hombre Adán, cuando quebrantó el precepto de Dios, en el paraíso, perdió al punto la santidad y justicia, en que había sido constituido, sea anatema."

Así es que, volvemos á repetirlo, para los creyentes la creación de Adán en justicia y santidad, que envuelve necesariamente, la sabiduría en el entendimiento, y todo género de virtudes en el corazón, es una verdad que está fuera de toda discusión posible.

La rectitud con que fué enriquecido el primer hombre, no fué sin duda, obra de la naturaleza, lo fué necesariamente de la gracia.

Esa rectitud consistía en que la razón humana estaba sujeta á Dios, las fuerzas inferiores estaban sujetas á la razón, y el cuerpo estaba sujeto al espíritu.

Esta triple sujeción, es lo que constituye la rectitud del hombre, es lo que constituye la santidad y la perfección.

Esta triple sujeción, volvemos á repetirlo, no es obra de la naturaleza.

La sujeción de las fuerzas interiores á la ra-

zón y la del cuerpo, al alma, son efecto de la sujeción de la razón á Dios.

La sujeción de las fuerzas inferiores á la razón, y del cuerpo, al alma, no son obra de la naturaleza, porque de otro modo, aun después de la culpa, se habrían mantenido.

El pecado es impotente para destruir los dones naturales.

Si, pues, estas dos sujeciones, no son obra de la naturaleza, tampoco lo es la primera.

Son, entonces, obra de un don sobrenatural.

Fué preciso, entonces, que la obra de la gracia se hubiera hecho sentir en Adán, para mantener esa triple sujeción.

Por otra parte, todo artífice, dota á su obra de los elementos que necesita para que alcance su fin.

Dios, en consecuencia, tuvo que dotar al hombre de lo que necesitaba, para alcanzar el fin con que fuera creado, y como el fin á que Dios destinara al hombre, era sobrenatural, es evidente que le dotó de un medio sobrenatural, como es la gracia. ®

Y si el primer hombre fué constituido en un estado de santidad y de perfección, fué también

enriquecido en su inteligencia con una ciencia admirable, cual ningún otro hombre ha podido alcanzar en la tierra.

El primer hombre fué creado no sólo para ser el principio de la descendencia humana por la generación corporal, lo fué también para serlo por la instrucción y el gobierno, y no sólo en el orden natural, sino en el sobrenatural á que había sido elevado.

Si Adán, al salir de las manos de Dios, tenía todos los elementos para ser por la generación el padre de toda la raza humana, debía también, para ser su gobernante y su maestro, estar dotado de una ciencia completa.

Adán tuvo, en consecuencia, la fe explícita de los misterios divinos, el conocimiento de todas las cosas terrenas y celestiales.

Por eso en el Libro de la Sabiduría se dice que Dios llenó á la primera pareja humana con tesoros de sabiduría; que llenó su espíritu de ciencia y depositó en sus corazones la discreción y el buen sentido.

Una frase del Génesis revela también la sabiduría de Adán.

Quando el Señor lo llevó al Paraíso, trajo á

su presencia á todos los animales y Adán dió á cada uno de ellos el nombre adecuado, el nombre que les convenía.

Dar el nombre á una cosa es el signo que mejor revela la profundidad de la ciencia.

El nombre adecuado es, si cabe la frase, la traducción en lenguaje humano, de la naturaleza y propiedades del ser que lo recibe.

Esta es la teoría verdadera, esta es la teoría noble y consoladora, que la humanidad ha guardado siempre con veneración y respeto.

Ha habido filósofos y los hay todavía que, profesando abyectas doctrinas, hacen salir al hombre del animal, después de haber hecho salir al animal de las entrañas de la tierra.

Otros hay, filósofos incrédulos también, que dan por primer padre del género humano al salvaje ignorante y grosero, tal como se le ve hoy en los países en que no luce todavía el sol esplendente de la civilización.

“Observadores aturdidos, dice el P. Monsabré, que no ven en el salvaje los signos acusadores de una degradación, y que toman por aurora el triste crepúsculo de una inteligencia próxima á extinguirse.”

Hay otra escuela espiritualista que, despreciando la enseñanza católica y las luces que ella difunde sobre la historia, no teniendo en cuenta más que las miserias, las luchas y las transformaciones de nuestro estado actual, se esfuerza por establecer entre la vida de la humanidad y la vida de los individuos un paralelismo sistemático.

Esa escuela imagina, en el origen de nuestra historia, un cierto estado de ignorancia, punto de partida de todos los progresos del espíritu humano.

Es lo que ellos llaman la espontaneidad, prece- diendo á la reflexión; la ignorancia disipándose, á medida que las primeras generaciones se alejan de su fin.

No ha sido este el sentimiento de la humani- dad ilustrada en el curso de los siglos. Confucio, Platón, Aristóteles, Cicerón, todos los genios más elevados del mundo pagano, han celebrado, con voz unánime, la sabiduría de sus padres.

Ellos se gloriaban, más bien que de ser novato- res, de ser los que habían venido á restaurar la sabiduría antigua.

Ellos han invocado siempre el testimonio de sus antepasados, en apoyo de lo que han dicho de

más sublime sobre Dios y sobre las verdades re- ligiosas.

¿Y no sería absurdo, en hombres tan eminentes, esta veneración, este respeto profundo por la antigüedad, si no hubieran estado convencidos de que las primeras edades fueron más ilustres por la ciencia de las cosas divinas?

Lucano, en su Farsalia, nos describe al hom- bre primitivo, enseñado por Dios mismo:

*... Diritque simul nascentibus auctor
Quid quid scire licet....*

Esa escuela que pone la cuna del mundo en una infancia ignorante y salvaje, confiesa, sin embargo, por la boca de uno de sus más célebres representantes, que todas las tradiciones anti- guas remontan á una edad en que el hombre, al salir de las manos de Dios, recibió de él inme- diatamente todas las luces y todas las verdades, bien pronto ofuscadas y corrompidas por el tiempo y por la ciencia incompleta de los hom- bres.

La edad de oro, el Edén, es lo que la poesía y la religión ponen al principio de la historia. ®

Renan, haciendo constar con los alemanes la universalidad de la tradición respecto del Edén,

hace esta preciosa confesión: "Es preciso, dice, que tales analogías descansen sobre algún razgo general de la condición de la humanidad ó sobre alguno de sus más profundos instintos."

No tenemos, entonces, el derecho de sacrificar las tradiciones á los sistemas, sobre todo cuando esas tradiciones vienen á confirmar una historia que ha demostrado la ciencia.

Adán fué creado en justicia y en santidad.

Su alma, penetrada de una virtud milagrosa, se apodera de los elementos corruptibles de la materia y corrige su tendencia nativa á la dispersión. Sin estar emancipado de las necesidades de la naturaleza, nunca sufre su esclavitud humillante.

Dueño de su cuerpo, que nutre con el fruto del árbol de la vida, aguarda en paz la perpetua renovación de sus días.

Su vida es una contemplación permanente: su inteligencia, desprendida de los sentidos, prontamente se eleva de lo pasajero á lo eterno, de lo móvil á lo inmutable, de lo limitado á lo infinito.

La ciencia se apodera, de un golpe, de su inteligencia, sin que esté condenado á las lentitudes del estudio y de la experiencia.

Por la vía rápida de la inspiración, y no por la labor del análisis, posee súbitamente la síntesis de los conocimientos humanos.

Perfecto en su inteligencia, no lo es menos en su voluntad, que sigue sin esfuerzo los consejos de la razón y dócilmente obedece los suaves impulsos de la gracia.

Sus relaciones con Dios y con las creaturas, están marcadas con el sello de su grandeza y de su inocencia.

"A la hora de la tarde, dice el P. Monsabré, en que la brisa tibia se embalsama con el perfume de las flores, Dios hace escuchar en las soledades del Edén su paso majestuoso y su voz augusta."

Adán le pregunta y Dios le ilumina, Adán le ruega y él le escucha, Adán le adora y él le bendice.

Adán llama á todos los animales, los acaricia y los despide.

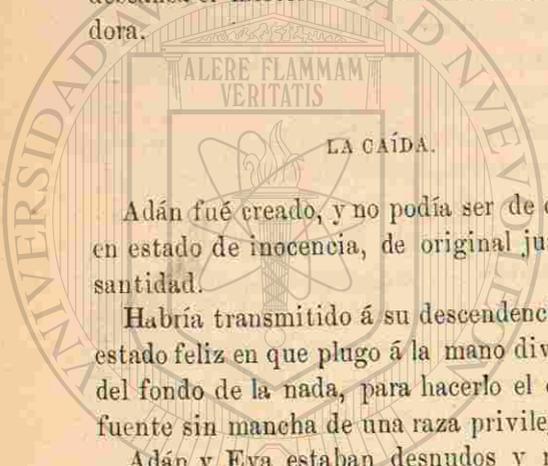
Es el custodio del lugar delicioso en que corre su vida: allí trabaja, es el cooperador de Dios.

Adán y Eva serán padres de incontable descendencia, obedeciendo las leyes de multiplicación que Dios ha bendecido y consagrado.

De una extremidad á la otra del mundo los hom-

bres, hijos de un mismo padre, están unidos por la doble fraternidad de la felicidad y de la sangre.

Tales son los principios consoladores en que descansa el misterio de la Encarnación reparadora.



Adán fué creado, y no podía ser de otro modo, en estado de inocencia, de original justicia y de santidad.

Habría transmitido á su descendencia todo ese estado feliz en que plugo á la mano divina sacarlo del fondo de la nada, para hacerlo el origen y la fuente sin mancha de una raza privilegiada.

Adán y Eva estaban desnudos y no se avergonzaban.

La carne no tenía á sus ojos más que los atractivos de una casta belleza, con que Dios la había revestido.

Desconocían sus rebeliones y no sospechaban siquiera sus placeres criminales.

Todo para ellos era santo, y debían multiplicar la gracia al mismo tiempo que la vida.

La generación habría obedecido á las mismas leyes que hoy obedece, pero habría sido una generación casta y purísima.

Sus hijos habrían tenido las necesidades propias del que es pequeño, pero no habrían tenido las enfermedades del que es pasible y mortal.

No habrían tenido, desde la infancia, una ciencia perfecta, pero á su tiempo recibirían la plena luz de la sabiduría, y no tendrían que temer que el error se mezclase á las verdades prontamente adquiridas y que debían ser la propiedad de sus entendimientos.

Si no hubieran nacido impecables, habrían quedado desde el primer momento de su concepción inundados de la gracia divina y habrían sentido infaliblemente que se volvían hacia el bien los primeros movimientos de su corazón libre.

Estado tan feliz, parece, al referirlo hoy, un sueño ó un delirio.

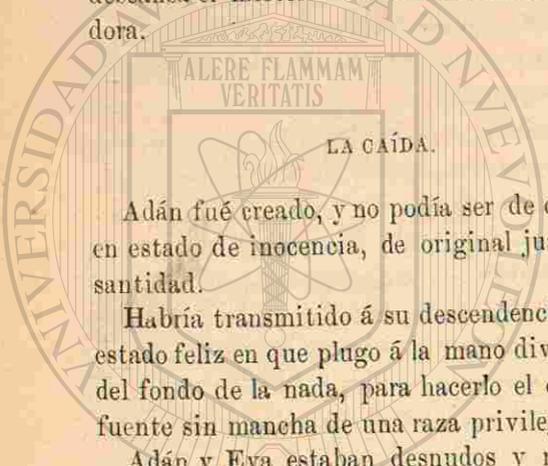
Y sin embargo, es una verdad, es la primera página de la historia de la vida humana.

¿Qué ha pasado, entonces?

¿Por qué la muerte va cosechando, una tras otra, todas las generaciones?

bres, hijos de un mismo padre, están unidos por la doble fraternidad de la felicidad y de la sangre.

Tales son los principios consoladores en que descansa el misterio de la Encarnación reparadora.



Adán fué creado, y no podía ser de otro modo, en estado de inocencia, de original justicia y de santidad.

Habría transmitido á su descendencia todo ese estado feliz en que plugo á la mano divina sacarlo del fondo de la nada, para hacerlo el origen y la fuente sin mancha de una raza privilegiada.

Adán y Eva estaban desnudos y no se avergonzaban.

La carne no tenía á sus ojos más que los atractivos de una casta belleza, con que Dios la había revestido.

Desconocían sus rebeliones y no sospechaban siquiera sus placeres criminales.

Todo para ellos era santo, y debían multiplicar la gracia al mismo tiempo que la vida.

La generación habría obedecido á las mismas leyes que hoy obedece, pero habría sido una generación casta y purísima.

Sus hijos habrían tenido las necesidades propias del que es pequeño, pero no habrían tenido las enfermedades del que es pasible y mortal.

No habrían tenido, desde la infancia, una ciencia perfecta, pero á su tiempo recibirían la plena luz de la sabiduría, y no tendrían que temer que el error se mezclase á las verdades prontamente adquiridas y que debían ser la propiedad de sus entendimientos.

Si no hubieran nacido impecables, habrían quedado desde el primer momento de su concepción inundados de la gracia divina y habrían sentido infaliblemente que se volvían hacia el bien los primeros movimientos de su corazón libre.

Estado tan feliz, parece, al referirlo hoy, un sueño ó un delirio.

Y sin embargo, es una verdad, es la primera página de la historia de la vida humana.

¿Qué ha pasado, entonces?

¿Por qué la muerte va cosechando, una tras otra, todas las generaciones?

¿Por qué tantas miserias, tantas enfermedades y tantos dolores?

¿Por qué los errores asaltan y dominan la inteligencia?

¿Por qué las pasiones, sublevándose enfurecidas, trastornan y pierden el corazón?

¿Por qué tantos crímenes, que manchan la tierra y ofenden y lastiman al cielo?

La transmisión de la vida, de la santidad y de los privilegios de que Adán disfrutaba no habría sido gloriosa y llena de honor, si no hubiera dependido más que de las leyes fatales á que están sujetos los seres privados de entendimiento.

El hombre, al realizar la transmisión de la vida y de sus privilegios, debía poner en juego todas sus facultades, y, en consecuencia, el libre albedrío.

“He aquí porqué Dios, dice el P. Monsabré, después, de haber establecido la ley de la propagación, sometió á nuestro primer padre, y en su persona, á todo el género humano, á una prueba que debía fijar el curso de sus destinos.”

“Comerás, dijo Dios á Adán, del fruto de todos los árboles del Paraíso; pero del fruto del árbol de la Dirección del bien y del mal, no comerás,

porque el día en que lo comas morirás de muerte.”

“Dos cosas, agrega el P. Monsabré, resaltan claramente en esta prohibición: la libertad del hombre y el dominio de Dios.”

“Resalta la libertad del hombre, porque si un momento antes de que se hiciera esa prohibición, no podía comprender hasta que punto era dueño de su destino, por qué no se movía más que al dulce impulso de la gracia que encaminaba su voluntad hacia el bien; en presencia del mal, toma conocimiento de ese poder y mide la altura que puede dar á su propia grandeza, por una cooperación reflexiva y deliberada.”

“Aparece, también, el dominio de Dios: para afirmar la dependencia del derecho que concediera á Adán, lo restringe por un sacrificio que el hombre queda obligado á realizar en aras del deber.”

“Este sacrificio es el que dará á la bondad divina, la señal de una efusión no interrumpida de sus dones, porque será la prueba de que el hombre reconoce todo lo que Dios es para él y que le ama sobre todo.”

“Revelar al hombre su poder, dice, por fin, el P.

Monsabré, obtener de él una prueba extraordinaria de su obediencia y de su amor, cimentar por esa prueba la unión íntima del Creador y de la creatura, hacer del hombre, revestido de la gloria del mérito, el obrero de su grandeza y de su felicidad, tal es el fin de la prueba impuesta á nuestro primer padre."

Promulgada por Dios la ley que imponía á Adán un sacrificio, el espíritu del mal lo indujo á desobedecerla.

La historia de esta primera tentación y de esta primera caída, en la aterradora sobriedad con que está descrita en el más grande de los libros, conmueve todavía.

"La serpiente, dice el Génesis, era el más astuto de todos cuantos animales ha hecho el Señor Dios sobre la tierra."

Y dijo á la mujer: "¿Por qué motivo os ha mandado Dios que no comiéseis de todos los árboles del Paraíso?"

A lo cual respondió la mujer: "Del fruto de los árboles que hay en el Paraíso, si comemos; mas del fruto de aquel árbol que está en medio del Paraíso, mandónos Dios que no comiésemos ni le tocásemos siquiera, no sea que muramos."

"Dijo entonces la serpiente á la mujer: *ciertamente que no moriréis.*"

"Sabe Dios que en cualquier tiempo que comieréis de él, se abrirán vuestros ojos; y seréis como dioses conocedores del bien y del mal."

"Vió, pues, la mujer que el fruto de aquel árbol era bueno para comer y bello á los ojos, y de aspecto deleitable; y cogió del fruto y comióle; dió también de él á su marido, el cual comió."

La ley quedó plena y deliberadamente infringida.

El relato bíblico, tan breve como terrible, es todo un drama que es necesario seguir desde los cielos hasta la tierra.

"Este rincón del Universo, dice el P. Monsabré, que fué la cuna de la humanidad, no es más que un segundo teatro á donde se traslada una revolución ya comenzada."

Tiene su prólogo, su acción y su desenlace, el grande y triste drama de la primera caída del hombre.

El ángel de las tinieblas inicia la tentación, Adán y Eva luchan, la culpa es el triste desenlace, la pena fulminada por un legislador supremo

se hace sentir, el primer pecado se comete en el mundo.

El racionalismo moderno, renovando el error de los Epicúreos y de los Saduceos, niega la existencia de los espíritus superiores.

No quiere ver en los buenos ángeles más que la personificación del bien, y en los demonios la personificación del mal.

Satán es un ser de pura fantasía, una figura simbólica, de la que se ha servido la imaginación de los pueblos para pintar el mal como ella lo veía.

Así se expresa Renán.

Becker, ministro protestante, ha emprendido demostrar que los espíritus no pueden obrar sobre los cuerpos, que todo lo que se dice de sus apariciones, operaciones y posesiones está inventado por la imaginación y delirio, ó por la impostura que se propone engañar á la ignorancia.

El demonio, según él, después de su caída, está encerrado en los infiernos de donde no puede salir para atormentar ó tentar á los hombres.

La tentación del Paraíso, en consecuencia, es en su concepto, una pura fábula.

Queda, pues, de este modo, por un medio sen-

cillo, como es negarlo todo, desconocida la existencia de los ángeles y el poder de los ángeles malos para corromper y tentar al hombre, y queda así negado el prólogo del drama que estamos estudiando.

Otros niegan la acción del drama.

Era costumbre de los sabios orientales, dicen algunos comentadores de la Escritura Santa, enseñar la verdad bajo figuras.

Es para ellos, de consiguiente, una alegoría lo que el Génesis dice sobre el Paraíso y la tentación de nuestros primeros padres.

“¿Quién puede creer, dice Orígenes, que Dios como un jardinero plantara un jardín, que allí pusiese de veras un árbol de vida, que comiendo su fruto pudiera adquirirse el conocimiento del bien y del mal, que se paseara en este jardín y que Adán para esconderse de sus miradas se hubiera ocultado?”

No puede, en consecuencia, dudarse, que todas estas cosas deben tomarse como una figura y no á la letra.

Philon, exponiendo la doctrina de los Esenios, dice que el Eden es un jardín espiritual, Adán es el espíritu, Eva la carne, la serpiente el deleite.

“Por la carne, el placer de los sentidos engaña al espíritu, el hombre se hizo criminal y perdió su inocencia y su felicidad.”

Otros, á quienes hace sonreír el relato bíblico, han encontrado la interpretación de esa página, que es en su concepto la verdadera.

“Nada de serpiente, dicen, nada de árboles, nada de diálogos, nada de promesas, nada de seducción. El objeto de la prueba era sencillamente la privación de relaciones sexuales entre el marido y la mujer durante cierto período de tiempo.”

“El mal pensamiento de adelantar el tiempo fijado por Dios, se deslizó en Eva, como una serpiente, sedujo á su marido y la desobediencia quedó consumada: He ahí todo el misterio.”

Así obra siempre la incredulidad, así se maneja siempre el error: negar é inventar fábulas; he ahí su sistema.

Los detalles del relato bíblico son de tal manera precisos que es imposible no ver en cada uno de ellos una realidad.

Vamos á estudiarlos.

LOS ANGELES.

El drama de la caída, como decíamos en el precedente artículo, tiene su prólogo.

La primera rebelión fué la de los ángeles, y se trasladó después á un teatro diverso, á la tierra.

En el Edén, el ángel prevaricador inició la tentación, y en ella cayeron los jefes de la raza humana.

Pero ¿qué es verdad que existen los ángeles? ¿Hay otro mundo invisible en el que moran puros espíritus conocidos con ese nombre?

¿No son, por ventura, los ángeles unos sueños de nuestra imaginación, un elemento de que se sirve la fantasía para poetizar la ciencia?

El gran símbolo católico, responde á esta pregunta.

“Creo en un solo Dios, dice el Símbolo, Padre Omnipotente, creador de las cosas visibles é invisibles, *factorem visibilium et invisibilium.*”

La Iglesia, en esta fórmula divina, propone á nuestra fe la creencia en el mundo invisible: ba-

“Por la carne, el placer de los sentidos engaña al espíritu, el hombre se hizo criminal y perdió su inocencia y su felicidad.”

Otros, á quienes hace sonreír el relato bíblico, han encontrado la interpretación de esa página, que es en su concepto la verdadera.

“Nada de serpiente, dicen, nada de árboles, nada de diálogos, nada de promesas, nada de seducción. El objeto de la prueba era sencillamente la privación de relaciones sexuales entre el marido y la mujer durante cierto período de tiempo.”

“El mal pensamiento de adelantar el tiempo fijado por Dios, se deslizó en Eva, como una serpiente, sedujo á su marido y la desobediencia quedó consumada: He ahí todo el misterio.”

Así obra siempre la incredulidad, así se maneja siempre el error: negar é inventar fábulas; he ahí su sistema.

Los detalles del relato bíblico son de tal manera precisos que es imposible no ver en cada uno de ellos una realidad.

Vamos á estudiarlos.

LOS ANGELES.

El drama de la caída, como decíamos en el precedente artículo, tiene su prólogo.

La primera rebelión fué la de los ángeles, y se trasladó después á un teatro diverso, á la tierra.

En el Edén, el ángel prevaricador inició la tentación, y en ella cayeron los jefes de la raza humana.

Pero ¿qué es verdad que existen los ángeles? ¿Hay otro mundo invisible en el que moran puros espíritus conocidos con ese nombre?

¿No son, por ventura, los ángeles unos sueños de nuestra imaginación, un elemento de que se sirve la fantasía para poetizar la ciencia?

El gran símbolo católico, responde á esta pregunta.

“Creo en un solo Dios, dice el Símbolo, Padre Omnipotente, creador de las cosas visibles é invisibles, *factorem visibilium et invisibilium.*”

La Iglesia, en esta fórmula divina, propone á nuestra fe la creencia en el mundo invisible: ba-

jo el nombre de cosas invisibles, se significan los ángeles.

Este mundo invisible tiene por enemigos natales á aquellos cuya única ambición es suprimir la ciencia de los espíritus, bajo el pretexto de que ella escapa á las observaciones de la experiencia.

“Y no sólo los materialistas y positivistas niegan la existencia del mundo invisible: gran número de pensadores, francamente espiritualistas, ven con malos ojos, dice el P. Monsabré, en nuestra enseñanza católica, el capítulo sobre los ángeles, y pretenden que es necesario no hacer caso de ellos, como no se hace caso de las leyendas y de los cuentos en que se refieren los hechos maravillosos de los genios y de las hadas.”

Ni los unos ni los otros, están en la verdad.

Con la brevedad propia de nuestra publicación, probaremos la existencia de los ángeles, ó sea del mundo invisible, y estudiaremos la naturaleza y las funciones de esos espíritus.

La palabra *angel*, es una voz griega que significa *nuncio, mensajero*.

Así es que este nombre, no es el de una naturaleza, sino el de un oficio, el de un ministerio.

Pero como el ministerio de anunciar, comunemente se confía por Dios á los espíritus celestiales, el uso ha hecho que á esos espíritus se les dé el nombre de ángeles.

Propiamente por ángel, entendemos una sustancia creada espiritual é intelectual, superior á los hombres.

Los ángeles son invisibles, pero no son desconocidos.

Es preciso no confundir lo invisible con lo desconocido.

Si no se conociera más que lo que es visible, la ciencia humana quedaría reducida á círculo estrechísimo.

Digan lo que quieran los positivistas, es, á nuestro juicio, enteramente cierto que lo invisible puede ser conocido.

Un ser invisible, puede conocerse de tres maneras: por una afirmación digna de fe, por las manifestaciones de su poder y por una inducción racional que fije su sitio en el conjunto de las existencias ó de los seres.

La humanidad, en todos los siglos, ha afirmado la existencia de los ángeles: esta afirmación, universal y constante, es digna de fe.

Moisés, al dejar consignada en la primera página de su admirable libro, la historia de la creación, no hace mérito de la creación de los ángeles.

San Agustín, dice que no fueron omitidos en la historia de la creación de las cosas, y que su creación fué significada con el nombre de *cielo* ó de *luz*.

Por eso en el Génesis, se dice que en el principio crió Dios los cielos.

Y Moisés, en sentir de tan ilustre Doctor de la Iglesia, omitió el nombre de ángel, porque temía que el pueblo hebreo, para quien escribiera su libro, de cerviz dura y enteramente rudo, tomase motivo de la creación de los ángeles, para convertirse, imitando á los gentiles, á las prácticas de la idolatría.

Pero una tradición universal, nos muestra á la divinidad enviando hacia las criaturas inferiores un ejército de seres intermedios, siempre en acción.

Que se les llame *semidioses*, *genios*, *rectores celestes*, *almas astrales*, *luces vivientes*, nada importa: estos nombres diversos, designan siempre y en todas partes, á los mismos seres: espíritus

invisibles, inferiores á Dios, superiores al hombre, los ángeles.

“Orfeo, dice el P. Monsabré, los ha cantado en sus versos; el viejo Hesiodo nos refiere sus hazañas; Thales, Pitágoras y los antiguos sabios, los colocan en el vestíbulo del mundo divino, en donde viven emancipados de los males que nos afligen; Platón, llena con ellos los espacios, les llama dioses secundarios, inteligencias separadas, almas celestes, genios, y de hecho, los ministros de la divinidad, cerca del mundo inferior; Sócrates, su maestro, conversa familiarmente con uno de ellos; Aristóteles, los considera como los centros de atracción y los motores de los orbes celestes; los orientales los adoran; los bárbaros y los salvajes temen su poder. Aunque no se les ve, son populares en todas partes. Su nombre viene, sin cesar, á nuestra lengua, para expresar la perfección, la gracia, la delicadeza. Decimos: belleza de ángel, pureza de ángel, amores de ángel.”

“A pesar vuestro, agrega el P. Monsabré, tal vez creéis en los ángeles; nosotros creemos en ellos, todos los pueblos creen. Es el caso de decir con un autor sensato: “Hay, sin embargo, alguno que tiene más talento que los sabios, obstinados

en no creer más que lo que miran, y ese alguno es el mundo todo."

La tradición es universal: la creencia en los ángeles, ha dominado en todos los tiempos y en todos los climas.

Posible es y seguro, que esta tradición deriva de la primitiva revelación por la cual descubrió Dios al hombre, al padre del género humano, toda la extensión de su obra.

Pero aparte de este origen, indiscutible para los creyentes, hay otra razón que funda, á no dudarlo, la creencia en los ángeles: las manifestaciones de su poder.

Dejando aparte las leyendas, tenemos en los libros santos, cuya verdad histórica nadie puede controvertir seriamente, los datos más preciosos: ellos ponen de manifiesto una larga serie de fenómenos exteriores, por los cuales el mundo invisible se ha manifestado.

Moisés, que por prudencia, calló el origen de los ángeles, cuando se trata de las manifestaciones del mundo invisible, es el historiador imparcial, fiel á sus deberes de narrador de todos los acontecimientos graves que se han realizado en la humanidad.

Con admirable sencillez describe las apariciones de los espíritus angélicos, desde el funesto día en que partió el hombre para el lugar de su destierro, hasta el día glorioso en que le fué dado contemplar, desde la cima de la montaña, la patria prometida á su pueblo.

Miran nuestros ojos, al repasar los libros de Moisés, al querubín que guarda la puerta del Paraíso perdido, para impedir toda tentativa de retorno; á los tres huéspedes misteriosos que, bajo la tienda del Patriarca Abraham, reciben generosa hospitalidad; á los dos ministros de la venganza divina, que entran por la tarde á Sodoma, salvan á Lot y á su familia, y hacen que luevan torrentes de llamas sobre las ciudades criminales que la cólera del Señor condena; al consolador celeste, que consuela en el desierto á la afligida Agar y le revela dos destinos de su hijo Ismael; al mensajero que detiene el brazo de Abraham, armado para inmolar á su hijo; á las santas falanges que suben y bajan por una escala misteriosa, con las manos llenas de gracias y de oraciones; á los fuertes que protegen á Jehová, contra la cólera de su hermano Esau.

Cuando el pueblo de Israel sale de Egipto, un ángel le muestra la vía.

El Sinaí está ardiendo, la gloria de Jacob ha descendido sobre su cima temblorosa, el Señor habla y los ángeles escriben, á su dictado, la santa ley que ha de arreglar en lo futuro la vida religiosa de Israel.

Un ángel anuncia el nacimiento y la vocación de Sansón; un ángel nutre en el desierto al Profeta Elías; un ángel es el que hiere el ejército de Senaquerib; un serafín es el que purifica los labios de Isaías; el arcángel Rafael es el que visita la casa del anciano Tobías y le llena de beneficios; el arcángel Gabriel es el que desciende á la hora de la oración cerca de Daniel y le revela los grandes misterios del Altísimo.

Los mensajeros de Dios, aun después de haber entrado el pueblo escogido á la tierra prometida, no abandonan el mundo.

Gabriel anuncia á Zacarías el nacimiento de Juan Bautista; batallones luminosos de la milicia celeste rodean el establo en que descansa el Niño divino; los ángeles protegen al Dios recién nacido contra la persecución de Herodes.

Hundido Cristo en la tristeza y casi agonizan-

te en el huerto, un ángel le sostiene y le conforta. Los ángeles son también los que anuncian el triunfo de Cristo cuando sale victorioso de la tumba.

Cristo subió á los cielos; pero los ángeles no abandonan la tierra.

Consuelan á los Apóstoles, visitan á Pedro en su prisión, anuncian al centurión Cornelio que sus oraciones y sus limosnas han encontrado gracia ante el Señor, libertan á Pablo de una gran tormenta, y regocijan con admirables visiones al dulce desterrado de Pathmos.

“No créais, dice el P. Monsabré, que estas visiones sean el término de las manifestaciones del mundo invisible; los ángeles tienen su domicilio en la Iglesia.

“Los desiertos y las montañas, los claustros y los campos de batalla, han sido honrados muchas veces con sus gloriosas y benéficas apariciones. Muchas veces los santos han gozado de su dulce familiaridad; muchas veces los pueblos cristianos han resentido los efectos de su protección poderosa.”

“La Iglesia refiere estas maravillas en sus anales y los canta en sus himnos. Esto dura diecio-

cho siglos há, y durará hasta el gran drama del fin de los tiempos.”

“Entonces la pálida muerte vendrá á cosechar lo que quede de hombres en el mundo; entonces los espíritus celestes despertarán con sus clamores á los que duermen en la tumba; entonces un ángel abrirá los senos del abismo para precipitar en ellos á los réprobos; entonces los elegidos se mezclarán á las santas falanges; entonces la epopeya angélica y la epopeya humana quedarán cerradas por un eterno *aleluya*.”

Ninguna inteligencia honrada puede poner en duda, ante estos testimonios, la existencia de los ángeles: la tradición universal, las manifestaciones del poder de esos invisibles espíritus, son dos poderosos motivos que determinan al entendimiento humano á reconocer la existencia del mundo invisible.

La existencia del mundo invisible no es uno de esos misterios impenetrables, ante los cuales nuestra inteligencia queda condenada á una adoración muda.

A esta pregunta: ¿Existen los ángeles? no nos

contentamos con responder: yo lo creo; yo lo espero.

Respondemos resueltamente: estoy cierto de ello.

En efecto, una inducción racional nos muestra, en el mundo invisible, la prolongación necesaria del mundo visible.

Todo agente, es decir, todo lo que produce algún efecto, tiende á dejar su semejanza en ese efecto, en la medida y en la manera en que el efecto pueda llevarla.

Y esta semejanza se imprime en el efecto con tanta más perfección, cuanto más perfecto es el agente.

Así un cuerpo, cuanto más caliente está, calienta mejor; cuanto más ilustrado y sabio es un artista, tanto mejor imprime en la materia las bellezas del arte.

Dios, por lo mismo, al crear á los seres, imprimió en ellos su semejanza, en la manera y en la medida que pudieran llevarla, y con tanta más perfección, cuanto que él es no sólo el más perfecto de todos los seres, sino el único ser en quien reside la perfección sin límites y sin medida. ®

Pero las cosas creadas no podían llevar la per-

fecta semejanza de Dios, si estuvieran reducidas á una sola especie, porque como la causa excede al efecto, lo que en la causa es simple y uno, en el efecto tiene que estar compuesto y multiplicado, salvo que el efecto pertenezca á la especie de la causa, lo que no puede decirse de los efectos creados con respecto al Creador.

Era, pues, preciso, para que en las cosas creadas se encontrase la semejanza de Dios, en el modo y manera que ellas pueden llevarla, que esas cosas fueran múltiples y varias.

Dios, en consecuencia, según este principio de la razón, ha debido crear muchos seres, todos entre sí distintos.

Otra razón funda esta tesis.

En todo efecto ha de estar la semejanza de su causa.

El efecto, entonces, será más perfecto, cuanto más se asemeja á su causa.

En Dios, se advierten dos cosas: la bondad y la difusión de esa bondad en otros seres.

Las cosas creadas serán, de consiguiente, más perfectas, cuando sean no sólo buenas, sino que tiendan á difundir la bondad en otros seres, co-

mo será más semejante al sol un cuerpo que sea no sólo luminoso, sino que difunda la luz.

Una criatura no podría difundir su bondad en otra ó en otras, si éstas no existieran.

Era, entonces, necesario, que Dios crease muchos y distintos seres, para que en todos ellos y en diversos grados, se encontrara la imagen de su belleza soberana.

Debió, en consecuencia, aparecer en el mundo, como en efecto aparece, incontable muchedumbre de seres radical y profundamente distintos.

Nuestros sentidos palpan las sustancias materiales, los cuerpos que nos rodean.

Ellos, á su manera, llevan la imagen, la semejanza del Creador.

Pero esa imagen, esa semejanza, no es más que una imitación grosera y lejana del ser y de la vida de Dios.

Los seres corpóreos tienen ser, existen: sólo en esto son una semejanza del Ser Supremo.

Pero la razón no concibe un mundo en que sólo hubiese materia, por perfectamente organizada que se la suponga; un mundo inconsciente de su existencia y de su vida, eternamente condenado á la ignorancia de su origen y de sus destinos,

eternamente incapaz de gozar del bien que ha recibido de su autor, y de hacer que este bien vuelva á su fuente: el mundo constituiría así, un espectáculo sin testigo, un juguete inútil, despreciable, indigno de aquel á quien hace infinitamente dichoso la contemplación de su propia belleza.

Es preciso repetirlo: la razón humana no puede concebir un mundo reducido á seres materiales, sin conciencia y sin sentido.

Estos seres no serían el efecto que representara, en su mayor perfección, á la causa creadora. Toda causa imprime en su efecto su imagen.

En Dios no sólo hay el ser, hay la operación.

Convenía, pues, para la perfección consumada del universo, que hubiese en él seres que llevaran en sí, no sólo la semejanza de su naturaleza ó de su ser, sino también la de su operación.

Y como Dios no obra sino por el entendimiento, todo lo ha hecho por su Verbo, evidente es que además de los seres corpóreos, deben existir en el mundo creaturas dotadas de voluntad y de inteligencia: estas revelan con más perfección la imagen de su creador.

La semejanza de una cosa se encuentra en otra

de dos maneras; en cuanto al ser de naturaleza y por medio del conocimiento.

Un cuerpo encendido, convertido en fuego, se acerca á otro y lo calienta.

En el cuerpo calentado, está la semejanza del calor del fuego que calienta: el calor recibido es de la misma naturaleza que el calor del cuerpo encendido.

Aquí la semejanza está en el efecto, por razón del ser ó naturaleza.

La semejanza de fuego, puede estar en la vista ó en el tacto, es decir, por conocimiento.

Era, pues, preciso, para que la semejanza de Dios estuviera en las cosas de todos los modos posibles, que la bondad divina se comunicara á los seres, no sólo por medio de la existencia, sino por medio del conocimiento.

Y como sólo el entendimiento puede conocer, infiérese, sin esfuerzo, que fuera de las sustancias corpóreas, es preciso que haya en el mundo sustancias inteligentes.

“Y las hay: imágenes vivas de nuestro Creador, dice el P. Monsabré, representamos en nuestras almas las perfecciones por las cuales él obra; re-

presentamos en la inmaterial sustancia de nuestras almas, su purísima sustancia.

La asimilación perfecta del efecto á la causa suprema, es evidente, el hombre es el coronamiento del universo.

“El hombre, decíamos, es la imagen viva de Dios, porque representa en sus facultades las perfecciones por las cuales Dios obra, y porque, en la inmaterial sustancia de su alma, representa la purísima sustancia divina.”

El hombre, agregábamos, es el coronamiento del universo, pero es el coronamiento del universo inferior y no de la obra total por la cual Dios expresa, fuera de sí mismo, su ser y sus perfecciones.

Mirando el mundo inferior, se advierte, en efecto, que la gradación de los seres es perfecta, si seguimos su movimiento ascensional, de un reino á otro reino, hasta esta síntesis animada que se llama la naturaleza humana; pero la naturaleza humana está al borde de un abismo, que es necesario llenar, para acercarse al infinito.

El hombre, aunque sea espíritu, no tiene su plenitud más que en la composición: necesita de la materia para existir, de la materia para obrar, de la materia para adquirir su perfección intelectual y moral.

Interrogando á la materia, es como saca de ella las formas sensibles, que la actividad de su inteligencia convierte en ideas: arreglando, por aspiraciones inmateriales, los apetitos de la materia, es como forma en su alma las costumbres santas.

Así es que, si el hombre es grande cuando se le compara con las realidades inferiores, es pequeño cuando se le compara con las posibilidades de un orden más alto.

Es, entonces, evidente, que la naturaleza humana, pequeña porque el alma necesita del cuerpo para obrar y perfeccionarse, no puede ser la última palabra en el orden de la creación.

Debe haber otras sustancias espirituales, que no necesiten de la materia, que estén separadas del cuerpo, para existir y para obrar.

La razón así lo persuade.

No puede ponerse en duda que, corrompido el cuerpo humano, destruido ese organismo, no por

eso se destruye el alma: destruido el cuerpo, la sustancia intelectual tiene que subsistir.

Las inspiraciones del buen sentido, el dictamen de la razón recta, así lo demuestran.

La perfección y la corrupción en un ser, son dos cosas, á toda luz, contrarias.

Es, entonces, incontrovertible, que ninguna cosa se destruye, se corrompe, por aquello en que consiste su perfección.

Ahora bien, la perfección del alma humana, consiste en su abstracción del cuerpo.

Dos cosas perfeccionan el alma humana: la ciencia y la virtud.

El alma humana se perfecciona, tanto más, por la ciencia, cuanto más considera las cosas in-materiales: el alma humana se perfecciona, tanto más, por la virtud, cuanto más se separa de las pasiones del cuerpo.

Si, pues, la separación del cuerpo constituye su perfección, evidente es que no puede perecer destruido el organismo.

Alguien podría decir que el alma, separada del cuerpo, evidentemente se perfecciona; pero se perfecciona en su operación; se perfecciona por

la ciencia y por la virtud; pero no en su ser, no en su sustancia.

La observación carece de eficacia.

Si el alma, separándose del cuerpo, se perfecciona en su operación, tiene que quedar existente en su ser.

La operación sigue la naturaleza del ser.

Si, pues, el alma, en su operación, se perfecciona, abandonando el cuerpo y las cosas corporeas, su naturaleza, su sustancia, su ser, jamás podrá destruirse, aunque se separe del cuerpo.

Hay otra razón.

La perfección propia del hombre, por lo que mira á su espíritu, es algo incorruptible, algo que no puede perecer.

La operación propia del hombre, como hombre, es entender, y en esto se distingue precisamente de los brutos, de las plantas y de los seres inanimados.

Y esta operación propia del hombre, el entender, sólo puede ejercerse en cosas universales y por lo mismo incorruptibles.

Si, pues, la perfección del hombre consiste en algo incorruptible, como es el entender, es evidente que el ser mismo, á quien perfecciona esa

operación, tiene que ser incorruptible, porque las perfecciones siempre son adecuadas al ser á quien ellas perfeccionan.

Hay otro fundamento.

Si el alma humana se destruyera, por la destrucción del cuerpo, se debilitaría necesariamente, debilitándose el cuerpo.

El alma humana no sufre esos debilitamientos, cuando el organismo se debilita.

Hay facultades del alma que suelen debilitarse, debilitado el órgano del que necesitan para sus funciones.

Así, por ejemplo, debilitado el ojo, se debilita la facultad de ver; pero esta debilidad es por accidente.

Es decir, en realidad, la facultad del alma no sufre menoscabo.

La prueba de ello es que si el órgano se restaura, la vista ó la facultad de ver aparece en toda su perfección.

Esto no sucedería si el debilitamiento hubiera acaecido en la facultad de ver y no en el órgano de que se sirve el alma para esa función.

Por eso decía Aristóteles, que si un anciano recibiera el ojo de un joven, vería como joven.

El debilitamiento, pues, está en el órgano y no en el alma.

Hay facultades del alma que no necesitan del órgano corporeo para realizar sus funciones: tal es la facultad de entender.

Así es que esta facultad, ni por accidente puede sufrir menoscabo, como lo sufren las que requieren para obrar el órgano del cuerpo.

Suele suceder que en la operación del entendimiento, haya fatiga ó impedimento por las enfermedades del cuerpo; pero esto no es, dice Santo Tomás, por la debilidad del mismo entendimiento, sino por la debilidad de las fuerzas de que necesita el entendimiento, á saber: de la imaginación, de la memoria y del conocimiento.

Así es que el entendimiento humano es enteramente incorruptible: tiene que serlo el alma; no perece, por lo mismo, cuando el cuerpo se destruye.

La razón, de consiguiente, demuestra con evidencia notoria, que el alma humana subsiste, ó más bien dicho, puede subsistir separada del cuerpo.

Esta vida del alma, separada del cuerpo, no es

natural en ella, es accidental, porque el alma es forma del cuerpo.

Si, pues, hay substancias intelectuales, como es el alma humana, que por accidente pueden subsistir, separadas del cuerpo, es indudable que debe haber otras que subsistan separadas del cuerpo, por naturaleza y no por accidente.

Principio es, que la razón percibe sin esfuerzo, que lo que es, como dicen los filósofos, *per se*, es primero, que lo que es *per accidens*.

Hay más.

Es una verdad, accesible á toda inteligencia, que lo perfecto en un orden, es primero que lo imperfecto en el mismo orden.

Si no fuera así, si lo imperfecto fuera primero que lo perfecto, lo perfecto habría nacido de lo imperfecto, lo menos habría producido lo más.

Las almas humanas evidentemente son imperfectas, son las formas de los cuerpos, necesitan del organismo para sus operaciones, de aquí nace su imperfección.

Si, pues, en su género, que es el ser intelectuales, son imperfectas, debe haber en el mismo género otras substancias perfectas.

Claro es, entonces, que debe haber otras subs-

tancias intelectuales que puedan existir naturalmente separadas de los cuerpos: en eso consiste necesariamente su perfección.

Hay otra tercera razón, que viene á ser como una amplificación de la que acabamos de enunciar.

Lo perfecto precede á lo imperfecto: este es un principio de eterna verdad.

El alma humana entiende; pero es imperfecta en su modo de entender, porque, para entender, necesita tomar de las cosas sensibles las especies á fin de convertirlas en inteligibles.

La perfección del entendimiento consiste en entender las cosas que por sí son inteligibles, sin recibir el conocimiento de las cosas sensibles.

Esto es evidente: es, entonces, preciso que haya otras substancias intelectuales que entiendan sin necesidad de buscar el conocimiento en las cosas materiales.

Esas substancias, esos seres, que entienden sin necesidad de especies sensibles, que viven sin ser formas de la materia, son los ángeles.

Pudiera decirse que en efecto la perfección es primero que la imperfección; pero esto no exige que antes de las almas humanas haya otras sus-

tancias intelectuales que constituyan esa perfección en el género.

Para llenar esta necesidad lógica, digamos así, basta la existencia de Dios que es la perfección suprema.

“Dios es la perfección misma, responde el P. Monsabré, yo lo sé muy bien; pero Dios es el ser increado, y donde se busca la perfección intelectual que falta, es en un ser creado.

“¿Dónde está esa perfección, continúa el P. Monsabré, si no en los abismos cuyas riberas estoy tocando?”

“No, no, continúa el sabio dominico, estos abismos no quedarán vacíos. Las necesidades lógicas del acto creador me obligan á poblarlas con inteligencias perfectamente asimiladas al supremo inteligible; con espíritus puros é independientes que encuentren su plenitud en la simplicidad y que no tengan como yo necesidad de la materia para existir, para obrar y perfeccionarse; con espíritus que se ven ellos mismos, mientras que yo me busco; con espíritus que aspiran inmediatamente lo inteligible, mientras que á mí no viene sino buscándolo en las formas sensibles; con espíritus en los cuales Dios se reconozca mejor que

en la mezcla de los dos elementos de que se forma mi naturaleza.”

Es preciso admitir la existencia de los ángeles.

“Sin ellos, concluye el P. Monsabré, sería para mí el mundo lo que sería un cuadro sin perspectiva, lo que sería un retrato sin expresión, lo que sería esta magnífica basílica, si un techo vulgar reemplazara las ligeras bóvedas que sostienen sus columnas, como una tiara sobre la cabeza del pueblo cristiano.”

El mundo invisible existe: las tradiciones lo afirman, sus manifestaciones lo revelan, la razón lo adivina, lo llama y fija su lugar en el conjunto de los seres creados.

Pero ¿cuál es la naturaleza de esos seres misteriosos de que se forma el mundo invisible?

¿Cuál es su esencia, cuáles son sus facultades y su manera de ponerse en relación con los otros seres?

Los ángeles son, como ya lo dejamos indicado, espíritus puros. ®

Están exentos de materia, por sutil y etérea que se conciba.

Las figuras ó formas materiales que muchas veces se atribuyen á los ángeles, como lo revelan las páginas sagradas, no se les atribuyen en realidad, sino por cierta semejanza, según la frase de Santo Tomás, *per quamdam similitudinem sunt intelligenda*, como se atribuyen á Dios, sustancia purísima, muchas cosas corporales, en las Santas Escrituras, que de ningún modo corresponden á su ser, que es incorporeo y simplicísimo.

El lenguaje de la escritura se acomoda á la humana debilidad, que necesita para entender de formas ó especies sensibles.

Pero el entendimiento nunca puede atribuir esas formas materiales á los ángeles, como jamás las atribuye al Ser Supremo.

Por lo demás, la misma escritura divina, hablando de los ángeles, al lado de las expresiones, capaces de extraviarnos, agrega el correctivo: virtudes ó fuerzas de Dios, espíritus, llama á los ángeles, *Omnes sunt administratorii spiritus*.¹

Algunos, y entre ellos, Padres y Doctores de la Iglesia, han enseñado que los ángeles tienen cuer-

¹ Heb. cap. I.

pos de cierta materia penetrable y penetrante y que se nutren con un manjar celeste, llamado en la Escritura, pan de los ángeles.

Esta teoría es insostenible.

La existencia de las almas humanas, que es un género imperfecto, porque son las formas del cuerpo, porque necesitan del cuerpo para obrar y perfeccionarse, es precisamente lo que lleva á nuestro entendimiento la convicción profunda, dado el ineludible principio de que la imperfección supone necesariamente la perfección en el mismo género, de que existen otros seres espirituales como el alma, pero perfectos en su género, es decir, que no necesitan de la materia para obrar y perfeccionarse.

Este principio de la razón, ha sido elevado á enseñanza católica.

El Concilio de Letrán, celebrado bajo Inocencio III, contiene este cánon: "Creemos firmemente que Dios, desde el principio del tiempo, creó de la nada una y otra sustancia, la espiritual y la corporal, á saber, la angélica y la mundana, y después la humana como una naturaleza común, constituida de espíritu y de cuerpo."

La materia es, de consiguiente, una sustancia;

el espíritu es otra, y el hombre es un compuesto de las dos.

Los ángeles, por lo mismo, son sustancias separadas del cuerpo, son sustancias simples, sin mezcla alguna de materia.

La muerte que nos destruye, el tiempo que dispersa los elementos de nuestro cuerpo, nada pueden sobre los ángeles.

Ninguna fuerza puede alterar su incorruptible esencia, ningún influjo puede menoscabar su unidad perfecta.

Lo simple no se corrompe, es inmortal.

Dios solo, por un acto soberano de su poder, podría aniquilar á los ángeles, si su eterno decreto no los hubiera hecho inmortales.

Son simples, pero jamás llegarán á la simplicidad de Dios.

No están compuestos de materia y forma; pero en ellos no es lo mismo la sustancia que la acción, no es lo mismo su poder que su esencia, no es lo mismo su esencia que su vida.

En la divinidad, y sólo en ella, es en donde la sustancia, la esencia, la vida, la virtud operativa y la operación, son una sola y una misma cosa, un solo y mismo ser; sólo Dios es un acto purísimo.

El primer acto de esos espíritus celestes, es conocer; conocen, entienden.

Pero este acto de conocer, el modo con que los ángeles entienden, es muy distinto al acto de conocer y entender de nuestras almas.

Nuestras almas adquieren el conocimiento, sacándolo de las cosas materiales, desprendiendo ese conocimiento de las cosas sensibles.

Y nuestras almas entienden de ese modo, porque están unidas al cuerpo, porque están dispuestas para servirse del organismo, del que constituyen la forma y la vida.

Los ángeles no están destinados para ser la forma de la materia, son sustancias separadas del cuerpo.

No pueden, por lo mismo, sacar sus conocimientos de las cosas sensibles.

En los ángeles no hay como en las almas, entendimiento agente y entendimiento posible.

Las almas recogen, de las cosas materiales, las especies, las imágenes, por medio de los sentidos.

El entendimiento, por medio de su fuerza, convierte esas imágenes sensibles, en especies inteligibles, y esto es lo que se llama el entendimiento

agente, el entendimiento que obra: su obra, su trabajo, es una obra de conversión; hacer de una especie material una especie inteligible.

Las almas humanas, que no pueden abarcar de un golpe el conocimiento de todos los seres, lo van adquiriendo gradualmente: mientras no lo adquieren, están en potencia para adquirirlo.

Y no pueden adquirir de un golpe el conocimiento de todos los seres, porque esos seres de que el alma humana saca su conocimiento, son singulares y casi infinitos en número.

Pero puede ir poco á poco adquiriendo conocimientos: su entendimiento está dispuesto, está en expectativa, está en potencia, para adquirirlos: esto es lo que se llama entendimiento posible.

Como los ángeles son sustancias separadas del cuerpo, como ellos no sacan sus conocimientos de los seres sensibles, "no hay en ellos, dice Santo Tomás, ni entendimiento agente, ni entendimiento posible."

Tampoco la distancia local influye sobre su conocimiento.

La distancia local influye sobre el sentido, pero no sobre el entendimiento, si no es cuando este accidentalmente, como sucede en las almas, recibe

del sentido los materiales que necesita para la obra de la inteligencia.

Los ángeles, por lo mismo, que son sustancias separadas, que no reciben el conocimiento intelectual de las cosas sensibles, nada resienten por razón de la distancia local, en su conocimiento nada influye esa distancia.

Por la misma razón de que los ángeles no sacan su conocimiento de las cosas sensibles, de modo alguno puede el tiempo influir sobre su conocimiento.

El tiempo no mide, sino aquellas cosas que están en algún lugar.

Por eso en las almas humanas la operación intelectual está mezclada con el tiempo: sacan su conocimiento de los seres singulares que se hallan en determinado sitio: y por eso en la composición y división el alma humana necesita del tiempo.

Los ángeles en su conocimiento, están lejos de la influencia local.

Están, entonces, á cubierto de las influencias del tiempo.

El entendimiento de los ángeles es un entendimiento siempre en acto.

Si no fuera así, estaría algunas veces en potencia: se mediría, entonces, por el tiempo.

Si, pues, el tiempo ningún influjo ejerce en la acción intelectual del ángel, evidente es que el entendimiento de esos espíritus está siempre en acto.

Por otra parte, toda sustancia viviente tiene alguna operación vital en acto por su naturaleza, que le está inherente siempre, aun cuando otras operaciones las pueda tener en potencia.

Así los animales tienen que alimentarse permanentemente para vivir: la alimentación es la operación que sostiene su vida: de otras operaciones pueden prescindir sin riesgo de perder la existencia.

Las sustancias separadas del cuerpo son sustancias vivientes: su vida consiste en entender.

Luego así como en los animales el alimentarse tiene que ser operación permanente, porque de ella depende la vida, en los ángeles el entender debe ser también operación permanente, porque en eso consiste la vida de las sustancias inteligentes separadas del cuerpo.

El entendimiento de los ángeles, es por lo mismo, un entendimiento en acto.

El entendimiento de los ángeles, decíamos en nuestro anterior artículo, es un entendimiento en acto y no en potencia.

¿Será, entonces, el entendimiento de los ángeles, como el entendimiento divino, que está siempre en acto?

Evidentemente no: la distancia entre el Creador y la creatura, por más que ésta sea perfectísima, es infinita.

El entendimiento de los ángeles siempre en acto bajo cierto respecto, está bajo otro en potencia.

De dos modos, enseña Aristóteles, puede estar un entendimiento en potencia.

De un modo está en potencia, cuando no adquiere todavía el hábito de la ciencia, es decir, está en potencia antes de aprender, antes de adquirir un conocimiento.

Está en potencia de otro modo, cuando ya ha adquirido el hábito de la ciencia, pero no la aplica ó la pone en ejercicio.

Del primer modo, el entendimiento de los ángeles nunca está en potencia, respecto de aquellas cosas á las que puede extenderse su conocimiento natural.

Así lo persuade la inducción.

Conviene entender el orden de las sustancias espirituales, como se entiende el orden de las cosas corporales, una vez que mayor debe ser el cuidado de Dios respecto del orden y perfección de las cosas espirituales, como más nobles, que de las cosas corporales.

Y el orden en las cosas corporales, inferiores y supremas, es que las inferiores no tienen, digamos así, agotada la materia por la forma, sino que son susceptibles de recibir hoy una forma y otra después, mientras que en las supremas, como son las celestes, la materia está, por decirlo así, agotada, no son susceptibles de nuevas formas.

Así es que, en los cuerpos celestes, la potencia de la materia es completa; los astros no reciben nuevas formas.

Los cuerpos inferiores, los que existen en la tierra, no tienen completa la forma de su materia: su materia es susceptible de formas diversas.

Esto que se observa en el orden de los cuerpos, tiene que observarse en el orden de las sustancias espirituales.

Las almas humanas tienen una potencia intelectual, incompleta é imperfecta: van adquirien-

do sucesivamente sus conocimientos por las especies ó imágenes inteligibles que desprenden de las cosas.

Las inteligencias superiores, que son los ángeles, deben tener esa potencia intelectual completa y perfecta, como los astros tienen completa la potencia de la materia.

Así es que los ángeles, por las especies inteligibles impresas en ellas desde su creación y que les son congénitas y naturales, tienen el hábito de la ciencia completa, pueden entender todas las cosas que naturalmente pueden conocer.

Bajo este punto de vista, su inteligencia está siempre en acto, tienen el hábito de la ciencia.

Pero nada impide que respecto de todas aquellas cosas que divinamente se les han revelado, su entendimiento esté en potencia: no es preciso que todas aquellas cosas que los ángeles conocen por conocimiento natural, las contemplen constantemente: como no repugna el que los cuerpos celestes, aunque completos en su potencia natural, estén en potencia para ser iluminados, como cuando el sol proyecta sobre ellos sus rayos.

En consecuencia, por lo que toca al conocimiento del Verbo y de todo lo que ven en el Ver-

bo, nunca están en potencia los ángeles: la contemplación del Verbo y de las cosas que en él miran constituyen su bienaventuranza, su felicidad, y es bien sabido, como enseña Aristóteles y lo persuade la razón, que la felicidad no consiste en un hábito, sino en un acto.

No es feliz quien puede serlo, sino quien lo es.

El ángel también tiene una inteligencia siempre en acto, al contemplar su propia sustancia: su sustancia está siempre íntimamente visible á su entendimiento: así es que, respecto de ella, está siempre su entendimiento en acto, como el ojo abierto, teniendo en su presencia un objeto iluminado, tiene que verlo siempre necesariamente.

Los ángeles tienen, también, su inteligencia en acto, respecto de los astros que muevan, según el sentir de los antiguos filósofos.

Los ángeles, en fin, tienen su entendimiento siempre en acto, respecto de las almas, cuya custodia se les ha confiado.

Mas por lo que toca á todo lo demás, que pueden conocer con su conocimiento natural, no tienen siempre su entendimiento en acto: hay en ellos libertad para aplicar su ciencia á lo que más les agrade y según el impulso de su voluntad.

“La esencia de los ángeles, dice el P. Monsabré, no es tan vasta para que puedan ver en ella todas las cosas, como Dios las ve todas en su esencia; pero no tienen necesidad de mendigar, fuera de ellos, las formas inteligibles que completan sucesivamente, y gota á gota, nuestra inteligencia condenada á labor ruda.”

“El mismo acto que los hace ser, les da toda su perfección intelectual, y las ideas divinas penetran su naturaleza trasparente, se fijan en ella y la iluminan desde el primer momento de su vida.”

“Se conocen á sí mismos por una intuición directa de su propia sustancia: son inteligibles al mismo tiempo que inteligentes.”

“Les basta contemplarse, para ver, como en un espejo, á Dios, principio de su perfección, á quien tanto se asemejan.”

“Todo lo que es espíritu, todo lo que es cuerpo, se revela á su inteligencia por las razones eternas que el Verbo divino ha impreso en ellos.”

“Superiores á la materia, la contienen eminentemente y la conocen en sí mismos con un conocimiento inmaterial, como su esencia.”

“Si no dominan á todos los seres y á todos los tiempos como Dios los domina desde la altura de

su inmóvil eternidad; si no pueden seguir en la sombra del porvenir la trama de los acontecimientos que Dios contempla, como si estuviesen presentes, penetran tanto mejor la virtud de las causas, cuanto más perfecta y más universalmente las conocen.”

“Podemos ocultarles nuestros pensamientos y nuestros designios, porque Dios sólo penetra los secretos de los corazones; pero el menor signo; el menor movimiento de nuestros cuerpos, aunque pudiera escapar á todas las miradas, son para ellos una revelación de nuestras disposiciones interiores.”

Pero no están condenados á esas penosas tareas de la razón que corre tras de la verdad, compone, divide y arranca penosamente las conclusiones de los principios.

A un solo golpe de vista, descubren todo el alcance de las primeras verdades.

Su intuición es tan pronta, tan viva, tan profunda, que les es imposible ser, como nosotros, sorprendidos por el error.

Si se engañan, es porque quieren.

Los ángeles están dotados de inteligencia; están igualmente dotados de voluntad.

Todas las cosas proceden de la voluntad divina; todas las cosas, en consecuencia, á su modo y de diversa manera, tienden al bien.

Ciertas cosas tienden al bien, por cierto hábito natural y sin conocimiento, como las plantas y los cuerpos inanimados: esta inclinación se llama, en el lenguaje de la escuela de Santo Tomás, apetito natural.

Otras tienden al bien con algún conocimiento; no un conocimiento que les haga comprender la razón misma del bien, sino sólo algún bien particular, como son los sentidos, que pueden conocer lo dulce y lo blanco: esta inclinación se llama apetito sensitivo.

Otras se inclinan al bien con conocimiento, á virtud del cual conocen la razón misma del bien: este es propio del entendimiento: esta inclinación se llama voluntad.

Si, pues, los ángeles conocen por el entendimiento la razón universal del bien, es manifiesto que en ellos existe la voluntad.

Esta voluntad es libre en sus operaciones.

En el universo hay seres que obran como movidos por otros, y no por un movimiento espontáneo; así, una saeta va á su fin, pero no por su pro-

pio impulso, sino por aquel que le comunica el que de ella se vale.

Otros seres obran por cierto arbitrio, pero no libre, como los animales irracionales: la oveja, por ejemplo, huye del lobo, por cierto instinto, á virtud del cual estima que le es perjudicial: este juicio no es libre, es un juicio impreso en los animales por la naturaleza; es lo que llamamos un instinto.

Sólo los seres dotados de inteligencia pueden obrar con juicio libre: á virtud del entendimiento, conocen la razón del bien.

En consecuencia, sólo los seres inteligentes gozan de un arbitrio libre.

Y como en los ángeles hay entendimiento, y más excelente que en los hombres, no puede ponerse en duda que son completamente libres en todas sus operaciones.

Y ese apetito intelectual de los ángeles, que constituye su voluntad, como que se refiere al bien universal y no al particular, es enteramente intelectual y no irascible ni concupiscible.

“La perfección de la voluntad, dice el P. Monsabré, es, en los espíritus angélicos, igual á la perfección de la inteligencia.”

“No saben lo que es la turbación que causa la violencia de los apetitos.”

“Cuando hieren, dice San Agustín, es sin cólera, y únicamente por obedecer á la ley eterna de justicia, que les ordena castigar: cuando tienen piedad de la miseria, es sin emoción: cuando llevan socorros á las almas que naufragan, es sin temor del peligro.”

“Su amor, que viene de la naturaleza ó de su elección libre, no les agita.”

“Aman el bien en Dios, en sí mismos, en sus hermanos, en todas las creaturas, con un amor tranquilo y sabiamente medido.”

“Tranquilo y sabiamente medido, como es su amor, es su odio al mal.”

“Una voluntad, así purificada, no puede conocer ni las vacilaciones de los deseos, ni la inconstancia de las resoluciones.”

“Mientras que nosotros necesitamos largas y angustiosas deliberaciones, antes de decidirnos, los ángeles no necesitan deliberar: se fijan prontamente, y por un solo acto, en el objeto de su elección.”

“Dios les ha propuesto, como á nosotros, una felicidad infinita en la visión de su esencia; y para

adecuarlos á un fin tan noble y tan grande, les ha dado la gracia, al mismo tiempo que les dió el ser."

Así resume, con su elegante frase, el P. Monsabré, las enseñanzas de la filosofía cristiana, sobre la inteligencia y la voluntad de los ángeles.

Esta es la naturaleza de esas inteligencias, de esas voluntades, que habitan el mundo invisible.

Ya conocemos la esencia de los ángeles y sus facultades.

Debemos ahora estudiar sus relaciones, es decir, la manera con que se ponen en contacto con los otros seres.

El medio de que una inteligencia se comunique con otra, es la palabra, y los ángeles hablan.

La escritura Santa que es el libro en que se contienen las revelaciones que Dios ha hecho al hombre, y que es para los cristianos una palabra infalible, así lo enseña con frase inequívoca.

En la profecía de Isaías se encuentran estas palabras: "*Los serafines hablaban unos con otros.*"

En la de Daniel se registran estas otras: Dijo Gabriel: "*Haz entender esta visión.*"

San Pablo, el inspirado filósofo del cristianismo, para encomiar las excelencias del amor divino, decía que no podría hacerlo dignamente, aunque hablara en la lengua de los hombres y en la lengua de los ángeles: *Si linguis hominum loquar et angelorum.*

La razón humana persuade de que entre los ángeles debe haber un medio de comunicación, que los ponga en relaciones con ellos mismos, con su Creador y con las inteligencias inferiores.

Los ángeles forman necesariamente una sociedad, que intelectualmente se gobierna.

Y es claro que una sociedad y un gobierno no se conciben, sino mediante la palabra.

¿Pero cuál es la palabra de los ángeles? Cómo pueden comunicar sus conceptos, si están destituidos de órgano que sirva para hablar?

En concepto de Santo Tomás, un ángel puede manifestar á otro el concepto que encierra en su mente, cuando se dirija á otro y le manifieste ese concepto.

Esto es lo que se llama hablar, porque hablar, no es más que manifestar á otro el concepto que uno tiene en su entendimiento.

Hablar no es más que remover el obstáculo,

que tienen oculto un pensamiento é impide su manifestación.

Así, en nuestra alma hay dos obstáculos que impiden la manifestación de nuestro pensamiento: el primero es nuestra propia voluntad, manifestamos nuestro pensamiento cuando queremos, cuando no queremos, no lo manifestamos, queda oculto; el segundo obstáculo es nuestro cuerpo, porque, aunque nuestra voluntad resuelva comunicar nuestro pensamiento á otro, no es conocido por él con solo que lo queramos: necesitamos usar de un signo sensible, que es la palabra articulada por medio del órgano de la voz.

El ángel es una sustancia separada del cuerpo: no tiene cuerpo: no tiene, en consecuencia, que vencer el obstáculo que el cuerpo presenta para hacer conocer el concepto del entendimiento.

Le basta, entonces, remover el primer obstáculo: le basta querer comunicarlo, querer dirigir ese concepto á otro, y hacérselo conocer.

“Tienen, pues, los ángeles, como dice el P. Monsabré, una palabra simple como ellos, una palabra que hacen escuchar sin movimiento y sin ruido.”

Hablar para ellos, es manifestarse.

Hablan á Dios, cuya voluntad buscan para obedecerle, cuya perfección contemplan para admirarla.

Hablan entre sí: los ángeles superiores, para mostrar á los inferiores su luminosa esencia, y éstos para pedir á aquellos una luz más intensa.

“Podrían, agrega el P. Monsabré, por un acto de su voluntad, replegarse sobre sí mismos y hacerse impenetrables; pero el santo amor al orden, establece entre ellos una misteriosa atracción más perfecta, que la que encadena á los astros del firmamento, porque del uno al otro, no hay distancia posible.”

Hablan á los hombres, fortaleciendo secretamente su espíritu, persuadiendo á su voluntad, á la que no pueden mover directamente, excitando sus generosas pasiones é hiriendo su imaginación y sus sentidos, por medio de apariciones.

Pudiera, quizá, decirse, que el que habla tiene necesidad de excitar al que le escucha, para que atienda á lo que le habla, y que, siendo esto así, no puede decirse que un ángel habla á otros seres una vez que no hay un medio en los ángeles, como lo hay entre los hombres, que es la palabra, para que uno excite al otro á escuchar.

Santo Tomás, proponiéndose esta dificultad, la resuelve como de costumbre con una frase sobria.

“Así como el sentido, dice, se mueve por lo sensible, así el entendimiento se mueve por lo inteligible.”

Si, pues, el sentido se excita por un signo sensible, como es la palabra, así el entendimiento del ángel tiene que excitarse, para atender, por una virtud inteligible.

Hay, pues, en la palabra simple, como la llama el P. Monsabré, de que usan los ángeles, las condiciones que en nuestro modo de entender se requieren para el habla: es manifestativa del concepto interior y puede con ella excitarse al que escucha, para que entienda lo que se le habla.

Los ángeles se ponen á nuestro alcance, obrando en el lugar y sobre los cuerpos. Obrar en el lugar, es la manera con que ellos están en él.

Si no pueden igualar la inmensidad de Dios, por la inmensidad de su presencia, le imitan por la agilidad de sus movimientos.

“Mirad, agrega el P. Monsabré, á esos pájaros ligeros que hieden los aires, son menos rápidos que los ángeles, menos rápido el sonido que nos traen de lejos las ondas movibles de la atmósfe-

ra, menos rápido el rayo que cae de las nubes, menos rápida la luz que nos envía el sol, con una velocidad de 75,000 leguas por segundo.”

En nuestra alma, es en donde podremos encontrar un punto de comparación.

Sólo el pensamiento puede darnos una idea de la agilidad de los espíritus angélicos.

El pensamiento suprime los medios: instantáneamente, se traslada de uno á otro extremo del mundo: así son los ángeles.

El lugar no puede, ni contener, ni medir su prodigiosa actividad.

Los ángeles ejercen, sobre la materia, su actividad; no del modo soberano que sólo conviene á Dios; pero suplen á las causas interiores, se mueven, separan, reúnen los elementos dispersos, se componen cuerpos sutiles de que se sirvan para aproximarse á nosotros, asistirnos y hacernos escuchar las palabras del cielo.

Son de la misma naturaleza, y sin embargo, no hay en ellos uniformidad.

Son innumerables, forman incontables muchedumbres, pero cada uno constituye no un individuo, sino una especie, en sentir de Santo Tomás.

“Muchos son, dice San Dionisio, los ejércitos

bienaventurados de las inteligencias supremas, y su número excede á la débil y reducida medida de nuestros números materiales.”

Y tiene que ser innumerable, en concepto de Santo Tomás, porque cuanto más perfectos son los seres, en tanto mayor exceso los ha creado la mano divina.

En las cosas corporales, el exceso consiste en la magnitud: en las incorporeales, consiste en el número.

Así vemos que en el universo, los cuerpos incorruptibles, que son los más perfectos entre los cuerpos, exceden incomparablemente en magnitud á los cuerpos corruptibles.

Ningún cuerpo celeste puede compararse, en magnitud, con los cuerpos corruptibles que se encuentran sobre el haz de la tierra.

“Racional es entonces, inferir, dice Santo Tomás, que las sustancias inmatrimales excedan incomparablemente, en número, á las sustancias materiales.”

Cada uno de los ángeles constituye una especie.

Los ángeles, en efecto, no están compuestos de materia y forma: son sustancias inmatrimales y no están destinados á ser la forma de un cuerpo.

Es, entonces, imposible que haya dos ángeles de la misma especie: la materia, en cierta cantidad, es lo que constituye al individuo.

Tal es, al menos, la tesis que sustenta la escuela tomista.

Esta enseña que, en las sustancias materiales, el principio de individualidad y multiplicación dentro de la misma especie es la materia, con ciertas dimensiones, *materia signata*, y que las sustancias inmatrimales completas se individualizan por su entidad específica, no pudiendo multiplicarse por carecer de materia.

La sustancia inmaterial incompleta, agrega la escuela tomista, como es el alma racional, se multiplica dentro de la misma especie, porque no se individualiza por sí, sino en orden á la materia, á la que debe servir de forma: así es que el alma humana se multiplica según el número de los cuerpos que informa.

La escuela de los Jesuitas y de los Escotitas enseña que el principio de individualidad consiste en la misma entidad de la cosa individualizada ó en los principios intrínsecos con los cuales la entidad forma su individuo.

En los principios de esta escuela, posible es que los ángeles, careciendo de materia, puedan multiplicarse dentro de la misma especie.¹

En todo caso, los ángeles deben ser casi infinitos en número y en variedad prodigiosa.

“Pero en esa prodigiosa variedad, añade el P. Monsabré, una gravitación eminente establece, arregla y mantiene la armonía sobre el modelo del ternario sagrado, de donde deriva toda perfección.”

“Las especies se agrupan en los coros, los coros en las jerarquías. Tres veces, tres círculos inateriales rodean la esfera del Supremo inteligible y colman los abismos que los separa de nuestra débil grandeza.”

“Como el mundo visible, el mundo invisible tiene sus reinos; tres jerarquías que distinguen la luz y la acción.”

El P. Monsabré, con esa claridad propia de su inteligencia, revela los diversos grados del conocimiento angélico.

“Imaginad, dice, un ojo que viera todos los colores y sus matices en la luz del sol; otro que no viese los colores compuestos más que en los colo-

¹ Urráburu, Ontolog. Disp. II, cap. 2.

res simples é irreducibles; otro, en fin, que no viese los matices más que viendo cada color determinado de tal manera y en tal composición; he aquí los diversos grados del conocimiento angélico, la primera jerarquía ve las razones eternas de las cosas en la simple luz del ser divino; la segunda, en la luz múltiple de las causas universales; la tercera, en la determinación de esas causas y efectos particulares.”

“En cuanto á la acción; en la cima, los espíritus celestes consideran el fin general de todas las cosas; en el medio, ordenan el movimiento; en lo más bajo, ejecutan.”

He aquí, en frases perceptibles, la enseñanza más profunda sobre la naturaleza de los ángeles, sobre sus facultades y sobre los medios con que se ponen en relación con todos los seres.

Las inducciones de la razón nos han llevado hasta las profundidades que habitan los espíritus. ®

Hemos podido, aunque sea rápidamente bosquejar la naturaleza, las facultades, la ciencia de

los espíritus angélicos, no menos que la manera con que se ponen en relación con los demás seres del universo.

Los ángeles han sido creados en estado de felicidad.

Sin embargo, no recibieron en el primer instante de su creación la perfecta y sobrenatural felicidad á que Dios los destinara.

La bienaventuranza no es otra cosa que la última perfección de la naturaleza racional é intelectual, y de aquí proviene que naturalmente se desee esa felicidad, porque todo ser naturalmente desea alcanzar su última perfección.

La última perfección de la naturaleza racional ó intelectual es de dos maneras: una que puede adquirirse con las fuerzas de la misma naturaleza; otra que no puede adquirirse por ese medio, porque es superior á la naturaleza del entendimiento creado.

El ángel, por lo que toca á la primera, que podíamos llamar bienaventuranza natural, fué creado enteramente feliz.

El ángel, en efecto, adquiere la primera felicidad sin movimiento alguno discursivo, como tiene que adquirirla el hombre.

La segunda, como que excede las fuerzas de su naturaleza, y consiste en contemplar á Dios tal como es, no puede adquirirse por las solas fuerzas de la naturaleza.

Dios no debía esta felicidad á ningún ser creado; le bastaba concederles una bienaventuranza adecuada á su naturaleza.

“Llamados los ángeles á contemplar la esencia divina, era necesario, dice el P. Monsabré, que mereciesen este honor, que Dios no debe á ninguna naturaleza creada. Su potencia absoluta podía, es verdad, sacar de la nada una criatura perfecta, consumada en gracia y en gloria en el instante mismo en que se produce el primer acto de su existencia. Pero su sabiduría ha decidido no dejar á su poder libertad tan amplia, porque es más conveniente y más digno que el ser inteligente, sea por cooperación deliberada, el obrero de su propia grandeza y de propia felicidad.”

Los ángeles, pues, han tenido que hacer méritos para alcanzar la felicidad sobrenatural, ó sea la contemplación de la esencia divina.

La bienaventuranza perfecta sólo en Dios es natural, porque para él es una misma cosa, existir y ser dichoso.

En los seres creados, el ser feliz no es una cosa natural, es un fin.

Todo ser llega á su fin por medio de la obra, por medio de su operación: si las fuerzas, para realizar el fin son superiores al fin mismo, como la medicación respecto de la salud, entonces el fin es el resultado ó la consecuencia de la operación: la operación es la que hace el fin, es *factiva finis*, como dice Santo Tomás: si el fin es superior á la operación, de manera que, para conseguir el fin se necesita la ayuda de otro, entonces la obra no es la que hace el fin, sino que es meritoria del fin, según la frase del mismo doctor angélico.

La bienaventuranza para los ángeles era un fin, sus fuerzas no exceden á su fin sobrenatural: la bienaventuranza excede con mucho á la naturaleza angélica y á la naturaleza humana.

Los ángeles, entonces, trabajando por alcanzar su fin último, pudieron hacer obras meritorias, meritorias de la gloria.

Sin embargo de que los ángeles recibieron en su creación el auxilio natural de la gracia, para merecer la bienaventuranza suprema, no todos la alcanzaron.

“Una tempestad repentina, dice el P. Monsabré,

estalló en las puertas mismas de la bienaventuranza eterna.”

“Uno de los más bellos ángeles, Lucifer, enamorado de sí mismo, rechaza los ofrecimientos que Dios le hace: su grito de insurrección, atravesando todas las jerarquías, arrastra tras sí á millares de espíritus celestes. No es su fuerza la que los arrastra, es su belleza la que los encadena.

El profeta de Pathmos nos ha revelado en una frase la revolución causada en el cielo: *factum est*, dice, *praelium magnum in celo*, una gran batalla se ha verificado en el cielo.”

“Nada de armas, dice el Padre Monsabré, nada de ruido, nada de sangre, en esta lucha gigantesca. Una sola palabra decide la suerte de la batalla.”

¿Quién es semejante á Dios? dijo á los rebeldes el ángel Miguel.

Esta palabra fué el rayo que en un instante deshizo la armada de los rebeldes y los precipitó á los abismos eternos.

¿Pero cómo se verificó esta caída de los ángeles?

Isaías, en una de sus raptos, hacía la misma pregunta: ¿cómo has caído del cielo, oh Lucifer,

cuando tú regocijabas con tu esplendor la mañana de la creación, cuando estabas tan lleno de sabiduría y de belleza? ¿Cómo has caído, tú que eras grande y rico, tú, oh querubín, que tenías extendidas tus alas para proteger el trono de Dios?

¿Pues qué, los ángeles, podían pecar?

El ángel, lo mismo que el hombre, considerados en su naturaleza, puede pecar. La ausencia del pecado es obra de la gracia y no de la naturaleza.

Pecar, dice Santo Tomás, no es otra cosa que desviarse de la rectitud que la acción debe tener.

La desviación de la regla es lo que constituye el pecado en las cosas naturales, en las artificiales y en las morales.

Sólo aquel acto, cuya regla es la misma virtud del agente, es el que no puede separarse de la rectitud que debe tener.

“Si la mano del artífice, dice Santo Tomás, fuese ella misma la regla para trazar una línea, ó para cortar un lienzo, jamás el artífice trazaría mal la línea, ni cortaría mal el lienzo.”

Pero no sucede así: quien, sin regla, traza una línea, está expuesto á desviarse de la dirección: quien sin regla, corta un lienzo, está siempre en peligro de desviar el corte.

La regla, pues, está separada del agente, tratándose de los seres creados.

Sólo en Dios no hay ese peligro: su voluntad, que es la que obra, es, al mismo tiempo, la regla que dirige la obra: sólo Dios tiene, por su naturaleza, rectitud en todas sus operaciones: la regla y el agente están identificados.

No sucede así en las creaturas: su voluntad tiene por regla la voluntad divina.

“La voluntad creada, tiene que regularse por la voluntad divina, como la voluntad de un ejército, dice Santo Tomás, tiene que regularse por la voluntad de su jefe.”

En consecuencia, sólo en la voluntad divina, es imposible el pecado: en la voluntad creada, según el orden de su naturaleza, es posible el pecado.

Los ángeles podían pecar, pero ¿de qué manera pudieron caer en pecado?

No podían caer en pecado, por error ó por ignorancia, porque fueron creados en sabiduría; no podían caer en pecado, por pasión, porque eran espíritus purísimos; no podían caer en pecado, por hábito depravado, porque antes del pecado no habían cometido actos malos, de los cuales pudiera re-

sultar un hábito; no pudieron caer en pecado, por su naturaleza, porque fueron creados en estado de perfección.

Esta dificultad es gravísima, y apenas soluble, en sentir de los teólogos.

Puede, sin embargo, decirse que el ángel pecó por error ó por ignorancia, no en la acepción especial y estricta de estas palabras, sino en su acepción genérica.

Hay error propiamente dicho, cuando se asiente á una cosa falsa, juzgándola verdadera.

Hay error, generalmente dicho, cuando no hay consideración actual, cuando no se atiende ni se considera prácticamente, al obrar, lo que debía atenderse y considerarse.

El ángel no podía errar, juzgando como bueno, lo que no lo era.

Podía errar, no considerando el bien superior, al que debía referirse su propio bien.

El entendimiento angélico propuso á la voluntad su propia excelencia como buena y digna de ser amada; en esto no había error.

Mas no lo propuso como podía y debía, como digna de ser amada con sujeción á la regla divina y con orden á Dios, como autor y fin subgen

En esto hubo defecto actual de consideración práctica, é ignorancia ó error que se llama de mala elección.

Cuando el ángel aró esta excelencia, así propuesta, sin sujeción y orden á Dios, como fin sobrenatural, pecó sin duda.

“De dos maneras, dice Santo Tomás, puede haber pecado en un acto del libre arbitrio.”

“De una manera, cuando el hombre elige algo que es malo por sí, como peca el hombre, cometiendo un adulterio.”

“Tal pecado procede siempre de error ó de ignorancia; de otro modo no cometería ese pecado, porque el hombre nunca busca lo malo como malo.”

“Yerra, pues, el adúltero en particular, eligiendo este deleite de un acto desordenado, como un bien que como tal le presentan la inclinación de las pasiones, ó el hábito, aunque en general no yerre, sino que tenga sobre esta materia un juicio cierto.”

“De este modo no pudo pecar el ángel, porque ni tenía pasiones que ofuscaran su entendimiento, ni al primer pecado pudo preceder un hábito que inclinara al pecado.”

“De otro modo se peca eligiendo algo que es por sí bueno, pero no con el orden debido, como si alguno elige orar, que es por sí bueno, pero sin atender al orden establecido por la Iglesia.”

“Este pecado no supone ignorancia, sino ausencia de aquellas cosas que debían considerarse.

“De este modo pecó el ángel, convirtiéndose, por su libre voluntad, á su propio bien, sin orden á la regla de la voluntad divina.”

Y el ángel pecó: si nuestra naturaleza mixta no nos permite darnos cuenta exacta y perfecta de los actos de los ángeles, la palabra divina nos afirma la existencia del pecado que cometieron.

“En sus ángeles, decía Job, *encontró depravación.*”

“Dios no perdonó, decía San Pedro, á los ángeles que *pecaron.*”

“Apartaos de mí, malditos, dirá el justo Juez en el último día de los tiempos, según enseña San Mateo, al *fuego eterno* que está preparado *para el diablo y sus ángeles.*”

“El que peca, dice San Juan, es del diablo, porque el diablo *peca* desde el principio.”

Pecó el ángel, como pecan los espíritus.

Los bienes groseros que lisonjean nuestros sentidos no podían ejercer atractivo en él.

En el orgullo encontró su perdición.

El orgullo es la fuente de toda iniquidad: *initium omnis peccati superbia.*

“Subiré y seré semejante al Altísimo,” dijo el ángel.

¿Pensó de veras que podía igualar á la majestad infinita?

Evidentemente no; sabía muy bien que un ser finito, aunque eternamente creciera, jamás podría igualar al Infinito.

“Pero, protestando maliciosamente, dice el P. Monsabré, contra el orden establecido, ha comenzado la innumerable y larga línea de estos orgullosos naturalistas que repudian sus destinos naturales y lo aguardan todo del desenvolvimiento de su naturaleza, ó que desean aspirar á la felicidad suprema de ver á Dios, sin contar más que con sus propias fuerzas.”

En una palabra, Lucifer ha querido encontrar en sí mismo su felicidad, lo que sólo es propio de Dios: este fué su pecado. ®

Los ángeles han podido pecar, y, en efecto, pecaron.

Pecó Lucifer, y su pecado fué la causa de que otros ángeles pecaran, no porque él los obligara á cometer esa culpa, sino induciéndolos, como por cierta exhortación, según la frase de Santo Tomás.

El pecado primero cometido por Lucifer, fué la soberbia.

La envidia vino en seguida.

“Después del pecado de soberbia, dice Santo Tomás, cayó el ángel pecador en el pecado de la envidia: se dolió del bien del hombre y se dolió también de la excelencia divina, por cuanto á que Dios usa de ella para su gloria, contra la voluntad del ángel que había pecado.”

San Pablo revela, con sus frases sobrias pero siempre luminosas, cómo pudo caer Lucifer en el pecado de envidia.

“Dios, dice el Apóstol, introduciendo á su Hijo único en el mundo, ordenó por segunda vez á los ángeles que le adoraran: *Et cum iterum introducit primogenitum in orbem terræ dicit: Et adorant eum omnes angeli ejus.*”

San Pablo dice que, por segunda vez, *iterum*,

introdujo Dios á su primogénito: una segunda vez, necesariamente, supone una primera.

“Nos es permitido, entonces, dice el P. Monsabré, creer con los Santos Doctores y con eminentes teólogos, que el plan total de la creación fué originariamente revelado á los ángeles que vieron entonces al Verbo Encarnado, y que Dios les pidió, para este gran predestinado, un cántico de adoración.”

Vieron, entonces, desde esa vez primera, al Verbo Encarnado, al Verbo hecho hombre, al Verbo divino unido á la humana naturaleza.

“Oh esplendor del Padre, exclamarían entonces, dice el P. Monsabré, espejo inalterable y viviente de la sustancia divina, ¿por qué envilecer-te?”

“Quieres unirse á la creatura; detente en nuestra luminosa y pura esencia, y no vayas á perderte en un polvo abyecto, si quieres evitarte el desprecio de nuestra grandeza.”

“Y el Verbo, agrega el P. Monsabré, respondió: *id, maleditos, ite maledicti.*”

Quiso Lucifer buscar, en sí mismo, su felicidad suprema, y este fué su orgullo: quiso despreciar al Verbo, porque lo veía unido á la humanidad,

que era una naturaleza inferior á la suya, y esta fué su envidia.

No es posible hacer cálculos para conocer el tiempo que duró este misterioso y trágico acontecimiento: nuestra naturaleza mixta, preciso es repetirlo, no nos permite darnos cuenta completa y cabal de la manera con que se realizan las operaciones de las naturalezas puras, como son los ángeles.

Las revelaciones de Dios, el levantamiento del orgullo y de la envidia, el juicio, la sentencia, la maldición, el combate de los espíritus fieles contra los espíritus rebeldes, la victoria, el eterno alejamiento de las falanges pecadoras, todo se ha realizado en un instante.

El efecto que la culpa produjo en los ángeles, y eso constituye su pena, fué el que su entendimiento se entenebreciera, que su voluntad se obsecara, y que su ser sintiera el dolor no como una pasión, sino como lo puede sentir un espíritu.

El conocimiento de la verdad, ó proviene de la naturaleza, ó proviene de la gracia, y este último puede ser especulativo ó práctico.

El primero en el angel pecador, ni se disminuyó ni se perdió: ese conocimiento sigue á la na-

turalidad y la naturaleza del angel es el ser inteligente.

Como esa naturaleza es enteramente simple, nada se le puede quitar para que, con lo que se le quite, quede castigado.

En el hombre, que es una naturaleza mixta, si puede quitarse algo, cuya pérdida le sirva de castigo, como cuando se le corta un pie ó una mano.

La simplicidad hace imposible la separación de una parte de la substancia simple.

Por eso los filósofos y los teólogos afirman que los dones naturales permanecen íntegros en los ángeles pecadores.

El conocimiento especulativo que proviene de la gracia, y que consiste en la revelación de los secretos divinos, quedó disminuido en los ángeles pecadores, según la enseñanza de Santo Tomás, y el conocimiento efectivo, proveniente del mismo origen y que consiste en crear el amor de Dios en los seres que han salido de su mano, lo perdieron completamente.

La obsecación en el mal, el permanecer invariablemente en el mal, es el otro efecto que la culpa produjo en los ángeles pecadores. ®

La causa de esta obstinación no es la gravedad de la culpa, sino la condición del estado.

Para los ángeles, dice un eminente doctor de la Iglesia, fué la caída, lo que es para los hombres la muerte.

Los pecados del hombre, graves ó leves, son perdonables: después de la muerte, son irremisibles y permanecen perpetuamente.

Así pasó en los ángeles, después de que pecaron.

Hay también en los ángeles pecadores, dolor y sufrimiento.

No existe en ellos ese dolor como una pasión, porque eso es propio del apetito sensitivo, que es una virtud en el órgano corporal, del que carecen los ángeles.

Pero el dolor, como simple acto de la voluntad, existe en los ángeles que pecaron.

El dolor, así considerado, no es más que la resistencia de la voluntad á aquello que es, ó á aquello que no es.

En los ángeles malos hay ese sentimiento de dolor: quieren que no sean muchas cosas que son, y que sean las que no son.

Quisieran que se condenaran los justos; quisieran tener la bienaventuranza que no tienen.

Al no obtener alguna de esas cosas, su voluntad se siente contrariada, sufren, porque la pena y el sufrimiento, para que tengan ese carácter, han de ser contrarias á la voluntad.

Los ángeles malos quedan, por consiguiente, con obstinación apegados al mal, como aquellos animales cuyo diente, penetrante y cruel, se hunde tan profundamente en la presa que no se le puede separar, sino rompiéndola.

Incapaces de encontrar la felicidad en la paz, corren tras de los falsos goces de la venganza en la que gastan el admirable poder que tienen por su naturaleza, ejerciéndolo sobre los espíritus y sobre los cuerpos.

“Venganza contra Dios, dice el padre Monsabré, á quien pretenden arrebatar las adoraciones de la criatura, falsificando su omnipotencia por medio de prestigios; venganza contra los ángeles fieles, cuyo gobierno y protección contrarían turbando á la naturaleza y seduciendo á las almas; venganza, sobre todo, contra el hombre que debe llenar los vacíos que ellos dejaron en el cielo, llevándolo al mal para arrastrarlo consigo en una eterna desgracia.”

“Esta venganza, agrega el padre Monsabré, ha-

ce sonreír á los espíritus fuertes que creen haber aplastado á los demonios bajo el peso de su vanidosa ciencia.”

“Negando la acción de los malos espíritus, creen haber encontrado una novedad: se engañan.”

“Los epicúreos del judaísmo y del politeísmo, los han precedido hace mucho tiempo.

“Sus sarcasmos ligeramente han pesado sobre la creencia del género humano: juzgo que el desprecio soberbio de nuestros contemporáneos, no ha de tener mejor fortuna.”

“La tradición sobre la existencia de los ángeles malos está hecha, y su autoridad es demasiado imponente para que, puedan destruirla los negadores que la rechazan.”

“Si los espíritus existen, ¿puede rehusárseles la libertad?

“Si son libres, ¿por qué no creer en su caída?”

“Si hay espíritus caídos, ¿porqué no podrán hacer uso de su poder maligno?”

Por haberlo manifestado en diversas épocas, los pueblos los han adorado bajo los nombres de *divinidades crueles, funestas y sin piedad.*

Por eso mismo, los filósofos más sensatos han

confesado su existencia y descrito su papel en el mundo.

San Pablo, el filósofo del cristianismo, de acuerdo con la historia religiosa de todos los pueblos, y con el genio de Platón y Aristóteles, ha dicho: “No tenemos que luchar solamente contra la carne y la sangre, sino también contra los principados y las potestades, contra los reyes invisibles de este mundo tenebroso, contra los espíritus de malicia esparcidos en el aire.”

La caída de los ángeles podía no ser en el origen de las cosas, más que una sombra providencial, destinada á poner de resalto los esplendores de nuestra fidelidad.

Se ha hecho, sin embargo, el prólogo del drama de nuestra caída: tiempo es de volver á su estudio.

LA CAIDA DE ADAN.

El primer hombre, adornado con los espléndidos privilegios de la naturaleza y con los incomparables dones de la gracia, vivía sumergido, por decirlo así, en las delicias del Edén, en íntima y no

ce sonreír á los espíritus fuertes que creen haber aplastado á los demonios bajo el peso de su vanidosa ciencia.”

“Negando la acción de los malos espíritus, creen haber encontrado una novedad: se engañan.”

“Los epicúreos del judaísmo y del politeísmo, los han precedido hace mucho tiempo.

“Sus sarcasmos ligeramente han pesado sobre la creencia del género humano: juzgo que el desprecio soberbio de nuestros contemporáneos, no ha de tener mejor fortuna.”

“La tradición sobre la existencia de los ángeles malos está hecha, y su autoridad es demasiado imponente para que, puedan destruirla los negadores que la rechazan.”

“Si los espíritus existen, ¿puede rehusárseles la libertad?

“Si son libres, ¿por qué no creer en su caída?”

“Si hay espíritus caídos, ¿porqué no podrán hacer uso de su poder maligno?”

Por haberlo manifestado en diversas épocas, los pueblos los han adorado bajo los nombres de *divinidades crueles, funestas y sin piedad.*

Por eso mismo, los filósofos más sensatos han

confesado su existencia y descrito su papel en el mundo.

San Pablo, el filósofo del cristianismo, de acuerdo con la historia religiosa de todos los pueblos, y con el genio de Platón y Aristóteles, ha dicho: “No tenemos que luchar solamente contra la carne y la sangre, sino también contra los principados y las potestades, contra los reyes invisibles de este mundo tenebroso, contra los espíritus de malicia esparcidos en el aire.”

La caída de los ángeles podía no ser en el origen de las cosas, más que una sombra providencial, destinada á poner de resalto los esplendores de nuestra fidelidad.

Se ha hecho, sin embargo, el prólogo del drama de nuestra caída: tiempo es de volver á su estudio.

LA CAIDA DE ADAN.

El primer hombre, adornado con los espléndidos privilegios de la naturaleza y con los incomparables dones de la gracia, vivía sumergido, por decirlo así, en las delicias del Edén, en íntima y no

interrumpida comunicación con Dios y hablando con los ángeles.

Estaba sometido á la observancia de un precepto: Dios había intimado á Adán y á la dulce compañera de su vida que no tocasen el fruto de un árbol, que hermoso se levantaba en aquella mansión de auras embalsamadas y de flores bellísimas.

Nada podía impulsar, á los moradores dichosos de aquel sitio, á infringir el divino precepto: sus cuerpos estaban dulcemente sometidos á las inspiraciones de su inteligencia, su razón estaba sujeta, sin esfuerzos ni violencias, á la voluntad del Creador, que les amaba con las ternuras de una madre cariñosa.

Pero, en el plan divino, es regla invariable que los seres superiores obren sobre los inferiores.

Así es que, el mundo invisible, los ángeles que en él habitan, tenían que hacer sentir su influencia sobre el mundo visible, destinado para Adán y para todos sus hijos.

El mundo angélico se había dividido: parte de los ángeles fueron confirmados en la gracia; otra parte, rebelde y altiva, cayó de las regiones de la luz en que debía vivir para siempre.

Los ángeles buenos hacían sentir sobre el hombre su influencia bienhechora, afirmaban sus pasos en el camino de la felicidad eterna: los malos tenían que conspirar para precipitarlo y perderlo.

Los ángeles malos, á quienes había perdido la soberbia, sufrían las angustias de la envidia.

No podían resignarse á que el Verbo se hiciera hombre, no podían tolerar, digamos así, que la naturaleza humana, inferior á la angélica, se divinizará con la Encarnación del Verbo.

Si después de su caída odiaban al Eterno, no era menos el odio que abrigaban con respeto al hombre.

Lucifer se propone tentarlo y perderlo: Dios lo permite.

En esta permisión de Dios nada hay de inconveniente: ninguna criatura, por poderosa que sea, puede perjudicar al rey del mundo contra su voluntad.

La Providencia concedé á todos los seres lo que les conviene, según su naturaleza, porque no es propio de ella perder á los seres, sino salvarlos.

“Tuvo, pues, el primer hombre, dice el P. Monsabré, el poder de resistir á la tentación, y este poder, más fuerte entonces de lo que es hoy, debía,

en los designios de Dios, acrecentar, por su victoria, los méritos de nuestro primer padre y engrandecerlo sin duda. No es, por lo mismo, de admirarse que éntre en escena el ángel caído: la Providencia lo llama y su propia perversidad lo empuja.

Llega, en efecto, al Edén: la serpiente, dice el Génesis, era el más astuto de todos los vivientes salidos de la mano de Dios.

Es decir, el maligno espíritu envileció su naturaleza, bella todavía, aun en el crimen y en el infortunio, hasta tomar el cuerpo de un animal.

Y era, hasta cierto punto, como necesario que, para realizar su empresa, tomase una forma sensible.

El demonio tienta hoy por sugestión: en el primer hombre, antes de que pecara, no tenía poder el ángel de las tinieblas para impulsarlo al mal por medio de un ataque interior: era preciso que lo tentara exteriormente.

“Por otra parte, si hubiera manifestado su presencia, dice el P. Monsabré, por una aparición en armonía con su naturaleza deshonrada, al ver su triste hermosura herida por los rayos del cielo, habrían adivinado al enemigo aquellos á quienes él quería sorprender.”

Así es que el demonio, por medio de una serpiente verdadera y natural, de la cual se valió como de un instrumento para formar voces semejantes á las humanas, fué quien tentó á Eva.

“Por la envidia del diablo, dice el Libro de la Sabiduría, entró la muerte en el mundo.”

“El diablo, dice San Juan, fué homicida desde el principio.”

En consecuencia, según la palabra divina, que para los cristianos es infalible, Lucifer ha sido el autor de la primera tentación.

Además, aquella tentación se realizó hablando la serpiente á Eva y Eva respondiendo: este diálogo no podía verificarse sino entre seres inteligentes; Eva lo era y la serpiente no: la serpiente, entonces, tenía que ser el instrumento ó de un hombre ó de un ángel, porque sólo estas dos clases de seres son inteligentes entre los seres creados: el hombre no podía ser el autor de la tentación, porque no había otro más que Adán, y aun cuando hubiera habido otro hombre, no habría podido formar voces por medio de la serpiente, como ningún hombre ha podido hacerlo en el curso de los siglos. ®

Preciso es, de consiguiente, que el autor de la

tentación haya sido un ángel: no podía serlo un ángel bueno: fué, pues, el ángel malo quien tentó á Eva.

Y la serpiente de que se valió, para realizar la tentación, fué una serpiente verdadera.

El texto del Génesis no deja lugar á duda: "la serpiente, dice la frase de Moisés, era el más astuto de todos los animales que Dios había creado."

Esta comparación de la serpiente, con otros animales, sería inepta por completo, si por serpiente se entendiera el diablo ó una serpiente fingida.

"Serás maldita, dice también el Génesis, entre todos los animales y bestias de la tierra."

Esto manifiesta abiertamente, que la serpiente, á la que se le dirigen estas palabras, era del número de los animales que había en el mundo.

"Te arrastrarás sobre tu pecho y comerás tierra," agrega el texto del Génesis.

Esto no puede convenir, sino á una serpiente natural y verdadera.

Alguno podría decir que la serpiente no era el más astuto de los animales, y de aquí inferir que no se trata en este pasaje de Moisés, de una serpiente verdadera.

Se le llamó astuta, por el demonio que de ella se valía, como se llama dolosa á la lengua, no porque ella tenga dolo, sino porque la mueve una inteligencia dolosa.

Además, la serpiente es astuta, para dañar insidiosamente y para conservarse incólume: por eso Cristo decía: "sed prudentes, como las serpientes."

Si una serpiente verdadera, hubiera hablado á Eva, ésta, sin duda, se hubiera horrorizado, y, turbada, hubiera huído.

Esta observación podría inducirnos á creer que no fué una serpiente verdadera la que habló á la madre del género humano.

Pero no podía haber temor ninguno en Eva, porque todos los animales estaban sujetos á los primogenitores de la raza humana, y no podían dañarlos.

El que la serpiente hablara, no podía causar extrañeza á Eva; pudo muy bien juzgar que esto se hacía por algún espíritu, sin reflexionar si ese espíritu era bueno ó era malo.

Aunque los ángeles, cuando aparecen y hablan á los hombres, no se valen generalmente de cuer-

pos verdaderos y naturales, no carecen de poder para servirse de ellos.

Un ángel bueno, según refiere la Escritura, se valió de un asno de Balán, para formar voces semejantes á las humanas; según la narración de Moisés, el ángel malo se valió de la serpiente para tentar á Eva.

¿Pero cómo permitió Dios la tentación de los padres del género humano, sabiendo, como sabía, que habían de caer en ella?

“Si tal pregunta se hace, dice San Agustín respondo que no puedo penetrar la profundidad de ese designio de Dios, y confieso que es superior á mis fuerzas.”

Puede, sin embargo, decirse, que si Dios permitió la tentación, fué para manifestar su omnipotencia que es tan grande, que del mismo mal se saca bien, su justicia castigando y su misericordia concediendo el perdón.

Permitió la tentación, porque es propio de su Providencia dejar á todos los seres con las tendencias propias de su naturaleza y permitir, por lo mismo, que los hombres, dotados de libre arbitrio, puedan libremente ceder ó resistir á la tentación.

En fin, permitió la tentación para manifestar

al hombre su pequeñez, para darle á conocer lo que puede ser el libre arbitrio aun cuando esté ayudado por la gracia.

El tentador se dirige á la mujer: menos inteligente que el hombre, puede hacerse más fácilmente vana y orgullosa; formada de la substancia misma del hombre tiene sobre su corazón un poder misterioso: el camino era seguro para alcanzar la victoria.

Tienta á Eva, preguntando: esta es la manera más segura de tentar á una alma.

“La interrogación, decía el P. Lacordair, es el arte de poner en duda lo que existe.”

El ángel tentador, al preguntar, no pone en duda la autoridad de Dios, sino el objeto de la prueba.

Es como si hubiera preguntado: es seria la prohibición, que Dios os ha hecho, de no comer del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal.

El árbol de la prueba parece á primera vista un juego inconveniente de la omnipotencia divina; pero basta un poco de buen sentido para ver que no es así. ®

“El hombre, dice el P. Monsabré, espíritu y cuer-

po, une inseparablemente en todas sus operaciones, los dos elementos de su naturaleza y siente la necesidad de referir á signos todo lo que hay en él de más inmaterial: el pensamiento, los sentimientos, el deber. Necesita, si debe ser probado, que la prueba se dirija á toda su naturaleza, que tenga en el objeto de esta prueba un signo que hable á los sentidos y represente al espíritu la autoridad de una voluntad superior que impone sus órdenes. Importa poco que este signo sea una cosa grande ó una cosa pequeña, con tal que exprese una idea digna de Dios.

Por ventura ¿os fijais en la materia, en la forma, en el color del poste ó del lindero que indica los límites de un campo?

“Que sean de madera ó de piedra, redondos ó cuadrados, blancos ó negros, continúa el P. Monsabré, vuestra honradez desdeña estos detalles pueriles, y no ve, en estos vulgares objetos, más que el derecho del propietario y la santa majestad de la ley.”

Si alguno intenta violarlos, ellos mismos harán escuchar las amenazas de la justicia.

Ya se ve, cómo el ángel malo fué el autor de la tentación, cómo el instrumento de ella fué

una serpiente natural, y cómo, bajo la forma de una pregunta, tendía el ángel de las tinieblas á precipitar á la madre del género humano en el abismo de una infracción del precepto divino.

No fué indigno, decíamos, de la Majestad Divina, escoger un árbol del Paraíso para encarnar en él, por decirlo así, una prohibición y constituirlo en un instrumento que sirviera para probar la obediencia de los felices moradores de aquel sitio delicioso.

No es, decíamos, la materia ó la forma de un signo lo que le da valor y eficacia: su fuerza y su importancia derivan de lo que ese signo representa.

“El tronco del árbol seco, dice el P. Monsabré, que encontraron un día los soldados romanos y sobre el cual pusieron otro leño atravesado para clavar allí á un hombre que acababan de condenar los tribunales civiles y religiosos, aunque es un madero muerto, la humanidad toda le llama la cruz santa, la cruz venerable, la cruz preciosa, el estandarte del Rey de los Reyes.”

Se le saluda con amor y con gratitud; si se recoge de él una pequeña partícula, se le engasta en oro y en plata, y temblando la aproximamos á nuestro corazón y á nuestros labios.

Nada más vil que ese árbol muerto.

¿Cuál es, entonces, el misterio de esos homenajes?

Es que no se rinden al madero, sino á la sangre con que fué teñido y al infinito amor que hay en esa sangre.

Adoramos la cruz, porque Cristo, hijo verdadero de Dios, muriendo por nuestra salvación, puso todo su amor en ese árbol.

El árbol de la prueba es el equivalente del árbol de la cruz, con la diferencia de que éste es un madero muerto, mientras que aquélla era un madero vivo y fértil.

Plantado en medio del Paraíso, sus raíces se nutrían de los ríos sagrados, levantaba hacia el cielo su magnífico tallo, y dejaba caer de todos sus ramas cargadas de frutos deliciosos, impregnados de virtud celeste.

El madero muerto, y el madero vivo, son los dos signos de Dios.

En el uno, ha inoculado, al expirar, su incon-

mensurable misericordia; en el otro, puso, al promulgar su precepto, su autoridad sin medida.

Si tocamos con mano profana y sacrílega, el árbol de la salud, ofendemos el amor de Dios Redentor: si cortamos con temeraria mano, el fruto del árbol de la prueba, ofendemos la santa majestad de Dios, dueño y señor de todas las cosas.

Si no fué indigno de la majestad del Altísimo, dejar en un madero el testimonio sublime de su amor infinito, si la humanidad entera en todos los países y en todos los siglos, inclina su frente ante ese tronco inerte y sin vida, no puede decirse que fuera impropio de la grandeza del Señor, vincular en otro árbol un precepto divino, hacer de él un signo de su inmensa soberanía.

Cuando el ángel del mal tentó á la mujer, preguntándole, ella, reconociendo la autoridad y la sabiduría del Creador al establecer su precepto, respondió sencillamente: comemos de todos los frutos del Paraíso, mas del fruto del árbol que está en medio del jardín, el Señor nos ordenó que no lo comiéramos, ni lo tocásemos, no fuera á ser que muriésemos.

El tentador niega resueltamente la sanción: "nada de eso, dice á Eva, no moriréis."

“Una inteligencia, dice el P. Monsabré, como la de nuestros primeros padres, firme, ilustrada, señora de sí misma, no se deja turbar tan fácilmente; la negación le repugna, si no encuentra inmediatamente creencias firmes en lugar de aquellas que se niegan.”

El espíritu de la mentira sintió esta exigencia del entendimiento humano, y entonces dice: no moriréis, porque Dios sabe que el día en que hubiéseis comido de este fruto, vuestros ojos se abrirían y seríais como dioses, conocedores del bien y del mal.

Lucifer recuerda que la contemplación de su propia excelencia le hizo caer del cielo: comprende que en una creatura perfecta, lo que debe atacarse, es la cima del espíritu.

Seréis como dioses: ante esta palabra, el orgullo se despierta en el alma inocente de nuestra madre, y, aun cuando ella no se lisonjea con la absurda esperanza de igualar en naturaleza á Dios, cree que va á encontrar en sí misma la fuente de toda verdad, la ley de la vida, los secretos del porvenir y el poder de llegar á la felicidad suprema, á la cual aspira.

Este, y no otro, ha tenido que ser el primer

pecado de los primogenitores del género humano: un pecado de soberbia.

En el hombre, para todos sus actos buenos ó malos, hay un movimiento interior del alma, y después un acto exterior del cuerpo.

Donde primero se encuentre el desorden, allí se encontrará el primer pecado.

En un acto malo, el desorden debe aparecer primero en el movimiento interior del alma, y después en el acto exterior del cuerpo.

“Por eso, dice San Agustín, que no se pierda la santidad del cuerpo, si permanece la santidad del alma.”

Así es que, el primer desorden ha debido verificarse en el alma de la mujer.

“Entre los movimientos interiores del alma, dice Santo Tomás, se mueve primero el deseo del fin, que el deseo de aquello que se necesita para conseguir el fin.”

El primer pecado del hombre estuvo, de consiguiente, donde puede estar el primer deseo de un fin desordenado.

El hombre, creado en estado de inocencia, tenía la materia sujeta al espíritu. ®

Entonces, el primer desorden del deseo huma-

mano, no pudo estar en apetecer algún bien sensible, hacia el cual tendiera la concupiscencia traspassando el dictamen ó el ordenamiento de la razón.

Tenía, pues, que aparecer el desorden en el deseo de algún bien espiritual, apetecido desordenadamente.

Apetecer un bien espiritual, según la medida fijada por la regla divina, no es apetecer una cosa desordenadamente.

Claro es, entonces, que el primer pecado del hombre, consistió en apetecer algún bien espiritual por sus propias fuerzas, y esto es soberbia.

Apeteció, como el tentador le indicara, ser semejante á Dios.

Ser semejante á Dios, según la misma naturaleza de cada ser, no es un desorden.

La semejanza de la creatura con Dios, está impresa en ella desde el momento de su creación.

Así, en el Génesis, se dice que el hombre fué hecho á la semejanza y á la imagen de Dios.

Y del ángel, dice Ezequiel, que es un signo de la semejanza divina.

Puede haber semejanza con Dios, en cuanto al conocimiento, y ésta la recibió el ángel en su

creación; y por eso el mismo Ezequiel, después de decir que el ángel es un signo de la semejanza divina, agrega: *Ueno de sabiduría*

“El hombre recibió también esta semejanza en su creación, pero en acto, y no en potencia.”

Puede haber, en fin, semejanza con Dios, por lo que toca al poder de obrar: esta no la tuvieron ni el ángel ni el hombre, en el acto de la creación: uno y otro tenían que obrar para llegar á la bienaventuranza.

El hombre y el ángel, cuando desearon desordenadamente la semejanza divina, no pecaron al desear esa semejanza según la naturaleza.

Pero sí pecó el hombre, principalmente, deseando la semejanza de Dios en cuanto á la ciencia del bien y del mal, á saber, creyendo que por la propia virtud de su naturaleza, podía, para obrar, establecer qué cosa era buena y qué cosa era mala, y pecó secundariamente deseando la semejanza de Dios al creer que, también por virtud de su propia naturaleza, podía obrar para conseguir la felicidad.

Pretender ser semejante á Dios, ha sido el primer pecado: esto no es una extravagancia.

“La palabra del ángel caído, *seréis como dioses,*

ha atravesado los siglos, dice el P. Monsabré, levantando por todas partes tempestades de soberbia: todas las generaciones han quedado turbadas y la nuestra no le cede á ninguna en insensatas agitaciones."

Seréis como dioses: alhagados con esta idea, unos confunden sistemáticamente todos los seres en una sustancia única, para tomar de este modo su parte en lo infinito: otros quieren que la razón rechace la inspiración de un espíritu superior y que saque indefinidamente de su propio ser todos los conocimientos por medio de los cuales ha de construir algún día la síntesis de la verdad. El sabio se imagina que va á sorprender los secretos del universo, á apoderarse de las fuerzas de la naturaleza y á someterlas á su voluntad después de haberlas sujetado á sus cálculos.

Los hombres de poder no creen más que en su derecho, y pretenden gobernar las conciencias, como administran los negocios públicos.

Los pueblos mismos, cansados de la honesta obscuridad de una vida laboriosa, lisonjeados por los pontífices de la revolución, esperan hacerse bien pronto los dueños absolutos de sus destinos.

"En una palabra, concluye el P. Monsabré, no querer encontrar más que en sí y por sí lo que es necesario creer y lo que es necesario hacer para ser felices y perfectos, ¿no es la locura de nuestro orgullo?"

Eva tomó el fruto y lo comió: invita á Adán, y Adán lo come.

El precepto de Dios quedó infringido: la culpa quedó consumada.

En este momento la tierra tembló hasta en el fondo de sus entrañas, la naturaleza, que ya se había quejado por la culpa de Eva, lanza un segundo gemido, el cielo se oscurece, truena el rayo, grandes gotas cayeron, como tristes lágrimas sobre la tierra deshonrada.

El drama quedó desenlazado.

La pena se hace sentir: los primeros pecadores tenían que sentir las angustias de la muerte.

Desde aquel instante quedó en ellos muerta la gracia que vivificaba su naturaleza; muerto el entendimiento que veía sin sombras la verdad y el bien; muerto el libre albedrío que dominaba los sentidos y los apetitos desordenados; muerto el santo pudor que no veía en la armonía de las formas más que la casta belleza de la carne.

Cayó la maldición sobre el espíritu tentador sobre Eva y sobre Adán; y hasta hoy la mujer da, á luz en medio de indecibles dolores, y el hombre no recoge los frutos de la tierra, sino después de haber gastado sus energías, cavándola día por día y regándola con el sudor de su frente.

Adán y Eva, al pecar, perdieron todo, pero había tanta savia en su joven naturaleza, que no comprendían la extensión de su castigo.

¿Qué es la muerte? se preguntaban.

Veían, con sus ojos entristecidos, que las hojas caían de los árboles y se secaban: escuchaban con espanto las quejas de los animales moribundos, y contemplaban después, con terror, sus cuerpos sin movimiento.

¿Es esta la muerte? preguntaba Eva: puede ser, respondía Adán.

Un día, la madre del género humano vió á sus piés el cuerpo ensangrentado de su hijo: quedó helada de espanto y estalló en gemidos.

Abel, ni abría los ojos, ni de sus labios se comprendía una palabra, no tenía respiración, estaba insensible y frío.

He aquí la muerte, dijo Adán.

EL PECADO ORIGINAL.

El jefe del humano linaje se apartó, al fin, de la senda que el Creador le trazara: á la insinuante invitación de la compañera de su vida, infringió el precepto divino.

Su prevaricación hizo que sobre él cayera la justicia de Dios, y que perdiera la justicia sobrenatural en que había sido creado.

Al perder la justicia original, perdió los dones gratuitos que de ella derivan: acabó el imperio absoluto del alma sobre los apetitos de la carne; desapareció la fuerza para resistir la acción de las causas que engendran la descomposición del cuerpo.

La ignorancia, la concupiscencia, el sufrimiento, la muerte y la vergonzosa esclavitud de la naturaleza, bajo el poder del espíritu del mal, es lo que queda desgraciadamente al padre de la humanidad.

Adán cayó.

Pero su caída, ¿es un hecho personal?

No, ciertamente: el padre de los hombres arras-

Cayó la maldición sobre el espíritu tentador sobre Eva y sobre Adán; y hasta hoy la mujer da, á luz en medio de indecibles dolores, y el hombre no recoge los frutos de la tierra, sino después de haber gastado sus energías, cavándola día por día y regándola con el sudor de su frente.

Adán y Eva, al pecar, perdieron todo, pero había tanta savia en su joven naturaleza, que no comprendían la extensión de su castigo.

¿Qué es la muerte? se preguntaban.

Veían, con sus ojos entristecidos, que las hojas caían de los árboles y se secaban: escuchaban con espanto las quejas de los animales moribundos, y contemplaban después, con terror, sus cuerpos sin movimiento.

¿Es esta la muerte? preguntaba Eva: puede ser, respondía Adán.

Un día, la madre del género humano vió á sus piés el cuerpo ensangrentado de su hijo: quedó helada de espanto y estalló en gemidos.

Abel, ni abría los ojos, ni de sus labios se comprendía una palabra, no tenía respiración, estaba insensible y frío.

He aquí la muerte, dijo Adán.

EL PECADO ORIGINAL.

El jefe del humano linaje se apartó, al fin, de la senda que el Creador le trazara: á la insinuante invitación de la compañera de su vida, infringió el precepto divino.

Su prevaricación hizo que sobre él cayera la justicia de Dios, y que perdiera la justicia sobrenatural en que había sido creado.

Al perder la justicia original, perdió los dones gratuitos que de ella derivan: acabó el imperio absoluto del alma sobre los apetitos de la carne; desapareció la fuerza para resistir la acción de las causas que engendran la descomposición del cuerpo.

La ignorancia, la concupiscencia, el sufrimiento, la muerte y la vergonzosa esclavitud de la naturaleza, bajo el poder del espíritu del mal, es lo que queda desgraciadamente al padre de la humanidad.

Adán cayó.

Pero su caída, ¿es un hecho personal?

No, ciertamente: el padre de los hombres arras-

tra consigo, en su caída, á toda su triste descendencia.

Trasmite á sus hijos, no sólo el sufrimiento y la muerte: su pecado pasa también á cada uno de los miembros de la humanidad, despojada, por él, de la justicia y de la santidad originales.

El pecado original, es una inevitable y desconsoladora herencia para el hombre.

La existencia del pecado original, es para muchos espíritus una piedra de toque y de escándalo.

La enseñanza de la Iglesia, sobre esta materia, es una enseñanza llena de importancia y de majestad.

El dogma del pecado original, es, á no dudarlo, la base del plan divino de la redención.

“Así como por la desobediencia de un hombre, dice San Pablo, muchos quedaron hechos pecadores, así también, por la obediencia de uno solo, muchos quedaron hechos justos.”

Aquí está revelada, en la frase de San Pablo, que es para los cristianos, la palabra de Dios, la verdad ineludible sobre la transmisión del pecado de origen.

Los antiguos Pelagianos, y muchos herejes de

los tiempos actuales, han negado el pecado original.

Necesario es, entonces, establecer esta verdad, haciendo lo posible porque las demostraciones irradian luz esplendorosa.

En la primera página del Génesis, que, aun humanamente considerado, es el gran libro de la humanidad, el que encierra la historia del género humano, en toda su pureza, encontramos estas palabras: “Tomó Dios al hombre y púsole en el Paraíso de delicias; dióle este precepto, diciendo: “come, si quieres, del fruto de todos los árboles del Paraíso; mas del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, no comas, porque en cualquier día que comieres de él, infaliblemente morirás.”

La misma historia que consigna el libro del Génesis, pone de manifiesto que no murió Adán, ni murió tampoco Eva, en el momento en que gustaron el fruto del árbol del bien y del mal.

Así es que, la sentencia fulminada por Dios, de que morirían al gustar de ese fruto, debe necesariamente entenderse en el sentido de que, al gustarlo, quedarían sujetos á la necesidad de morir. ®

Si la pena fué que, al gustar el fruto, quedarían sujetos á la muerte, es incontrovertible que el hombre, por su creación, no estaba sujeto á la necesidad de morir.

Y la experiencia dolorosa de todos los siglos, lo viene á confirmar así.

Esta sencilla reflexión, simple como es la verdad y evidente como es ella, nos conduce á esta ineludible consecuencia: la necesidad de morir fué una pena.

La pena, salvo el caso de absurda tiranía, supone la culpa.

De consiguiente, en donde se encuentre esa pena, ha de encontrarse la culpa que con ella se castiga.

La pena, la muerte, se encuentra en todos los hombres, desde el principio, desde el momento en que nacen: desde ese instante quedan sujetos á la necesidad de morir: algunos, según la frase de Job, son trasladados del seno materno al sepulcro: *de utero translati ad tumulum*.

Es, entonces, evidente, que en todos hay una culpa, hay un pecado: no puede ser un pecado actual, porque los niños no tienen el expedito uso de su libre arbitrio, sin el cual no puede imputarse á un hombre el pecado.

Es preciso, entonces, concluir que en ellos hay un pecado trasmitido por generación.

Algunos han dicho que si por un hombre, entró el pecado en el mundo, entró por imitación y no por trasmisión.

Esto no puede sostenerse.

En el concepto de los que tal tesis sostienen, sólo serían reos de pecado los que pecando imitaran al primer hombre; los que no lo imitaran pecando, no tendrían culpa; la muerte, que es la pena de ese pecado, no les alcanzaría; sólo morirían los que pecaran imitando al primer hombre en su pecado.

Y sin embargo, la experiencia enseña que todos mueren: aun los niños, incapaces de imitar, pecando, al primer hombre.

Por eso el Apóstol San Pablo, consignando esta verdad, decía: "La muerte ha reinado desde Adán hasta Moisés, aun sobre aquellos que no pecaron, imitando la prevaricación de Adán."

Entonces el pecado que se castigó con la muerte y que entró en el mundo por desobediencia de Adán, ha entrado no por imitación, sino por trasmisión.

David reconocía la influencia de este pecado, con que nace herida toda la humanidad.®

En aquel salmo, que es el canto de su dolor, decía: "He aquí que he sido concebido en la iniquidad, que mi madre me concibió en su seno en medio del pecado."

David vino al mundo naciendo de un matrimonio legítimo: no podía, pues, referirse al pecado actual de sus padres: *quod non potest intelligi de peccato actuali*, dice Santo Tomás: se refería, en consecuencia, al pecado que por la generación se había transmitido, al pecado original.

Job decía: "¿Quién puede hacer limpio al que nace de un germen impuro?"

Esta frase revela con toda evidencia, que el hombre, desde que nace, viene ya manchado por la vía de la generación.

El bautismo y los demás sacramentos que Cristo instituyera y que la Iglesia ministra á sus hijos, son remedios infalibles contra el pecado.

La Iglesia ministra el bautismo á los niños recién nacidos.

O el bautismo es inútil, lo que no puede ni siquiera concebirse, porque Dios nada hace inútil, ó es preciso reconocer que el bautismo limpia á los que no han cometido un pecado actual, como

son los niños, de alguna otra culpa: esta es la original.

Esto, como se ve, se percibe á la sola luz del simple raciocinio.

"Por un solo hombre, entró en el mundo el pecado, y por el pecado, la muerte; y así, todos han heredado la muerte de aquél en quien todos han pecado."

"Único en su origen, el pecado de Adán, extendiéndose por propagación y no por imitación, se hace propio de cada uno de nosotros."

Tal es la doctrina que la Iglesia propone á nuestra creencia por boca del Concilio de Trento. Contra este dogma se ha levantado orgullosa la raza humana en todos los siglos.

"Una creatura que no existe, no puede ser cómplice de una acción mala," decía Bayley.

"Nadie puede ser responsable de un acto que no ha hecho," dice Janet.

"La conciencia se rehusa á admitir, dice Laurent, que la culpa cometida por el primer hombre, haya inficionado la naturaleza."

"La justicia, que castiga á los inocentes por los culpables, y declara culpable á quien no ha podido obrar, vuelve á decir Janet, es la venganza

bárbara y no la justicia de los hombres ilustrados.”

La imaginación y un poco de ignorancia, son bastantes para arrojar la turbación en las ideas y crear preocupaciones, prevenciones y desconfianzas que detienen á las puertas del alma la enseñanza de la Iglesia.

Estas prevenciones y estas desconfianzas, fácilmente se disipan con el examen metódico de la importante cuestión del pecado original.

Preciso es estudiar lo que no es el pecado original, lo que es y cómo se trasmite.

El pecado original no es, como algunos han creído, una corrupción de la substancia del alma.

No lo es, ni puede serlo.

El alma humana es una substancia simple, y es imposible que una substancia simple pueda corromperse.

El alma humana es creada por Dios, en el momento mismo en que existe el organismo á que ha de servir de forma. Claro es, entonces, que no puede ser substancialmente mala, porque, lo que viene directamente de Dios, que es la bondad esen-

cial no puede llevar ese carácter que mancha y degrada.

El pecado original fué un acto del primer padre del género humano. Ese acto no podía alterar de antemano á una substancia que entonces no existía.

No es, de consiguiente, el pecado original, una corrupción, una degradación de la substancia del alma.

Tampoco es un acto de nuestra voluntad.

El acto prevaricador de Adán no salió de su persona.

“Pasajero por su naturaleza, dice el Padre Monsabré, no puede perpetuarse por una imputación sin motivo, y esta imputación no podría hacer que fuese realmente transmitido, inherente, propio de cada uno de nosotros, como lo define la Iglesia.”

¿Será, por ventura, el pecado original, un consentimiento dado á la culpa de nuestro primer padre, á la hora misma en que tomamos posesión de la vida? ó bien una complicidad misteriosa, real y actual, de nuestro libre arbitrio, en el libre arbitrio de Adán, que representaba y contenía á su posteridad?

La Iglesia jamás ha enseñado que el hombre sea culpable del pecado de origen.

Jamás la Iglesia ha atribuido á nuestro libre arbitrio una complicidad ya no actual, pero ni siquiera virtual, ni interpretativa, en el acto personal y voluntario, por medio del cual el padre del género humano consumió su culpa.

La Iglesia únicamente enseña que ese acto de Adán nos ha dañado y nos ha perdido, como á un hijo deshonra el crimen de su padre.

La Iglesia afirma que el género humano ha caído en la persona de su jefe, que hay un pecado, el mismo para todos, en cada hijo de Adán, desde el momento en que comienza á vivir; pero al mismo tiempo enseña, por los labios de San Anselmo que este pecado no es el acto de nuestra voluntad personal.

“El que en los niños, dice San Anselmo, no halla la justicia que debían tener, no proviene de su voluntad personal, como en Adán, sino de la natural deficiencia que la misma naturaleza recibe de Adán.”

Y por eso la Iglesia, si bien desea purificarnos de esa culpa, jamás nos pide que nos arrepintamos de ella.

Verdad es que el pecado, para que sea pecado, necesita ser voluntario: el pecado de origen es voluntario, en la causa general y primera que contenía toda la especie humana y de donde procede el universal movimiento de la generación, como el acto de un miembro, dice Santo Tomás, no es voluntario más que en el alma, primer motor del organismo.

Santo Tomás, con su acostumbrada precisión, se expresa de este modo: «Todos los hombres que nacen de Adán pueden considerarse por razón de la naturaleza que reciben del primer padre, como un solo hombre, á la manera que todos los hombres que son de un mismo pueblo ó nación se consideran como un solo cuerpo y toda la sociedad como un solo hombre. Así es que los hombres que vienen de Adán, pueden considerarse como muchos miembros de un solo cuerpo.»

«El acto de un miembro del cuerpo, continúa Santo Tomás, por ejemplo de la mano, no es voluntario por voluntad de la mano, sino por voluntad del alma que la mueve y la dirige.»

Por eso el homicidio que la mano comete, no se imputa á la mano considerada en sí, como separada del cuerpo, sino en cuanto á que es una parte

del hombre, que se mueve por el primer principio que en él vive.

Así, pues, el desorden que hay en el hombre que descende de Adán no es voluntario, con la voluntad de ese hombre, sino con la voluntad del primer padre de quien procede el movimiento universal de la generación humana, como la voluntad del alma mueve todos los miembros para el acto que han de ejecutar.

No es, pues, el pecado original un acto de nuestra propia voluntad.

Será por ventura una pena?

Pero la pena supone un desorden moral: suprimido este desorden, la pena no es más que una barbarie.

¿Será, quizá, alguna enfermedad misteriosa proveniente de un virus mezclado al río de la generación?

Pero, de dónde viene este virus?

Cómo puede pasar del cuerpo al alma y hacer que languidezca la naturaleza toda?

«Los que han imaginado esta teoría, dice el Padre Monsabré, no han podido jamás responder á estas preguntas.»

La inclinación fatal que nos arrastra á los pla-

ceres de los sentidos, estas rebeliones del cuerpo que tan profundamente entristecen á las almas generosas, á tal extremo que piden á gritos como el Apóstol ser libertadas de su cuerpo de muerte, la concupiscencia, en una palabra, ¿no será el pecado que buscamos?

“Tampoco, responde el P. Monsabré. Los apetitos de la carne le son naturales, y la razón, abandonada á sus propias fuerzas, no los gobierna tan soberanamente, que pierdan el poder de rebelarse.”

“La concupiscencia no es un desorden en nuestra naturaleza, más que respectivamente, y la aflicción que de ella recibe nuestra virtud, no es un efecto directo del acto de la voluntad que nos ha hecho caer.”

“Por otra parte, el bautismo borra el pecado original, ningún rastro de condenación queda en aquellos que Cristo ha hecho nacer á nueva vida.”

“Y, sin embargo, aun después del bautismo, el freno de las pasiones arde en nuestra sangre y ni el agua santa, ni nuestros esfuerzos, ni el acercarnos frecuentemente á las fuentes de la gracia, ni aun el hielo de la edad, extinguen en nosotros sus criminales ardores.”

No ha faltado quien diga, y es el principio de la escuela luterana, que el pecado original consiste en una infección radical de nuestras facultades

La razón no se mueve más que en las tinieblas, afirma esa escuela, la voluntad no tiene ya fuerza para decidirse al bien. La caída de nuestro primer padre inficciona todo con la malicia de su pecado, dejando en nosotros una impotencia radical para conocer y amar á Dios, una tendencia inevitable hacia el mal, una necesidad natural de cometerlo.

Basta anunciar esta teoría, para que se descubra su inexactitud.

Las victorias que obtenemos por nuestros esfuerzos generosos, y con el auxilio de la gracia, sobre nuestras depravadas inclinaciones, ponen de resalto que no hay en el hombre esa impotencia radical para amar á Dios.

Podemos, entonces, concluir que el pecado original no es ni una alteración de la sustancia del alma, ni un acto de nuestra voluntad, ni una enfermedad misteriosa producida por un virus que inficciona la fuerza de la generación, ni la concupiscencia, ni la infección radical de las facultades de nuestro ser.

¿Qué es, entonces el pecado original?

El hombre, al no considerar más que los principios constitutivos de su naturaleza, es un ser mixto compuesto de una alma simple é incorruptible unida á un cuerpo múltiple en sus elementos, y, de consiguiente, susceptible de corrupción.

El alma, por su inteligencia, busca la verdad, por su voluntad, busca el bien, y este apetito no puede satisfacerse más que encontrando la verdad suprema y el bien supremo, que es Dios.

El hombre, así considerado en sólo los principios constitutivos de su naturaleza, puede buscar y encontrar á Dios, no en el misterio de su esencia infinita, porque el hombre es limitado y finito, sino en las manifestaciones visibles y finitas de sus perfecciones.

Si el alma estuviera separada del cuerpo, no tendría que luchar para conseguir ese fin, más que con sus propias imperfecciones; pero estando unida al cuerpo, es necesario que se ponga en guardia contra las ilusiones de la parte sensible que la condena á la ignorancia y la expone al error: tiene que vigilar sobre el apetito inferior de la carne, para que no traspase los límites de una satisfacción legítima. ®

Así es que el hombre, atendida su natural constitución, tenía que luchar con la ignorancia y con la concupiscencia, y estaba sujeto en cuanto al cuerpo, á ser pasible y mortal, porque tenía que obedecer ese cuerpo á la ley de los compuestos, que por su naturaleza tienden á disolverse bajo la acción de las fuerzas desasimiladoras.

“Dios podía, dice Santo Tomás, haber criado, en el origen del mundo, del polvo de la tierra al hombre dotado de sus elementos y de sus facultades naturales, es decir, un hombre mortal, pasible y que resintiera las rebeliones de la concupiscencia.”

“Pero la bondad divina, dice el P. Monsabré, se hizo sentir maravillosamente en nuestra creación. Dios nos ha hecho para contemplar un día los misterios de su esencia, y nos ha ordenado á este fin sublime de la vida por un don sobrenatural, una gracia singular de perfección y de santidad que penetraba en su fuente á la naturaleza humana y le comunicaba todos los privilegios de la integridad. Sujeta á Dios por la justicia, el alma, desprendida de los sentidos, marchaba fácilmente en las regiones de la verdad y reinaba sobre los apetitos con dominio absoluto. El sobrenatural vigor que recibía de la bondad divina descendía

hasta los elementos corruptibles de la materia y les servía de escudo contra el sufrimiento y la muerte. Pero la economía de este maravilloso estado dependía de la gracia de santidad: mientras esa gracia perseverase, nada de ignorancia, nada de error, nada de concupiscencia, ni de sufrimiento, ni de muerte: si la gracia desaparecía, tenían que desaparecer con ella la ciencia imperturbable, el imperio de la razón sobre las pasiones, la imposibilidad y la inmortalidad; no quedaría más que la naturaleza con los principios esenciales á su constitución.”

El hombre pecó: la armonía de su ser quedó disuelta; el desorden que en él causara la culpa se hizo propio é inherente á toda criatura nacida de su sangre, porque afectó á la naturaleza misma.

Podemos ya, entonces, definir el pecado original en su esencia, diciendo que es la privación de la gracia primordial concedida á la naturaleza humana en la persona de Adán, y, en cuanto á sus consecuencias directas, podemos decir que es la supresión de los privilegios de integridad, resultante de la penetración de la gracia, y, por consiguiente, el retorno de todo nuestro ser al estado de pura naturaleza. ®

La privación de la gracia primordial concedida á la naturaleza humana en la persona de Adán, es lo que constituye en su esencia, el pecado de origen.

La supresión de los privilegios de integridad, resultante de la penetración de la gracia y, de consiguiente, el retorno de nuestro ser al estado de pura naturaleza, es lo que constituye el pecado original, considerado en sus efectos.

Así lo hemos establecido, siguiendo las enseñanzas de Santo Tomás, en nuestro anterior artículo.

“El hombre caído no tiene más, dice el P. Monsabré, que los elementos y las facultades que convienen esencialmente á un ser humano, al hombre de la pura naturaleza, al que Dios hubiera podido crear sin la gracia de justicia y de integridad.”

“El hombre caído está sujeto á la ignorancia y al error; debe sentir, combatir y vencer las rebeliones de la concupiscencia; debe sufrir en su cuerpo el choque de las fuerzas enemigas y encorbarse bajo el peso humillante y terrible del dolor; debe, por fin, agotado y herido por la lucha y el sufrimiento, caer en los brazos de la muerte: en

las mismas condiciones debía encontrarse el hombre de la pura naturaleza.”

Lo que falta á los dos, y lo que sufren los dos, del lado de la naturaleza, es la inmediata consecuencia de la unión del alma con una carne corruptible, cuyos apetitos no están sujetos.

El hombre caído no es ni más débil para el bien, ni más inclinado al mal, que el hombre de la pura naturaleza.

El pecado original priva al hombre de lo que hubiera hecho su gloria y su fuerza; pero no le agrega alguna cualidad viciosa á los principios constitutivos de su ser.

No hay más diferencia entre el hombre caído por la culpa y el hombre de la pura naturaleza, que ésta: el hombre caído se despojó voluntariamente del vestido glorioso de gracia y de inocencia con que Dios adornara su naturaleza, y el hombre de la pura naturaleza habría nacido sin la gracia, pero no se habría despojado de ella.

Entre el hombre caído por la culpa y entre el hombre de la pura naturaleza, no hay más diferencia que la que en el orden físico existe entre un hombre culto, vergonzosamente despojado de

los vestidos que debiera llevar, y un salvaje que nunca se ha vestido.

Preciso es estudiar un poco más á fondo las enseñanzas de Santo Tomás, porque de ellas se desprende, clara y luminosa, la noción del pecado original.

“Todas las cosas que tienden á un fin, dice el santo Doctor, se disponen según la necesidad del fin.”

“El fin á que destinó Dios al hombre, fué la bienaventuranza que consiste en la vista clara de Dios mismo.”

“La vista de Dios, sólo es natural á Dios.”

Ver á Dios, como es, no es natural, no es propio, de una naturaleza creada.

“La naturaleza creada, finita por ser creada, no puede ver, no puede comprender, no puede abarcar con su inteligencia, al Ser infinito.”

“Sí, pues, el hombre estaba destinado para ver á Dios, y no podía verlo, no podía alcanzar ese fin con sus elementos propios, con sus elementos naturales, era necesario que quien lo destinaba á un fin superior á su naturaleza, agregara algo á esos elementos naturales para que pudiera fácilmente llegar á ese fin.”

“El hombre solo, podría alcanzarlo, por medio de

la parte más noble que hay en él, es decir, por el alma, por el entendimiento, en el que está impresa la imagen de Dios.”

“Para que esa parte del hombre pudiese tender á Dios, era preciso que le quedasen sujetas las fuerzas inferiores, de manera que nada pudiese acontecer en ellas que retuviesen al alma y la apartasen de su camino á Dios.”

“Era también preciso que el cuerpo estuviese dispuesto de tal modo, que ninguna pasión hubiera en él, por la cual se impidiese la contemplación del alma.”

Y Dios lo hizo así: dió al hombre la gracia, que es un elemento sobrenatural, para que las fuerzas inferiores no retuviesen al alma y para que el cuerpo no tuviese pasiones que turbasen la contemplación del espíritu.

Dios hizo esta concesión gratuita al hombre, sometiéndolo, digamos así, á una condición, á saber: que había de estar el hombre mismo sujeto á la voluntad y al precepto de su Creador: el hombre quebrantó la ley, infringió el precepto divino, se apartó del fin á que Dios lo destinara: entonces dejó de haber en la naturaleza humana el orden que había establecido la gracia y quedó el

hombre reducido á sus puros elementos naturales: quedó privado del elemento sobrenatural, y esta privación es el pecado original.

Cayetano, exponiendo la doctrina de Santo Tomás; se expresa así: "Así como una persona desnuda y una persona desnudada — permítase la palabra — no se distinguen en que una esté más ó menos desnuda que la otra, del mismo modo una naturaleza en sus puras condiciones naturales, y una naturaleza despojada ó desnudada de la gracia y de la justicia original, no se distinguen en que la una tenga más ó menos elementos naturales que la otra."

"La diferencia está en esto: la desnudez en la persona desnuda es una pura negación, nunca ha tenido vestido; la desnudez en la persona desnudada no es una pura negación, es una privación, ha perdido el vestido que tenía."

"De la misma manera los defectos del alma y del cuerpo, en una naturaleza constituida con sus puros elementos naturales, no tienen el carácter de culpa, ni de pena, ni de herida; pero esos defectos, en una naturaleza caída, voluntariamente despojada de los vestidos que tenía, de la gracia que la santificaba, de la justicia original que la enal-

tecía, sí tienen el carácter de corrupción, de herida, de pena y de culpa."

Belarmino se expresa de este modo: "El estado del hombre después de la culpa se distingue del estado del hombre de la pura naturaleza, como se distingue el hombre desnudado del hombre desnudo."

"Así es que, agrega, la corrupción de la naturaleza en el hombre caído, no proviene de la carencia de algún don natural, ni del acceso de alguna mala cualidad, sino de la sola pérdida de un don sobrenatural."

Esta es, pues, la esencia del pecado original.

Al pecado original se le llama muerte, enfermedad, mancha.

Es una muerte, porque destruyó la vida superior de la santidad que divinizaba los actos de la naturaleza y los elevaba á la altura de sus destinos sobrenaturales.

Es una enfermedad, porque la carne impasible é inmortal, antes de la culpa, á virtud de la gracia que le comunicaba esas dotes, después del pecado, sufre y se descompone.

"El pecado original es una mancha, dice el P.^o Monsabré, como la destrucción de los mármoles,

de la plata y del oro de que estaba revestido, es la mancha de un edificio suntuoso que no deja ver ya más que las piedras brutas de sus muros."

El pecado original, decíamos, es una muerte, una enfermedad y una mancha.

Debemos agregar ahora que ese pecado hiere la naturaleza, debilita el libre albedrío y nos hace esclavos del espíritu del mal.

"El pecado original, dice el P. Monsabré, hiere la naturaleza, porque le quita todos sus dones gratuitos y rompe el tejido maravilloso de vida divina y de vida humana en que la subordinación creaba la unidad. No dominando Dios á la razón, ésta no puede dominar á los apetitos que recobran sus ímpetus naturales."

"Todas las fuerzas del alma, dice Santo Tomás, quedan en cierto modo destituidas del orden propio, á virtud del cual estaban dispuestas para la virtud: esta privación del orden es lo que se llama herida de la naturaleza."

"Cuatro potencias del alma, ordenadas para la virtud, agrega el Santo Doctor, quedaron heridas por la culpa: la razón en que está la prudencia, la

voluntad en que está la justicia, la potencia irascible en que está la fortaleza y la potencia concupiscible en que está la templanza."

"La razón destituida del orden para lo verdadero, es la herida de la ignorancia; la voluntad destituida del orden para lo bueno, es la herida de la malicia; la potencia irascible destituida del orden para lo árduo, es la herida de la debilidad; el apetito concupiscible destituido del orden para el deleite moderado por la razón, es la herida de la concupiscencia."

"La naturaleza, dice el P. Monsabré, quedó herida, como queda herido el poder absoluto de un rey por la rebelión de sus súbditos, antes ciegamente sujetos á sus voluntades."

El pecado original debilita el libre albedrío.

La razón, abrevada de luz divina, iluminaba á la voluntad, la hacía pronta y segura en sus determinaciones, correcta en sus movimientos y dispuesta siempre á cumplir sin resistencia el bien que correspondía á su poder nativo.

Perdida la brújula, entenebrecida la razón, las fuerzas de la voluntad quedaron contrabalanceadas por dificultades y vacilaciones.

El pecado original, por último, nos hace esclavo

vos del demonio, porque Satanás se considera como el señor y dueño de las creaturas descaminadas, que no pueden llegar á alcanzar su fin.

Hay, pues, y esta es la enseñanza de la Iglesia católica, en todo hijo de la humanidad, una privación de la gracia primordial que Dios había añadido á nuestra naturaleza y, por consiguiente, una privación de los dones gratuitos que esa gracia ha producido.

Esta privación no es pecado ni es pena, sino porque deberíamos tener, para responder á los designios de Dios sobre nosotros, los grandes bienes de que estamos despojados, por la prevaricación voluntaria de aquel que llevaba en su misma persona á toda la especie humana.

Esta es la idea del pecado original, en perfecta consonancia con las enseñanzas de la Iglesia.

¿Cómo se trasmite este pecado á toda la humanidad?

“Debe considerarse, dice Santo Tomás, que al primer hombre le fué concedido en su creación, por favor divino, cierto don sobrenatural, á saber, la original justicia por virtud de la cual la razón estaba sujeta á Dios, las fuerzas inferiores á la razón y el cuerpo al alma.”

“Mas este don no fué concedido al primer hombre como á una persona singular, sino como al que había de ser la causa, el principio, el origen del género humano, para que de él se derivase toda su descendencia.”

“Adán, en efecto, sale de las manos de Dios lleno de vida, de fuerza, de belleza, de santidad.”

“En él existía un vigor nativo que debía emplear en transmitir estos dones preciosos á todos los que de él salieran.”

El creador, como dueño de su obra la había hecho para ese fin: Adán, fuente y origen de la raza humana, había de transmitir lo que tenía á todos los que de él nacieran.

En el Paraíso, mansión de Adán, se hizo escuchar, cuando Adán y Eva vivían allí felices, enriquecidos con los dones de la naturaleza y con los privilegios de la gracia, la voz del Hacedor Supremo que formulaba esta ley: “Creced y multiplicaos.”

No puede multiplicarse, quien no se reproduce tal como es: si da menos de lo que tiene, la ley no se cumpliría.

“Sea, pues, dice el P. Monsabré, que se considere la justicia primordial como un feudo, de tal mo-
®

do inherente á la naturaleza humana que deba seguirse en el movimiento de la generación, sea que el acto generador hubiera sido dotado por Dios de una fuerza sacramental, lo cierto es que en virtud del *multiplicamini* la justicia original, con los privilegios de integridad que de ella derivan, tenía que pasar del primer hombre á sus descendientes."

"El precioso don recibido por el primer hombre, á virtud de un acto libre de su voluntad, lo perdió por la culpa, dice Santo Tomás, y lo perdió como lo había recibido: lo perdió para sí y para toda su posteridad. La falta, pues, de este don sigue á toda la descendencia de Adán, y esta falta, este defecto, se trasmite á los descendientes, del mismo modo que se trasmite la naturaleza.

Es decir, después de la culpa, la ley de herencia quedó viva y sigue su curso.

Reducida á los solos elementos y á los solos principios constitutivos del ser humano, Adán trasmite lo que tiene.

Perdió la gracia y no la puede transmitir, porque ninguno da lo que no tiene.

Sus descendientes quedarán privados de los bienes gratuitos de que se privó él mismo, como

los frutos del árbol quedan privados de su dulce sabor si se despoja al tronco de su ingerto, como los hijos quedan privados de la salud, de la fortuna y del honor si su padre los pierde.

Así es como se trasmite, así es como se propaga, el pecado original.

Esta ley en manera alguna lastima la justicia, la sabiduría, la bondad y la santidad divinas.

Es una ley de solidaridad y eminentemente justa por lo mismo.

"Los hombres, dice el P. Martínez Vigil, no somos un montón de arena cuyos granos sólo se relacionan mutuamente por la juxtaposición; formamos una colectividad con derechos y deberes que nos unen, que nos relacionan íntimamente y nos constituyen en sociedad, también indispensable para el ejercicio de las múltiples funciones de nuestro organismo y nuestras facultades, medio absolutamente necesario para nuestra vida y nuestra perfección. Cada uno de nosotros es átomo ó persona, y es, además, miembro de la gran familia humana, debiendo, por lo tanto, sentir el contragolpe y aceptar las consecuencias de los actos personales y de los actos de la sociedad, en la forma y á proporción de la parte de volun

tad con que hayamos cooperado á su ejecución. Así el accionista de una Compañía mercantil ó industrial se beneficia ó se arruina á medida de la pericia ó de la torpeza, de la fortuna ó de la mala estrella, del gerente de la empresa. Y recibe el hijo un nombre rodeado de blasones, de títulos y de riquezas, fruto de los servicios y de la fidelidad de su padre al príncipe, mientras que otros, por contraria causa, ven pasar al fisco la fortuna y los timbres nobiliarios de sus ascendientes. Y si un soberano poderoso huella el suelo bendito de la patria y exige con el lenguaje y elocuencia eficaz de sus cañones la reparación del ultraje que le hayan inferido nuestros gobernantes, todos, por una solidaridad inevitable, pagaremos con nuestras vidas, con nuestras haciendas y hasta con nuestras más caras afecciones, el pecado social de quienes nos representan y llevan moralmente la suma de nuestras vo'untades."

"Tal es el derecho civil, el derecho natural y el derecho internacional; nadie ha protestado contra esas prescripciones: ese derecho es justo.

¿Por qué, entonces, hallaríamos deficiente el derecho divino que vinculó en un hombre virtuoso, instruido, perfecto, obra inmediata de las

manos de Dios, pero al fin hombre y por ello deficiente, el principado sobrenatural, el cetro de oro con que el mismo Dios se proponía ennoblecera á su criatura, levantándola por encima de sus naturales exigencias?

¿Por qué estimamos justa la solidaridad de los socios en una compañía comercial y no juzgamos del mismo modo justa la solidaridad humana á la luz del derecho divino?

No hay que olvidarlo: Adán es el hombre-especie; la humanidad entera, contenida en su persona, tiene que ser necesariamente solidaria de sus actos y de su suerte: debe reproducirla tal como es: nada más justo.

Y esta ley de solidaridad es inmutable: de otro modo Dios tendría que retocar su obra á cada momento.

"Hoy, por ejemplo, dice el P. Monsabré, suprimiría Dios á un Adán prevaricador para comenzar la obra en otro justo; pero este otro justo, después de haber recibido la orden de multiplicarse, podría prevaricar también, y así podían hacerlo otros y siempre: la especie entonces jamás comenzaría: esto es insensato."

"La solidaridad únicamente, fijando la diferen-

cia, de cualquier lado que la creatura haga inclinar su acción, es la que puede prevenir el eterno conflicto de la malicia humana contra la potencia divina."

"Lejos, por lo mismo, de ser contraria á la justicia de Dios, la ley de herencia, implicando, como implica, la solidaridad es una viva expresión de esa justicia."

Esa ley es una ley de armonía, que produce en la especie humana una constante unidad: si esa ley no existiera, si Dios pudiese renovar en cada hijo del hombre el don de justicia é integridad que hizo á Adán, sometiéndolo á una prueba que debiera decidir de su suerte, como sometió al primer padre de la humanidad, el género humano sería un caos espantoso.

La fidelidad de los unos, la infidelidad de los otros, crearían dos ramas divergentes por completo, hijas de un mismo padre.

Una raza pecadora condenada al error, á la ignorancia, á las pasiones, al sufrimiento, á la muerte, cerca de otra raza inocente, luminosa, imparable, inmortal: mezcla monstruosa en que estallarían á cada momento tempestades de sombría

envidia, de furor rabioso, de blasfemias espantosas.

Hoy es encarnizada y terrible la lucha entre los malos y los buenos, á pesar de que están unidos por la fraternidad de la naturaleza, de la debilidad y de la desgracia.

¿Qué sería de esta liga, si este lazo no existiera entre los hombres?

La ley de herencia es un resto de la armonía del bello orden que Dios había preparado y por la cual se reconoce, aun entre las sombras de la culpa, el sello de la divina sabiduría.

Es también una ley de efusión.

Aunque Adán, por su culpa, no pudo transmitirnos los dones sobrenaturales que de Dios recibiera, nos transmite los bienes de la naturaleza después del naufragio de la justicia.

Esta ley, de consiguiente, no hirió la bondad de nuestro buen Padre celeste.

Es, por fin, la ley de herencia, una ley de alta moralidad.

¿Qué otro elemento habrá más poderoso, para imponer al hombre el respeto de sí mismo, que el pensamiento de que él contiene los gérmenes de

infinitas generaciones y que estos gérmenes serán lo que él quiera que sean?

“Ni las tentaciones que os atormentan, dice el P. Monsabré, ni las seducciones que os cercan, ni las mentirosas promesas del deleite, ni los ejemplos escandalosos del mundo triunfarán de vuestra razón y de vuestro valor, si ponéis el oído al porvenir, para escuchar las quejas de vuestra posteridad.”

Así, pues, la herencia, ley de solidaridad, de armonía, de efusión, de alta moralidad, es según las frases hermosísimas del P. Monsabré, una ley de justicia, de sabiduría, de amor por parte de Dios.

Si se ha hecho para nosotros una ley de pecado y de miseria, no es de Dios de quien debemos quejarnos.

El pecado original es, como lo hemos dicho, una ley de herencia: todos los hombres que vienen de Adán, por generación, quedan inficionados de esa culpa, que redujo á la humanidad á las condiciones de pura naturaleza.

Contra este principio, que es un dogma en la

Iglesia católica, se levantan los novadores de hoy, como se levantaron los herejes, en otro tiempo.

No es concebible, dicen, la transmisión de la culpa original.

La parte del hombre, que primera y principalmente queda despojada de los dones de Dios, por la culpa, es el alma, y el alma no es obra de la generación humana; es Dios quien la hace venir á la vida.

La acción del hombre, dicen esos novadores, se detiene en los confines de la carne, y quedaría ineficaz si la Omnipotencia Divina no hiciere descender el espíritu de vida al germen de que se ha apoderado la fuerza generadora.

Dios, por lo mismo, sería el primer culpable de ese vacío que detesta en nosotros, porque de él depende ó rehusar á una carne enferma el espíritu que va á degradarse uniéndose á ella, ó comunicar á ese espíritu tal abundancia de vida, que la carne se levante por su unión con él.

“Cierto es, dice el P. Monsabré, que el alma no viene directamente del hombre. Pero es enteramente falso que Dios pueda, á su arbitrio, rehusar á la carne el espíritu que reclama, como es también falso que esté obligado, como Criador, á

comunicarle más vida que la que esencialmente exige su naturaleza.”

“Desde el momento en que todas las condiciones del acto por el cual engendra el hombre, continúa diciendo el P. Monsabré, quedan normalmente cumplidas, tiene derecho á que toda su naturaleza quede reproducida, y lo que él no puede hacer, Dios debe hacerlo, para cumplir la ley que El mismo estableciera.

Dios quiso que Adán y Eva se multiplicaran, es decir, quiso que se reproducieran: esta fué una ley invariable impuesta á los dos primeros moradores del Edén.

Esa ley, que es una ley eterna é invariable, tiene que cumplirse.

Si, pues, el hombre, para reproducirse, sólo puede contribuir con el contingente de la carne, preciso es que Dios, si quiere que su ley subsista, ministre, por creación, el espíritu, que es lo que integra á la naturaleza humana.

Tal es la frase de Santo Tomás, tan concisa como evidente. “Si el alma, dice, no se trasmite por virtud de la generación, porque los elementos materiales de la generación no pueden causar una

alma racional, mueve, sin embargo, á ella dispositivamente.”

“Se trasmite, en consecuencia, concluye Santo Tomás, por virtud de la generación, la naturaleza humana del padre á su descendencia, *unde per virtutem seminis traducitur humana natura a parente in prolem.*”

No queda, pues, Dios en libertad para dar ó no el alma á ese germen de que llega á apoderarse la fuerza generadora.

O lo que es lo mismo, permitiéndose la frase, el hombre tiene derecho á que Dios crie un espíritu que integre, que sea la forma de la carne por él engendrada.

“Pero este derecho, continúa el P. Monsabré, se limita á que la naturaleza del hombre se reproduzca tal como era en esa naturaleza.”

Si, pues, esa naturaleza está reducida por el pecado á sus solos principios constitutivos, Dios no le debe más.

Otra objeción se hace contra la transmisión de la culpa original.

Esa ley de que todos los hombres nazcan en pecado, podía ser tolerable, si Dios dejase á los hombres tiempo para rehabilitarse, si Dios sólo permi-

tiera que sufrieran la maldición de Adán aquellos que, por sus libres prevaricaciones, quisieran mantenerse en ella.

Pero no es así, por desgracia: más de la tercera parte de la humanidad es segada en flor, y si debe creerse, dicen los novadores, la bárbara teología católica, la cólera de Dios pesaría sobre millones de pobrecitos niños que no han cometido otra culpa que salir, sin saberlo, del seno de una madre pecadora, y haber carecido, sin culpa suya, de un poco de agua que les abriera las puertas del cielo.

La respuesta á esta observación, es la tranquila palabra de Santo Tomás de Aquino.

“Las almas de los niños muertos, dice, no serán privadas del conocimiento que deben tener las almas separadas, según su naturaleza: carecen del conocimiento sobrenatural, porque no han escuchado la predicación ni recibido el sacramento de la fe. Sin duda exige la naturaleza que el alma sepa que ha sido creada para la bienaventuranza, y que esta bienaventuranza consiste en la adquisición del bien perfecto; pero lo que excede al conocimiento natural, es que ese bien perfecto consiste en la gloria que los santos poseen: eso no es

natural, porque, como dice San Pablo, ni el ojo vió, ni el oído escuchó, ni en el corazón del hombre existe la idea de las cosas que Dios ha preparado á los que le aman: esas cosas han sido reveladas á los cristianos por el Espíritu Santo, y esa revelación pertenece á la fe.”

“Las almas de los niños, concluye Santo Tomás, no sabiendo que están privadas de tan grande bien, no experimentan dolor por esta privación; y poseen en paz el bien de la naturaleza.”

“Estos pobrecitos niños, agrega el P. Monsabré, están separados de Dios en cuanto á la unión que hay en la gloria, pero no dejan de participar de los bienes naturales y pueden gozar de Dios por el amor y el conocimiento.”

El mismo Doctor angélico dice en otra de sus obras: “Para el pecado original no hay pena de sentido: hay únicamente pena de daño, á saber, la carencia de la visión divina.”

En el libro segundo de las Sentencias se expresa de este modo: “Esos niños no sufrirán dolor por carecer de la visión divina: gozarán, porque participan mucho de la divina bondad y de los dones naturales que ella les prodiga.”

Algunos teólogos se han propuesto esta dificul-

tad: La privación de la visión divina puede hacerse sentir sin dolor y sin tristeza?

Tres soluciones se han dado á esa dificultad.

La primera es la de los que enseñan que los niños no han de estar presentes al juicio final, y de consiguiente, no han de conocer que por el pecado han quedado privados de la bienaventuranza celestial.

La segunda es de Santo Tomás, el cual afirma que los niños comparecerán ante el Juez supremo, en el último día de los tiempos, pero no conocerán la bienaventuranza de los santos que esos niños perdieron, ni la causa por la cual la perdieron. Y la razón es que ese conocimiento no puede adquirirse por las solas fuerzas naturales, sino por la revelación y la fe sobrenatural.

La tercera es la de los que sostienen que los niños asistirán al juicio y que conocerán todas las cosas que allí pasen; pero que no percibirán dolor alguno por la felicidad perdida, porque en parte por disposición providencial y en parte por la rectitud natural de su voluntad, han de estar conformes con las disposiciones del cielo y contentos con los dones naturales de que estarán dotados.

Queda, pues, enteramente firme el dogma católico: la trasmisión de la culpa original es inevitable y no implica injusticia por parte de Dios.

Nada, en el terreno científico, puede combatir con éxito esta verdad, que la Iglesia enseña y que constituye uno de sus dogmas.

“Una sola cosa es indudable, dice el P. Martínez Vigil en su preciosa obra *“La creación ante la ciencia, la crítica y el racionalismo.”* las ciencias naturales, la crítica histórica, las tradiciones de los pueblos y las ciencias todas auxiliares de la etnografía y de la antropología, no han encontrado, en el largo trayecto de sus pacientes investigaciones, un solo hecho que debilite el dogma católico del pecado original y su trasmisión á todo el linaje humano. Y sin hacernos eco por el momento de la remembranza más ó menos clara que conservaron los pueblos más antiguos del globo de esa catástrofe primitiva, remembranza que nos han trasmitido en monumentos de antigüedad indiscutible; sin examinar aquí si el estado salvaje á que descendieron algunas tribus de tiempos remotísimos, evocados de sus tumbas milenarias por la antropología prehistórica, es ó no consecuencia del pecado y resultado necesario de

anterior civilización extinguida como Schelling, defiende, basta fijar la atención en la humanidad que nos rodea, para comprender que sólo el dogma del pecado original explica plausiblemente sus aspiraciones, sus luces, sus vicisitudes y su historia."

"El hombre, continúa el sabio dominico, es una mezcla incomprensible de grandeza y de miserias. Rey de la creación, por la fuerza de su inteligencia, se apodera del rayo con Franklin, analiza los astros con Birchoff, los pesa con Kepler y Hook, descubre nuevos mundos con Colón y aplica al vapor el movimiento con Wat; mientras que abrigando un convencimiento, consciente é inconsciente de su origen divino y de su vocación altísima, si no adora á Dios se hace Dios negándole, y no se satisface con el señorío y posesión de cuanto abarca con su mirada, limitada únicamente por el horizonte del tiempo."

Y los odios, los perjuros, la impiedad, el parricidio, la violación de las leyes más apremiantes de la naturaleza, los ataques á la propiedad, las injurias, los improperios, las calumnias, anidan, sin embargo, en el corazón de aquel rey, en la inte-

ligencia de aquel genio formado para rendir culto perenne al bien y á la verdad.

Todo en el universo camina en admirable concierto sin que haya otra nota discordante, ni otro gemido de angustia, ni otra infracción de leyes que los que provienen de la proscrita descendencia de Adán.

Preciso es confesarlo, á despecho de las teorías de los sabios de hoy: el hombre es un rey con reminiscencias indelebles de su antigua grandeza.

"Es un soldado herido en su primera contienda, dice el P. Martínez y Vigil, en los albores de su aparición sobre la tierra, que restaña con la sangre del Redentor las llagas que le causó el pecado original y los pecados personales y se apresta á la reconquista del perdido paraíso."

"El Adán antiguo y el nuevo Adán, la caída del Eden y la redención del Gólgota son los polos en que descansan la historia y los destinos de la humanidad; son la fuente sellada de la sabiduría racionalista no penetrará jamás para enturbiar las cristalinas aguas de la verdad revelada que alimentan nuestra fe en Cristo, camino, verdad y vida de las almas."

Podemos resumir nuestras observaciones en estos dos principios:

Enseña la fe que la naturaleza humana perdió por el pecado de su primer padre los dones sobrenaturales, quedando debilitada en los naturales.

La ciencia no explica la naturaleza del alma, y nada objeta que tenga fundamento científico contra ese dogma trascendental de la religión cristiana.

“La cuestión del pecado original es de tal importancia, dice San Agustín,¹ que en ella propiamente consiste la fe cristiana.”

“El que niega el pecado original, dice en otro lugar,² se empeña en echar por tierra los fundamentos mismos de la fe cristiana.”

Se hace, por tal causa, necesario, en cuanto lo permiten nuestras débiles fuerzas, precisar la doctrina sobre esta materia, con cuanta claridad nos fuere posible, aun á riesgo de incidir en algunas repeticiones.

En el sentido *activo* de la palabra, el pecado

¹ Lib. II de Peec. orig., cap. 2.

² Lib. I, contra Jul., cap. 2.

original es el acto de orgullo, de desobediencia y de sensualidad, por el cual Adán y Eva, jefes del género humano, formando ellos solos la humanidad entera, perdieron para ellos y para toda esa humanidad, la gracia sobrenatural y santificante en la que habían sido creados poco antes, y al mismo tiempo las tres inmunidades preternaturales que servían de acompañamiento y de defensa á esa gracia y que debían preservar al hombre de la ignorancia, de la concupiscencia y de la muerte.

En esta acepción, el pecado original fué cometido sólo por nuestros primeros padres.

En la acepción *pasiva* de la palabra, el pecado original es esencialmente el estado de privación en el cual nuestros primeros padres, después de la caída, y todos sus descendientes naturales se encuentran desde el primer instante de su existencia, con respecto á la gracia santificante, en la cual deberían comenzar á existir y de la cual quedaron despojados.

Accidental y secundariamente es también la privación, en el niño que comienza á existir, de las tres dichas inmunidades de que habría gozado, sin la culpa de Adán.

En este sentido, el pecado original ó mancha original, *labes originalis*, como le llama la Iglesia, es la consecuencia del pecado original, tomando la palabra en el sentido *activo*.

Se llama original, porque se cometió en el origen de nuestra raza y porque se contrae en el origen de cada vida.

Sólo Cristo quedó exento de esa culpa, en razón del origen milagrosamente virginal de su humanidad, y María, la Madre del Redentor, por un privilegio singular que le alcanzaron los méritos futuros de su Hijo divino.

El castigo principal de ese pecado es la muerte eterna, es decir, la privación de la gloria: castigo rigurosamente lógico, porque la gloria es la recompensa y la consumación de la gracia, que debía ser la vida sobrenatural de nuestra alma, y de la que necesariamente la privó el pecado.

Su castigo secundario es la pérdida de tres inmundicias que debíamos recibir con la gracia y cuya privación nos abandona á la ignorancia nativa, á la concupiscencia habitual, á la muerte corpórea.

La prueba de la existencia y propagación del pecado original, no debe buscarse en el hecho, que

todos palpamos, de las miserias físicas y morales del hombre.

Ni los apologistas de la escuela de Pascal, ni los tradicionalistas, más ó menos recientes, podrían demostrar, por el solo estado de sufrimientos é imperfección á que está reducida la humanidad, que ha habido una caída original, y sobre todo, que la mancha moral que de ella resulta sea la privación de la vida sobrenatural.

“Numerosas y lamentables exageraciones, dice el Doctor Didiot, se cometen, á este respecto, cada día, por escritores católicos llenos de elocuencia y de celo.”

La verdadera y sola demostración está en la Escritura divina y en la Tradición.

Ellas formalmente enseñan que la humanidad había recibido dones sobrenaturales, comunicables por vía de generación.

Enseñan, igualmente, que esos dones no son comunicados como debieran serlo, y la experiencia lo confirma respecto de los dones preternaturales.

Enseñan, por fin, que este cambio de estado es debido á nuestros primeros padres. ®

Los Padres de la Iglesia y los Concilios, en el

curso de los siglos, invariablemente han consignado aquellas enseñanzas divinas.

Las tradiciones humanas, aun las de los pueblos y tribus salvajes, han conservado su recuerdo, alterado sin duda por errores groseros; pero tanto más autorizado quizá, cuanto que no parece una simple copia, fielmente calcada, en una época reciente, sobre las creencias del pueblo judío y de la Iglesia cristiana.

La razón, al estudiar al hombre, observa con profunda extrañeza, que éste no es tal como debería ser, y para explicar este triste fenómeno, no halla causa más propicia, ni teoría más aceptable que el pecado original.

Mientras todas las criaturas tienen una aptitud natural para conseguir sus fines, el hombre no la tiene para el suyo. El fin del hombre es Dios; el medio, para llegar á él, la virtud: en esto convienen todas las escuelas, excepto los ateos y materialistas.

Ahora bien, la historia y la experiencia vienen á demostrarnos de una manera tan elocuente como desconsoladora, la aberración del hombre, de su fin.

El hombre abandonado á sí mismo, siguiendo sus inclinaciones naturales, en lugar de llegar á

Dios se aparta de él, en lugar de practicar la virtud, se abandona al vicio.

No ha sabido conocer á Dios, como lo prueban el politeísmo y la idolatría; no ha sabido darle el culto debido, como lo prueban las supersticiones y sacrificios humanos; no ha sabido practicar la virtud, como lo prueba la inmoralidad de las sociedades; y, desde el origen de la historia, vemos que la humanidad ha ido precipitándose en el mal, cada vez más, como por una pendiente fatal é inevitable.

“El asno conoció á su dueño, dice la Escritura Santa, el buey conoció la mano que le lleva al pesebre; pero el hombre no conoció al Señor.”

Y en otro lugar: “Todos se apartaron del camino derecho, todos quedaron inútiles para el bien; no hay quien haga bien, ni uno.”

O el hombre no es obra de Dios, lo cual es impío suponer, ó el hombre tal cual es, no es como salió de las manos del Creador, cuyas obras todas son perfectas y ordenadas á sus fines y por consiguiente le crió sin vicios y sin tendencias perversas.

Porque es repugnante é imposible que una obra de Dios, infinitamente bueno y sabio, no sea cual

debe ser; y es imposible que el hombre, obra principal de Dios, haya sufrido tal alteración, sino por un justísimo castigo, impuesto por el mismo Dios.

El Eden, morada de la paz y de la dicha, era también un lugar de prueba.

Considerada en absoluto, la libertad concedida al hombre es un bien real y positivo, mientras que el abuso de la misma era una cosa hipotética y sólo posible.

Siendo libre y no habiendo llegado todavía á su término final, era preciso que él mismo lo conquistase por el buen uso de su libertad: en otro caso, este don sería inútil.

Mas toda criatura libre, por razón de su limitación, es defectible, expuesta al error en la inteligencia y al torcimiento en la voluntad, de donde resulta que Adán podía elegir el mal, como por desgracia sucedió. Según esto, ó Dios no debió dar al hombre la libertad, y por lo tanto ni la inteligencia, lo cual es limitar su bondad divina y hacer imposible la naturaleza humana, ó debió destruirla en su acto, lo cual repugna, ó debió necesariamente permitir su abuso previsto.

Por su parte hizo lo posible para que este abu-

so no tuviera lugar: ilustró la inteligencia del hombre con vastos conocimientos, fortificó su voluntad con la rectitud y los auxilios poderosos de la gracia, le impuso un precepto facilísimo, y en una palabra, le dió todos los medios y todas las probabilidades de salir vencedor.

Preciso es reconocerlo: el pecado original, en su existencia y en su propagación, es una verdad que seriamente no puede ponerse en duda.

Para los católicos es un dogma de fe.

A la filosofía incrédula del siglo XVIII y al racionalismo del siglo XIX, se deben las objeciones poco numerosas, por cierto; pero candentes y encarnizadas que se dirigen contra el dogma del pecado original.

Es preciso, para completar nuestro compendiado estudio sobre esta materia, examinarlas, aunque sea brevemente.

I

La relación del Génesis sobre la caída original es, dicen los enemigos de la Iglesia, un mito, des-

tinado á explicar y quizá á hacer más aceptable el estado de miseria y de dolor en el que nacemos todos, y casi todos vivimos, esperando una muerte cierta.

Tal es la objeción.

El racionalismo, rechazando por necesidad de sistema todo lo que lleva un sello sobrenatural, quiere que la serpiente del Paraíso, sea un animal mitológico ó si se quiere uno de esos animales á los que se hace hablar en las fábulas, como los hicieron hablar Esopo y de la Fontaine.

Esta última concepción, ni siquiera merece la honra de ser examinada.

Hay tal distancia entre Moisés y los fabulistas, entre los escritos de aquél y los de éstos, que á primera vista se palpa el vicio de semejante comparación.

Sin embargo, algunos hombres de juicio se han dejado seducir por la idea de que la aurora de la historia pudo ser fabulosa entre los Hebreos, como lo fué entre los Griegos y los Romanos, entre los Asirios y los Persas.

Pero es de notarse que los Griegos y Romanos, al par que los otros pueblos antiguos, tienen todo un sistema de mitología, con su jerarquía de di-

ses y diosas, de semidioses y de héroes, y un conjunto de mitos tan completo que, basta leer sus relatos, para sentirse de pleno en la mitología.

Entre los Hebreos era de otra manera; no se puede encontrar en la Biblia la sombra de un sistema de mitología.

Este libro divino no conoce ni esas genealogías extravagantes, ni esas historias ridículas ó vergonzosas, ni esas metamorfosis de dioses y diosas, de genios buenos y genios malos que nos han trasmitido los escritores griegos y latinos, y que encontramos bajo forma distinta en los libros sagrados de los Persas y de los Indios.

Desde la primera palabra del Génesis, nos encontramos de lleno en la historia. Y por eso ningún escritor de Israel ha distinguido los tiempos fabulosos de los tiempos históricos; las relaciones del Génesis han sido siempre el fundamente de la creencia de aquel pueblo.

Moisés ha puesto en la base de su legislación el dogma de un Dios único, omnipotente, creador del mundo, del hombre; que gobierna todas las cosas y que quiere ser adorado.

El símbolo de los Hebreos ha comprendido siempre, además de los dogmas que acabamos de

enunciar, el dogma de un estado de inocencia y de justicia original, seguida de una caída hereditaria que fué al punto suavizada por la promesa de un Redentor.

No puede, por lo mismo, tratarse, en el cap. III del Génesis, de una serpiente mitológica: es preciso buscar otra cosa que un símbolo ó una fábula vana.

Si la serpiente del Génesis no es un símbolo, un ser puramente mitológico, ¿será un simple reptil?

Así lo sostiene Reuss: así también lo creemos los católicos.

En el relato de Moisés se trata, como ya lo hemos indicado en precedentes artículos, de una verdadera serpiente que se arrastra sobre la tierra y come polvo, como los reptiles de su especie.

Pero esto no basta para explicar la narración del inspirado autor del libro del Génesis.

Preciso es admitir que el demonio estaba en el interior de la serpiente. Como en las posesiones demoniacas, de que habla el Evangelio, el demonio es el que hace hablar y obrar á la serpiente; él es quien en realidad hablaba y obraba por medio de la serpiente, convertida en instrumento suyo, por permisión de Dios, para tentar á Eva.

No hay otro medio para explicar las palabras del Génesis.

Los teólogos, después de los grandes doctores de la Iglesia, lo han comprendido perfectamente.

La serpiente no habla hoy, y no hay apariencia alguna que venga á demostrar que, alguna vez, tuviera el don de la palabra.

Si la serpiente no hubiera sido más que un simple reptil, ¿qué interés habría tenido en seducir á Eva, en arrastrarla á que se rebelara contra Dios, en inducir la á que violara su prohibición?

Si no era más que un simple reptil, ¿cómo explicar el castigo enteramente espiritual á que se refiere Moisés, en las hermosísimas páginas de su libro?

Estas breves observaciones, unidas á las que antes hicimos, dejan en el alma la convicción de que fué el demonio, valiéndose de una serpiente, el que causó la catástrofe del Edén.

“El diablo, dice San Agustín, ha hablado por medio de la serpiente, sirviéndose de ella como de un órgano, obrando sobre esta naturaleza bestial, según su capacidad y la suya propia, para expresar palabras y signos corporales que hicieran comprender á la mujer la voluntad de aquel que

se esforzaba en persuadirla. La serpiente no comprendía las palabras que dirigía á la mujer, porque su alma de bestia no fué cambiada en naturaleza racional; los hombres mismos dotados de razón no saben lo que dicen, cuando el demonio habla en ellos en ese estado que requiere un exorcista.”

Reuss, insistiendo en que la serpiente del Paraíso es un puro reptil y que no ha sido el instrumento del ángel del mal, alega, para apoyar su tesis, que el diablo era desconocido en el Antiguo Testamento.

Dado que así fuera, el fundamento que se alega es vano.

Basta que sea conocido en el Nuevo, que no es más que la explicación del Antiguo.

Y en el Testamento Nuevo el demonio ejerce cerca del Salvador el mismo papel, que la serpiente llenara cerca de Eva.

San Juan, en el Apocalipsis, ve al demonio perseguir á la descendencia de la mujer y no le llama más que serpiente antigua.

“El gran dragón, dice, la serpiente antigua, que es llamada diablo y Satán, fué precipitado. Y el ángel se apoderó del dragón, de la antigua ser-

piente, que es el diablo, y lo ligó por mil años.”

El Salvador confirmó esta doctrina diciendo: “El demonio que fué homicida desde el principio.”

Pero la afirmación de Reuss es como la de todos los racionalistas, afirmación atrevida para dispensarse de rendir prueba.

En el Antiguo Testamento se conocía al demonio.

La doctrina de los ángeles buenos y malos había llegado á los Hebreos por tradición.

Así como hacían memoria de los ángeles enviados á Abraham y de la escala misteriosa de Jacob con los ángeles que por ella subían y bajaban, de la misma manera recordaban la tentación de nuestros primeros padres, por el ángel malo, y su caída.

El autor del libro de la Sabiduría, libro que forma parte del testamento antiguo, hablaba de esta mística tradición, cuando decía: “Por la envidia del diablo ha entrado la muerte en el mundo.”

El libro de Job nos muestra á Satanás con todas las malas cualidades que atribuimos al demonio, y el Profeta Zacarías hace lo mismo.

Debemos, pues, concluir, pulverizado como que-

da el argumento de Reuss, que la serpiente del Paraíso fué un verdadero reptil; pero convertido por el demonio en instrumento suyo, para perder al hombre.

La historia del Génesis, dicen los enemigos de la religión, es la historia de un hecho puramente personal de Adán y Eva, sin esas consecuencias extrañas que, según los católicos, afectan á la humanidad entera.

Ya hemos dicho que el pecado de Adán fué el pecado de un hombre en quien estaba encerrada toda la humanidad, que de él debía descender.

Si ese pecado lo redujo á las condiciones de pura naturaleza, eso era lo único que podía transmitir á sus descendientes, en virtud de la ley de multiplicación, promulgada en el Paraíso y que no podía detenerse en su curso.

El mismo texto del Génesis pone en toda su luz, que el pecado de nuestros primeros debía tener consecuencias universales y no restringidas á aquellos que voluntariamente lo cometieron.

“Yo pondré enemistades, dice el Génesis, entre tí y la mujer, *entre tu raza y la suya.*”

La revelación nos enseña que el universal Redentor ha bajado á la tierra para reparar la ruina completa causada por el demonio, y San Pablo declara que la muerte se ha hecho una ley universal, porque todas han participado del pecado de Adán, *in quo omnes peccaverunt.*

Así lo han entendido, por lo demás, la Sinagoga y la Iglesia.

La dificultad de explicar la trasmisión de este pecado de origen, no es motivo para negar su existencia.

¿Cómo se quiere, preguntan los enemigos de la Iglesia, que un pecado, como una especie de virus fisiológico, pase á todos los descendientes de la primera pareja humana?

No es preciso asimilar el pecado original á un virus corporeo que pase de generación en generación ó á una cualidad mórbida inherente á la sangre humana y trasmitada con ella de padres á hijos.

Si esta teoría para explicar la trasmisión del pecado original ha sido aceptada por algunos, especialmente por los protestantes, no es la nuestra, no es la que enseña la Iglesia católica.

¿Cómo puede pecarse, dicen los que aceptan el dogma del pecado original, antes de existir, antes de saber y de querer, á menos que se admita la preexistencia y trasmigración de las almas y que todas hallan estado presentes en Adán?

El pecado original en su acepción activa, es decir, como un pecado voluntario de soberbia y desobediencia, no es más que el hecho personal de Adán y de Eva: sus descendientes no responden de él.

No tenemos, en consecuencia, necesidad de recurrir, para explicar cómo el pecado original está en nosotros, á esa preexistencia física, explícita ó implícita, de nuestra alma y de nuestra voluntad en la voluntad y en el alma de Adán.

Esa manera de explicar la trasmisión de la culpa original es de algunos teólogos sin crédito en la Iglesia: la teoría de la Iglesia es distinta.

V

¿Deberá admitirse con ciertos teólogos, vuelven á preguntar los enemigos del pecado original, que este pecado está *esencializado*, por decirlo así, en nuestra naturaleza?

Tampoco es esta la enseñanza de la Iglesia católica: ya en algunos de nuestros anteriores artículos hemos demostrado que el pecado original no se identifica con nuestra naturaleza.

Esta objeción, por lo mismo, no es objeción para los católicos, una vez que jamás han enseñado que tal identificación exista.

Lejos de ello, han afirmado siempre que el pecado original nunca puede ser la sustancia misma del alma corrompida por el pecado de Adán, ya porque, entonces, Dios que cría el alma sería el autor del pecado, ya porque una sustancia simple es incorruptible, ya porque no puede concebirse que el pecado actual de Adán pudiese lesionar á un ser que no existe todavía.

Los que sostienen que el pecado original está esencializado en el alma son los protestantes y los jansenistas.

Ningún autor católico ha consagrado tal teoría, aunque en algunas obras de estos escritores se encuentran frases ó expresiones que pueden ser favorables á esta absurda opinión y que deseáramos, por lo mismo, que desaparecieran de sus escritos.

VI

“El dogma del pecado original, dicen los enemigos de la fe, supone crueldad inaudita é injusticia sin nombre.”

¿Por qué criar al género humano, si debía, desde su origen, caer en estado tan miserable?

¿Por qué castigar con eterno suplicio á innumerables niños que no tienen más crimen que haber nacido de un padre culpable?

Por el hecho mismo de que Dios quería crear seres libres y no crearlos directamente en el estado de gracia confirmada ó de gloria inadmisibles, estos seres libres, finitos, imperfectos, sujetos á prueba, estaban expuestos á caer.

¿Podrá decirse que Dios fué cruel, que le faltó sabiduría, porque crió al hombre en semejantes condiciones?

Evidentemente no.

Al contrario, en este plan se revela la bondad divina y la sabiduría eterna.

Tolerar un mal, permitirlo, para de él sacar un gran bien, es obra sin duda de infinita sabiduría.

La redención, inmediatamente prometida después de la culpa original, nos autoriza á repetir con la Iglesia: ¡Oh feliz culpa, que nos mereciste Redentor tan admirable!

En cuanto á los niños que mueren sin bautismo, ya hemos demostrado que no quedan sujetos á las penas afflictivas del infierno y que gozan de felicidad natural, sin pena ni dolor.

VII

Los fenómenos patológicos del orden material ó moral que se reúnen bajo el nombre mal escogido de culpa ó mancha original, dicen los impíos, tienen una explicación mucho más cierta, que ya era tiempo que la teología pidiese á la psicología y á la fisiología.

La teología católica jamás ha ignorado que las condiciones intrínsecas y extrínsecas, en las que se encuentran naturalmente nuestro cuerpo y

nuestra alma, durante nuestra vida terrestre, bastarían ampliamente para dar cuenta de nuestra ignorancia nativa, de nuestras tentaciones y de nuestras luchas, de nuestros sufrimientos y nuestra muerte.

Por eso no busca en estos hechos la prueba del pecado original, ni lo hace consistir en el conjunto de esos fenómenos: sabe que ellos eran naturalmente posibles.

Pero sabe también que *preternaturalmente* debíamos escapar á ellos, si el hombre hubiera querido hacer buen uso de los privilegios de que Dios lo dotara y mantenerse sobre todo en el estado sobrenatural de gracia en el que fué creado Adán y todos debiéramos nacer.

La Iglesia no pretende demostrar experimentalmente el dogma cristiano sobre el pecado original: al contrario, cree que no puede establecerse sólidamente, más que por los datos de la revelación.

VIII

En vano, dicen por fin, los enemigos del dogma cristiano, ensaya la teología, de algunos años acá una nueva interpretación que tendría la ventaja

de disminuir la enormidad de las antiguas teorías, reduciendo el pecado original á una simple privación.

Esta privación, agregan, equivale á una supresión radical, razón de más para aceptar en esta materia los socorros de las ciencias físicas y naturales.

Esa nueva interpretación de que nos hablan los sabios de hoy no es más que la antigua tradición de la Iglesia, limpia de las exageraciones, de las ignorancias y de los errores en que la envolviera la torpeza humana.

Los padres de la Iglesia, los Concilios, San Pablo, mismo, ponen la esencia del pecado original en la privación de la gracia santificante con que Dios había enriquecido á la humanidad.

Esta privación, como ya lo hemos dicho, no es una ausencia simplemente; es un despojo, es una ruina.

El pecado original, así concebido, recibe más íntimo y más completo asentimiento de la razón y de la filosofía.

Podemos ya concluir que, si el dogma del pecado original es un misterio, no es contrario ni á la razón ni á la ciencia.

LA PLENITUD DE LOS TIEMPOS.

El pecado original, en el plan divino, fué un acontecimiento verdaderamente dichoso.

La invasión del pecado es lo que decide en los consejos de la sabiduría divina, el plan admirable de la encarnación reparadora.

El amor ni conoce ni permite dilaciones.

Si Dios ha determinado encarnarse para salvar al mundo, ¿porqué demora su venida?

¿Porqué no desciende á la tierra en la aurora de los tiempos y evita que eternamente perezcan los que están esperando su venida?

Santo Tomás, que es nuestro guía, responde á estas preguntas con su siempre admirable exactitud, con ese acierto que hace descubrir una inspiración celeste.

“La sabiduría de Dios, dice el gran Doctor, arregla todas sus obras; los tiempos están en su mano y ella designa el instante á propósito para cada acontecimiento. Debemos, por lo mismo, creer que ella ha escogido, para el más importante, para el más sublime, para el más misterioso de los acontecimientos,

la época más conveniente. Nuestra limitada sabiduría habría querido el principio de los tiempos, la sabiduría infinita, aguarda su plenitud, según esta palabra de San Pablo á los Galateas; Mas cuando vino la plenitud del tiempo envió Dios á su Hijo, hecho de la mujer.”

Es decir, el Verbo se hizo carne cuando los tiempos estaban llenos; llenos, por una parte, de errores y de crímenes; llenos, por otra, de promesas y de prodigios.

“El hombre había pecado por orgullo, dice Santo Tomás, y convenía, en consecuencia, que fuese humillado, hasta que él mismo reconociera, por una experiencia dolorosa, que necesitaba de un ser que le libertara de tantos dolores, de tantas angustias, de tantas ignorancias y de tantos errores.”

“La experiencia, dice el P. Monsabré, demostrándonos que por nosotros mismos no somos más que miseria, desmentiría los sueños insensatos de nuestra imaginación exaltada por la soberbia; revelándonos nuestra debilidad intelectual, nos haría sentir la necesidad de un maestro abrebaído de las luces del cielo; poniendo al desnudo nuestra corrupción moral, nos forzaría á implorar el socorro y los cuidados de un médico divino.”

“La experiencia, continúa el P. Monsabré, aceptaría el beneficio de Dios con tanto más ardor y fe, cuanto fuese más impacientemente aguardado; sin hacernos merecer este beneficio, nos haría menos indignos de él, permitiéndonos expiar, por nuestros humildes deseos, el orgullo que fué el principio de nuestras inmensas desgracias.”

A raíz de la caída, cuando la naturaleza humana estaba llena de vigor y de lozanía, no habría podido medir el abismo profundo á que la había precipitado su insensata desobediencia.

Aun hoy, después de tantos siglos de experiencias dolorosas, y sobre todo, después de tantos siglos de cristianismo, la razón humana tiende todavía á propagar principios y á enseñar doctrinas que espantan y aterran.

Todavía hoy pretende que las solas evoluciones de la naturaleza han obligado á lo infinito á conocerse á sí mismo en lo finito; todavía hoy rebaja la realidad de nuestros misterios á la condición de un puro símbolo de los progresos que ella realiza con sus propias fuerzas; todavía hoy considera la revelación y la redención como superfluas, inútiles y humillantes para la dignidad humana.

Y si hoy, cuando el hombre sin querer, sin confesarlo al menos, se aprovecha de la penetración de las luces y de las gracias de la encarnación, porque de ellas están llenos los medios en que se ejercitan actualmente nuestras facultades intelectuales y morales; si aun hoy mismo se olvida la vergonzosa y larga experiencia que la humanidad ha hecho de su impotencia, ¿qué no pasaría en los comienzos del mundo, cuando el hombre, volvemos á repetir, acabado de salir de la mano de Dios, sentía en su ser un vigor casi infinito, una naturaleza casi divina?

Era, pues, preciso que la encarnación se retardara: era necesario que el hombre viera hasta dónde podía llegar en los excesos de su soberbia.

Y así sucedió: los siglos anteriores á la redención presentan á la vista el más espantoso cuadro de las aberraciones humanas; descubren al ojo menos observador las espesas sombras de crímenes sin nombre.

La noción del verdadero Dios se oscureció por completo.

El mundo antiguo quiso hacerse un Dios, mezcla confusa de todos los seres, un espíritu que

es materia, un infinito que progresa, una inmensidad que se mide, una eternidad que pasa.

Otras veces es un principio omnipotente que comparte con el mal eterno el imperio soberano de las cosas; una mónada solitaria y abstracta, un número árido, cuyo espíritu no puede concebir las misteriosas evoluciones.

En otras ocasiones es una masa reducida que trabaja sobre la materia, sin poderle dar el ser; un monarca egoísta que se encierra para gozar en los palacios de su gloria y deja que el mundo marche á los caprichos del acaso.

Para unas escuelas, es un destino implacable que ahoga la libertad y cierra los oídos á las súplicas de la humanidad miserable.

Para otras, es la razón que se llama naturaleza, la materia infinita, eterna, subsistente por sí misma, sacando de su vasto seno todas las existencias

Ignoraba el mundo antiguo de dónde venía el hombre; las tradiciones le daban un padre, del que los dioses mismos habían recibido la vida.

El antiguo mundo no sabía lo que éramos.

Aquí éramos brutos, allí partículas de lo infinito; hoy el hombre tenía una alma, mañana tenía tres.

Para unos el alma era un espíritu, para otros una agregación de átomos, para aquellos un fuego sutil cuya tensión era infinita.

La regla de conducta era incierta.

Unas escuelas querían que consistiera en la contemplación de lo bello, otras en la libertad de dejarse ir á los caprichos del destino.

Unos filósofos aconsejaban poner orden en las sensaciones, medir el placer con la fuerza del temperamento, hacían consistir la moral en el deleite.

La más sabia filosofía, exageraba el honor de la virtud en provecho del orgullo, mientras la voz popular invitaba al hombre á que imitase á los dioses, fabricados por la pasión.

El destino del hombre no podía conocerse.

Unos enseñaban que el hombre iba á perderse sin recuerdos en el infinito; otros, que rodaba, sin fin, de un cuerpo á otro, perseguido siempre por sus debilidades, en todas sus transmigraciones.

Para algunos, el destino final del hombre era alcanzar la posesión de un paraíso sensual, que no sería más que la prolongación de nuestras felicidades terrestres; para otros, el extinguirse miserablemente en los abismos de la nada.

Nada podía saberse sobre estos particulares, de todo se dudaba.

A esta síntesis aterradora, de los extravíos de la inteligencia, hay que agregar la síntesis más aterradora de los crímenes en que estaba sumido el mundo que vivió más allá de la cruz.

Los vicios, bajo figuras humanas, habían sido elevados á los honores del apoteosis.

Había tantos dioses, como execrables pasiones se escondían en las entrañas del hombre: de ellos se imploraba criminal asistencia.

En los hermosos versos de Persio y de Horacio, de Juvenal y de Terencio, encontramos delineadas esas plegarias que se hacían á las divinidades para que ampararan los crímenes.

Pulchra Laverna, decía Horacio,

Da mi fallere, da justo sanctoque videri.

En la familia, el padre era un tirano; la mujer, olvidada, deshonrada, maltratada, repudiada, vendida según los caprichos de un amo sin respeto á su dignidad de madre; el hijo, tratado al nacer como un animal, implacablemente condenado á muerte, si no prometía ser un vástago robusto, por el brutal ciudadano á quien debía la

vida; el esclavo, considerábase como una bestia de carga, desnudo de personalidad humana.

Servi pro nullis habentur, decían los afamados jurisconsultos de Roma.

La guerra, sin derecho de gentes, entregando naciones enteras á los vencedores, y legitimando, respecto de ellas, toda clase de barbaries; incendio y destrucción de las ciudades, devastación de los campos, matanza de niños, raptos de mujeres, carnicería de prisioneros, esclavitud de reyes, arrastrados, con la cadena al cuello, tras del carro de los vencedores.

El orgullo de casta, aplastando á los pequeños; la concusión, agotando las provincias; la usura, devorando las economías del ciudadano, el salario de los artesanos, el pan de los pobres.

Los indigentes odiados y arrojados, de los esplendores de la ciudad, como inmundicias que repugnan.

Las riquezas sin medida, al lado de la miseria sin esperanza.

El pueblo ávido de combates sangrientos convertidos para él en sitios de recreo.

Los Césares pidiendo incienso y decretando un culto para sus estatuas.

Y todos estos crímenes no eran una cosa accidental, contra la cual protestaran las costumbres generales: eran hábitos que habían pasado á la sangre de las naciones y que se desenvolvían con facilidad bajo la triple influencia de la opinión, de las leyes y de la religión.

Tal era, en brevísimas síntesis, el estado que presentaba el mundo antes de Cristo.

La historia da testimonio de su exactitud.

Esos errores y esos crímenes, apenas ligeramente bosquejados, fueron los frutos del hombre abandonado á sí mismo.

Ellos ponen de resalto lo que puede la omnipotencia de la razón humana.

Los tiempos estaban llenos: la copa desbordaba.

Los tiempos estaban llenos no solo de errores y de crímenes, sino, también, de promesas, de prodigios y de esperanzas.

Caído el mundo antiguo en aquel abismo, sin medida, de absurdos é iniquidades, no desesperaba, sin embargo, de salir de ese océano lleno de sombras, de lágrimas y de sangre.

Hay siempre, en el fondo del alma humana, un resto de rectitud que la ilumina sobre sus miserias y la invita á humillarse.

La esperanza de un libertador había caído del cielo, al mismo tiempo que la maldición que condenaba á la mujer á dolorosos alumbramientos.

Esa rectitud que siempre hay en el fondo del alma, el recuerdo de aquella promesa y las tradiciones que iban conservando, á través de las edades, esa esperanza divina, despertaban y mantenían en el corazón de la humanidad una fuerza oculta que le daba aliento para poder asirse, según la bellísima expresión del P. Monsabré, en aquel universal naufragio, del cable salvador que debía retirarla de los abismos del error y del vicio,

A esa esperanza volvían siempre sus ojos las almas, espantadas por las sombras de la muerte, que se extendían sobre el género humano.

Todos los patriarcas, desde Adán, deseaban ver el día del Señor.

Los verdaderos Israelitas se inclinaban, con piadosa angustia, sobre el porvenir y hacían escuchar sus gritos suplicantes.

Sorprendidos por la muerte, no se creían engañados, sino que se dormían con la dulce confian-

za de que un día el enviado de Dios, el libertador, vendría á visitar sus tumbas y á tocar, con mano piadosa, sus olvidadas cenizas.

“Señor, decían, nosotros esperaremos al que debe salvarnos.—Excita tu poder y ven á libertarnos.—Muéstranos tu rostro y quedaremos salvados.”

“Ten piedad de nosotros, decía Tobías; apiádate de nosotros, agregaba Isaías, porque te hemos esperado.”

Este profeta, con su lenguaje divino, lanzaba estos clamores: “Ojalá y abrieras los cielos y descendieras al mundo.—Cielos, esparcid vuestro rocío y que las nubes luevan al justo.—Abrase la tierra y germine al Salvador.—Envía, oh Señor, al Cordero dominador de la tierra.—Lo hemos esperado y él nos salvará.”

Semejantes á esos murmullos, á esos ruidos, á esas explosiones de voz, que animan á la naturaleza, cuando la aurora se acerca, las plegarias, dice el P. Monsabré, se hacían más ardientes, á medida que avanzaban los tiempos.

Los deseos llegaron á su colmo cuando el viejo Zacarías, morador de la montaña de Judea, ex-

halaba aquel canto divino que la Iglesia repite, día por día, para alabar al Señor.

“Bendito sea el Señor Dios de Israel, decía aquel anciano, porque nos visitó y obró la redención de su pueblo.”

Y no era sólo de Israel, de donde brotaban estas plegarias y estos suspiros: una agitación santa se hacía sentir en todos los pueblos.

El Oriente y el Occidente llamaban á un Salvador.

Las grandes ciudades, los centros incultos de los bárbaros, los bosques salvajes, las islas extraviadas y los continentes lejanos, aguardaban su venida.

Los Chinos dirigían su mirada al Occidente, de donde debía venir el verdadero santo, enviado de Dios.

Los Indios aguardaban la encarnación de *Virch-nou*, para reparar los males hechos por el antiguo dragón.

Los Egipcios saludaban de lejos al hijo de la mujer que había de extinguir la rabia de *Typhon*.

Los Persas, enseñados por los magos, ponían el oído hacia la palabra del primer principio, cuyo nombre era: *Yo soy*.

Los Mexicanos y los Escandinavos, esculpían en

la roca viva y sobre los monumentos la imagen del Dios que había de aplastar á la gran serpiente.

Los Druidas de la Gaula, levantaban una estatua y un altar á la Virgen, cuyo Hijo era esperado.

La Grecia esperaba un vástago que había de traer el reino de la justicia.

Mientras que los poetas avivaban esta esperanza, Platón, el divino, la confirmaba sin vacilaciones.

Ya en el dintel de la Nueva Era, Virgilio cantaba en hermosísimos versos, la esperanza del universo:

Iam nova progenies cælo dimmittitur alto.

“El propósito de Dios, dice el P. Monsabré, estaba llenado: quería humillar nuestro orgullo por una larga experiencia de nuestras miserias intelectuales y morales y hacer concurrir nuestra libertad, por el deseo, al cumplimiento de su obra reparadora. Necesitaba tiempo para ello; tomó cuarenta siglos... Debemos creer que la sabiduría divina conduce, como es debido, sus cálculos.”

Los tiempos estaban llenos de crímenes y horrores: Dios iba á iluminar el mundo, Dios iba á curar á la humanidad enferma.

Los tiempos estaban llenos de deseos: Dios iba á colmarlos.

Si las dilaciones de la Encarnación eran debidas á nuestra libertad y á nuestro orgullo, lo eran igualmente á la majestad del Salvador que había de venir.

“No fué conveniente, dice Santo Tomás, que Dios se encarnara inmediatamente después del pecado; él conduce las cosas por un orden progresivo que va de lo menos perfecto á lo perfecto.”

La creación no se ha realizado de un golpe: á la materia confusa, ha sucedido la materia ordenada; en la materia ordenada la vida brota, y la vida, rudimentaria y oscura, desde el principio ha ido poco á poco desenvolviéndose y perfeccionándose, para formar los reinos, las familias, los géneros y las especies.

“Aunque la creación no ha podido medir todavía, de una manera exacta, la duración del tiempo de la acción creadora, dice el P. Monsabré, ni definir las modificaciones que ha sufrido el mundo antes que Dios lo juzgase digno de ser el palacio del rey de las creaturas, no nos queda duda sobre la verdad de una larga y paciente operación, que ha medido sabiamente los plazos para hacernos seguir y admirar sus progresos.”

Quando el hombre iba á aparecer en el Paraíso,

ya todo estaba perfecto, *cuncta erant valde bona.*

Si, con respecto al hombre, Dios debió proceder lentamente á la preparación de su morada, no debió seguir otro camino para preparar la venida de su Verbo, hecho hombre.

Necesitábase una preparación en armonía con la dignidad de su persona y con la importancia de la obra que venía á llenar.

“Como el sol de la naturaleza, dice el P. Monsabré, es precedido de una alba tímida, que blanquea el horizonte, y de una aurora sonriente, cuya púrpura colora las nubes del cielo y las crestas de las montañas, el sol de la gracia debía ser precedido de una alba, la era patriarcal; de una aurora, la edad profética.”

Era necesario imponer al género humano la fe en un misterio profundo é incomprensible, que las humillaciones, los sufrimientos, la muerte del Redentor, habrían de hacer más incomprensible todavía.

Dios podía secretamente mover á las almas, para atraerlas á su Hijo, pero, respetando su libertad, ha querido mejor ofrecer al hombre una prueba palpitante que, sin hacerle comprender el mis-

terio, le dé la seguridad de que es un hecho cumplido.

Por eso, en el curso de los siglos, hace aparecer las figuras que dibujan á su Hijo divino y los oráculos que anuncian su venida.

Abel, la primera víctima del odio envidioso de un hermano; Noé, constructor de la Arca y salvador del humano linaje; Melchisedec, sin genealogía, que ofrece á Dios el sacrificio del vino y del pan; Abraham, padre de una raza incontable; Isaac, cargado con la leña del sacrificio; Jacob, fuerte contra Dios; José, traicionado y vendido por sus hermanos; Moisés, salvado de las aguas y legislador de la nación santa; Aron, jefe del sacerdocio, y Sansón, triunfando en la muerte, delineaban, con los rasgos más vivos, á Cristo, Redentor de la humanidad.

Pero las figuras no son más que promesas imperfectas; no se les ve en toda su luz, sino después que aparece la realidad.

Ellas solas no podían llenar los siglos.

Eran necesarias predicciones ciertas, precisas, continuas, que de antemano fijasen en rasgos luminosos la vida toda del esperado libertador.

Adán escucha á la sombra del árbol, donde in-

fringiera el mandato divino, una palabra de esperanza; Abraham anuncia á Isaac que en él serán benditas todas las naciones de la tierra.

Los profetas anuncian, con admirable exactitud, que el Redentor nacería de una Virgen, que este admirable vástago sería un niño prodigioso, que ya hombre, su palabra se haría escuchar por todas las partes de la tierra, que predicaría los preceptos del Señor, que sería el Doctor de la justicia, que despertaría á los que durmieran el sueño de la muerte, que sería traicionado por los suyos, que aquellos á quienes él amaba se declararían por sus enemigos, que el que lo entregase recibiría treinta dineros, que sus piés y sus manos serían abiertos y contados todos sus huesos, que sería el último de los hombres y que conocería todos los secretos del dolor y del sufrimiento.

Anuncian, también, con inequívoca frase, que el precio de sus dolores sería la salvación del mundo, que su sepulcro sería glorioso, que Dios no permitiría que su santo viese la corrupción, que sería el príncipe de la paz, que su dominación se extendería de un mar á otro mar y hasta los más apartados extremos del mundo, que su imperio se

multiplicaría y los ídolos caerían ante él, que su reino, por fin, duraría siempre.

Cuarenta siglos estaban llenos de esas figuras y de esas profecías: la humanidad iba mirando en ellas, rasgo por rasgo, línea por línea, á aquel Salvador por quien el mundo suspiraba con tantas ansias.

Esos mismos siglos estaban llenos de prodigios.

Prodigio eran las vidas de los patriarcas, cuyas almas estaban en estrecha relación con el cielo, cuyos pasos eran guiados por el ángel del Señor cuyas tiendas viajeras eran respetadas por todas partes.

Eran prodigios la vocación de Moisés, las playas de Egipto, la marcha triunfal de los Israelitas entre muros que el mar formara.

Prodigios eran el maná y la peregrinación por el desierto, los rayos del Sinaí, el aplastamiento de los muros de Jericó, los triunfos de Gedeon, el valor de esas mujeres atrevidas que mataban al enemigo y salvaban á su pueblo, la grandeza de David y la sabiduría del Salomón.

El mundo también estaba lleno de grandes catástrofes.

Ninive cae aplastada bajo los golpes de Babi-

lonia; en una noche cae ésta en manos de los Persas; éstos llevan á la Africa sus armas victoriosas; pero la Grecia comienza á levantarse: aunque Darío sea justo, valiente, amado de sus pueblos, no puede sostenerse contra la audacia que dirige el genio: Alejandro triunfa de Babilonia; la tierra estupefacta no responde á sus victorias, sino con el silencio.

Aparece Roma, más voraz que los animales que la han precedido en el camino de los siglos: ella se apodera de todo, de las leyes, de las costumbres, de los hombres, de los dioses. El mundo está unificado: los caminos que abren los Césares de Roma, ligan con la metrópoli del mundo á todos los pueblos de la tierra.

La esperanza en el libertador, también, está viva por todas partes: los hijos de Jacob se hallaban extendidos por toda la tierra: tenían cuarteles hasta en el centro de Roma; los gentiles, bajo su influencia, podían avivar sus recuerdos, corregían sus tradiciones y venían á unirse á la esperanza de un Salvador.

Así quedaba preparada la venida de Cristo.

Los tiempos estaban llenos: la hora de la redención había sonado.

La majestad de Cristo encontraba ya al mundo dispuesto y preparado para escuchar su palabra.

EL PARAISO DE LA ENCARNACION.

Una labor paciente y dilatada fué necesaria para preparar, en el orden material, al mundo que había de recibir al rey de la naturaleza.

Larga y paciente fué, del mismo modo, la preparación, en el orden moral, del mundo que había de recibir al Rey de la gracia.

No satisfecho el Señor con haber preparado el universo para que recibiera al hombre que iba á crear á su semejanza y á su imagen, determinó, cuando ya el mundo aparecía con todos los encantos de una belleza admirable, disponer un lugar de delicias en que la naturaleza más ardiente y más fecunda, prodigase sus dones para arrebatarse las miradas del hombre y lisongear sus sentidos.

Una fuente se derramaba en aquel sitio por cuatro corrientes, cuyas olas apacibles arrastraban lentamente el oro, mezclado con las piedras más preciosas.

lonia; en una noche cae ésta en manos de los Persas; éstos llevan á la Africa sus armas victoriosas; pero la Grecia comienza á levantarse: aunque Darío sea justo, valiente, amado de sus pueblos, no puede sostenerse contra la audacia que dirige el genio: Alejandro triunfa de Babilonia; la tierra estupefacta no responde á sus victorias, sino con el silencio.

Aparece Roma, más voraz que los animales que la han precedido en el camino de los siglos: ella se apodera de todo, de las leyes, de las costumbres, de los hombres, de los dioses. El mundo está unificado: los caminos que abren los Césares de Roma, ligan con la metrópoli del mundo á todos los pueblos de la tierra.

La esperanza en el libertador, también, está viva por todas partes: los hijos de Jacob se hallaban extendidos por toda la tierra: tenían cuarteles hasta en el centro de Roma; los gentiles, bajo su influencia, podían avivar sus recuerdos, corregían sus tradiciones y venían á unirse á la esperanza de un Salvador.

Así quedaba preparada la venida de Cristo.

Los tiempos estaban llenos: la hora de la redención había sonado.

La majestad de Cristo encontraba ya al mundo dispuesto y preparado para escuchar su palabra.

EL PARAISO DE LA ENCARNACION.

Una labor paciente y dilatada fué necesaria para preparar, en el orden material, al mundo que había de recibir al rey de la naturaleza.

Larga y paciente fué, del mismo modo, la preparación, en el orden moral, del mundo que había de recibir al Rey de la gracia.

No satisfecho el Señor con haber preparado el universo para que recibiera al hombre que iba á crear á su semejanza y á su imagen, determinó, cuando ya el mundo aparecía con todos los encantos de una belleza admirable, disponer un lugar de delicias en que la naturaleza más ardiente y más fecunda, prodigase sus dones para arrebatarse las miradas del hombre y lisongear sus sentidos.

Una fuente se derramaba en aquel sitio por cuatro corrientes, cuyas olas apacibles arrastraban lentamente el oro, mezclado con las piedras más preciosas.

En ese sitio puso Dios al hombre, después de haberlo creado, para que fuese allí el custodio y el obrero de ese jardín delicioso.

Allí fué donde Adán, nuestro primer padre, cantó el himno de sus nupcias con la virgen, hueso de sus huesos y carne de su carne.

Como las operaciones del poder divino están arregladas siempre por una misma sabiduría, cuyas leyes sencillas se aplican á la producción de todo bien, fácil es comprender que el orden seguido por el Señor en la creación del mundo, fué por El adoptado en la obra más grandiosa de la reparación humana.

El hombre, rey de la naturaleza, necesitó, en los designios amorosos de su Creador, un paraíso para que celebrara su unión venturosa con la virgen que saliera de su carne y de sus huesos; para dominar con ella á la naturaleza toda, que se desplegaba magnífica ante su vista; para cultivar, junto con la hermosa compañera de su vida, las perfumadas flores de aquel jardín; para reproducir, en descendencia bendita, su ser y sus dones, y para mantener en aquel sitio apartado la comunicación más estrecha con los moradores del cielo.

El Rey de la gracia necesitaba, de igual modo,

siguiendo el orden de la sabiduría divina, un paraíso, no una tierra fértil de que tomara posesión después de venir al mundo, sino una morada viviente en que se formase su carne adorable, un santuario lleno de misterio y de gracia, en que se celebrase la incomparable unión de la naturaleza humana con la naturaleza divina.

Decretada la Encarnación, Dios escogió para su Verbo una morada más pura que la luz del sol, más limpia que la nieve que corona las montañas y á cuya cima nunca llega el polvo de los valles.

La escogió desde el principio de los siglos y, desde entonces, la protegió contra toda invasión de la culpa y tuvo necesariamente que acumular en ella todas las hermosuras, todas las incomparables riquezas de la naturaleza, todos los dones más delicados y más sublimes de la gracia y de la gloria.

Esa morada, ese paraíso de la Encarnación, es María.

El entendimiento humano apenas puede columbrar la grandeza de María; la palabra del ángel apenas podía servir para bosquejarlo.

María, en el plan divino, descubre tres relaciones que la hacen incomparablemente grande.

Destinada para albergar, en su seno sin mancha, al Verbo divino, ella sola es la manifestación admirable de un misterio de Dios que había estado oculto á la humanidad pecadora.

Antes de que llegase el momento solemne de dilatar sobre la tierra el misterio de la fecundidad de Dios, la Trinidad no había sido promulgada: había quedado bajo el velo de la Sinagoga y sus oscuras sombras se habían hecho más profundas, por el resplandor con que se había anunciado el dogma de la unidad de Dios.

“El misterio de la Trinidad había estado oculto bajo el dogma de la unidad de Dios, dice Augusto Nicolás, hasta el momento, que comenzaba en María, de manifestarlo por la más sublime de todas las operaciones, de la que el cristianismo no tenía que ser más que el desenvolvimiento en el mundo.”

María tenía que llevar en su seno al Verbo de Dios hecho hombre.

Esta circunstancia, maravillosa y sublime, engendra una relación, no menos maravillosa, entre María y la primera persona de la Trinidad augusta.

No hay más que una paternidad: la paternidad de Dios.

“Doblo mi rodilla, decía San Pablo, ante el Padre, de quien deriva *toda paternidad* en los cielos y en la tierra.”

Un acto de esta paternidad poderosa fecundó la nada é hizo brotar el universo.

En la reproducción de los seres que creara por primera vez, Dios también ejecuta un acto de fecunda paternidad; al crear á los primeros seres, puso en ellos la virtud de reproducción, creó en ellos las especies, y su paternidad obra á través de la de las criaturas, que son su instrumento.

Así lo expresaba admirablemente la madre de los Macabeos, cuando alentaba á sus hijos á que sufrieran denodados el martirio.

“Yo no sé como, les decía, habéis sido formados en mi seno, porque no soy yo quien os ha dado el alma, la inteligencia y la vida, ni quien ha juntado vuestros miembros para hacer de ellos un cuerpo: el Creador del mundo, que ha formado al hombre en su nacimiento y que ha dado origen á todas las cosas, os devolverá otra vez el espíritu y la vida, por su misericordia, en recompensa de lo que despreciáis ahora por acatar su ley.”

Dios es padre de todo lo que existe: él lo ha creado todo.

Esta paternidad es creadora.

Pero no es la única que hay en Dios; Dios ha creado todo, pero no de su propia sustancia.

Hay otra paternidad en Dios, por medio de la cual da la vida de su propia sustancia.

Es una paternidad generadora.

Por la paternidad creadora hace, cría la vida en el universo, y por su paternidad generadora engendra la vida en un ser que es el fruto de su propia sustancia, es su Sabiduría, su Verbo, cuya generación es eterna, y por el cual ha hecho y conserva la vida en todas las cosas.

El símbolo católico lo expresa de un modo inequívoco: el Verbo, dice nuestra fórmula cristiana, el Hijo unigénito de Dios, ha sido *engendrado* y no *hecho*, y ha sido engendrado de la misma sustancia del Padre, *genitum, non factum; consubstantialem Patri, per quem omnia facta sunt.*

Por su paternidad generadora, Dios es eternamente Padre del Verbo, que incesantemente brota de sus entrañas; y por ese Verbo, al crear la vida y el universo, adquiere una paternidad creadora que es como una expansión de su paternidad generadora.

Por su paternidad creadora ha dado la vida y la seguirá dando á todos los seres posibles.

Por su paternidad generadora sólo tiene y no es posible que tenga más que un solo Hijo; el Verbo: allí pudiera decirse, si cabe la frase, que se agotó la paternidad generadora de Dios.

Por eso la Iglesia, inspirada por el cielo, llama al Verbo, único engendrado, *Unigenitus.*

Hay una tercera paternidad en Dios; la paternidad adoptiva por la cual quedamos hechos hijos de Dios, en Cristo.

En el orden de la creación y de la naturaleza, somos hijos de Dios, porque El nos ha dado la vida, como á todos los seres, somos el fruto de su paternidad creadora; pero no somos hijos de Dios, salidos de su propia sustancia, porque no hemos sido engendrados por Dios, y de consiguiente, no participamos de su vida divina, ni estamos asociados á su felicidad, ni somos herederos de su reino.

El Verbo, que es el único engendrado por Dios, es el solo que participa de su vida divina, de su felicidad y de su reino.

Pero así como, por el Verbo increado, hemos sido creados á la vida, así por el Verbo encarna-

do, por Jesucristo hemos sido levantados de la condición de criaturas á la dignidad de hijos de Dios, como lo es Cristo, es decir, engendrados por Dios no propiamente, sino adoptivamente.

Y en cuanto á los efectos, como los produce toda filiación adoptiva, tenemos los mismos derechos que Cristo; de tal manera, que El que era *Unigenitus* se hace, con relación á nosotros, sus hermanos y coherederos, *Primogénitus*, no haciendo, más que una cosa con él y por él con Dios.

Por esto, en la Escritura santa los hombres, redimidos por Cristo, somos llamados dioses como él. *Egodixi dii estis et filii Excelsi omnes.*

La Virgen María está en comunicación con esta triple fecundidad de Dios, coopera á ella, y por eso, de un modo superior, puede considerársele en relaciones con el Padre, tal vez semejantes á las de una esposa.

La Virgen no coopera, á la fecundidad generadora de Dios, cuando él engendra eternamente á su Verbo; pero sí coopera á ella, cuando lo engendra temporalmente.

En su generación eterna, el Hijo de Dios no tiene Madre; en su generación temporal, no tiene

Padre, en el sentido de una paternidad humana que pudiera atentar á la virginidad de María.

“Pero en esta generación temporal, continúa teniendo por Padre al que lo engendra eternamente, dice Augusto Nicolás, es decir, incesantemente, no con una paternidad que pasa, sino con una paternidad continua, de la cual la generación temporal, en el seno de María, no es, de consiguiente, más que la extensión.”

María, en una palabra, no es madre del Hijo de Dios, como Dios es su Padre, por su propia virtud, sino como lo anunció el ángel: *por la virtud del Altísimo que la cubrió con su sombra.*

“El nacimiento temporal de Cristo, no es, dice Bossuet, más que una continuación de su generación eterna, y por decirlo así, una especie de extensión y progreso de aquella generación.”

“Seguramente, agrega el Obispo de Meaux, cuando el Espíritu Santo vino á María, y cuando la virtud del Altísimo la cubrió con su sombra, el Padre celestial no hizo otra cosa que verter á su Hijo único de su seno, en que le llevaba, al seno de María, y engendrarlo de un nuevo modo, de donde el ángel saca esta conclusión: *Por esto,*

el Santo que nacerá de ti, será llamado el hijo de Dios.

"Hijo, pues, continúa Bossuet, no adoptivo, sino propio; de suerte que este Santo, que es Dios y Hombre, fué un solo Hijo natural de Dios."

"Por esto, sigue diciendo Bossuet, Cristo expresaba con una sola palabra su doble nacimiento, cuando decía: "Yo he salido de mi Padre y he venido al mundo."

Así es que, el nacimiento temporal del Hijo de Dios, no es más que una extensión de su nacimiento eterno.

En consecuencia, María es su Madre, por una extensión de la paternidad de Dios, de su paternidad generadora.

En esto se distingue María de todas las mujeres: la maternidad de nuestras madres, es también una extensión de la paternidad de Dios, pero de su paternidad creadora, cuyo fondo es la nada.

Además, en nuestras madres, la extensión de la paternidad de Dios no se hace sentir de un modo inmediato; á través de las generaciones de nuestros padres, es como aquella paternidad se hace sentir.

"La paternidad, agrega Augusto Nicolás, á que

se asocia María, es la paternidad propia de Dios, aquella por la cual engendra de su propia sustancia: paternidad única, personal, que no admite participación de nadie, que escondida en la profundidad sublime del ser, es su acto perpetuo é inmanente. Por la virtud inmediata de este mismo acto, de esta paternidad generadora de Dios, María es Madre, con una maternidad única en el tiempo, como esa paternidad es única en la eternidad, y que, asociada inmediatamente á ella sin mediación de otro, es una maternidad divina y virginal. Por esta maternidad augusta, se ha manifestado, en el tiempo, la paternidad generadora de Dios, se ha descubierto á las miradas del hombre."

"Su fruto es el mismo; el Verbo, hijo de Dios solo, en la eternidad; de Dios y de María solo, en el tiempo."

"Cristo, concluye Augusto Nicolás, Hijo único de Dios y de María, se hace primogénito como jefe de los escogidos, sus hermanos, sus herederos."

Esta filiación adoptiva es el objeto propio de la Encarnación del Verbo: María no ha engendrado al Hijo de Dios en el tiempo, sino para darle á Dios hijos en la eternidad.

Así es que Dios, por María, es no solamente Padre del Verbo encarnado, sino de toda la raza de los cristianos.

Cuánta es la grandeza de María bajo esta primera relación: esa grandeza es única.

“Después de esto, oh María, exclama Bossuet, aunque yo tuviese la inteligencia de un ángel, y ángel de la jerarquía más sublime, mis concepciones serían muy bajas para comprender vuestra unión perfectísima con el Padre Eterno. Al asociaros á su generación eterna, os ha hecho Madre de un mismo Hijo con El. Ha querido que fuéseis la Madre de su Hijo único, y ser El, Padre de vuestro Hijo. ¡Oh pródigo, oh abismo de amor.”

La mujer destinada, en los consejos de Dios, para ser cooperadora en la redención humana, no sólo debía tener relaciones con la primera persona de la Trinidad Augusta: era preciso que entre ella y el Verbo, las hubiera, también, igualmente grandes y augustas.

Esa mujer incomparable tenía que ser el paraíso en el que se unieran con inconcebible lazo la naturaleza humana y la naturaleza divina.

aquellas relaciones tenían que ser las que ligan á la madre con el hijo.

María, escogida en los designios de Dios para la obra de la reparación tenía que ser, como lo fué en la plenitud de los tiempos, madre del Verbo Encarnado, madre de un Dios.

Para percibir aunque sea de lejos la grandeza inexplicable á que fué levantada María, cuando fué designada para Madre del Verbo, es preciso ver, hasta dónde lo permite la debilidad del entendimiento, cómo pudo verificarse la unión de aquellas dos naturalezas.

Registrando la historia, ponen de manifiesto sus luminosas páginas que ha habido en el mundo hombres prodigiosos que han estado unidos á Dios.

Muchas veces el Ser Eterno les confiaba sus más íntimos secretos; otras los hacía asistir anticipadamente al nacimiento y á las victorias de los conquistadores, al progreso y á la ruina de los imperios.

En ocasiones, delineaba ante sus ojos los rasgos de la figura del Mesías; á veces, les comunicaba su omnipotencia y se oía que estos hombres, en lenguaje sobrehumano, cantaban la gloria de

Jehová, publicaban sus preceptos, contaban las visiones del cielo y lloraban con frecuencia sobre los destinos de la nación escogida.

Esta unión, no es la del Verbo con la naturaleza humana; esa unión era pasajera.

Más íntima, más profunda y aun se pudiera decir más vital, es la unión de Dios con las almas santas á las que penetra, á las que transforma y cuyas obras en cierto modo diviniza.

Pero esta unión tampoco es la del Verbo con la naturaleza humana.

En aquella unión pasajera y en esta unión más íntima, la personalidad humana no desaparece.

«La unión moral, dice el P. Monsabré, que resulta de la influencia divina, no autoriza á aquél que está sometido á esa influencia, á atribuirse el ser divino, las prerrogativas divinas.

En una y en otra unión siempre quedan bien separadas y bien perceptibles, la personalidad humana y la influencia divina que obra sobre ella.

No es esta la unión que realiza la Encarnación del Verbo.

¿Cómo se unió, entonces, el Verbo á la naturaleza humana?

“El Verbo se hizo carne,” dice el evangelista San Juan.

¿Quiere esto decir, por ventura, que el Verbo se unió á un cuerpo humano, como á éste se une el alma que lo informa?

De ninguna manera.

Interpretar á la letra las palabras de San Juan, es falsear su pensamiento.

San Juan usó de la palabra carne, porque en la Escritura Santa, con esta palabra se significa el hombre todo, es decir, el compuesto de alma y cuerpo.

Así en el Génesis encontramos esta frase: “Toda carne había corrompido su camino;” y en San Lucas estas otras: “Toda carne verá al Salvador enviado de Dios.”

Usa de esa palabra, para pintar más enérgicamente el exceso de amor que llevó á Dios á bajar hasta nosotros, y para protestar contra las repugnancias y las falsas delicadezas de los primeros herejes que no veían más que un fantasma en el cuerpo de que el Verbo divino se había revestido.

Usó, en fin, de esa palabra, porque con ella insinuaba que Dios había tomado nuestras flaquezas, que se suelen expresar con ese vocablo.

Cristo mismo, al pasar por el mundo, insinuaba claramente que no había en el cuerpo que lo vestía, un cuerpo inanimado, sino que en él había una alma.

Mi alma está triste hasta la muerte, decía.

Padre mío, en vuestras manos entrego mi espíritu, decía también en ocasión dolorosa.

El Verbo, pues, se unió no á una carne, sino á un cuerpo animado por un espíritu.

La carne del Verbo, sin alma, no sería un cuerpo humano: el cuerpo no es humano, más que en virtud de su unión con el alma: ausente el alma, el cuerpo es un cadáver.

La encarnación, pues, exige la unión del Verbo divino con un cuerpo animado: el Cristo tiene que ser Dios y Hombre.

¿Cómo se unieron estos dos elementos?

¿Se uniría, acaso, la divinidad á la humanidad, como se une el alma al cuerpo, y formar de este modo de dos naturalezas diversas una tercera naturaleza, como se realiza en el hombre?

Tampoco esta unión es la que se realiza en la Encarnación del Verbo.

La naturaleza divina y humana no se fundieron en una sola naturaleza: una y otra quedaron

en la persona del Verbo sin mezclarse ni confundirse.

La naturaleza divina no puede unirse á la humana, como el alma se une al cuerpo.

El alma y el cuerpo separadamente considerados son sustancias incompletas: su unión constituye una distinta naturaleza.

El cuerpo es materia, el alma es un espíritu, una sustancia simple: unidos forman al hombre que ni es materia sola ni alma sola; es una naturaleza distinta de las dos que la componen.

La unión del Verbo divino con la humanidad no puede realizarse de ese modo: las dos sustancias son completas: la naturaleza divina nada necesita para perfeccionarse: la naturaleza humana salió completa de las manos de Dios; no puede, entonces, verificarse la unión de esas dos naturalezas, como está realizada la unión del alma con el cuerpo.

Si tal unión pudiera concebirse siquiera, el resultado sería distinto de los dos elementos unidos, como es específicamente distinto el hombre, de sus componentes que son el espíritu y la materia. ®

Resultaría, entonces, que el Cristo de esa En-

carnación no sería ni Dios ni hombre, que son los dos elementos que se unifican.

“Un Cristo, dice el P. Monsabré, en una sola naturaleza es un Cristo imposible.”

No queda más que esta fórmula que es la fórmula racional, la fórmula cristiana: la naturaleza divina y la naturaleza humana se han unido en la sola persona del Hijo de Dios: Jesucristo distinta é indivisiblemente es verdadero Dios y verdadero hombre.

Como el alma racional y la carne son un solo hombre, dice el símbolo cristiano, el Dios y el hombre son un solo Cristo.

¿Y cómo pudo realizarse esa unión?

¿Se formó acaso en el seno de María un hombre compuesto de alma y cuerpo, y este hombre ya formado fué el que tomó, el que asumió el Verbo divino?

Esto no puede admitirse: una de dos cosas sucedería, ó que la naturaleza humana, ese hombre formado de alma y cuerpo, se absorbía, digamos así, en la naturaleza divina y, entonces, desaparecía la persona humana, ó se unía el Verbo á la persona humana sin destruirla, y entonces, había

dos personas: la humana y la divina: una y otra cosa es absurda.

Es, entonces, evidente que el Verbo tomó el alma, el cuerpo y la humanidad de Cristo en un solo momento.

En consecuencia, la Virgen, al concebir, concibió á un hombre que es Dios: no engendró la divinidad, á un Dios puro, sino á un hombre, que es Dios al mismo tiempo.

He aquí la grandeza de María, ella es verdadera Madre de Dios.

¡María, Madre de Dios!

“Escucha, oh hombre, exclama San Anselmo, contempla y admira. El Padre celestial tenía un hijo único y consustancial, pero no ha querido que este hijo perteneciese á él sólo; ha querido que en parte pertenezca á María: ella es verdaderamente su Madre en la tierra, como él es su Padre en el cielo.”

“El Padre, dice Bourdaloue, no es sólo autor de toda paternidad divina, sino el principio de esa maternidad divina que admiramos en María.”

Maternidad admirable: en ella se juntan la virginidad más limpia y la fecundidad más prodigiosa: una virgen que concibe, en el tiempo, al

mismo hijo que Dios, antes de todos los siglos, ha producido en la eternidad.

“Una madre, dice San Agustín, hecha madre por la sola obediencia de su espíritu, de la misma manera que el Padre, en la adorable Trinidad, es Padre, por el solo conocimiento de sus perfecciones infinitas.”

María, dando á un Dios, lo que no tenía antes, y un Dios recibiendo de ella una vida nueva.

El Verbo, por quien todo ha sido hecho, formado por una Virgen.

Ante esta grandeza, que el labio humano apenas puede bosquejar, doblan su frente los ángeles y los hombres.

La mujer incomparable, destinada en los consejos de Dios para que en élla se realizara la Encarnación del Verbo Divino, debía, como lo hemos demostrado ya, tener relaciones altísimas con la primera persona de la Trinidad Augusta.

Bajo este punto de vista, pudiera llamársele esposa del Padre, porque tiene con él un hijo común y porque la virginal concepción que la ha

hecho engendrar á este hijo sin padre, en el tiempo, es una participación virtual de la generación paterna de este mismo hijo sin madre, en la eternidad, concurriendo con él á producirlo en el mundo.

Esa mujer, singular y casi divina, ha debido mantener y mantiene relaciones dulcísimas y casi incomprensibles, con la persona segunda de la Trinidad Beatísima.

Ella tenía que ser y fué Madre de Dios.

En la Divinidad hay una esencia y tres personas: así en Cristo hay tres esencias y una persona.

Las tres esencias son la divinidad, el alma y la carne, esto es lo eterno, lo antiguo y lo nuevo, porque la divinidad es eterna, el alma es nueva, una vez que fué creada en el momento mismo en que el Verbo tomó la carne en el seno de una mujer, y la carne es antigua porque venía desde Adán.

Así es que Cristo, por razón de la naturaleza divina, fué engendrado, creado por razón del alma y hecho por razón de la carne.

Al verificarse la concepción de Cristo, en el seno de una virgen, en un solo instante quedaron

unidas aquellas tres esencias en una persona, en la persona divina del Verbo.

La virgen, entonces, concibió á una persona que era divina, porque el concebir y el nacer se atribuye á la persona y no á los elementos separados que constituyen á esa persona.

Por eso aunque las madres no conciben el alma del hijo que llevan en su seno, se llaman madres del compuesto, que se forma del alma, creada por Dios, y del cuerpo, hecho en sus entrañas.

Por eso se dice, también, que conciben un hijo y que de ellas nace un hijo, es decir, una persona, por más que ésta esté formada de algún elemento, como es el alma, que no ha sido obra de la generación humana.

Es, entonces, evidente que la Virgen, madre de una persona en quien estaba la Divinidad, por más que la Divinidad no fuese, como no podía ser, obra suya, puede y debe llamarse en toda la plena significación de la palabra, Madre de Dios.

“Sólo podría negarse, dice Santo Tomás, que la Virgen fuera Madre de Dios si la humanidad de Cristo hubiera estado sujeta á la concepción y al nacimiento antes que aquella humanidad fuese el

Hijo de Dios ó que la humanidad no se hubiese unido á la divinidad en unidad de persona.”

Lo primero no puede afirmarse porque, entonces, en Cristo habría dos personas, la persona divina y la persona humana, lo que es absurdo como antes se ha demostrado.

Tampoco puede afirmarse que la unión de la naturaleza humana con la divina se hubiera realizado en naturaleza, porque aquellos dos elementos son igualmente, cada uno en su esfera, enteramente perfectos y no podrían formar de su unión, una tercera naturaleza, distinta de las que la componían.

Sí, pues, la unión se realizó en la persona, la Virgen, Madre de la persona que se llama Cristo, tiene que ser Madre de Dios.

Una tercera relación une á la Virgen profetizada en el Paraíso con la Trinidad augusta: su relación misteriosa con el Espíritu Santo.

Se le llama, bajo esta relación, Esposa del Santo Espíritu, aunque no en el rigor ó en la plena significación de la palabra esposa.

Es verdad que concibió en su seno al Hijo de Dios, por la operación de ese Espíritu Divino; pero esta misteriosa operación se rehusa á la ana-

logía que se saca de la unión del esposo con la esposa, porque no fué generadora, sino formadora.

Por la operación del Espíritu Santo, y no por una porción de El, dice un Doctor católico, se formó el Hombre Dios en el seno de María: este divino espíritu no lo ha engendrado, sino que lo ha creado; lo ha concebido con su poder y no de su sustancia, por su virtud y no por su generación.

La concepción del cuerpo de Cristo, dice Santo Tomás, fué obra de toda la Trinidad. Se atribuye, sin embargo, al Espíritu Santo por tres razones: La primera es porque así convenía al motivo de la Encarnación, considerada por parte de Dios. El Espíritu Santo es el amor del Padre y del Hijo, y, es testimonio del infinito amor de Dios, la Encarnación del Hijo en el seno de una Virgen. La segunda es porque así convenía al motivo de la Encarnación por parte de la naturaleza caída. La humana naturaleza fué tomada por el Hijo de Dios, en unidad de persona, no por los méritos de la humanidad, sino por la gracia, que se atribuye al Espíritu Santo. La tercera es porque así convenía al término de la Encarnación. La Encarnación se hizo para que el hom-

bre, que se concibiera en el seno de la Virgen, fuese santo é Hijo de Dios, y la santificación, así como la filiación de los hijos de Dios, se atribuye al Espíritu Santo. Así lo proclamó el ángel cuando dijo á la Virgen: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti; y por tanto el Santo, que nacerá de ti, será llamado Hijo de Dios.*

En esta obra de la Encarnación, el Espíritu Santo tenía dos relaciones con Cristo: una de consubstancialidad, porque es Dios como lo es el Verbo, y otra relación de causa eficiente, porque el Espíritu Santo formó el cuerpo de Cristo en el seno de María.

“En este sentido convenientemente se dice, agrega Santo Tomás, que Cristo fué concebido por el Espíritu Santo.”

De manera que, Cristo fué concebido de María que ministró la materia para la formación de un cuerpo humano, y por eso se dice hijo de María. Fué concebido, también, por el Espíritu Santo, como por un principio activo, pero no de su sustancia, y por eso no puede llamarse hijo del Espíritu Santo.

La Virgen, bajo esta relación, debe más bien considerarse como el santuario del Santo Espíritu.

El Espíritu Santo ha venido al alma de María y la ha llenado de su inmensidad inefable; esta plenitud, desbordando de su alma hasta su cuerpo, ha hecho germinar al Verbo y lo ha mostrado al mundo no en palabra, como los profetas, sino en humanidad y en persona.

La palabra evangélica es demasiado expresiva: el Espíritu Santo ha venido á muchas almas y las ha llenado con sus dones y las ha iluminado con su inspiración; pero tratándose de la Virgen, nota el Evangelio que no vino á ella el Espíritu Santo, sino que *sobrevino* á ella, *superveniet te*; es decir, que entre todas las almas y sobre todas, escogió á la Virgen para que sobrepasase á todas por la universalidad de los dones.

El Espíritu Santo vino á María en abundancia, en afluencia, en plenitud y en efusión sobre su alma y sobre su carne.

El realizó tres privilegios en el seno de la Virgen: que la concepción de Cristo fuera sin mancha; que fuese la concepción no de un puro hombre, sino de un Dios-hombre, y que fuese la concepción de una Virgen.

El Espíritu Santo preservó á la Virgen para que concibiera sin culpa original, le dió fuerza

para que recibiese al Verbo de Dios, y al mismo tiempo le concedió virtud engendradora para que, permaneciendo Virgen, pudiese concebir no activa, sino pasivamente.

Cristo, engendrado de la sola sustancia de María en el tiempo, como de la sola sustancia del Padre en la eternidad, es el fruto de estas dos virginales generaciones por la operación unitiva del Espíritu Santo, de quien es la Virgen llamada con toda justicia el santuario sin mancha.

La mujer predestinada para mantener estas relaciones tan angustas, tan incomparables, tan incomprensibles, con las tres personas de la Trinidad, tenía que ser una mujer única, singular, dotada de dones y gracias que la hicieran á propósito para misión tan sublime.

Este Paraíso, en que debía realizarse la unión de la naturaleza divina con la humana, debió ser formado por el Altísimo con todo el esmero, con toda la sabiduría, con toda la grandeza propias del Dios que debía habitarlo.

Esa mujer debió quedar exenta de la culpa de origen, debió quedar enriquecida con los dones más preciados que guarda en su seno la Omnipotencia divina. ®

MARÍA CONCEBIDA SIN MANCHA.

Hay una ley que pesa sobre nuestra naturaleza caída, ley de muerte en virtud de la cual todo renuevo de la raza humana nace privado de la savia sobrenatural que originariamente animaba á nuestro primer padre.

Nadie escapa de esta ley.

Sólo Dios, al tomar nuestra carne, apartó de su concepción la culpa, porque apartó el poder activo á virtud del cual es engendrada toda carne.

El que nace, á virtud de la fuerza engendradora del hombre, recibe la muerte, al mismo tiempo que la vida.

La Virgen, predestinada para ser Madre de Dios, no vino á la vida por camino diverso.

“Envuelta, como toda creatura humana, dice el P. Monsabré, en la corriente de la generación humana, debía ser fatalmente arrastrada por la corriente del pecado.”

“Cuando leo su genealogía, agrega el P. Monsabré, creo escuchar como un ruido siniestro, semejante al de un río fangoso cuyas olas se precipi-

tan, después de haber mezclado, á la onda pura que recibe de las blancas nieblas, el limo de los campos por ellas devastados.”

¿Cómo pudo evitar la Virgen ser arrastrada por esa corriente? ¿Cómo pudo escapar á la invasión de la culpa que todo lo arrasa?

“Ya escucho, responde el P. Monsabré, que viene del cielo el río de la redención, llamado por la esperanza y penetrado de una virtud reparadora que debe á los méritos futuros del Verbo encarnado, y que va hasta la cuna del género humano al encuentro del pecado.”

Un privilegio especial liberta á la Virgen de ser herida por la culpa de origen.

Dios omnipotente, dueño de todos los bienes, así lo quiso.

Desde el momento que se asoció á una mujer para la reparación del humano linaje, desde el instante que decidió crear una madre para su Hijo, el Verbo divino, ha debido necesariamente crearla más limpia que el sol y tan pura como el aliento que sale de sus labios divinos.

El mismo se encargó de anunciarlo así, por figuras y profecías, á todas las generaciones humanas. ®

MARÍA CONCEBIDA SIN MANCHA.

Hay una ley que pesa sobre nuestra naturaleza caída, ley de muerte en virtud de la cual todo renuevo de la raza humana nace privado de la savia sobrenatural que originariamente animaba á nuestro primer padre.

Nadie escapa de esta ley.

Sólo Dios, al tomar nuestra carne, apartó de su concepción la culpa, porque apartó el poder activo á virtud del cual es engendrada toda carne.

El que nace, á virtud de la fuerza engendradora del hombre, recibe la muerte, al mismo tiempo que la vida.

La Virgen, predestinada para ser Madre de Dios, no vino á la vida por camino diverso.

“Envuelta, como toda creatura humana, dice el P. Monsabré, en la corriente de la generación humana, debía ser fatalmente arrastrada por la corriente del pecado.”

“Cuando leo su genealogía, agrega el P. Monsabré, creo escuchar como un ruido siniestro, semejante al de un río fangoso cuyas olas se precipi-

tan, después de haber mezclado, á la onda pura que recibe de las blancas nieblas, el limo de los campos por ellas devastados.”

¿Cómo pudo evitar la Virgen ser arrastrada por esa corriente? ¿Cómo pudo escapar á la invasión de la culpa que todo lo arrasa?

“Ya escucho, responde el P. Monsabré, que viene del cielo el río de la redención, llamado por la esperanza y penetrado de una virtud reparadora que debe á los méritos futuros del Verbo encarnado, y que va hasta la cuna del género humano al encuentro del pecado.”

Un privilegio especial liberta á la Virgen de ser herida por la culpa de origen.

Dios omnipotente, dueño de todos los bienes, así lo quiso.

Desde el momento que se asoció á una mujer para la reparación del humano linaje, desde el instante que decidió crear una madre para su Hijo, el Verbo divino, ha debido necesariamente crearla más limpia que el sol y tan pura como el aliento que sale de sus labios divinos.

El mismo se encargó de anunciarlo así, por figuras y profecías, á todas las generaciones humanas. ®

La zarza ardiente que vió Moisés, conservando en medio de las llamas la humedad de su savia, la frescura de sus hojas y el perfume de sus flores; la vara de Arón, floreciendo en las soledades del tabernáculo; la arca de la alianza, en la que se conservaban, con las tablas de la ley, los recuerdos de Jehová; la valerosa Débora, la valiente Judit, que combate por el pueblo de Dios, la bellísima y tímida Esther, que aplaca la cólera de un rey celoso de su gloria y que abre á los hijos de Jacob el camino de la patria, delineaban, en hermosísimos rasgos, á la Virgen poderosa, á la Virgen sin mancha, que había de traer en su seno, para la redención de la humanidad, á un Dios, hecho hombre.

Y no sólo las figuras: la profecía anunciaba, con toda la seguridad que tiene la palabra inspirada, el hermoso privilegio de la Virgen Madre.

Entre las nieblas de la primera culpa, cuando los padres del género humano habían infringido el mandato divino, cuando caía sobre ellos la maldición de un Dios ofendido, escuchan, de los labios mismos del Creador de los mundos, una palabra consoladora y bendita que les hacía entrever á la Virgen sin nombre que había de oprimir, con su virginea planta, la cabeza de la serpiente.

David columbra su belleza y con su lengua profética, más rápida que la de aquel que escribe con rapidez, saluda á la majestad de la reina que ve sentada al lado del rey, que ha de triunfar del pecado.

Salomón dirige sus cantos á la más bella de las mujeres, á la aurora de la redención, al astro radiante que recibe las caricias del sol eterno, á la paloma que vuelve á la Arca, sin que se manche su inmaculada pluma.

Más cercanos á la plenitud de los tiempos, después de haber contemplado la fuente misma de las grandezas de la Virgen, que es su divina maternidad, los profetas anuncian al mundo la gran señal de las misericordias, la nueva y única maravilla de la omnipotencia de Jehová, la Virgen que concebirá y dará á la luz al que es llamado Dios con nosotros, la mujer, por excelencia, que sola, y sin más amparo que la virtud del Altísimo, era madre del Salvador esperado.

“Desde entonces, dice el P. Monsabré, se oyen circular entre los pueblos rumores misteriosos, el nombre de una mujer se mezcla á la tradición de un Redentor por todas partes esparcida, la virgen que debe dar á luz recibe los homenajes de

los viejos Druidas, y la voz armoniosa del cantor del Tíber invita al niño divino, en quien el mundo espera, á reconocer á su madre con una sonrisa."

Incipe, parve puer, risu cognocere matrem.

La palabra divina, en las figuras y en la profecía, se ha hecho escuchar: la Virgen, que había de ser la madre de un Dios, tenía que ser concebida en el orden que se concibe en la naturaleza, pero tenía que ser concebida sin la mancha de origen.

La razón humana persuade también dé que esa concepción tenía que ser sin mancha original.

Dios y la Virgen asociada á la obra de la redención humana tenían que ser el padre y la madre de un mismo hijo, de un mismo Dios.

No puede comprenderse esa misteriosa é inefable comunidad de autoridad y de amor, entre la esencia eternamente pura y un ser sumergido, aunque no fuera más que un instante, en las corrientes del pecado.

Por otra parte, la humanidad del Salvador no podía nacer de la unión vulgar de la carne con la carne: esa humanidad fué concebida á virtud de una casta y divina operación.

El Espíritu Santo debía descender, para realizarla, sobre la Virgen, Madre del Verbo.

"Esta unión del Espíritu Divino y María no podía, dice el P. Monsabré, ser turbada por un recuerdo amargo; no concibe la razón que en el momento mismo en que el Espíritu de luz tomara, en la sangre de la Virgen, la sangre de la redención, el espíritu de las tinieblas pudiese decirle: Un día fué mi esclava esa Virgen con la que ahora te unes."

A las figuras y á las profecías, que tenían por otra parte su razón de ser, como acaba de indicarse, en las inspiraciones de la razón, debe agregarse la tradición no interrumpida desde el momento en que las profecías enmudecieron.

Al lucir sobre el mundo el sol esplente del cristianismo, la humanidad, ante sus castísimos esplendores, rindió culto al Dios que había espirado sobre una cruz y presentó sus adoraciones y sus ternuras á la Virgen sin mancha que con él padecía sobre la montaña del Calvario.

Desde entonces las generaciones todas cristianas han reconocido en María el privilegio singular de su Concepción sin pecado.

Como de la tierra inmaculada había sido forma-

do el hombre primero, decía el Apóstol San Andrés, pocos momentos antes de sufrir el martirio, así era preciso que Cristo naciese de una Virgen Inmaculada."

Santiago el Mayor, en su liturgia, llamaba á la Madre de Dios, la Virgen, María Santísima é Inmaculada siempre.

San Marcos, San Ignacio de Antioquía y San Dionisio el Areopagita llamaban á la Virgen Santísima, elevada sobre todos los espíritus angélicos.

Tal es el resumen de la tradición en el primero de los siglos cristianos.

"Fué engendrado el hombre de una Virgen, decía San Ireneo, y de esta manera, por la obediencia de María, quedó desatado el nudo de la desobediencia de Eva."

En estas palabras de San Ireneo y en otras de San Justino, ambos representantes de la tradición eclesiástica en el segundo siglo, se nota desde luego la antítesis entre la muerte que produjo la desobediencia de Eva y la vida que nos fué alcanzada por la obediencia de María.

Para que esta antítesis subsista, preciso es que María no se haya contaminado con la desobediencia de Eva.

"La Arca era el mismo Salvador, decía San Hipólito, en el siglo III, fabricada de maderas exentas de corrupción, es decir, de la Virgen y del Espíritu Santo."

El mismo privilegio, el privilegio de la Concepción sin mancha, era proclamado por Orígenes y San Gregorio en el siglo III.

"La Madre de Dios, decía San Ambrosio en el siglo IV, es una vara derecha en la que no se encuentra ni el nudo de la culpa primera, ni la corteza de la culpa actual."

"La Bienaventurada Virgen es la nube del día, decía San Jerónimo, porque nunca estuvo en las tinieblas, sino siempre en la luz."

San Efrén y San Crisóstomo, enseñan; en el mismo siglo, que la Virgen estuvo muy ajena de toda mancha de pecado.

"Estas palabras: *Dios te salve, llena de gracia*, muestran, decía San Agustín, que María *íntegramente* fué excluida de la ira de la primera sentencia y restituida á la plena gracia de bendición."

San Pedro Crisólogo, y San Proclo, que florecían, como San Agustín, en el siglo V, reconocían el privilegio de la Concepción sin mancha de María.

Pascual, poeta del mismo siglo, así cantaba, hablando de la Virgen:

*Et velut, e spinis, mollis rosa surgit acutis,
Nihil, quod laedat, habens.*

San Fulgencio y San Anastasio, en el siglo VI; San Hdefonso, San Sofronio y San Andrés de Jerusalén, en el VII; San Juan Damasceno, en el VIII; el venerable Paulo, en el IX; León VI, Emperador de Oriente, en el X; San Gualberto, San Pedro Damiano y San Anselmo, en el XI, y San Bernardo en el XII, han sostenido invariablemente, como representantes de la tradición eclesiástica en esos siglos, el privilegio de la concepción sin mancha de la Virgen María.

Santo Tomás, el gran genio de la Iglesia católica, sostiene, según enseñan algunos intérpretes, la contraria tesis.

Tres clases de testimonios pueden invocarse sobre esta materia, tomados de las obras del Doctor Angélico.

El primero, es el de aquellos textos que parecen opuestos á la tesis tradicional; el segundo, el de aquellos que de algún modo debilitan ó contradicen aquellos textos, y el tercero, el de aquellos que favorecen y sostienen la tesis cristiana.

Los primeros y los segundos, que se encuentran en la tercera parte, cuestión 27, art. 2 de la Suma; en la primera parte de la segunda, cuestión, 81, art. 3; en el libro 2 de las Sentencias, distinción 31, cuestión 1, art. 2; en en el libro tercero de la misma obra, distinción 3, cuestión 1, art. 1; en el libro cuarto de la propia obra, distinción 143, cuestión 1, art. 4; en el libro sexto, cuestión 5, art. 7 y en el opúsculo 2, cap. 224, no hacen más que afirmar la ley universal de que todos los hombres están sujetos á la culpa original y que nacen hijos de ira, de donde infiere Santo Tomás rectamente la necesidad de la redención para todos los hombres absolutamente; según esa ley, y según esa necesidad, Santo Tomás afirma que la bienaventurada Virgen debió contraer esa mancha; pero nunca afirma que ciertamente la contrajera.

Y esto claramente se deduce de los mismos textos antes invocados en que habla de una doble redención, de la liberativa después de la culpa y de la preservativa antes de la culpa.

Según la mente de Santo Tomás, bien expresada en la primera parte de la segunda, cuestión 106, art. 2, para que alguno se diga verdaderamente redimido y participante del fruto de la

redención, basta que nazca deudor, ó con la deuda de contraer el pecado del primer padre; pero de ninguna manera que lo contraiga de hecho.

Por el solo hecho de que nazca con la deuda, puede librarse por la gracia preveniente de Cristo.

La redención, según una frase de San Bernardo, desata y preserva.

La redención, desató á los hombres, preservó á María.

Hay textos en las obras de Santo Tomás que consignan expresamente la tesis tradicional. "De mil varones, dice en el comentario de la Epístola á los Gálatas, encontré uno solo, el Cristo, exento de todo pecado. De entre las mujeres no encontré á ninguna exenta de pecado original ó venial, exceptuando á la Virgen María, purísima y digna de toda alabanza."

En el Opúsculo sobre la salutación angélica, se hayan estas palabras: "La misma Santa María, fué purísima de toda culpa, porque no incurrió en pecado original, ni venial, ni mortal."

De esta brevísima exposición resulta que Santo Tomás en unos textos sólo establece la ley general del pecado y la necesidad de la redención; en otros establece que hay un modo excelente de

redimir, que es la preservación, como enseña San Agustín, y en otros manifiestamente declara que la Virgen fué exenta de toda culpa.

El mundo todo, en los siglos que corrieron del XII al XIX, acentuaba más su creencia en este admirable privilegio.

El Pontífice de la Iglesia Universal, el Inmortal Pío IX, escuchando la voz de la humanidad y colmando los deseos de las generaciones que saludaban á la Reina del cielo, libre de la culpa original, declaró pronunció y definió que la doctrina que afirma que la bienaventurada Virgen María, en el primer instante de su Concepción, por una gracia singular y un privilegio de Dios omnipotente, y en gracia de los méritos de Jesucristo Salvador del género humano, había sido preservada y totalmente exenta de la mancha del pecado original, es una doctrina revelada y que debe, en consecuencia, ser firme y constantemente creída por todos los fieles.

El mundo católico se iluminó, y fiestas pomposas acogieron, de un polo al otro del mundo, el dogma de la Inmaculada Concepción.

El Verbo de Dios ha guardado fielmente su paraíso.

María ha sido preservada de la mancha original; no han podido germinar en su alma los abrojos, las espinas, las mal sanas y vergonzosas plantas que deshonran nuestras almas.

BELLEZA DE MARÍA.

La Virgen María fué preservada, desde el instante de su concepción, de la mancha de origen.

El pecado original consiste en la privación de la justicia y de la santidad con que Dios había dotado á la naturaleza humana, y en el retorno de ésta á sus principios esenciales.

Es, pues, evidente, que para que la creatura quede preservada de la culpa de origen, se necesita la infusión, en ella, de una gracia que la restablezca en el estado, singularmente privilegiado, en que el primer hombre saliera de la mano de Dios.

Guardar y embellecer, dice el P. Monsabré, son dos actos conexos del Verbo de Dios, al preparar su morada terrestre.

Había preservado á la Virgen en su concepción

de la primera culpa: era preciso también que la embelleciera con dones singulares.

Todas las bellezas de María están, en germen, en una primera gracia de inocencia y de santidad.

Esa primera gracia es de una excelencia incomparable.

“Es manifiesto, dice Santo Tomás, que cuanto más se acerca un ser á su principio, más participa de la eficacia de ese principio.”

“Por eso, agrega Santo Tomás, que los ángeles están mejor dotados que los hombres, porque están más cerca de Dios.”

La Virgen María está más cerca de Dios, que los ángeles: era la Virgen predestinada para revestir con su carne al Verbo de Dios y para llamarle su hijo.

La Virgen estaba cerca del Padre, porque virtualmente participaba de la generación paterna del Verbo de Dios; estaba ligada con el Hijo, porque era la madre del Verbo, y era el Santuario del Espíritu Santo, porque él realizó en su seno la formación del cuerpo que había de tomar la divinidad.

La Virgen no solamente mantiene con la Trinidad divina esas augustas relaciones que tanto la

María ha sido preservada de la mancha original; no han podido germinar en su alma los abrojos, las espinas, las mal sanas y vergonzosas plantas que deshonran nuestras almas.

BELLEZA DE MARÍA.

La Virgen María fué preservada, desde el instante de su concepción, de la mancha de origen.

El pecado original consiste en la privación de la justicia y de la santidad con que Dios había dotado á la naturaleza humana, y en el retorno de ésta á sus principios esenciales.

Es, pues, evidente, que para que la creatura quede preservada de la culpa de origen, se necesita la infusión, en ella, de una gracia que la restablezca en el estado, singularmente privilegiado, en que el primer hombre saliera de la mano de Dios.

Guardar y embellecer, dice el P. Monsabré, son dos actos conexos del Verbo de Dios, al preparar su morada terrestre.

Había preservado á la Virgen en su concepción

de la primera culpa: era preciso también que la embelleciera con dones singulares.

Todas las bellezas de María están, en germen, en una primera gracia de inocencia y de santidad.

Esa primera gracia es de una excelencia incomparable.

“Es manifiesto, dice Santo Tomás, que cuanto más se acerca un ser á su principio, más participa de la eficacia de ese principio.”

“Por eso, agrega Santo Tomás, que los ángeles están mejor dotados que los hombres, porque están más cerca de Dios.”

La Virgen María está más cerca de Dios, que los ángeles: era la Virgen predestinada para revestir con su carne al Verbo de Dios y para llamarle su hijo.

La Virgen estaba cerca del Padre, porque virtualmente participaba de la generación paterna del Verbo de Dios; estaba ligada con el Hijo, porque era la madre del Verbo, y era el Santuario del Espíritu Santo, porque él realizó en su seno la formación del cuerpo que había de tomar la divinidad.

La Virgen no solamente mantiene con la Trinidad divina esas augustas relaciones que tanto la

acercan á su principio, y que la hacen, en consecuencia, participar más ampliamente de su eficacia: tiene otras que conducen al mismo fin.

El Padre, el Verbo y el Espíritu, aun cuando en uno respecto del otro, haya anterioridad de principio, hay igualdad de sustancia y de naturaleza.

Toda su divinidad suprema circula en sus relaciones.

Pero desde el momento en que María concurre á la Encarnación del Verbo, este Verbo, por la naturaleza humana que reviste de María, de igual que era á su Padre, se hace, su inferior, su súbito, su adorador.

Así es que, en retorno de la grandeza que el Padre da á María, asociándola á su generación, María procura al Padre una gloria nueva, dándole autoridad sobre su Hijo.

Porque esta autoridad que María tiene sobre su Hijo, el Padre no la tenía antes de ella, y no la tiene más que por ella.

Un mismo instante, dice Augusto Nicolás, un mismo *fiat* da principio á la autoridad de María y á la autoridad del Padre Eterno, sobre su Hijo, y se puede decir de este Hijo, con relación á

María y al Padre celeste, lo que de él se dice con respecto á José y á María, *que estaba sujeto á ellos.*"

Es decir, María encuentra manera de agrandar la gloria del Padre, le da lo que antes no tenía

Bien pudo exhalar de sus virginales labios esta palabra que revela, con exactitud, esa misión de la Inmaculada Virgen: *Magnificat anima mea Dominum.*

La palabra *Magnificat*, significa, propiamente, agrandar, hacer grande, y María así lo hizo: hizo crecer la gloria del Padre.

El Hijo de Dios, antes de encarnarse en el seno de María, tenía en sí mismo, la gloria, como Hijo de Dios.

Por la Encarnación, por María, va á tener esta misma gloria, como Hijo del hombre. Como Hijo de Dios no podía dejar de tener esa gloria. Pero como Hijo del hombre, salido de Adán, cargado con los pecados del mundo, un gusano, como él mismo lo dice, por labios de su profeta, *Vermis sum et non homo*, ser glorificado, en esa humana naturaleza, con la misma gloria que corresponde á su divinidad; ver que á su nombre se dobla toda rodilla, en los cielos, en la tierra

y en los abismos; desprenderse el Padre celestial, en favor de ese Hijo del hombre, del poder de juzgar para entregarlo á él, á fin de que todos honren al Hijo, como honran al Padre, es una gloria que antes no tenía la Trinidad Augusta; es una gloria incomparable.

A María se debe esta gloria nueva.

Ella puede decir, con respecto al Hijo, como decía respecto del Padre: *mi alma engrandece al Señor.*

No menos gloria da al Espíritu Santo.

La fecundidad es una perfección.

El Padre fué fecundo, engendrando al Hijo: el Padre y el Hijo lo fueron, produciendo al Espíritu Santo.

Y el Espíritu Divino, igual en perfecciones al Padre y al Hijo, ¿dejará de ser fecundo? ¿Dejará de ser el principio de alguna producción personal?

Esto sería imposible.

La Virgen es el medio para que el Espíritu Santo sea fecundo: él produce al Hijo de Dios, hecho hombre; por su operación se concibe el Verbo en el seno de María.

Por ella el Espíritu Santo adquiere sobre el

Hijo, en su humanidad, una autoridad que no tiene sobre él en su divinidad.

Esa autoridad se hizo visible en el bautismo de Cristo, cuando los cielos se abrieron y el Espíritu de Dios descendió sobre él como una paloma.

Autoridad que no es solamente de origen, como que es el principio del ser humano de Cristo, sino que es también una autoridad de poder y jurisdicción, como lo ponen de manifiesto estas palabras del mismo Salvador: "El Espíritu del Señor está sobre mí, por lo cual me ha consagrado con su unción y me ha enviado á evangelizar á los pobres. 1

A la humanidad del Verbo, y, en consecuencia, á María, debe el Espíritu Santo ser el autor de la grande obra de la Iglesia, que no es más que la continuación de la Encarnación.

A ella debe también el producir, á la gracia y á la gloria, el mundo universal de los elegidos.

Así, pues, María, resumiendo en breve frase, ha procurado: al Padre, un cetro y un imperio sobre su Hijo; al Hijo, una humanidad de que se sirve para hacer prodigios de poder y de bondad y en la que recoge una gloria incomparable;

(1) S. Luc. IV. —18.

al Espíritu Santo, una autoridad sobre el Hijo de Dios que no puede tener más que por ella y una fecundidad creadora que, después de haber renovado la faz de la tierra, vivifica con su inspiración á la Iglesia, la sostiene y la lleva hasta la eternidad á través de los siglos.

Tan cercana á su principio, María tenía que participar de su eficacia más que ninguna otra creatura.

“El eterno y justo distribuidor de las gracias, dice Arnoldo de Chartres, ha condensado en María, en cierto modo, todos los dones que ha hecho y ha de hacer á sus santos, para que fuesen el primer ornamento de la más querida para él de todos los predestinados.”

“Todo el poder de la Redención, dice San Bernardo, quedó en María y le confirió tal plenitud de gracia, que los esplendores del cielo y de la tierra desaparecen ante el esplendor que ella irradia.”

“Dios, dice Santo Tomás, hizo de ella la imagen infinita de su bondad.”

Esa gracia primera, concedida á la Virgen, ilumina su inteligencia, y si no le comunica la ciencia universal de las cosas naturales, que debía te-

ner el primer hombre para enseñar y gobernar al género humano, la prepara á las más altas revelaciones y á un conocimiento más profundo de los misterios eternos; le da más firmeza en la contemplación de las cosas sobrenaturales y más aptitud para la intimidad divina; hace en ella más fáciles y más dulces, las delicadas y perfectas operaciones de la vida mística, y la establece, más inquebrantablemente, en la posesión de la verdad contra los asaltos de los fantasmas interiores, que son la causa de los yerros y de las decepciones humanas.

Esa gracia fortifica su voluntad, la dirige y la hace tener sus pendientes hacia virtudes que nadie igualará jamás.

Esa gracia emancipa su libertad y encadena las fuerzas inferiores, las somete al imperio absoluto de la razón y les prohíbe que se anticipen á sus designios, que turben sus consejos, que resistan á sus órdenes y que impidan ninguno de aquellos movimientos por los cuales el espíritu y el corazón se elevan hacia las cosas celestiales para gustarlas deliciosamente.

Esa gracia que ha labrado de este modo, por decirlo así, el alma de María, la más perfecta que

ha salido de las manos de Dios, esculpe, según la expresión de un piadoso escritor, un cuerpo virginal, en que la vida va á hacer que broten, dice el P. Monsabré, las fuentes inmaculadas de la Redención; un cuerpo digno de ser fecundado por la virtud del Espíritu Divino, y que sirva de templo á la majestad del Verbo; un cuerpo que penetrará con su vida, que revistirá con sus gracias y sus encantos al más hermoso de los hijos de los hombres; un cuerpo cuya voz melodiosa, cuyas piadosas palpitaciones, cantarán, mejor que el arpa de los serafines, las alabanzas del Altísimo; un cuerpo cuya misteriosa y casta belleza, reflejando las perfecciones del alma y la gloria misma de su huésped divino, hará soñar á los poetas, inspirará á los artistas, seducirá á las vírgenes y arrebatará á los santos; un cuerpo cuyos elementos incorruptibles resistirán en la tumba á las fuerzas de destrucción, que descomponen toda carne, reduciéndola á seco polvo.

La carne inmaculada de María queda abierta á las invasiones del sufrimiento y de la muerte; pero no es porque la gracia, que en ella habita, carezca de los privilegios de la impasibilidad y de la inmortalidad.

Queda sujeta al dolor y á la muerte, por un designio divino; para hacerse una fuente fecunda de gloria y de méritos que se agregarán al tesoro de la Redención.

Preparada la naturaleza de la Virgen con una primera gracia de perfección y de santidad, cuya excelencia es maravillosa y cuya efusión es incomparable, al eco de la palabra eterna, los gérmenes divinos, depositados en su alma, producen flores de perfume celeste, que embalsaman el Paraíso á que ha de venir el Verbo de Dios.

María, llena de gracia, queda igualmente llena, por una plena efusión, de todos los dones del Espíritu Santo, que perfeccionan esa alma y ese cuerpo, obra maestra de la Sabiduría divina.

Todas las virtudes, como flores preciosas, se entreabren en el corazón de la Virgen y envían al cielo sus perfumes.

“Todo lo que fué perfección, dice Santo Tomás, debió aparecer en la bienaventurada Virgen.”

La fe, abrevada de la luz de la contemplación; la esperanza, concentrando en ella todos los de-

seos de la humanidad hambrienta de redención; la caridad, ahondando en su corazón, que era el corazón de nuestra futura madre, abismos de misericordia en donde habrán de refugiarse todos los pecadores de la tierra.

En aquella alma tenía que brillar la prudencia, tan delicada que habría de turbarse á la llegada de un ángel; la justicia, prosternada ante Dios en adoración continua; la fuerza, ensayándose bajo los velos de la debilidad, para los combates que le estaban reservados y que la harían quedar de pie sobre una colina empapada en la sangre de su Hijo; la templanza, desprendida de toda cosa terrestre, para no buscar más que los castos placeres de la gracia.

“María, dice San Ambrosio, era de corazón humilde, de palabra grave, de juicio prudente, sobria en el hablar, consagrada á la lectura, pudorosa y reservada en sus menores palabras, atenta á todos sus trabajos, acostumbrada á buscar el juicio de Dios más bien que la opinión de los hombres. A nadie lastimaba, á todos hacía bien, respetaba lo que era grande y, sobre todo, la santa majestad de los años. Nada afectado había en su mirada á la vez modesta y franca, nada atrevido

en el acento de su voz, nada inconveniente en sus acciones: su gesto era suave, su andar tranquilo, su voz armoniosa; era su cuerpo la imagen de su hermosa alma, en la que podía verse la encarnación de la pureza; imponente y venerable en su porte, ella misma era su custodio y al verla andar más bien que seguir la huella de su virgínea planta, se veía el grado de virtud que acababa de alcanzar; todo lo que hacía era una enseñanza. Practicar la virtud era en ella menos un ejercicio, que una lección que daba al mundo.”

He aquí descrita por mano maestra la imagen de María, de la Virgen oculta que aguardaba el cumplimiento de las promesas hechas al género humano.

El Paraíso de la Encarnación está preparado.

“Oasis, dice el P. Monsabré, en medio del triste desierto á donde el río de la redención producirá en breve la vida.”

“Los tiempos están llenos de tinieblas y de errores, pero en ese paraíso todo es luz y verdad; los tiempos están llenos de vicios y de crímenes, pero en ese paraíso todo es virtud y perfección; los tiempos están llenos de inquietudes y deseos, pero en aquel paraíso todos esos deseos de la raza

humana se concentran en una sola aspiración fervorosa y tranquila; los tiempos están llenos de promesas, pero en ese paraíso germinan, entre los castos esplendores de la pureza, la carne y la sangre del Redentor prometido; los tiempos están llenos de prodigios, pero en aquel paraíso se ostentará el prodigio supremo; los tiempos están llenos de catástrofes, pero en aquel paraíso todo es paz para recibir al rey de la paz."

Cristo era la perfección hecha hombre: tipo único cuya vida, cuya muerte, sobre todo, expuesta á las miradas de la naturaleza humana, en la cima del Calvario, les servía de ejemplar y de modelo.

Ese tipo, ese ejemplar de humildad y paciencia, de resignación y de sacrificio, de obediencia y de perdón á las injurias, era un tipo divino: "Si la vida y la muerte de Sócrates, decía con razón Rousseau, son de un sabio, la vida y la muerte de Jesús, son de un Dios."

Entre la santidad increada del Verbo hecho hombre, que es nuestro tipo, y la debilidad de nuestra frágil naturaleza, arrastrada siempre al desaliento y á la culpa, era necesario, en la economía general del plan divino, un modelo de san-

tividad creada que, semejante á nosotros, estuviese más al alcance de nuestra imitación.

Eso está hecho en María.

"María, dice Augusto Nicolás, no es santa como los otros santos en quienes la santidad es más ó menos humana por cualquier lado: la santidad de María es absolutamente sobrehumana, sobreangélica; sobrepasa toda proporción, toda concepción, se pierde en elevación, en una especie de infinito; aunque ella es finita, con relación á lo infinito y aunque creada con relación al Creador, constituye una jerarquía única, que es la segunda, después de la soberana jerarquía de la Trinidad augusta."

Es María una criatura universal que sirve de modelo y de transición á la naturaleza humana, para elevarse de su condición caída hasta Jesucristo, por la imitación de esa mujer incomparable, como se levanta hasta Dios, por la imitación de Jesucristo.

María es el modelo que debe copiar la humanidad para su regeneración y para alcanzar la santidad que vino á ofrecerle su Hijo divino.

La mujer, por la influencia que ejerce en el mundo, es un poder inmenso, y lo es por la fuer-

za que subyuga más que todas, es decir, por la fuerza de la debilidad, de las gracias y del encanto.

Ella es la que hace, al hombre, en el niño la que después le toma como hermana, á poco; como esposa, y siempre como mujer.

Ella es la que hace ó destruye las casas, las sociedades, las costumbres.

Ella fué la que en sus orígenes, perdió al género humano: ella es la que debía repararlo.

La pureza es la que da á la mujer incomparable poder: la que hace que sea dos veces hermosa.

Así lo afirma el Espíritu Santo, cuando dice: "La mujer santa y pudorosa, tiene gracia sobre gracia."

En el mundo antiguo, la virginidad tenía en contra suya el deshonor de la esterilidad, y por esa cedía el paso á la maternidad, que produce y perpetúa.

La virginidad ha sido siempre considerada como el más santo testimonio de integridad.

Así es, que la virginidad quedaría privada del honor de la maternidad, y la maternidad quedaría privada del honor de la virginidad.

"La Sabiduría divina, resolvió la dificultad, dice Augusto Nicolás, por la admirable alianza de la virginidad y de la maternidad en la Virgen María."

En ella, y por ella, en las costumbres modernas, la maternidad y la virginidad, se penetran recíprocamente y se dan recíprocamente lo que les falta.

La maternidad ha sido honrada con la virginidad de María, y la virginidad por su maternidad: de este modo, toda mujer ha sido bendita en aquella que lo fué entre todas las mujeres.

Y no solamente han sido benditas en ella, sino que las ha elevado á su virginal maternidad.

"La maternidad cristiana, continúa diciendo Augusto Nicolás, lleva impreso el sello de una pureza moralmente virginal, y la virginidad lleva el de una fecundidad moralmente materna."

La virginidad cristiana no es estéril: engendra á Jesucristo en las almas, por el apostolado de la fe: le hace vivir en los cuerpos por el apostolado de la caridad.

"Nuestras vírgenes cristianas, son las hermanas, las madres de todos los que sufren, y son, con frecuencia, más madres que las madres naturales: continúan el oficio de la maternidad divina."

“La maternidad cristiana, por su parte, no es menos virginal por la gracia del sacramento del matrimonio, que la hace cumplir sus fines sin perjuicio moral de la pureza, y que le hace producir y cultivar frutos para el cielo: continúa el oficio divino de la angélica virginidad de María.”

María es el tipo hermoso de la mujer: Ella recibió el privilegio único é inaudito, incomprendible al espíritu humano, admirable para el cielo y para la tierra, de unir la virginidad con la maternidad.

María es virgen, y por eso es madre: es madre, y por eso es virgen.

El que es la santidad infinita, la integridad esencial, la virginidad misma, el que hace la santidad y la integridad en sus criaturas, ha debido hacer á su madre, virgen en el más alto grado.

La concepción del Verbo, que es la virginidad misma, el alumbramiento de ese Verbo, que es la pureza esencial, han debido poner el sello á la augusta virginidad de María, lejos de atentar á ella.

Pero si la pureza de María, es un privilegio que reviste de encanto su belleza, no es ella la que

más obra sobre el cielo para atraer á la tierra al Verbo Divino.

Más que el perfume del lirio, que se exhala de su virgineo corazón, lo que ejerce una influencia decisiva, para que descienda á la tierra el Verbo de Dios, es su humildad sublime.

El mundo estaba hundido en las degradaciones más vergonzosas, por la impureza que carcomía su vida.

La Virgen, tipo de la pureza y de la pureza maternal, levanta á la mujer y salva al mundo.

El mundo estaba sumergido en esas degradaciones, por la soberbia: la soberbia, que fué el primer pecado, le había hundido.

La Virgen tiene que levantarlo por la humildad.

La humildad es virtud, es gloria, es verdad, es fuerza, es pureza, es amor.

La humildad es todo, cuando su propio carácter es querer ser nada.

Es una virtud, porque es el trabajo de hacer el vacío del alma, dejarla sin el amor de ella misma para que la ocupe Dios, para quien fué hecha.

Es una gloria, porque el que logra humillarse, ha de ser levantado á excelsas alturas.

Es una felicidad, porque todo en el hombre es

tá hecho para que sea humilde; para ser soberbio se necesita un cho.

La humildad es la verdad, es el sentimiento, la vista, el conocimiento de nuestra nada, que es la verdad que á nosotros se refiere; este es el primer problema de la antigua filosofía: *conócete á tí mismo.*

La vista de nuestra nada implica el reconocimiento de la grandeza de Dios; conocerse, es conocerle, y por eso San Agustín nunca separaba estos dos conocimientos, *noverim te, noverim me.*

La humildad es fuerza, porque es el centro de gravedad del alma, le da un asiento firme, sobre el cual, puede tenerse á plomo y basar su existencia; es pureza, porque la pureza, es la sumisión de la carne al espíritu, que deriva de la sumisión del espíritu á Dios, que es en lo que consiste la humildad; es amor, porque consistiendo el amor en darse á otro, implica necesariamente la humildad, una vez que todo lo que se rehusa el hombre á sí mismo, le sirve para acumular tesoros de amor á los demás.

Con razón es la humildad la que atrajo á la tierra al Verbo Divino, es la síntesis de todas las vir-

tudes, es la perfección misma, porque sin ella, la santidad no se concibe.

Por eso, la última de las preparaciones, digamos así, del paraíso de la Encarnación, es la humildad conque adornó el Señor esa morada suya, más pura que el Sol que ilumina los mundos.

María, colmada de tantos dones, parecía ignorar su propia perfección.

“Virgen Madre, Hija de su Hijo, decía Dante, más alta y más humilde que ninguna creatura.”

Esa virtud resplandece con luz purísima sobre el ser de la Virgen.

Así preparada, se anuncia y se realiza la venida del Verbo Divino á su seno, entre los esplendores de la humildad.

La caída comenzó por un ángel de tinieblas, la reparación por un ángel de luz.

El ángel de tinieblas, se inicia por una pregunta insolente; el ángel de luz, se anuncia por una respetuosa salutación, que expresa toda la verdad de las preparaciones divinas.

Eva con altivez responde á la pregunta, María se turba á las palabras que escucha.

Eva, tentada, se pone enfrente del mandamiento de Dios; María al recibir las propuestas del cie-

lo, recuerda la libre promesa que ha hecho de ser Virgen, y quiere asegurarse de que esta promesa no será violada.

Satanás acaba su seducción por una negativa atrevida y una promesa insensata; Gabriel decide á María por una última revelación de los designios ocultos de Dios, de sus castas operaciones y de la santidad de su fruto.

Eva ebria de orgullo, pone la mano sobre el fruto prohibido, su *fiat* será bien pronto seguido de vergüenzas y de miserias; María, siempre humilde, responde con esta frase, que es la expresión de la humildad más profunda: *Yo soy la esclava del Señor, haga en mí según tu palabra.*

Y entonces el Verbo desciende al seno de María, y los hombres quedan hechos no *como dioses*, según la promesa del ángel del mal, sino *dioses* verdaderas, porque la carne de María, inmaculada y pura, quedó divinizada al unirse el Hijo de Dios al cuerpo formado de aquella carne virginal.

Esta es María á grandes rasgos delineada.

Esta es la Madre del Hijo de Dios, la Madre de nosotros, flacos y pecadores.

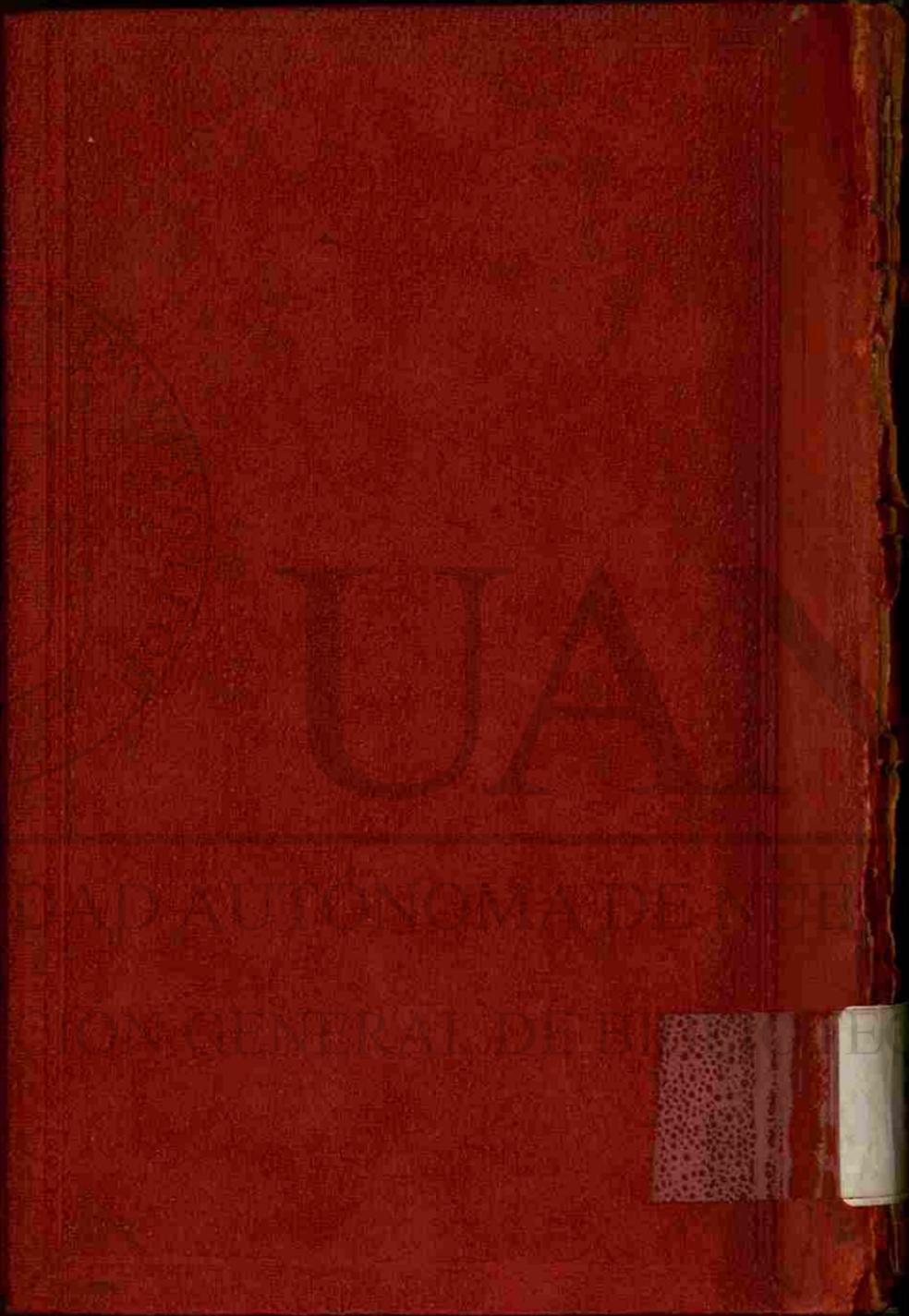
Es un consuelo tributar, á esa Virgen incomparable, un homenaje de adoración y de amor.

Nuestros labios manchados con el polvo del mundo, se sienten ungidos por la sabiduría del cielo, al pasar por ellos las palabras que todas las generaciones cristianas han pronunciado en honor de María.

Nada hemos podido, nada podemos decir de nuevo sobre esa admirable criatura, pero volvemos á repetir, es un consuelo y una gloria, reproducir lo que otros más felices que nosotros, porque han respondido mejor á las gracias del cielo, han dicho de nuestra excelsa y bendita Madre.

Ella, que mira nuestra pequeñez, pero también nuestro amor, recogerá con su mano cariñosa las humildes flores que, al cerrar el tercer año de nuestra humilde publicación le ofrece con ardoroso afán nuestra alma agradecida.

FIN DEL TOMO III.



U.A.

DAD AUTÓNOMA DE NUB

ION GENERAL DE H

Small rectangular paper label with a perforated edge, partially covering the spine of the book. The label contains some illegible text.